A.B. YEHOSHUA
La figurante
«Una obra maestra
poderosa y sorprendente.»
Kirkus Reviews

Noga es una música cuyos dedos están habituados a tocar con delicadeza las cuerdas del arpa. Ahora está lejos de su amado instrumento y de la vida que ha construido en Holanda, pues tiene que volver repentinamente a Jerusalén para ocuparse del apartamento familiar donde creció. Han cambiado muchas cosas desde que se fue. Los vecinos ya no son los mismos, pero también ha cambiado Noga. Durante su estancia en Jerusalén, su hermano le encuentra un trabajo como figurante en películas de cine y televisión. Estas nuevas identidades borran los límites de su comportamiento, antes protegidos por la música. Noga, siempre una figurante en la historia de otros, siente que puede decidir el argumento de su vida.

Abraham B. Yehoshúa

La figurante

ePub r1.0
Titivillus 10.02.18

Título original: *Nitzevet*
Abraham B. Yehoshúa, 2014
Traducción: Isabel Marín Martínez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A Ika, amada, compañera

1.

El teléfono móvil la despierta a las cuatro en punto de la mañana, y aunque no es más que la alarma olvidada del día anterior, Noga deja sonar la melancólica melodía que un viejo flautista que no quiere ser olvidado instaló en el aparato antes de su larga visita a Israel. Cuando por fin vuelve el silencio, Noga renuncia a volverse a acurrucar en la manta de cuadros de sus padres y retomar el profundo sueño interrumpido por accidente. En lugar de ello, trastea suavemente entre las manivelas de la cama eléctrica, alzando la cabecera del lecho para poder explorar, todavía acostada, el amanecer jerosolimitano en busca de la estrella cuyo nombre lleva.

Cuando era niña, su padre le decía que para encontrar su planeta tenía que buscarlo o bien antes de que amaneciera, o bien justo antes de que anocheciera, «pero, aunque no consigas encontrarte a ti misma en el cielo —le decía—, tienes que mirar hacia arriba de vez en cuando. Observa por lo menos la luna, que es más pequeña que tu estrella, igual que tu hermano es más pequeño que tú. Lo que pasa es que, como está más cerca de nosotros, nos parece que es más grande».

Ya sea debido a su forzada ociosidad o a su trabajo como figurante, que a veces la obliga a trabajar de noche, lo cierto es que en esta visita a Israel alza la vista a menudo hacia el firmamento, que además no tiene nada que ver con los plomizos cielos de Europa.

Antes de la muerte de su padre, en las breves y contadas ocasiones en que visitaba Israel, prefería alojarse en casa de sus amigas de la época del conservatorio, en lugar de hacerlo en casa de sus padres. Al revés de lo que creía su hermano Honi, no era porque los nuevos vecinos ortodoxos que habían «ennegrecido» el barrio le provocaran algún tipo de animadversión. Precisamente a ella, que

llevaba varios años alejada de Jerusalén y vivía en el privilegiado y liberal ambiente europeo, le resultaba mucho más fácil creer en la convivencia respetuosa y tolerante con una minoría, a pesar incluso de que esta mostrara signos de convertirse en mayoría. Además, cuando era una adolescente, sus vecinos nunca se quejaron, ni siquiera cuando practicaba sus ejercicios musicales durante el *sabbat*.

—En el Templo también se tocaba el arpa los días de fiesta —le dijo una vez, con un deje irónico, el Sr. Pomerantz, el guapo *jasid* que vivía en el piso de arriba—, así que seguro que a los que temen al Creador les agradará saber que tú ya estás ensayando para la venida del Mesías.

—¿A las chicas como yo también las van a dejar tocar en el Templo? —le preguntó la joven música con el rostro encendido.

—A las chicas como tú también —confirmó el hombre, examinándola atentamente—, y si cuando llegue el Mesías los sacerdotes no te dejan tocar por ser chica, te convertiremos en un muchacho bien guapetón.

Hasta un recuerdo tan insignificante como este refuerza su convicción de que aquí prevalece un clima de tolerancia. A diferencia de su hermano, que se preocupa demasiado por su madre, a quien considera sitiada ya por los ultraortodoxos, Noga estudia el veloz avance de los religiosos sin resentimiento ni acritud, adoptando más bien la mirada folclórica y algo divertida de una turista ya madura a quien el universo ha decidido ofrecerle un concierto particular de música y colores.

Después de su boda vivió varios años en Jerusalén con su marido, Urías. Pero, después de separarse, tanto de Jerusalén como de él, algunas noches, cuando a veces iba a visitar a sus padres para el *sabbat*, prefería volver a Tel Aviv. La amistad y la intimidad de sus padres, que se habían afianzado aún más con la vejez, en lugar de tranquilizarla la agobiaban. No le habían dicho nada acerca de su negativa a traer hijos al mundo, y hasta parecían haberse resignado, pero, pese a ello, Noga tenía el presentimiento de que no era la única para quien era un alivio no compartir techo por las noches. Además, así se ahorraba enfrentarse a la feroz fidelidad de una pareja que seguía siendo leal hasta en su antiguo camastro de madera, estrecho y desgastado, en el que sus padres seguían

acurrucándose juntos en serena armonía. Si a uno de los dos le asaltaba un mal sueño, o se despertaba abrumado por una nueva preocupación, el otro se despertaba también al momento para continuar con una conversación que parecían haber empezado mientras dormían.

Una vez, durante una tormentosa noche, Noga decidió quedarse en la habitación de su infancia por temor a no conseguir transporte para volver a Tel Aviv. En mitad de la noche, entre el silbido del viento y los destellos de los relámpagos, vio a su padre dando vueltas por las habitaciones con pasitos cortos, con la cabeza inclinada, el gesto humilde y las manos cruzadas a la altura del pecho como un monje budista.

—¿Qué es lo que te pasa ahora? —se oyó al cabo de un rato desde del lecho conyugal un reproche jovial.

—Los truenos y los relámpagos me han convertido de repente en chino —se disculpó el padre con un susurro mientras inclinaba la cabeza ceremoniosamente ante la multitud de chinos que habían venido a interesarse por él.

—Pero si los chinos no andan así…

—¿Qué?

—Los chinos, que no es así como andan.

—Entonces ¿quién anda así?

—Los japoneses, los japoneses nada más.

—Ah, pues entonces soy un japonés —se tranquilizó su padre, acortando aún más sus pasos y dando vueltas alrededor del estrecho camastro, mientras hacía educadas reverencias a la esposa de su juventud, que a la sazón seguía acostada frente a él—. Qué le vamos a hacer, cariño, la tormenta me ha lanzado por los aires y me ha convertido en japonés…

2.

El chino-japonés tenía setenta y cinco años cuando murió, puro buen talante y mejor humor hasta el último suspiro. Una noche su esposa se despertó para hacer las paces con una idea que le venía rondando en la cabeza desde antes de irse a dormir, pero no obtuvo ninguna respuesta. Al principio interpretó el silencio como aprobación, pero luego comenzó a sospechar. Intentó sacudir a su esposo para que le diera su beneplácito en voz alta, pero mientras lo zarandeaba se dio cuenta de que su compañero había abandonado el mundo sin siquiera un suspiro.

Durante el duelo, mientras lloraba su muerte rodeada de parientes y amigos, hablaba de su silenciosa y maleducada partida con una mezcla de admiración y resentimiento. Bromeaba diciendo que su marido, que había sido ingeniero a cargo del servicio de aguas del Ayuntamiento de Jerusalén, había conseguido manipular a escondidas su propia muerte, bloqueando la corriente de sangre que fluía hacia su cerebro, igual que a veces cortaba el suministro de agua a los ortodoxos que se negaban a pagar los recibos a un Ayuntamiento al que acusaban de «sionista». «Si vuestro padre me hubiera desvelado el secreto de una muerte tan dulce —se quejaba ante sus hijos—, yo podría ahorraros las penas de mi propia muerte, que serán, lo sé, más largas e insoportables para todos nosotros».

—Las aguantaremos bien —le prometió, solemne, su hijo—, pero con una condición: despídete definitivamente de Jerusalén, vende este piso, que de todas maneras ya cada vez vale menos con la enorme cantidad de religiosos que están mudándose aquí, y vente a Tel Aviv, a una residencia, cerca de mí y de tus nietos, que cada vez tienen más miedo cuando toca venir a verte a Jerusalén en *sabbat*.

—¿Tienen miedo? ¿De qué?

—De que a cualquier fanático se le vaya la pinza y apedree el coche.

—Pues entonces haz el favor de aparcar fuera del barrio y tráete a los niños andando, que no le va a hacer mal a nadie. A mí no me parece que tenerles miedo a los ortodoxos sea algo muy respetable.

—No es tanto miedo lo que tienen…, es más bien una especie de asco…

—¿Asco? ¿Asco por qué? Son seres humanos, como tú y como yo… Y los hay buenos y malos, como en todas partes.

—Seguro que sí; lo que pasa es que es imposible diferenciarlos… Son todos iguales… Y aunque fueran todos unos angelitos, no van a ser los ortodoxos quienes se ocupen de ti. Por eso es mejor que ellos se queden aquí y que tú, que estás sola, te vengas a vivir cerca de nosotros.

Su hermana había permanecido en silencio. No porque no le pareciera razonable lo que Honi decía, sino porque no creía que su madre fuera a consentir en abandonar Jerusalén. No iba a acceder a renunciar a su apartamento, viejo, sí, pero también cómodo y amplio, y donde había pasado casi toda su vida, para encerrarse en una minúscula habitación en una residencia en Tel Aviv, ciudad que además despreciaba.

Pero Honi también tenía algo que reprocharle a ella. Ahora que su padre había muerto, se le hacía aún más difícil encargarse a solas de su madre.

—Ya que te largaste del país para escabullirte de tu responsabilidad para con tus padres —atacó—, por lo menos échale una mano a quien se ha quedado defendiendo el fuerte.

La crítica la molestó. Ella no había abandonado Israel para eludir sus responsabilidades, sino porque no había conseguido que ninguna orquesta la admitiera.

—Te habrían admitido en un montón de orquestas israelíes si no te hubieras empeñado en tocar un instrumento tan aristocrático. Podrías haber elegido uno más democrático.

Noga se echó a reír.

—¿Democrático? ¿Qué es un instrumento democrático?

—La flauta, el violín…, hasta la trompeta, si me apuras.

—¿La trompeta? Te vas a arrepentir de semejante majadería.

—Ya me he arrepentido, pero antes de que te vayas otra vez, ayúdame a convencer a mamá de que se vaya de Jerusalén. Así podrás quedarte a vivir tranquila en Europa toda tu vida si te

apetece.

A pesar de los piques y las disputas, el afecto y la confianza reinan entre hermano y hermana, y cada vez que él intenta burlarse de ella delante de algún miembro de la familia, ella puede devolverle el golpe contando algún episodio humillante de su infancia, como cuando, por ejemplo, en primaria, la llamaban para que fuera corriendo a la guardería de su hermano. Honi se dedicaba a gastarles bromas pesadas a sus amigos, obligando a las maestras a encerrarlo en los servicios y esperar a que llegara su hermana. Noga tenía entonces que acompañar y consolar a su hermano, que lloraba y berreaba durante todo el trayecto desde la calle de los Profetas hasta su casa en la calle Rashi.

Ahora, a sus treinta y seis años, su hermano dirige una empresa de comunicación y producción de documentales y publicidad. Honi lucha, por lo general con éxito, para ganarse su pan y el de sus empleados con sus nuevas y originales ideas. Aun así, la vida no es fácil. Su esposa, a quien Honi adora, es una artista con algo de renombre entre los entendidos. Pero sus obras, demasiado intelectuales y sofisticadas, difícilmente encuentran comprador. Quizá sea esa la razón por la que cría a sus tres hijos con cierta aspereza, lo que ha causado problemas de atención en el mayor y llantera crónica en la más pequeña. Por eso cuando Honi vuelve a insistir en que su madre se vaya de Jerusalén y se mude a una residencia cerca de su casa en Tel Aviv, no lo hace solo por motivos económicos. Su hermano sigue obligándose a sí mismo a ser el ejemplo de hijo devoto y servicial, y más ahora tras la muerte de su padre, pero sin tener por ello la intención de complicar más su ya de por sí complicada vida.

3.

Noga inclina la cama, que deja escapar un leve ronroneo, se levanta con cuidado y a pasitos cortos, parecidos a los de su padre durante aquella noche de tormenta, se acerca al amplio ventanal del salón para observar el planeta dorado a través de los barrotes de metal. Un amigo suyo muy instruido, violinista en la Orquesta Filarmónica de Arnhem, le explicó cuando se enteró del significado de su nombre en hebreo que, en la mitología, Venus no representaba solamente la femineidad, sino también lo diabólico, aunque no supo explicarle cuál era esa naturaleza diabólica. En la calle vacía y silenciosa una mujer joven tocada con una impresionante peluca rubia tira de un niño adormilado que carga su cartera escolar, los pálidos tirabuzones balanceándose bajo su sombrero negro. Los sigue con la mirada hasta que desaparecen calle abajo, y continúa entonces hasta la «habitación de los niños», donde sus dos maletas, completamente abiertas, dan la sensación de hallarse de paso, como si estuvieran deseando volver a Europa. En una esquina, envuelto en una raída tela encerada, se encuentra un instrumento antiguo que Honi ha rescatado del trastero para que ella decida qué hacer con él. Cuando terminó la escuela primaria, su padre la sorprendió con este instrumento, mitad arpa, mitad laúd, con el que se había topado en una tienda de antigüedades de la Jerusalén oriental. Tenía solo veintisiete cuerdas, la mitad de las cuales estaban ya rotas o desaparecidas; las que habían sobrevivido temblaban al menor roce. Durante una de sus anteriores visitas a Israel se había acordado de él y hasta había pensado llevárselo a Arnhem en busca de jóvenes europeos que estuvieran dispuestos a hacerse cargo de un instrumento tan antiguo, pero incluso ella misma se dio cuenta de que ni siquiera en una ciudad tan cultivada como la holandesa, tan cerca de la frontera alemana, sería fácil encontrar a alguien que tuviera algún interés en un instrumento como aquel.

Durante los primeros días de esta última larga visita a Israel, había echado muchísimo de menos tocar. Pero, aunque le hubiese cambiado las cuerdas al arpa de su infancia, no habría servido para saciar su deseo de la riqueza melódica de su verdadera arpa. Una semana después de su llegada a Israel había ido a un concierto de la Orquesta Sinfónica de Jerusalén. Durante el intermedio se había presentado a la arpista, una joven de origen ruso, para preguntarle si sería posible practicar con el arpa jerosolimitana cuando nadie la tocara. «Deja que me lo piense», le respondió la joven arpista, estudiando a la madura emigrante que había abandonado Jerusalén, no fuera a ser que estuviera planeando volver a Israel para arrebatarle su puesto en la orquesta. «Dame tu número de teléfono —añadió algo a la defensiva—, y ya te llamo yo». Como era de esperar, la recelosa música todavía seguía pensándoselo. Pero, mientras tanto, sus ganas de tocar se habían ido mitigando. En diez semanas, el periodo de prueba en la residencia habría terminado y ella regresaría a su arpa, que la esperaba en el sótano de la sala de conciertos holandesa, lista para los ensayos de la *Symphonie fantastique* de Berlioz.

Mientras tanto se contentaba con acariciar las manivelas de la cama, cuyo mecanismo eléctrico estaba disimulado en una polvorienta caja negra debajo del somier. Esta cama, tan extraña e incongruente comparada con los anticuados muebles del piso jerosolimitano, había sido recibida con gratitud tras la muerte de su padre, como una especie de consuelo y compensación por el esposo que había abandonado este mundo en un silencio absoluto. Y lo cierto es que solamente tras la partida del dueño de la casa podía una cama tan sofisticada como esa haber encontrado su lugar en ese hogar, sustituyendo al estrecho y desgastado lecho conyugal. La cama era obra de Yosef Abadi, un joven y talentoso ingeniero que había trabajado con el padre en el Ayuntamiento y que, tras la jubilación de este, había seguido manteniendo la amistad con él. Durante el duelo, Abadi y su mujer habían visitado puntualmente cada día a los dolientes, mañana y tarde, trayéndoles comida y periódicos y ofreciéndoles su ayuda para resolver cualquier cosa que necesitaran tras el repentino fallecimiento. Pero como la familia no tenía cómo compensar la generosidad y la solicitud de la pareja Abadi, a la viuda se le ocurrió pedirle a Yosef Abadi que la ayudara

a deshacerse del viejo lecho matrimonial, que quizá podría ser de utilidad para alguna joven pareja de Jerusalén, judía o árabe. Tras la muerte de su marido, sentía la necesidad de hacer algo de espacio en el dormitorio conyugal, y le bastaría con tener una sencilla cama individual. Pero el ingeniero protestó. ¿Por qué conformarse con una cama sencilla si podía disfrutar de una más sofisticada? Hacía un año, en su pequeño taller casero, había restaurado para su anciana tía una vieja cama de hospital, añadiéndole un mecanismo eléctrico que funcionaba con manivelas y pedales, y no le supondría ningún problema instalarle una igual a la viuda: una cama con múltiples combinaciones, pero de fácil uso, que tiende a su ocupante casi de manera automática y lo levanta sin esfuerzo alguno. Una cama que alza la cabeza del usuario a la altura precisa y que calma el dolor de las piernas con la inclinación adecuada.

Puesto que al principio ninguno de ellos sabía muy bien de qué se trataba, nadie osó rehusar la generosa oferta, y al final del duelo los empleados del servicio de aguas se llevaron el viejo lecho conyugal de su antiguo director y en su lugar instalaron la cama eléctrica, mientras que el joven amigo se apresuraba a enseñar a la sorprendida viuda cómo hacer su vida más fácil con un rápido movimiento de sus dedos.

—¿Y cómo es que no le hablaste a mi marido de una cama tan interesante? —exclamó ella, maravillada—. Podrías haberle construido una como esta y habría podido disfrutarla antes de morir.

—Qué va —se rio el ingeniero—, nunca habría estado dispuesto a renunciar a vuestra vieja cama.

—Es verdad —reconoció la viuda sonrojándose como una adolescente—, tú lo conocías mejor que yo. No me extraña que te tuviera tanto cariño.

Luego, con aire triunfante, se volvió hacia Honi, retándole para que él también se tumbara en la cama y comprobara sus virtudes.

—¿Ves? No hace falta que me exilie de Jerusalén. Una cama tan sofisticada como esta puede encargarse perfectamente de mí solita.

La firme respuesta no se hizo esperar: ni siquiera una cama tan sofisticada podía encargarse de ella en caso de verdadera necesidad, pero si la cama también se mudaba a la residencia, entonces sí que sería de utilidad.

4.

Ayer, justo antes de que amaneciera, Noga esperaba a que la recogieran en el cruce entre la calle Yeshayahu y la calle de los Profetas. Unos cuantos religiosos, provenientes de Gueula y Kerem Abraham, se dirigían en silencio calle arriba hacia el centro de la ciudad, poniendo especial cuidado en no acercarse a la solitaria mujer. En el otro lado de la calle, en la parada de autobús junto a lo que una vez fue el cine Edison, descubrió una figura formidable y voluminosa, como petrificada, que escondía la mirada bajo el ala del sombrero. ¿Seguiría vivo? Un escalofrío sacudió a Noga, que todavía seguía afectada por el sueño definitivo de su padre, seis meses atrás. Atravesó la calle vacilante y temerosa y, a pesar de que cabía la posibilidad de que no fuera más que un *jaredí* enorme que se había parado a descansar, se atrevió a alargar la mano y alzarle el sombrero para clavar la mirada en los ojos azules enrojecidos de un anciano figurante que también estaba esperando a que lo recogieran.

El hombre resultó ser un exmagistrado que se había retirado hacía varios años, pero que, gracias a su extraordinario peso y altura, era muy solicitado como extra. Había pasado mucho tiempo sentado pasivamente en su sillón de juez, y por eso ahora disfrutaba de manera especial aliñando sus últimos años con todo tipo de nuevos e insólitos papeles que lo llevaban por las cuatro esquinas del país. A pesar de su considerable experiencia como figurante, no tenía ni idea de quién ni para qué rol los habían convocado hoy. Los productores, le explica, no suelen desvelar de antemano a los figurantes la localización de la grabación, por miedo a que alguien se arrepienta en el último momento. Los anuncios, por ejemplo, no le gustan a todo el mundo. Normalmente lo que a la gente le hace ilusión es participar, aunque sea con un papel muy pequeño y marginal, en una historia de ficción, pero les echa para atrás que los

usen como inútiles extras en un anuncio supercorto, que a veces hasta es de dudosa moral o poco respetuoso.

—¿Y usted, señoría? —le preguntó Noga con dulzura al anciano figurante—. ¿Qué le parecen los anuncios?

El antiguo juez le explica a Noga que no le preocupa lo más mínimo aparecer en anuncios de productos de saldo o negocios turbulentos. Es verdad que a sus hijos les da algo de vergüenza, pero sus nietos se vuelven locos de alegría cada vez que aparece en la tele.

—No tengo enemigos que puedan ponerme en ridículo —bromea —; cuando era juez prefería repartir multas en vez de mandar gente a la cárcel.

Un minibús amarillo se detiene a su altura. Su único viajero es un hombre moreno de unos sesenta años que parece reconocer a Noga, puesto que, una vez que el juez y ella se han instalado, se apresura a sentarse a su lado y, con un tono amigable en el que se percibe un leve tartamudeo, le dice:

—Me alegro de que hayas vuelto de entre los m-muertos.

—¿De los muertos?

—Bueno, de los a-asesinados —aclara, presentándose como uno de los extras de aquella noche de hace una semana, en la que los refugiados habían desembarcado en la playa.

—¿En serio? —responde ella, sorprendida—, ¿tú también estabas en la barcaza ruinosa aquella? ¿Y por qué no te reconozco? ¡Nos hicieron remar mar adentro y volver a desembarcar por lo menos tres veces!

—Es que yo no estaba en la barca de los refugiados. A mí me mandaron al cerro, con los policías que os di-disparaban. Es bastante probable —se le escapa una risita avergonzada y su tartamudeo empeora— que fuera justo y-y-yo quien te matara tres veces, aunque me diera bastante
pe-pena.

—¿Pena? ¿Por qué?

—Porque a pesar de la oscuridad y de esos harapos que te pusieron, me pareciste bo-bonita e interesante incluso de-desde lejos, y tenía la esperanza de que el director te dejara trepar hasta nosotros para que te pu-pudiéramos asesinar desde más cerca.

—Qué va —suspira ella sonriendo—, el director no tuvo mucha

paciencia conmigo. Cada vez que volvíamos a desembarcar, me liquidaba en un periquete y me pedía que me quedara tumbada un montón de rato sin moverme, a veces boca abajo, y otras, boca arriba, para que la cámara pudiera inmortalizar la crueldad con la que nos asesinabais.

Noga estudia con simpatía al extra, que explota en una ruidosa carcajada. Tiene el rostro delgado y anguloso, pero su mirada es amable y cordial. Su tartamudeo, que tiene algo de infantil, es impredecible e intermitente. Por un momento se plantea contarle que en realidad había disfrutado de los largos ratos de hacerse la muerta que le habían impuesto. El cielo primaveral resplandecía de estrellas y la arena todavía guardaba el calor del sol. Las minúsculas conchas que se adherían a su rostro la devolvían a la playa de Tel Aviv, donde ella y su exmarido solían pasearse de noche.

—¿Y qué hicisteis cuando acabasteis con todos nosotros?

—Nos cambiamos de ropa corriendo y nos convertimos en agricultores y granjeros que escondieron a la he-heroína.

—¿Heroína? ¿La heroína iba con nosotros?

—¡Claro que sí! Iba con vosotros en la barca, una refugiada a quien el guion le perdona la
vi-vida
y la deja escapar a la aldea. ¿Es que no os explicaron la historia? ¿O al menos la escena en la playa?

—Puede que sí, pero, por lo que se ve, no me enteré —se disculpa ella—. Fue la primera vez en mi vida que trabajaba como figurante y todavía me resultaba raro someterme así a la imaginación de otros.

—Entonces —las palabras se le amontonan en los labios— no m-m-me sorprende que decidieran ma-matarte de las p-p-primeras.

—¿Por qué?

—Porque seguramente te faltaba naturalidad. Como extra, digo. Seguro que mirabas a la cámara demasiado. De todas maneras, ¿cómo es que te metiste en esto? ¿A qué te d-dedicas? No eres de Jerusalén, ¿no?

Aunque el tono de las preguntas es amistoso, Noga no tiene ninguna prisa en contestar. Tras un largo silencio, dice:

—¿Por qué no te presentas tú primero?

—Será un placer. —El hombre no desperdicia la oportunidad—.

Llevo tanto tiempo de figurante que ya ni me llaman por miedo a que los espectadores me reconozcan de otras películas. Durante años he sido oficial de la p-p-policía, pero cuando mi ligero tartamudeo, que seguramente habrás notado, empeoró, me prejubilé y ahora puedo ganarme la vida haciendo lo que me gu-gusta. Por hoy no te preocupes, que no habrá ni tiros ni muertos. Hoy vamos a sentarnos tranquilamente como mi-mi-miembros de un jurado y vamos a dedicarnos a seguir el juicio hasta que alguno de nosotros pronuncie la sentencia.

—¿Un jurado? ¿Estás seguro, Elazar? En Israel no hay ningún jurado —interrumpió sorprendido el magistrado, que no perdía palabra de la conversación que tenía lugar en el asiento de delante.

—Es verdad, aunque lo más seguro es que la escena tenga lugar en otro sitio. Hoy en día también se graban en Israel pe-pe-películas extranjeras, y, de todas maneras, a veces algunas escenas son como sacadas de un sueño, como en las películas de Bergman o Fellini, así que ¿por qué no va a poder haber un jurado?

El minibús comenzó a tomar velocidad en la autovía que baja de Jerusalén, y una vez que llegó a la cima de Castel, abandonó la carretera principal para girar hacia Mevasseret Yerushalaim. Una vez allí, una decena de hombres y mujeres de distintas edades los esperaban en una parada de autobús.

—Ahí tienes —dijo Elazar—, cuenta. Con nosotros hacen doce miembros del jurado más un suplente, en caso de que alguno de nosotros se canse o decida irse. ¿Por qué no
me-me
quieres contar cómo has acabado con nosotros? ¿Acaso es un secreto, o es un asunto complicado?

—Qué va, no es un secreto —le respondió la arpista con una sonrisa—, pero sí un poquito complicado…

5.

A mediados de invierno, dos meses después de la muerte de su padre, su hermano le mandó el siguiente correo electrónico:

Noga mía:

Te escribo un correo en lugar de llamarte por teléfono porque me temo que por teléfono me colgarías como acostumbras antes incluso de dejarme terminar. Por eso te pido que leas este correo con calma y hasta el final antes de sacar ninguna conclusión.

Soy totalmente consciente de que tú no crees que mamá vaya a aceptar abandonar Jerusalén para venirse a vivir a una residencia cerca de mi casa en Tel Aviv. Pero igual que yo no puedo persuadirte de lo contrario, tampoco tú puedes poner ninguna objeción a mi fe de que, a pesar de todo, es posible. Por eso es necesario que ambos nos sometamos a un experimento en la vida real.

Hace dos semanas mamá cogió una gripe bastante grave; quizá lo notaste en su voz durante vuestra llamada semanal, quizá no. Lo más seguro es que ella intentara disimularla, igual que intentó escondérmela de mí. Es verdad que nadie se muere por una gripe, y menos todavía una mujer fuerte y sana de setenta y cinco años, edad que, visto el impresionante desempeño de nuestro viejo presidente, empieza a parecer una segunda juventud. Pero una de las vecinas, a quien mamá le pidió que le trajera un poco de leche cuando peor se encontraba, se asustó cuando la vio y decidió llamarme para avisarme.

Cancelé todas mis reuniones y salí corriendo para Jerusalén, donde me encontré a mamá débil y febril. Llamé al médico, compré medicinas y decidí, a pesar de sus reparos, quedarme con ella a pasar la noche para aprovecharme de su debilidad y convencerla de que desistiera de su actitud rebelde. Y la verdad es que, a fuerza de súplicas y reproches, por la mañana conseguí que aceptara probar a instalarse por unos meses en una residencia en Tel Aviv.

Ya sé que tú no crees que vaya a salir nada tangible de este experimento. Ya sé que estás segura de que es una tentativa abocada al fracaso. Pero yo estoy dispuesto a aferrarme a una quimera, porque a

veces la vida consigue transformar la ficción en realidad. No es ninguna locura pensar que una vez en la residencia, con los cuidados adecuados y una vigilancia atenta, mamá acabe comprendiendo que va a estar mejor aquí que viviendo sola en Jerusalén, rodeada de desconocidos y de gente cada vez más rara, y donde cualquier enfermedad o incidente se convierte en una amenaza, no solo para ella, sino también para mí, poniendo mi responsabilidad a prueba una y otra vez.

Por eso, desde un punto de vista moral (y disculpa el dramatismo), debes no solo apoyarme y animarme desde lejos, sino también ser mi compañera y colaboradora, tanto con palabras como con hechos.

Me explico:

Papá ya no está con nosotros y tú has elegido un instrumento musical extravagante que te ha obligado a exiliarte. Estás totalmente en tu derecho. Pero me has dejado solo con ella. Puede que preocuparme por mi madre sea un poco anticuado, pero no puedo evitarlo.

He encontrado una residencia cerca de mi casa. Una de las habitaciones acaba de quedar vacía. Aunque está en la planta baja, tiene acceso a un jardín lleno de flores. La dirección está dispuesta a dejarle probar el sitio durante tres meses, pagando solo la cuota mensual normal, sin depósito ni compromiso futuro. La he llevado allí y ella ha estudiado todas las instalaciones a conciencia, pero con buen ánimo y sin prejuicios. Visitó la habitación que se le asignaría, se quedó extasiada al ver las flores del jardín, y puesto que se había preocupado de apuntarse las medidas de la cama eléctrica, pudo comprobar que habría espacio suficiente hasta para eso. Al final se interesó por saber quién fue el último ocupante de la habitación y no quiso que le ahorraran ningún detalle de su agonía y muerte. Y entonces, así de sopetón y sin que nadie le hubiera preguntado, se puso a contar llena de orgullo la silenciosa muerte de papá, con palabras tan bonitas y maravillosas que enseguida se me llenaron los ojos de lágrimas.

Cierto, yo no sé lo que se esconde en lo más profundo de su corazón. Tú, que te pareces más a ella, quizá puedas adivinarlo mejor que yo. Sea como fuere, mamá ha prometido someterse con espíritu positivo a este experimento, aunque con una condición. Y esa condición, hermana mía, te concierne directamente. Es por esa condición por la que te estoy escribiendo este correo, una condición que va dirigida directamente a tu conciencia. Una condición impuesta por mamá.

Y es que no fue hasta después de la muerte de papá, y quizá precisamente como resultado de su muerte, cuando mamá consideró apropiado revelarme (quizá papá y mamá se avergonzaban de ello) que el piso de Jerusalén nunca ha sido de su propiedad. Es un piso de renta antigua, basado en un sistema que ya está en desuso. Me explico: hace muchos años, cuando se mudaron de Kerem Abraham a Mekor Baruch,

se instalaron en el piso de la calle Rashi a cambio de una «fianza», cierta cantidad de dinero que en aquella época era una buena solución para quienes no tenían suficientes recursos como para comprarse una casa. Esa fianza tenía como objetivo proteger al inquilino del desalojo mientras viviera, y garantizaba también el derecho de su pareja a ocupar el inmueble. Todo esto a cambio del pago de una renta de alquiler fija que a lo mejor entonces era justa, pero que con el paso de los años y la inflación se ha vuelto ridícula.

El dueño original de la casa abandonó este mundo hace mucho tiempo y hace unos años su heredero falleció también. Su viuda, que se fue a vivir al extranjero, dejó el piso al cuidado de un viejo abogado, a quien en los últimos años papá llevaba el dinero del alquiler dos veces al año. Una cantidad totalmente absurda, algo así como ochocientos shekels, puede que incluso menos. Como es de esperar, hasta el abogado es consciente de lo ridícula que es, y por eso tras la muerte de papá, que era el único firmante del contrato, se le ocurrió que pronto podría aprovecharse de la situación para liberar la propiedad y devolverle el piso a la viuda heredera. Desde entonces merodea alrededor del apartamento, esperando a que mamá se muera o al menos a que abandone el piso, porque esa es la única manera en la que legalmente podría recuperar el control a cambio del pago de una cantidad ínfima, una parte de aquella «fianza», que obviamente también es ridícula como parte del absurdo general de la situación.

Por todo esto es de vital importancia para mamá que mientras dure el experimento mantengamos nuestra presencia en el apartamento. Me refiero a un pariente de primer grado, porque las condiciones del traspaso prohíben subalquilar el piso a terceros.

Pero es que además del abogado acosador, a mamá le preocupa también el piso en sí. La puerta principal y la cerradura están en muy mal estado, y no merece la pena cambiarlos mientras no sepamos qué va a pasar. También es muy fácil colarse en el piso a través del balcón o por la ventana del cuarto de baño desde la planta de arriba o de la de abajo. Seguro que estás preguntándote quién iba a querer colarse en un piso tan poco interesante como ese y, de todas maneras, ¿qué iban a encontrar? Para entenderlo tenemos que volver a Pomerantz, el amable *jasid* que cuando eras joven te prometió que se te permitiría tocar el arpa en el Templo si te convertían en un muchacho guapetón. El hijo mediano de la familia Pomerantz, Shaya, el que estaba un poco enamorado de ti, se ha convertido en un fanático religioso y se ha mudado a Kerem Abraham, y como es de esperar tiene tropecientos hijos. Dos de ellos, los mayores, suelen visitar a menudo a sus abuelos, y se dedican a deambular sin rumbo por las escaleras. Mamá los invitó una vez en secreto a ver un programa de niños en su televisor, lo que los

transformó inmediatamente en ardientes devotos del aparato. Mamá, por supuesto, se dio cuenta de que había cometido un error y no volvió a invitarlos más, pero ellos se han buscado las maneras de colarse sin invitación, y yo creo que hasta han conseguido hacer una copia de la llave de mamá. Sea como fuere, cuando mamá no está en la casa, ellos según parece salen por la ventana del baño de los Pomerantz, se deslizan peligrosamente por las tuberías o los canalones y se cuelan en el piso de mamá por la ventana del baño, encienden la televisión ellos solitos y se ponen a ver programas que no son precisamente para niños. Mamá los pilló una vez, pero le dieron pena y no dijo nada, quizá porque no tiene ningún nieto en Jerusalén. Lo que pasa es que los pequeños demonios no tienen compasión de ella, y mamá no tardó mucho en volver a pillarlos. Imagínate que a veces hasta se cuelan en la casa por la noche, cuando mamá está durmiendo. Su ansia televisiva los ha vuelto locos, y menos mal que ella les advirtió de que su cocina no es *kosher*, porque si no seguro que le desvalijan el frigorífico.

Este es, pues, otro motivo por el cual durante el periodo de prueba que dure el experimento (solo tres meses), alguien responsable debe permanecer en el apartamento. Y no tenemos a nadie más que a ti.

Desde un punto de vista práctico, así es como veo yo las cosas: tú ya gastaste casi todas tus vacaciones cuando papá se murió, así que ahora solamente podrías pedir una excedencia durante la que no se te pagaría. Mamá y yo hemos pensado en cómo encontrar la manera de que el experimento no te ocasione pérdidas económicas. Te cuento la solución más adelante.

Vamos primero a tratar la cuestión fundamental: cómo va a poder tu orquesta sobrevivir sin su arpista mientras tú estás en Israel. Me acuerdo de que una vez me contaste que tu trabajo constaba de dos partes: tocar el arpa y trabajar en la biblioteca de la orquesta, porque no todas las obras necesitan de un arpa; precisamente las sinfonías de los grandes clásicos, me parece que dijiste, como las de Beethoven, Brahms, Mozart, Schubert o Haydn no incluyen ningún arpa, ¿verdad? Me dijiste que la inclusión del arpa en la orquesta llegó bastante más tarde, con románticos como Berlioz, Mahler, Bruckner, Chaikovski, etcétera. No me equivoco, ¿es así? Desde que tenía tres años aprendí a recordar e internalicé todo lo que me decías. Sí, Noga mía, así es.

Si las cosas son así, cabría la posibilidad de planear el repertorio de tu orquesta, de manera que en tu ausencia toquen principalmente obras clásicas en las que no haga falta ningún arpa, y que pospongan para más tarde las obras más modernas, una vez que tú estés de vuelta.

No te enfades, ya conoces a tu hermano y su imaginación manipuladora. Después de todo, es con esta imaginación con la que me gano la vida, y no ve va nada mal.

Y ya que estamos, hablemos del tema económico. Ni mamá ni yo queremos que este experimento te cueste ningún dinero, y en modo alguno vamos a consentir que toques tus ahorros para financiar unas vacaciones sin salario. Soy consciente de que vives modestamente, y también soy consciente de que legalmente no tienes derecho, y puede que tampoco ganas, de subalquilar por una temporada tan corta tu pisito, tan cerca de la sala de conciertos. Aquel encantador pisito que vimos cuando te visitamos en Arnhem.

Esto nos lleva de nuevo a cómo vas a pagar las cuentas mientras estés en Israel. Como es lógico, el piso de Jerusalén queda completamente a tu disposición; los gastos por electricidad, agua, gas y teléfono se cargan mensualmente de manera automática en la cuenta de papá y mamá, y yo voy a arreglar para que tengas una cuenta abierta en la tienda de Rosenkrantz y no te falte de nada. Pero, por supuesto, tendrás otros gastos. Transporte, cenas fuera, teatro, conciertos. Para eso mamá y yo vamos a poner a tu disposición otros ocho mil shekels para los tres meses. Y si necesitaras más, no habría ningún problema, por supuesto.

Ya estoy casi terminando: tengo mis sospechas de que ahora mismo te debates entre el estupor y la furia. Pero papá está muerto. Mamá está sola y yo, Honi, tu hermano pequeño, intento encontrar una solución cómoda para ella, para que ni a mí ni, espero, a ti nos reconcoma el sentimiento de culpabilidad por haberla dejado sola en el decrépito piso de Jerusalén, en manos de una panda de gente extraña y chalada, aunque sea escudándonos en que es lo que ella quiere o en su cabezonería.

Espero tu respuesta. Si es posible, que sea razonable y práctica. Preferiblemente por correo electrónico en lugar de por teléfono, para que ninguno de los dos le cuelgue al otro.

Tu hermano que te quiere,

Honi

6.

Efectivamente, su hermana no le telefoneó, sino que le respondió por correo electrónico.

Muy querido hermano mío:

Si te parece, mejor le dejamos el tema del repertorio de la Orquesta Filarmónica de Arnhem a su director. Y, por cierto, solo por corregir el error, Mozart compuso un concierto para arpa, flauta y orquesta, y se supone que yo voy a ser la solista cuando lo toquemos, cosa para la que, por suerte para ti, todavía queda.

Con respecto al experimento a medida que le has diseñado a mamá, si has sido capaz de descifrar de manera tan precisa mis reservas con respecto a su éxito, ¿quién soy yo para renunciar a una interpretación tan fiel?

Dicho esto, no pienso dejar que cargues tú solo con la responsabilidad que tú mismo te has echado encima. Llevemos a cabo el experimento tal y como tú lo has diseñado y bajo las condiciones de mamá. Si al final tiene éxito, mejor que mejor: yo también me quedaré tranquila y feliz. Y si no, los dos tendremos que humillarnos y someternos a su voluntad de terminar sus días en el mismo lugar en el que papá terminó los suyos. Tú quedarás libre de toda culpa ante Dios y los hombres. Así podrás también concederme tu perdón por haber abandonado Israel.

En fin, que estoy de acuerdo en irme a vivir tres meses al piso de Jerusalén, pero rechazo de plano, y hasta me parece un insulto, la sugerencia de que mamá y tú me deis «dinero de bolsillo». Que quede claro que no pienso tocar ni un céntimo de tu dinero o del de mamá. Y tampoco me hace falta, tengo mis propios recursos, y no me va a pasar nada si tengo que pedir un pequeño préstamo a mi banco en Holanda. Estoy en la flor de la vida, tengo un buen trabajo y no me va a costar nada devolverlo.

Con todo y con eso, si por alguna casualidad, y solo por casualidad, a la fértil y manipuladora imaginación que tienes se le ocurre algún trabajillo para mí, no por ganarme unos cuartos, sino para no

aburrirme, aceptaría encantada. Así a bote pronto, eso es todo.

Tu amante y leal hermana,

Noga

7.

—Pues mira, secreto ninguno, más bien una explicación algo complicada de cómo he acabado enredada en un trabajo como este. Mi hermano, que tiene contactos en las productoras de cine y televisión y las agencias de publicidad, fue quien me habló de esto. La idea era que no me aburriera durante los tres meses que tengo que cuidar del piso de mis padres en Jerusalén y, ya de paso, hacer algo de dinero. También me está sirviendo para reconectar con lugares y experiencias olvidadas y para descubrir cosas que ni sabía que existían, y a la vez me permite conocer a israelíes de todo pelaje, que resulta que hasta pueden ser encantadores, como tú, por ejemplo, señor Elazar.

El extra toma su mano con osada galantería, la acaricia ligeramente con los labios y se echa a reír.

—¿Y te pa-pagan bien, por lo menos?

—No tengo ni idea. Mi hermano se encarga de recibir el dinero y de transferirlo inmediatamente a mi antigua cuenta bancaria, que hemos vuelto a abrir.

—¿No estás ca-casada?

—Lo estuve.

—¿Hijos?

—No quise.

—¿No quisiste o no pudiste?

—Podía, pero no quise.

Elazar la observa con aprecio. La facilidad con la que le ha respondido le ha llamado la atención. Le habría gustado seguir preguntando, pero Noga mira ahora hacia la ventana, como intentando averiguar dónde están.

El minibús ha abandonado la autovía y gira hacia la izquierda, tomando una carretera secundaria que conduce hacia el amplio *wadi* que va desde Ein Keren hasta el valle de Elah. Desde allí

continúa ascendiendo hacia las poblaciones que circundan Jerusalén, Nes Harim y Bar Guiora, hasta que finalmente se detiene al lado de una escuela local que ese día se ha convertido en plató de cine. Los figurantes estiran las piernas a la entrada de la escuela mientras son agasajados con café y pastelillos junto con otros miembros del equipo, entre los que quizá se encuentre algún actor profesional. Alguien del personal se acerca enfadado a Noga.

—Tú eres Noga, ¿no? —pregunta—. ¿Es que se te ha olvidado lo que te pedimos?

—¿Qué me pedisteis y qué se me ha olvidado?

—Le dije a tu hermano que te recordara que hoy tenías que ponerte algo rojo, un vestido, un jersey, los pantalones, lo que sea…, porque tenemos que filmar un jurado colorido.

—No se me ha olvidado porque no lo sabía. La próxima vez me lo dices a mí directamente, que mi hermano es mi hermano, no mi agente.

Una muchacha joven y muy guapa que había escuchado la bronca se desanudó rápidamente un pañuelo de lana rojo del cuello y se lo puso a Noga sobre los hombros.

—Toma —susurró—, ya me lo devolverás al final del día. Y si no te acuerdas, tampoco pasa nada.

De allí condujeron al grupo al interior de la escuela, cuyos alumnos estaban disfrutando de las vacaciones de Lag Baomer. Al final de un largo pasillo los trece extras desembocaron en el gimnasio, donde las barras y el resto de los aparatos de gimnasia habían sido cubiertos con lienzos negros, lo que le daba a la sala el aspecto severo y misterioso de un tribunal. Doce figurantes fueron invitados uno a uno a tomar asiento en las dos filas de bancos colocadas detrás de un pequeño murete de contrachapado (el suplente, el decimotercer extra, fue a tomarse otro café). Noga se dio cuenta en ese momento de que todos eran diferentes, no solo en edad y origen étnico, sino también en los colores de sus ropas.

A ella la sentaron en la primera fila, y a Elazar, el veterano, lo exiliaron al final de la segunda bancada. ¿Lo habían colocado allí debido precisamente a su veteranía, gracias a la cual se movía como pez en el agua de película en película, de trama en trama? Podría ser, aunque precisamente la enorme figura del exmagistrado, tan familiar por los anuncios chabacanos en los que participaba, había

sido situada en un lugar destacado de la primera fila, quizá porque ya habían decidido que sería él quien pronunciara el veredicto.

Mientras el equipo de grabación desenrolla cables y coloca rieles para facilitar el movimiento de las cámaras, Noga se envuelve en el chal de lana, aspirando su agradable perfume con los ojos cerrados. En Arnhem suele tocar el arpa por las noches y acostumbra a irse a la cama de madrugada y levantarse alrededor del mediodía, así que la mañana israelí es más bien su madrugada europea.

La cámara aún no ha entrado en la sala, pero las instrucciones ya han sido dadas.

—Estáis aquí solamente para escuchar —les explica un joven asistente—, aunque de vez en cuando, cuando os hagamos una señal, tendréis que susurrar algo a quien tenéis sentado al lado. Da igual lo que le digáis porque no vamos a grabarlo. Solo necesitamos el movimiento de los labios, así que os filmaremos sin sonido. Como está previsto que sea un juicio largo e importante al que se supone que le van a dedicar doce minutos en la pantalla, que es un montón en una película de dos horas, queremos sacaros con distintas luces, la de la mañana, la del mediodía y la de tarde, para mostrar el paso de las horas. Por eso os vamos a grabar por separado, sin el tribunal, ni el fiscal, ni el abogado defensor ni el acusado, o, mejor dicho, la acusada. A ellos los incluiremos al final durante el montaje. Pero, aunque no estén, tenéis que aparecer pensativos y preocupados, porque se supone que vais a decidir sobre una acusación muy grave. En el guion no hay previsto ningún diálogo para vuestra deliberación, pero os llevaremos a otra sala y os grabaremos discutiendo y debatiendo de lejos y sin sonido.

—Disculpa, muchacho —lo interrumpió el juez—, supongo que eres consciente de que en el sistema legal israelí no existen los jurados populares.

—Por supuesto, no somos tan ignorantes, pero este juicio tiene lugar en otro país. La película es una coproducción internacional.

—¿En qué país? —insistió el juez—. A lo mejor allí tampoco hay jurados.

—Todavía no se ha decidido. Estamos dudando entre tres países, y va a depender también del presupuesto que podamos conseguir. Hoy en día el mundo está globalizado, señor, y por lo tanto también es modular. En una película contemporánea se pueden desplazar

ciudades y países como si fueran piezas de Lego.

8.

El pequeño apartamento de la residencia ya estaba vacío, pero todavía hacía falta que la dirección del establecimiento estuviera dispuesta a esperar a una fecha que conviniera a la Orquesta Filarmónica en Holanda para llevar a cabo el experimento. A pesar del permiso de tres meses que se le había concedido a la arpista para acudir a Israel a cuidar a su anciana madre y decidir en qué ciudad deseaba terminar sus días, la fecha en la que el concierto para arpa y flauta de Mozart se representaría estaba todavía abierta. Noga rogó e insistió a la dirección de la orquesta para que le dieran el papel de solista, que se sabía de memoria. Por eso era de vital importancia pedirle a Manfred, el flautista primero, que velara por sus intereses durante su ausencia.

—Si no puede ser Mozart —había intentado tranquilizarla el viejo flautista, que era también su discreto y ocasional amante—, tocaremos juntos la *Fantasie* de Saint-Saëns. —Se refería a la obra compuesta para violín y arpa en la que la flauta a veces reemplaza al violín.

—Como *bis* nada más —le advirtió la arpista—, como *bis* nada más. Ninguna *Fantasie* va a consolarme si me quitan a Mozart.

Honi estaba al tanto de estos dilemas, pero había decidido mantener a su madre alejada de ellos, no fuera a ser que se preocupara pensando que el experimento podría ser un estorbo en la carrera de su hija.

Al final se fijaron las fechas. Después de la Pascua, al comienzo del verano. Una noche, ya tarde, Honi llegó al aeropuerto a recoger a su hermana, y cuando la vio empujando su carrito con dos maletas en vez de una, como acostumbraba en sus visitas anteriores, la abrazó con fuerza: «Gracias. Gracias por venir a ayudarme. Ya sé que no crees en nuestro experimento, pero, a pesar de todo, también es tu madre».

Con el rostro demacrado y visiblemente cansado, pero con la mirada radiante de alegría al ver a su hermana, Honi empuja el carrito mientras le describe cómo ha sido el día anterior la mudanza a la habitación del jardín y le habla del apartamento de su infancia en Jerusalén, que espera su llegada.

—Tiramos todo lo habido y por haber. Yo estaba impresionado, porque precisamente ha sido mamá quien más entusiasmo le ha puesto. No ha mostrado ninguna piedad, ni con la ropa ni con el resto de las cosas de papá, pero tampoco con las suyas. Menos mal que las organizaciones caritativas de los ortodoxos funcionan a la perfección. Se lo llevan todo, hasta los muebles más cochambrosos. Aunque mamá se ha quedado con algunas cosas viejas tuyas, para que te deshagas de ellas tú misma.

—¿Qué cosas viejas mías? Si yo me fui de la casa hace años y no dejé nada.

—Qué va, dejaste un montón de cosas, ya lo verás por ti misma: un montón de juguetes viejos, cuadernos de la escuela y hasta ropa. Y tu arpa pequeña, la que papá te compró, que te la he sacado yo del desván. Échale un vistazo a todo y luego tíralo. Mamá y yo hemos tirado y regalado con alegría, y eso es una señal, por lo menos para mí, de que el experimento en que tú no crees al final va a ser un éxito.

—Ojalá —susurró ella con cansancio, sorprendida por el calor israelí. Se detuvo de golpe.

—¿Adónde vamos?

—Al coche.

—No se te ocurra pensar en llevarme a Jerusalén.

—¿Por qué no? Así puedo ayudarte allí con las maletas, enseñarte lo que hemos tirado y lo que no, y cerrar algunos asuntos por el camino…

—¡Ni hablar! Estás hecho polvo y nada de eso es tan urgente. Yo me cojo un taxi y tú me das la llave y te vuelves con tu mujer y tus hijos. ¿Es que te crees que no voy a saber apañármelas sola en la casa en la que me crie? Venga, vete…

Honi intentó protestar, pero ella no le dio tiempo y se metió deprisa en un taxi. Su hermano se rindió y pagó al conductor, que ya estaba arrancando, pero siguió aferrado a la puerta abierta.

—Tengo unas cuantas ideas para ti —dijo con una sonrisa

enigmática.

—Mañana…, no hay ninguna prisa…

Pero él no se soltaba.

—También quería decirte una cosa sobre tu concierto.

—¿Mi concierto?

—El de Mozart. Me he comprado el disco y lo he escuchado…, es interesante…, pero…

—Pero ahora no.

Gracias a ella, Honi se consideraba un entendido en temas musicales, y aunque Noga pensaba que su conocimiento era más bien superficial y parcial, seguía intentando educarlo.

—Acuérdate de asegurar bien la puerta y las ventanas.

—¿Las ventanas también?

—Me refiero a las del cuarto de baño… porque los niños…

—¿Qué niños?

El taxi necesitaba quitarse de en medio.

—Da igual, ya hablaremos.

Era casi medianoche, pero el barrio de Mekor Baruch, que durante su adolescencia habría estado en completo silencio a una hora tan tardía, todavía bullía en un ajetreo nervioso, como en busca del sueño.

La puerta del apartamento se abrió sin dificultad nada más introducir la llave, como si no hubiera necesidad de hacerla girar, y cuando encendió la luz le sorprendió no solo el orden y la pulcritud, que nunca habían sido algo habitual en casa de sus padres, sino sobre todo el nuevo vacío.

Honi llevaba razón. Un montón de cosas habían desaparecido, muebles incluidos, y el salón le pareció de pronto desnudo. Se dirigió a su antigua habitación para dejar allí las maletas. Su cama estaba hecha con mimo, y un camisón que olía a limpio estaba extendido sobre ella. El ritmo de su corazón se aceleró cuando entró en el dormitorio de sus padres y, para su sorpresa, la cama nueva, la eléctrica, de la que había oído hablar a su madre, también estaba lista para ser usada, como una especie de opción de sueño alternativa. Abrió el armario de sus padres. El lado de su padre estaba vacío. Aunque toda su ropa había desaparecido, aún quedaba un único traje colgado, negro y elegante, que todavía no había encontrado a nadie digno de recibirlo. A sus pies había también un

par de zapatos y un par de calcetines enrollados, como si su padre o su sustituto estuvieran a punto de entrar allí. Acercó su rostro a la gruesa tela, tratando de percibir un olor familiar, y entonces, con traviesa parsimonia, descolgó la chaqueta y la atrajo hacia sí, escurriéndose dentro de ella y comprobando cómo le quedaba en el espejo. Aunque su padre había encogido mucho en los últimos años, la chaqueta le quedaba grande. Las mangas le cubrían las manos y las amplias hombreras le enmarcaban la espalda. Con un movimiento deliberado y una ligera sonrisa alzó los brazos y se imaginó a sí misma dirigiendo con gestos delicados, amplios pero precisos, al arpa y la flauta en el concierto de Mozart.

El sonido del teléfono interrumpió el concierto imaginario. Honi no podría dormirse hasta que no supiera que había llegado sana y salva, y además quería saber si había empezado a apreciar la cantidad de cosas que habían desaparecido del piso en su honor.

—¿En mi honor? ¿Por qué? Yo no he pedido nada…

Pero a Honi, eufórico por el experimento que acaba de arrancar, le apetece conversar a medianoche sobre los planes que tiene previstos para su hermana. «Ahora no, es hora de dormir», protesta ella con firmeza, preocupada por la idea de que en adelante su hermano intente controlar no solo a su madre sino también a ella. Por eso, no solo cuelga el teléfono, sino que también desconecta el cable de la pared.

Encuentra el frigorífico lleno de comida que su madre sabe que le gusta: quesos curados, arenques ahumados en salsa, coliflor frita y crepes de patata. Se prepara una cena ligera, comprueba la ventana del cuarto de baño y se acuesta en la cama de su habitación. Al cabo de tres horas de sueño se despierta y se traslada con pasos de sonámbula al dormitorio de sus padres, tendiéndose en la cama eléctrica de su madre. Pero casi al amanecer vuelve a echar de menos su propia cama y el trasiego nocturno de idas y venidas entre las dos camas promete ser una experiencia agradable que puede durar todo el periodo del experimento.

No vuelve a conectar el teléfono hasta las diez de la mañana para que su madre no se preocupe por ella. Por supuesto, el aparato suena de inmediato, aunque no es la ansiosa voz de su madre lo que escucha, sino a su hermano, que está ya a punto de perder la paciencia, deseoso de presentarle a su hermana su sorprendente

propuesta.

—¿Extra? —ríe ella, confundida—. ¿Y eso? ¡Si yo no soy actriz!

—No vas a tener que actuar, sino estar… Simplemente estar… Prueba, ¿qué más te da? Ahora mismo en Israel hay muchísimo movimiento en el mundo de la televisión y el cine, y hay un montón de oportunidades. Así podrás conocer a un montón de gente nueva, formar parte de las aventuras de otros y ganar un poco de dinero, ya que rechazas el nuestro… ¿Qué vas a hacer si no en Israel? ¿Seguir persiguiendo la música? Dale un respiro a la pobre, ¿no?

9.

El día va lentamente llegando a su fin y el jurado sigue sentado en las dos filas de bancos al final del gimnasio. La cámara juega con ellos, acercándose y alejándose de sus rostros. A veces parece que ha desaparecido, pero está siempre ahí.

—Espero que no os moleste que os hayamos retenido aquí todo el día —se excusa el cámara o el productor—, pero este juicio es muy importante para la película, y los cambios de luz del día, que en la película tomarán varios minutos, mostrarán que habéis estado aquí escuchando todo el día. Se supone que no deliberaréis entre vosotros y daréis vuestro veredicto hasta bien entrada la tarde.

En el resto de la sala pululan otros figurantes, que no han venido de Jerusalén, y entre ellos es posible distinguir también a algunos actores reales de escenas ya filmadas o por filmar. Pero el juez, el fiscal, el abogado de la defensa, los testigos y la acusada todavía no han llegado. Lo más seguro es que estén todavía repasando sus papeles y ensayando.

—¿Tú sabes de qué va la película? —pregunta Noga al magistrado jubilado, que se sienta a su lado en la primera fila.

—Más o menos. La agencia que contrata a los extras es muy cauta a la hora de dar demasiada información, quizá porque temen que la gente se arrepienta en el último minuto. Lo que pasa es que los figurantes, precisamente porque no son actores de verdad, sino más bien añadidos, a veces acaban confundiendo la imaginación de otros con su propia realidad.

Con la llegada del anochecer, los técnicos colocan dos focos de apoyo enfrente de las dos hileras de asientos del jurado. Justo después llega una procesión de togas negras: el fiscal, el abogado y el juez, que desaparecen dentro de un aula transformada en sala de audiencias. Dos hombretones con un uniforme indefinido escoltan a la acusada esposada, paseándola varias veces delante del jurado.

Noga reconoce a la guapa muchacha que esta mañana le prestó su perfumado chal rojo. Ahora, sin maquillaje, vestida con ropa negra, el rostro desencajado y unas oscuras ojeras enmarcándole los ojos, la joven camina despacio, meditabunda, como si estuviera rumiando su crimen. Su mirada se pasea rápidamente por el jurado, y cuando reconoce el pañuelo rojo sobre los hombros de la extra, la acusada inclina ligeramente la cabeza y se detiene frente a ella, como queriendo decirle algo, pero el guion no incluye ningún texto. La angustia y el sufrimiento de su mirada son tan verdaderos y convincentes que Noga se envuelve aturdida en el pañuelo rojo, como si no fuera la actriz la que tuviera delante, sino una desagradable compañera que hubiera emergido de su pasado.

—¿Cuál es su crimen? —le pregunta en susurros al magistrado una vez que la acusada se ha alejado.

—Asesinato… A su marido…

—¿Por qué?

—Eso lo sabrás cuando veas la película —le responde con un toque irónico—, si es que al final hay película.

Todos los actores del juicio han desaparecido en la clase transformada en sala de audiencias, pero la cámara sigue sin querer dejar ir al jurado. Ha llegado el momento de anunciar el veredicto de un proceso que en realidad todavía no ha empezado.

Como se había establecido de antemano, el antiguo juez se yergue en su asiento y responde en voz alta y con un deje de satisfacción a la pregunta que todavía no ha sido expresada:

—Culpable.

Sin embargo, el miserable tono placentero del juez no agrada al director, que le vuelve a pedir que repita la palabra. Pero el experimentado figurante no puede disimular la alegría que le produce su pequeño papel.

El director se dirige entonces hacia Noga y le pide que se levante ella mejor y anuncie el veredicto.

—Culpable —dice ella simple y suavemente.

El director parece satisfecho y le pregunta si puede repetirlo también en inglés.

Ella vuelve a pronunciar la sencilla palabra con delicadeza y tristeza, esta vez en inglés.

El productor le susurra algo al oído al director, que le pregunta a

Noga si habla otros idiomas.

—Sí, holandés y un poco de alemán.

—Por favor, repítelo entonces también en holandés y en alemán.

Al principio la petición la sorprende, pero se recompone enseguida y reitera su culpabilidad en los otros idiomas.

10.

Noga tenía la intención de visitar a su madre a los dos días de llegar a Israel, pero Honi intentó disuadirla.

—Vas a estar aquí tres meses, no una semana. Descansa, aclimátate. En la residencia han organizado una excursión para pasado mañana, y sería bueno que mamá participara. Espérate un par de días más, deja que ella también se adapte y yo mismo intentaré ir a buscarte a Jerusalén.

Noga sabía que el experimento en el que había puesto todas sus esperanzas le exigía a Honi una vigilancia constante, no solo de su madre, sino especialmente de ella, para que su escepticismo no fuera a echar a perder el plan. Pero tras cuatro días en Jerusalén, Noga decidió escabullirse del control de su hermano e ir a Tel Aviv sin que él lo supiera.

Cuando llegó a la reluciente recepción de la residencia le dijeron que su madre estaba en un concierto. Al principio se apostó a lado de la puerta cerrada, intentando escuchar al trío de cuerdas *amateur*, pero al cabo de un rato se impacientó y abrió la puerta con cuidado, entrando y refugiándose al final de la minúscula sala sumida en la oscuridad. Allí una veintena de ancianos seguían atentamente a sus compañeros, un violinista, un violista y una chelista sentada en una silla de ruedas que interpretaban juntos un trío de Schubert, saltándose más de una nota en su enérgica interpretación. Los músicos se dieron cuenta de que alguien había entrado, y pareció que su inesperada presencia les creó cierta ansiedad. Pero su madre, que parecía disfrutar tranquila y sosegadamente de los atractivos extras de vivir en una residencia, todavía no la había visto.

Al final ella también se dio cuenta de la presencia de la visitante que esperaba de pie al lado de la puerta, y se apresuró a levantarse. Noga le hizo no obstante un signo para que esperara y volviera a

sentarse para no ofender a los músicos.

Al final del concierto su madre se la presentó a una de las residentes.

—Esta es mi hija… Es música también… Pero vive en Holanda…

A Noga le agradó el apartamentito de prueba de su madre, que, aunque es verdad que estaba en la planta baja, daba a un pequeño parterre privado con césped y macizos de flores. Los muebles eran sencillos pero nuevos, y el cuarto de baño brillaba de lo limpio que estaba.

—¿Te puedes creer, Noga, que como inquilina tengo que regar mis propias flores?

—¿Y no te gusta?

—Regar me gusta, pero no que me obliguen. En Mekor Baruch ya nadie tiene flores.

—¡No exageres!

—Y de todas maneras —suspiró su madre—, si papá se hubiera imaginado que huiría a Tel Aviv tras su muerte, a una ciudad a la que le tenía tanta manía, no habría abandonado el mundo con tanta paz.

—Bueno, pero tú no estás en Tel Aviv, estás a buen resguardo en una residencia.

—¿A buen resguardo de qué?

—A buen resguardo de Tel Aviv.

Su madre se echó a reír.

—En los seis días que llevo aquí ya se han hecho amigas mías varias viejas encantadoras, incluida una jerosolimitana que dice que se acuerda de mí, de cuando íbamos a la guardería, y se empeña en que no he cambiado nada, ni por fuera ni por dentro.

—Fíjate, hasta ya tienes una amiga.

—Sí, aquí es muy fácil hacer amigos, pero para que la amistad sea duradera tienes que contribuir con historias de enfermedades y dramas. Por aquí circulan las historias más increíbles sobre las enfermedades más raras y exóticas, descritas con tanto detalle que te da la impresión de verlas crecer delante de ti y contagiarte de golpe.

—¿Y tú no tienes ninguna enfermedad que puedas pasarles como agradecimiento?

—Ninguna, hija mía. Ya sabes que estoy sana como una

manzana. Hasta la muerte de papá fue tan fácil y natural que lo único que despierta es envidia.

—Pues entonces dedícate a hablar de las tragedias familiares.

—Es que tampoco tenemos ninguna… Siempre fuimos una familia normal y unida.

—¿Normal? —Noga soltó una risita—. ¿Y yo qué?

—¿Qué pasa contigo?

—Una mujer ya no tan joven a quien su marido abandonó porque se negó a traer hijos al mundo.

—Si te negaste, ¿dónde está el problema? Si no hubieras podido tener hijos sí que podrías dar pena, pero yo no voy a convertir el que no quisieras tener hijos en un problema para darle aquí el gusto a alguna vieja.

—Entonces por lo menos haz que se enfaden un poco por mi culpa.

—¿Que se enfaden por tu culpa? ¿Por qué? Si el experimento sale bien y yo me mudo aquí para siempre, ¿de qué me vale que otros te tengan manía? Papá no se enfadó y tampoco permitió que nosotros nos enfadáramos. Tenemos que respetar la voluntad de Noga, dijo, un parto puede ser complicado, incluso provocar la muerte.

—¿La muerte? ¿Eso dijo?

—No solo lo dijo, sino que lo pensaba.

—El bueno de papá. No encontró otra manera de justificar mi decisión.

—Así era como intentaba explicarla.

—Mi decisión no tuvo nada que ver con ninguna muerte.

—Claro que no tuvo nada que ver. Yo no creo que tuviera que ver con nada. No quisiste, y punto. Eso le dije yo a papá. Pero él se empeñaba en aferrarse a su explicación. Así que me dije a mí misma: «si él se imagina que Noga ha escapado de la muerte de esa manera, ¿quién soy yo para negárselo?».

La puerta del balcón que conducía al jardín estaba abierta, y Noga observó que la habitación estaba orientada hacia el oeste, por donde ya se veía aparecer un resplandor rojizo.

—Se está a gusto aquí, y es bonito. Honi te ha buscado un buen sitio. Por cierto, me ha sorprendido la cantidad de cosas que habéis tirado de la casa. Toda la ropa de papá…

—No solo la de papá. La mía también. A Honi le impresionó la facilidad con la que vacié los armarios. Si el experimento este no funciona, por lo menos volveré a un piso más espacioso. Si hubieras estado con nosotros, te habríamos convencido de que tiraras también las cosas tuyas que quedan.

—No quedan muchas.

—Es verdad que no quedan muchas, y las que quedan ya las tirarás tú.

—Aun así, te quedaste con el traje negro de papá.

—Es que es tan bonito y tan nuevo que es una pena darlo a la caridad.

—A lo mejor es que estás guardándolo para un nuevo marido —se burló Noga de ella, y su madre se echó a reír.

—Tú me conoces, Nogaleh, ¿me ves con otro marido?

—Bueno, entonces por lo menos un amante —se empeñó la hija.

—Un amante sí, pero tiene que ser japonés o chino, como los que papá inventaba para hacerme reír por las noches. Lo que pasa es que los asiáticos son muy pequeños y delgados, y el traje ese no les valdrá. Pensé regalárselo a Abadi, pero me da la impresión de que no le gustaría mucho ponerse el traje de un difunto. Así que sigamos pensando. Si quieres, se lo puedes dar a nuestro vecino el señor Pomerantz, que sigue siendo un hombre atractivo y elegante…

—Pero sin los zapatos ni los calcetines, que eso sí que sería ofensivo.

—¿Zapatos y calcetines? ¿A qué te refieres?

—Los zapatos y los calcetines que dejasteis debajo del traje… Casi da la impresión de que sigues esperando a que vuelva.

—Es verdad, Noga, espero que vuelva, pero si los zapatos y los calcetines te molestan, tíralos en cuanto vuelvas.

—Ya veremos. Sí que se está a gusto aquí… Los demás residentes parecen gente bastante civilizada.

—Los que has visto sí, porque hay otros que dan hasta miedo, aunque apenas salen de sus habitaciones. Pero si el experimento funciona, va a ser un alivio para Honi, que ya no tendrá que viajar más a Jerusalén, cosa que cada vez soporta menos. Por eso está tan contento de que esté aquí.

—Está muy unido a ti.

—Demasiado. Se pasa por aquí varias veces al día para ver cómo estoy y hasta ha comido conmigo un par de veces en el comedor. Ayer trajo a los nietos para que los cuidara un rato. Menos mal que aquí hay un poco de césped donde soltarlos, porque mi habitación es demasiado pequeña para la energía que tienen. Yo pensaba que iba a tener que estar con ellos solo un par de horas, pero Saray tardó cuatro horas en venir a por ellos. No le dije nada porque, como artista que es, tiene un sentido del tiempo un tanto abstracto. Si puedo serles útil aquí de vez en cuando, ¿por qué no? Pero ya es hora de cenar. Anda, acompáñame.

Pero Noga no se levantó.

—Poco a poco, mamá. La próxima visita. Hoy ya no me queda energía para enfrentarme a los interrogatorios de tus abuelas.

La madre se dirigió al comedor y Noga, fascinada por la luz del sol a punto de desaparecer, se acomodó en el pequeño sillón. Al cabo de un rato se levantó y cruzó el balcón camino del césped, sumido ya en la penumbra. «¿Cómo se ha podido conservar un espacio semejante? —se asombra Noga—. En mitad de una residencia de ancianos, en un edificio encajonado entre tantos otros al que se accede desde una anodina calle como cualquier otra, y de repente esto parece una residencia de estudiantes de Oxford o Cambridge, donde detrás de una puertecita simple de una calle cualquiera de la ciudad se esconde una antigua catedral rodeada de un maravilloso césped».

Todavía asombrada, deambula por la hierba para averiguar dónde termina. En el crepúsculo encarnado que la rodea, descubre una silla de ruedas aparcada al lado de un banco, que esconde a un anciano enjuto envuelto en una manta con un fino pañuelo anudado al cuello. Parece aletargado, o quizá inconsciente, y tiene el brazo enganchado a una bolsa intravenosa encogida y arrugada.

¿Será un residente olvidado al que nadie ha llevado al comedor? ¿O esa bolsa intravenosa le sirve de cena?

Con cuidado de no despertarlo, se sienta en el banco bajo la creciente oscuridad para comprobar que el anciano se encuentra bien. El cálido aire de la noche ha adormecido al anciano, y pronto ella misma se contagia de su sopor, cerrando los ojos y entregándose a la somnolencia. De repente, nota como una mano le acaricia el cuello.

Por un momento le aterroriza la idea de que el hombre de la intravenosa se ha despertado para estrangularla. Pero el enjuto viejo ha desaparecido. Alguien ha debido de llevárselo dentro sin hacer ruido. Detrás de ella, le llega la risa de su hermano.

—¡Ten más cuidado! Después de los cuarenta y uno, mi corazón ya no está para tus bromas…

—Tu corazón sigue siendo el mismo —le responde Honi, asiéndola por la muñeca como si quisiera comprobar su pulso—. Sigue siendo un corazón joven y fuerte. Un corazón de piedra, como solía decirme Urías.

—¿También se quejaba de mí contigo?

—Sí, pero era por el amor desesperado que te tenía. ¿Qué te parece la residencia que le he encontrado a mamá? Con el césped este puede cuidar de sus nietos mientras sigue sentada en su sillón.

—Si se decide, ¿esta sería su habitación definitiva?

—Esta, o puede que una mejor, pero con la condición de que tú no la desanimes.

—No he venido a Israel a desanimar a nadie, ni a ti ni a ella.

Honi asiente en señal de gratitud.

En la habitación les espera una bandeja de fruta que la nueva residente ha preparado para sus hijos. Tan solo seis meses después de la muerte del padre, se encuentran aquí los tres, en serena calma, sentados en esa fabulosa residencia, que está a años luz del radicalizado barrio que han dejado en Jerusalén. Hablan del experimento, que acaba de comenzar, y de las medidas que deben tomar con respecto al piso de Jerusalén al cuidado de Noga.

—Una cosa —se acuerda Noga—, los niños esos, los nietos de Pomerantz… Todavía no me he enterado de lo que tengo que hacer si vuelven a entrar en el piso.

—No van a volver a entrar —la corta su hermano—, y si lo intentan, no los dejes. Da igual si te lo suplican; no tengas piedad. No vuelvas a cometer el mismo error que tu madre. Encárgate de cerrar bien la ventana del baño, porque ya han entrado alguna vez bajando agarrados a las tuberías.

—¿Han bajado desde el tercer piso agarrados a las tuberías? ¿Cuántos años tienen?

—El mayor —responde su madre— tiene once o doce años, y el pequeño tendrá unos seis. El mayor es el hijo de Shaya, ¿te

acuerdas de él, Noga? El hijo mediano de Pomerantz, el muchacho aquel tan guapo con el que solías charlar a veces en las escaleras o en la calle. Cuando te casaste y te fuiste, le buscaron una novia de entre los extremistas de Mea Shearim, y aunque tiene más o menos tu edad, ya le ha dado tiempo a ser padre de por lo menos diez hijos, puede que sean hasta once. Yo creo que hasta su madre ya se confunde con el número. El otro, el pequeño, es un primo, y como pasa en estas familias tan prolíficas, siempre hay uno que sale retrasado…

—Mamá, no uses esa palabra —la reprende Honi.

—Bueno, pues si no es retrasado, por lo menos es diferente. Vive en su mundo, vamos, aunque es una criatura encantadora y muy guapa. Y como es hiperactivo, lo mandan con el hijo de Shaya a desfogar a casa de la abuela. Pero ¿cómo va a entretenerlos la pobre señora Pomerantz, si ella misma está enferma? Y, claro, por supuesto que no tienen televisión, solo una radio vieja sintonizada con una cadena religiosa, así que no me extraña que los niños se aburran y salgan a merodear por las escaleras, subiendo y bajando sin parar, haciendo ruido y dando gritos, porque los alaridos del pequeño, el retras…, el discapacitado ese, hay veces que te hielan la sangre. Así que para tranquilizarlos un poco los invité a ver la tele un rato en mi casa, un programa infantil, porque por supuesto la televisión está prohibida en la suya.

—¿La abuela te dio permiso?

—No quise ponerla en un compromiso para no buscarle problemas con Shaya, que se ha convertido en un fanático de cabo a rabo, pero estoy segurísima de que lo sabe, o al menos de que se lo imagina, pero hace oídos sordos porque le proporciona algo de descanso. La familia Pomerantz siempre fue una familia respetable, para nada extremista. Cuando tú tocabas en *sabbat*, Nogaleh, nunca se enfadaban.

—Vale, pero resumiendo…, ¿qué se supone que tengo que hacer ahora? ¿Además de guardar el piso tengo que encargarme de un par de niños religiosos trastornados?

—Qué va, para nada. No les dejes entrar bajo ninguna circunstancia —le responde Honi—; a mamá le dieron pena, un error, pero a ti no te tiene que dar pena nadie. Lo único que tienes que hacer es quitarles la llave.

—¿La llave? ¿Qué llave?

—Pues creo que me han robado una copia de la llave del piso —responde la madre a la defensiva.

—Entonces lo que hay que hacer es llamar a la policía.

—¿A la policía? —exclama la madre, sorprendida—. ¿Cómo puedes decir eso, Nogaleh? Que son los nietos de Pomerantz, los pobres hijos de Shaya. ¿Cómo vamos a llamar a la policía para que los detenga? ¿Cómo se te puede ocurrir eso?

—No para que los detenga, solo para que les quite la llave.

—Ya les quitaremos la llave, no te preocupes. Honi va a llamar por teléfono a la señora Pomerantz y ella se la quita. Tú cierra bien la ventana del baño por la noche y ya está… Tampoco es tan difícil.

11.

Honi llevó a su hermana a la estación de autobuses. Como vio que todavía faltaba un rato para que saliera su autobús, se ofreció a llevarla a Jerusalén.

—Pero ¿qué es lo que te pasa? —protestó Noga—. Anda y vete con tu mujer y tus hijos. Me parece a mí que este experimento está afectándote la cabeza. Ni que te hubieras enamorado de él.

—Pues no lo eches a perder.

—¿Por qué iba yo a echarlo a perder?

Honi saca varios billetes de su cartera.

—Aquí tienes, por si acaso. Solo por si acaso.

—¡Ni lo sueñes!

—Pero ¿cómo vas a ser capaz de sobrevivir estos tres meses sin ningún ingreso extra? Tu cabezonería y orgullo es lo que van a acabar echándolo todo a perder. Mamá también está preocupada…

—Tengo suficiente para sobrevivir, y si me faltara, ¿no me habías dicho que me ibas a buscar un trabajillo?

—Estupendo, pues entonces coge esto a cuenta de tu próximo sueldo. No me digas que no, por favor. No me voy a ir a casa tranquilo mientras sepa que te puede faltar cualquier cosa en Jerusalén.

Noga duda un momento. Parados enfrente de la desolada estación, en la penumbra de la noche, advierte que su hermano envejece a ojos vistas. Tiene ya el pelo canoso, y aunque nadie diría nunca que se parecía a su padre, últimamente es posible entrever algo de la mirada del difunto en los ojos de Honi.

Noga suspira y le acaricia el brazo.

—Me resulta raro volver a mi patria y trabajar como extra. De todas maneras, ¿con quién tengo que hablar? ¿Adónde tengo que ir?

—No tienes que hacer nada. Yo me encargo de que se pongan en contacto contigo. Me he enterado de que están rodando una

película sobre inmigrantes o refugiados o algo de eso, y necesitan un montón de extras. Ya lo arreglo yo.

Una vez en el autobús, que acelera en las cuestas que llevan a Jerusalén, vuelve a invadirle el temor de que su orquesta va a tocar sin ella el doble concierto para arpa y flauta de Mozart. «Tendría que haberles obligado a que me prometieran que no se olvidarían de mí», se dice a sí misma mientras extiende suavemente los brazos hacia el asiento delantero, como haría para acercar el arpa a su pecho a la espera de la señal del director.

Un taxi la acerca a la calle Rashi, pero el taxista parece dudar.

—¿Estás segura de que esta es tu dirección?

—Por ahora sí —susurra ella, apresurándose a salir del taxi.

Es tarde, apenas hay coches en la calle, pero el murmullo de la presencia humana es continuo. La gente emerge de las casas para volver a desaparecer rápidamente dentro de ellas.

Al pie de la entrada de su edificio, un anciano que espera en la penumbra levanta su sombrero a modo de saludo cuando distingue a Noga.

—¿Es usted Noga?

Pronuncia su nombre con delicadeza, y aunque no se han visto nunca, Noga sabe que es el abogado al acecho que pretende liberar el piso.

—Por ahora —responde ella alegremente.

—Pero usted vive en el extranjero, en Holanda…

—Por ahora —dice. Empiezan a gustarle esas dos palabras.

—Porque, aunque volviera usted a Israel —continúa el hombre —, debe saber que su madre no tiene ningún derecho a traspasarle el apartamento. Ni siquiera podría usted alquilárselo.

—¿Por qué?

—Porque este es un piso de renta antigua del que su padre era el único arrendatario. Tras el fallecimiento de su padre, a su madre, por pura caridad, le permitieron seguir viviendo aquí como arrendataria protegida, pero no tiene ningún permiso para alquilar.

—¿Y usted es el propietario?

—Yo soy su emisario, su representante legal…

—Pues qué bien.

—Y según me cuentan los vecinos, su madre se ha ido de aquí y se ha mudado a una residencia de ancianos.

—Por ahora…

—Pues haga usted el favor de saludarla de parte del abogado Stoller. Yo apreciaba mucho a su difunto padre, que solía traerme aquel ridículo alquiler dos veces al año. Mientras él estuvo con vida no esperábamos nada, pero ahora dígale a su madre de mi parte que vivir en una residencia cerca de su hijo y sus nietos es algo muy importante y especial. ¿Por qué vivir sola rodeada de gente a la que su pobreza convierte en locos fanáticos? A nosotros también nos gustaría deshacernos de este piso, y tenemos algún comprador. Así que dele muchos recuerdos a su madre de mi parte. Si yo tuviera la oportunidad de mudarme a una residencia de ancianos en Tel Aviv, no lo dudaría ni un segundo.

—¿Es usted religioso?

—Puedo ser religioso cuando quiera, pero por ahora no he encontrado ningún grupo religioso que me convenga.

—¿Y si decido quedarme aquí en calidad de hija de mi padre?

—Sin su madre, no puede. Legalmente no tiene usted ningún derecho, así que no puede solicitar la residencia protegida. De todas maneras, ¿por qué querría quedarse en un piso como este? Le hace falta una buena renovación. ¿Es que no quiere volver a su orquesta holandesa?

—¿Hasta eso le han contado?

—Yo sé muchísimas cosas sobre su familia. Su padre, que en paz descanse, solía confiarse conmigo. ¿Qué toca usted en la orquesta? ¿Los bombos?

—El arpa.

—Ah, eso es mejor. Más noble.

—Cada instrumento tiene su propia nobleza.

—Si usted lo dice…

El abogado volvió a levantarse el sombrero, esta vez a modo de despedida.

En el piso, la luz del cuarto de baño está encendida, pero la ventana parece estar bien cerrada.

Noga se desnuda y, antes de decidir en qué cama va a comenzar la noche, se pasa una hora larga sentada delante de la televisión, viendo un concierto en el que la orquesta está instalada en un escenario en medio de un bosque, rodeada de una multitud de veinte mil alemanes recostados en la hierba que escuchan con

deleite los clásicos populares. La cámara sube y baja, acariciando con suavidad los hombros desnudos de las mujeres que tocan. Hasta hace un par de años ella también solía tocar con los hombros desnudos, pero últimamente le da la impresión de que han engordado un poco, y comparados con los hombros de otras mujeres, le parecían un poco bastos. Por eso había decidido cubrírselos, y eso que Manfred, el primer flautista de la orquesta, no les encontraba ningún defecto, y solía besárselos con devoción y gozo.

12.

Por la mañana llama a Manfred a Arnhem para pedirle que intente asegurarle la promesa que le hicieron con respecto al concierto de Mozart. «Deja de preocuparte —le promete el flautista—, el concierto para flauta y arpa está destinado a nosotros dos, y yo no lo voy a tocar con nadie más». Y ya de paso, como es él quien tiene la llave de repuesto del pisito de Noga en Arnhem, le dice como el que no quiere la cosa que se dejó un grifo mal cerrado en el cuarto de baño, sin duda por las prisas con las que se fue, pero le asegura que para cuando vuelva todo estará seco.

Noga se pregunta si Manfred está cuidando del apartamento o más bien disfrutando de él, pero la distancia entre Oriente Medio y Europa atenúa su inquietud. Cuando Honi la llama por teléfono para contarle los detalles de su futuro trabajo como figurante, que empieza mañana, Noga se pone a bromear con él mientras apunta la información en el viejo bloc de notas de su padre, en el que este anotaba fielmente todos los recados que le encomendaban su mujer o sus hijos.

A mediodía se prepara un buen almuerzo y luego cierra las persianas del dormitorio de sus padres, se quita la ropa y ajusta la cama eléctrica para una buena siesta, pero no pasa mucho rato antes de que su sueño sea perforado por una loca carrera escaleras arriba y abajo, interrumpida de vez en cuando por unos gritos salvajes, como si una pequeña bestia predadora estuviera luchando por su vida.

Al cabo de un rato vuelve la calma, una calma incluso más intensa que antes, y la ligera brisa que se cuela en el dormitorio obliga a la durmiente a recolocarse la manta, y mientras vuelve a quedarse dormida, escucha dos golpes suaves en la puerta principal.

«Seguro que se trata de los “críos de la tele” de mamá», sonríe Noga para sí misma, determinada a ignorarlos. Pero los golpecitos,

suaves e insistentes, no acaban. «Que se vayan al infierno», piensa Noga, esperando. Al rato los golpes se interrumpen, permitiéndole caer de nuevo en un sueño reparador. Se acurruca en la almohada y es transportada a un lugar en el que nunca ha estado, una atestada calle del gueto de alguna ciudad, en la que alguien pronuncia un discurso con una voz débil pero familiar, elocuente y decidida, llena de indignación. ¿Es posible que su sueño la haya transportado tan lejos solo para volver a escuchar esta voz?

Por fin acaba recobrando la conciencia. Se quita la manta de encima con un gesto brusco, se envuelve en una bata y abre sin hacer ruido la puerta del salón.

La televisión está encendida con el volumen al mínimo. En los dos desgastados sillones de color burdeos que han sobrevivido a la purga de su madre y su hermano, se hallan parapetados dos niños vestidos de negro y con tirabuzones en el pelo. Sus sombreros descansan en sus regazos y los largos flecos rituales del *talith* asoman por debajo de la cintura. El mayor de los niños siente su presencia de inmediato y le lanza una mirada grave, retadora e implorante a la vez. En el otro sillón se esconde un querubín dorado, precioso, que se riza distraídamente el tirabuzón derecho con su pequeña mano mientras sus ojos azules siguen absortos el discurso del primer ministro.

—¿Quiénes sois? ¿Y cómo habéis entrado aquí?

—Tu madre nos dijo que si ella no estaba en la casa teníamos permiso para calmarlo con la tele —respondió el mayor señalando al pequeño.

—Ella no os ha podido decir algo así.

—Te lo juro, tú no estabas en Israel. Por eso no lo sabes.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Yudel… Yehuda… Yuda-Tsvi.

—Escúchame, Yuda-Tsvi, lo sé todo sobre vosotros. Sois los hijos de Shaya.

—Yo sí, pero este es Shraga, mi primo, el hijo pequeño de la hermana de mi madre. Pero tú solo conociste a mi padre, no a mi madre.

—Eso es verdad —responde ella, molesta—, ni conocí a tu madre ni quiero conocerla. Y ahora, apaga la televisión. ¿Dónde está el mando?

—Yo no lo tengo, lo tiene él, porque es él quien elige lo que le tranquiliza.

—Como por ejemplo el primer ministro —dice ella con una sonrisa.

—Sí, ese a veces puede tranquilizarlo también, aunque depende de lo que diga. Pero él, si no ve un poco la tele cada día, se pone a subir y bajar escaleras sin parar, y saca de sus casillas a todo el mundo, incluida tu madre.

Noga se inclina sobre el crío, que todavía no la ha mirado ni una sola vez, y busca el mando debajo de su sombrerito, que descansa sobre sus rodillas. Después lo levanta de su sitio para rebuscar entre los cojines del sillón, pero al niño no parece importarle y sigue sin despegar los ojos de la pantalla. Solo Dios sabe dónde habrá escondido el mando. Noga lo suelta y desenchufa el cable de la televisión, e inmediatamente escucha un aullido salvaje. El crío se abalanza sobre ella e intenta morder la mano que le ha robado al primer ministro, y cuando ella se lo quita de encima, el niño se tira al suelo y se echa a llorar a gritos.

—No se le puede arrancar así de la televisión —dice con toda parsimonia el primo, que sigue sentado en su sillón tan tranquilo.

—¿Así cómo?

—De golpe y porrazo.

—Ya he tenido suficiente —le corta Noga—, ¿qué le pasa al niño este? ¿Qué problema tiene? ¿Dónde está su madre? ¿Dónde está su padre?

—Su padre está siempre malo, y a mi tía ya no le quedan fuerzas para cuidarlo, así que mi madre me pidió que me encargara de él. Porque, aunque tú no lo sepas, él no es un niño normal. Es un niño muy importante.

—¿Importante por qué?

—Porque es el nieto del rabino, el *tsadik*, el Justo en persona, y si otros niños se murieran, a lo mejor dentro de ciento veinte años él llegaría a ser *tsadik*.

Pero a ella no le impresiona lo más mínimo el *tsadik* que solloza en el suelo.

—¿Sabe tu abuela ahí arriba que te dedicas a entrar en casas ajenas?

—Mi abuela ya casi no se entera de nada —le contesta el niño,

sincero—, y aunque lo supiera, le daría igual, porque sabe que la tele es lo único que puede ayudarlo con su pena. Yo te juro, Noga —pronuncia su nombre de repente y con algo más de dulzura—, que a tu madre tampoco le importaba que yo lo tranquilizara con su tele. Si hasta una vez me dio una llave de aquí.

—¡Una llave!

—Sí. Porque sabe que, si lo meto por la ventana del cuarto de baño, puede pasar, Dios no lo quiera, que se caiga y se estampe por el camino.

—¿Y dónde está ahora la llave?

—¿Por qué?

—¿Dónde está la llave?

—Aquí… La tengo yo.

—Dámela.

—¿Por qué? ¿Es que tú no tienes una?

—Dámela ahora mismo, si no…

Mientras el pequeño *tsadik* alza hacia ella sus ojos azules llenos de lágrimas, el mayor se desabrocha el botón superior del cuello de la camisa y le tiende un cordón con la llave a la que su padre había colocado un anillo rojo para poder distinguirla de sus otras llaves.

Noga abre la puerta de la casa y les dice en voz baja:

—Ya está, muchacho, ya está, señor
Yuda-Tsvi,
esta es la última vez… Voy a hablar con tu abuela y con tu abuelo…

—Con mi abuelo no —grita el niño, aterrorizado—. Por favor, no se lo digas a mi abuelo —suplica antes de que la puerta se cierre de un portazo tras ellos.

13.

Unos días más tarde, una noche en que regresaba a Jerusalén del rodaje con el jurado, con el chal rojo que le había prestado la joven actriz alrededor de los hombros, le contó a Elazar, que iba sentado a su lado, la historia de los dos críos, así como de pasada.

—Aunque les hayas quitado la llave, yo no estaría tan seguro de que no vayan a volver —le dijo—. Seguro que el m-m-mocoso ha hecho una copia, así que no te sorprendas si te los encuentras otra vez delante de tu tele.

—Entonces ¿qué hago?

—La p-p-próxima vez no los eches de tu casa ni discutas con ellos. Al revés, ponles buena cara y llámame sin que se den cuenta. Yo me pondré mi viejo uniforme de policía e iré a asegurarme de que los pequeños *tsadiks* no vuelven a molestarte n-n-nunca.

—¿Nunca? —se ríe ella—. Si me voy de Israel dentro de unas semanas.

—¿Y q-q-qué? Aun así, te mereces un poco de t-t-t-tranquilidad.

Por alguna razón, a Noga el tartamudeo de Elazar le resulta molesto y encantador a la vez, quizá porque le pilla siempre por sorpresa. Es capaz de enlazar frases enteras de corrido y, justo cuando se le había olvidado que tartamudea, una palabra de lo más normal, una humilde preposición incluso, que podría esconder alguna emoción no procesada, le produce un bloqueo mental. Entonces, más que quedarse atascado en una palabra o sílaba, forcejea con un sonido, alargándolo. En la oscuridad del minibús que asciende hacia Jerusalén, Noga nota su deseo de acercarse a ella. No es solo porque le pueda parecer atractiva, sino también porque es una mujer libre, sin marido, sin hijos y sin deseo de tenerlos. También porque su estancia en Israel tiene fecha de caducidad y no hay peligro de complicarse la vida con líos sentimentales que podrían acabar perjudicándole él o a alguien de

su familia.

Como él está al tanto de los futuros proyectos de la agencia con la que trabajan los figurantes, intenta aprovecharse en la penumbra del viaje para animarla a que ella también se apunte.

—No me hace falta tanto dinero.

—No es solo por el d-d-dinero —protesta él—, sino también porque es una oportunidad de participar sin esfuerzo y sin ninguna ob-b-bligación en las aventuras de personajes de todo tipo, y puede que hasta de dejar alguna huella en la m-me-memoria de la audiencia. Mira, esta tarde, por ejemplo, lo bien que anunciaste el veredicto. Cuando esa película esté terminada, si es que se termina alguna vez, seguro que hay un montón de espectadores que no van a olvidar con qué delicadeza, aunque también con qué s-s-seguridad dijiste: c-c-c-culpable. Como si se tratara no de una asesina, sino de ti m-m-m-misma.

El magistrado, que iba sentado en silencio y aparentemente medio dormido delante de ellos, miró hacia atrás.

—Es verdad, señorita, Elazar lleva razón. Hoy en día tendemos a esperar que el tribunal pronuncie el veredicto de una pena dura con un tono personal, incluso con una ligera vacilación. Yo todavía estoy acostumbrado a anunciarlo de una manera más ceremonial, y por eso hoy me han quitado del medio.

Noga y el juez se bajan en la parada de autobús cerca de los vestigios del cine Edison, y Elazar, tras vacilar por unos instantes, decide acompañarlos. «Te acompaño a tu casa y así sé cómo llegar r-r-rápido en caso de que necesites espantar a los críos esos». Pero Noga le señala su edificio desde lejos, no vaya a ser que quiera también acompañarla hasta su piso.

14.

Sin embargo, Elazar no se rendía. Al día siguiente la llamó por teléfono y la invitó a acompañarlo por la noche a un bar en el que se iba a rodar una escena para una película israelí para la que necesitaban varios extras maduros con que reforzar un poco la clientela joven que solía acudir allí. Para tentarla, añadió que sería una velada divertida. La escena era sencilla y no muy larga, y se rodaría sin mucha parafernalia y ningún efecto especial. Los actores estarían mezclados anónimamente entre los concurrentes y, de todas maneras, la cámara iba a estar escondida. Se pedía a los figurantes que se comportaran con total naturalidad, como el resto de los clientes, que se tomaran algo, escucharan música y charlaran y disfrutaran a su antojo. Por eso no iban a recibir ningún salario. Las consumiciones corrían a cargo de la producción, pero el sueldo de la velada era la velada misma.

Quedaron en encontrarse en la calle, al lado de su casa, pero él se adelantó y subió al apartamento con la excusa de comprobar el cierre de la ventana del cuarto de baño y la solidez de las tuberías por las que habían bajado los pequeños ortodoxos. Luego examinó la puerta de entrada y se ofreció a volver para asegurarla con un cerrojo y también para cambiar el cierre de la ventana del baño. Noga, sin embargo, no pensaba que mereciera la pena invertir ningún esfuerzo en el piso de Jerusalén hasta que no se terminara el experimento de Tel Aviv, así que se envolvió en el chal rojo del que ya no podía prescindir, se puso unas sencillas sandalias de tacón y lo apremió para que se pusieran en camino.

Para su sorpresa, él le dijo que el bar estaba «a dos pasos de aquí» y le propuso que fueran a pie. «No me digas —exclamó ella— que semejante sitio está en mi barrio ortodoxo». Una sonrisa misteriosa asomó al rostro de Elazar. «Te sorprendería saber los descubrimientos que puede uno hacer no lejos de su casa», dijo

guiándola por el vecino mercado Mahané Yehuda, cuyas estrechas callejuelas y pasajes estaban ya fregados. Las tiendas y los puestos, ya cerrados, permanecían en silencio, aunque todavía persistía el olor del pescado ahumado, las especias y los quesos, que les señalaba el camino hacia un edificio que aparecía en la distancia iluminado con dos antorchas de fuego amigo. En el interior, una multitud ruidosa se apretaba, sin que fuera posible distinguir quién era un cliente habitual y quién un figurante.

—¿Habías paseado alguna vez por el mercado de noche?

—Ni de día ni de noche. Mi hermano me abrió una cuenta en una tienda cerca de casa, y no tengo ningún motivo para venir aquí a darle codazos a la gente en busca de tomates baratos.

—¿Tomates baratos nada más? —Elazar se hizo el ofendido—. Por favor, no menosprecies el mercado. Aquí hay algo más que tomates baratos. Por ejemplo, este mismo bar en el que estamos es, durante el día, un restaurante estupendísimo.

Al oír la música que parecía surgir del interior de la tierra descendieron varios escalones y entraron en una gran cueva, que antiguamente se había usado como almacén de mercancías y que se había reencarnado en un atractivo espacio a rebosar de mesitas pequeñas y bancos. En un alejado hueco al final de la sala un acordeonista tocaba los clásicos.

Ahora, mientras se sientan muy juntos, el uno al lado del otro, jugando a ser extras a medias y a medias ellos mismos, Noga percibe el deseo de este hombre, que se propone llevar a buen término la misión en la que otros han fracasado antes que él. Aunque este policía tartamudo tiene, por supuesto, esposa, hijos ya criados y hasta un nieto pequeño, y no tiene ninguna necesidad de tener otro hijo, no va a renunciar a la bella arpista, cuya sonrisa va siempre acompañada de dos hoyuelos. Por eso se lanza a desgranarle toda una lista de trabajos como figurante de los que él está enterado. Como, por ejemplo, una serie de televisión con multitud de episodios que tendrán lugar en un hospital, con sus médicos, sus enfermeras, secretarias y personal de laboratorio, y por supuesto con sus enfermos. Por eso van a necesitar muchísimos extras, que darán un toque realista a los actores profesionales, y van a tener que sufrir, morirse o curarse de acuerdo con el guion.

El acordeonista está mareándolos con una melodía cíngara y, a

pesar de que la mayoría de los presentes no se conocen entre sí, flota en el aire una atmósfera íntima.

—Con toda tu experiencia como extra, ¿podrías distinguir ahora a los actores de los clientes habituales y los figurantes?

—No —admite—, hasta para alguien con mi experiencia es difícil porque no sé dónde está la cámara. Sin ella no puedo distinguir quién es consciente de su presencia y quién no.

Ella sonríe, comprensiva, y toma un pequeño sorbo de la cerveza que acaban de traer a la mesa, luego le confiesa en un susurro:

—La verdad es que eres todo un personaje.

—¿Qué dices entonces de la serie en el hospital? —pregunta envalentonado—. Va a ser una serie larga y van a necesitar extras crónicos. Yo ya me he apuntado, y tú, si alargaras tu estancia en Israel, podrías ganar bastante dinero ahí.

—No he venido aquí a hacer dinero, sino a ayudar a que mi madre pruebe la residencia y nada más. No tengo ninguna intención de alargar mi estancia más allá de lo necesario. El concierto para arpa y flauta de Mozart está esperándome en Arnhem y los dedos me arden ya de las ganas que tengo de tocarlo.

Él roza sus dedos con precaución, como queriendo sentir su deseo, y su tartamudez lo ataca de golpe.

—B-b-bueno, si no p-p-puede ser el hosp-p-pital, entonces quizá otra c-c-cosa, algo más corto y esp-p-pecial.

—Eso suena mejor.

—Hay un sitio en el que buscan figurantes con g-g-g-gusto musical.

—Esa soy yo.

—Se trata de la ópera *C-c-carmen*, que está de gira por el desierto, en M-m-masada, y están buscando a varias extras para que hagan de g-g-gitanas o algo así. Pero no pagan.

—¿Lo que significa?

—Significa transporte y alojamiento en un b-b-buen hotel, y por supuesto disfrutar gratis de la ópera tres veces.

—Suena interesante… ¿Tú vas a ir también?

—No, porque para esta ópera buscan solo f-f-figurantes femeninas.

—Entonces suena más interesante todavía.

—¿Por qué?

—Porque a veces los hombres me cansan.

Cabizbajo, se refugia en el silencio.

—¿Entonces qué? —Noga intenta sacarlo de su ensimismamiento.

—¿Qué de qué?

—*Carmen*…

—Dile a tu hermano que te apunte —la interrumpe Elazar, encerrándose de nuevo en su mutismo.

Al cabo de una hora larga, una asistente de producción los rescata del incómodo silencio cuando se acerca a informarlos de que su papel como extras ya ha terminado, pero que pueden quedarse hasta el cierre si lo desean.

—Dis-dis-culpa. —Elazar la agarra del brazo—. Seguro que ahora ya nos puedes desvelar dónde se esconde la cá-cá-mara.

Ella sonríe. Es verdad que era secreto de Estado, pero ya ha expirado. La chica apunta hacia el antiguo techo arqueado, y allí, en uno de los huecos, como un pájaro acechando a su presa, anida una cámara negra con una lente grande y brillante.

—No hace falta que me acompañes, conozco el camino de vuelta —dice Noga cuando salen del mercado Mahané Yehuda, que a una hora tan tardía ya está empezando a mostrar signos de despertarse.

Pero el derrotado figurante no se detiene. Medio acompañándola, medio siguiéndola, camina con ella mirando sus sandalias de tacón, que resuenan en el silencio de las callejuelas, hasta que se detienen a cierta distancia de la casa, señalando el límite final de la velada compartida. Aun así, Elazar titubea, su ofendido deseo todavía inflamado. De pronto la mira a los ojos y le pregunta cuántas cuerdas tiene su arpa.

—¿La mía? —La ha pillado por sorpresa.

—La tuya… Las arpas en general…

—¿Por qué?

—Para conocerte m-m-mejor…

Ella se echa a reír y le explica que un arpa de concierto tiene cuarenta y siete cuerdas, lo que posibilita jugar con seis octavas y media, casi como un piano. Por eso con el arpa pueden tocarse obras compuestas para el piano, y con el piano obras compuestas para el arpa.

—¿Entonces la única diferencia es que el piano está t-t-tumbado

y el arpa de pie?

—Esa es una diferencia mínima, insignificante. La diferencia esencial reside en el tono.

—¿Por qué? Si los dos tienen el mismo número de cuerdas… Hechas de tr-tr-tripas de animal.

—No necesariamente; también hay cuerdas hechas de nailon o metal.

—De metal… —murmura.

—Claro que sí —dice. Espoleada por su repentina y tardía curiosidad, añade—: Además de las cuerdas, el arpa tiene también siete pedales.

—¿Pe-pe-pedales?

—Para reproducir tonos y semitonos adicionales.

—¿Cuántos?

—Hasta ciento cuarenta y uno.

Elazar se hunde en sus pensamientos, como rumiando sobre el elevado número. Después estudia a la arpista con una mezcla de curiosidad y pena y declara:

—Para eso necesitas muy buena coordinación.

—Exacto: coordinación; esa es la palabra. Si me equivoco de cuerda o de pedal, toda la orquesta se da cuenta de mi error.

—¿Y desde cuándo tocas el arpa? —El expolicía continúa con su interrogatorio.

—Desde muy pequeña.

—Y no pudiste tener hi-hijos por culpa de la música —afirma.

—¿No pude? —Ella retrocede—. ¿Quién te ha dicho que no pude? Claro que pude, pero no quise —le responde, repitiendo con firmeza lo que le dijo en su primer encuentro.

—¿Cómo sabes que podías?

—Porque lo sé. Lo sé. Mi exmarido también lo sabía, y por eso se vio obligado a dejarme.

Las farolas se apagan a su alrededor. La luna ha desaparecido. No hay nadie. Es la hora en la que todo duerme, hasta en un barrio como este.

—Entiendo —murmura él con tristeza—, lo entiendo a é-é-él.

Sigue sin querer irse.

—¿Quieres que venga mañana a ponerte el cerrojo para que los niños…?

—Gracias —le corta—. Por ahora no merece la pena invertir nada en este piso tan viejo, y a los niños ya los controlo yo.

A estas alturas el dolor del rechazo se ha convertido en cólera.

—Si no has tenido hijos, ¿cómo vas a saber controlarlos?

—Precisamente porque no los he tenido.

Su carcajada es corta y amarga, y mientras se aleja en la oscuridad, ella teme que el cariño que él le había cogido sea irrecuperable.

En el piso nota de inmediato que la luz del cuarto de baño está encendida. ¿Se le olvidó apagarla o esta noche también se ha colado en su casa el pequeño *tsadik* para tranquilizarse delante de la tele?

15.

Esa noche el sueño la rehuía y Noga deambuló de cama en cama toda la noche. Por la mañana telefonea a su madre a la residencia y, para su sorpresa, la despierta.

—Sí, aquí duermo mucho más de lo que debería para mi edad, y más de lo que le conviene a mi carácter. Me daba miedo que Tel Aviv me soliviantara y resulta que en realidad lo que hace es calmarme…

—¿Y cómo llevas el experimento?

—El experimento está probándose a sí mismo.

—¿Crees que podrías darlo por terminado, volverte a Jerusalén y decidir tu futuro desde aquí?

—No, Noga, no tenemos ningún derecho a acortarlo. No sería justo para Honi, que ha puesto tanto empeño, y por supuesto que tampoco sería justo para esta residencia, que me ha dejado una habitación preciosa sin pedirme compromiso alguno. No, ni hablar, no podemos dejarlo a medias.

—Ya, pero yo te conozco demasiado bien, y tú no te vas a quedar allí.

—No estés tan segura. Todavía nos quedan nueve semanas, y aunque la distancia de aquí a Jerusalén es irrisoria, al menos comparado con Europa, aquí estoy aprendiendo a verme desde una perspectiva diferente porque me siento liberada de mis antiguas obligaciones y de recuerdos superfluos. Mira, por ejemplo, ahora me he dado permiso para dormir a pierna suelta. A ver si así yo también soy capaz de irme de este mundo sin enfermedades crónicas y sin causaros ninguna preocupación, igual que papá…

—No vas a ser capaz…

—¿No voy a ser capaz? Tú y tu cruel crudeza… Puede que lleves razón, pero a mí me da la impresión de que el experimento se te está haciendo cuesta arriba. ¿Estás ya harta de Jerusalén? Y eso que

es a ti, y no a Honi, a quien le encanta esa ciudad y eres la que tiene más paciencia con nuestros vecinos religiosos. Honi también me ha contado que hasta te lo pasas bien con los pequeños papeles de figurante que te va encontrando, que te asesinaron una noche en la playa y disfrutaste quedándote tirada en la arena y observando las estrellas, y que condenaste a muerte a una muchacha…

—No condené a nadie; solo dije «culpable», nada más.

—¿Y te gustó?

—Un poco. A ver, mamá, algo tendré que hacer para pasar el tiempo hasta que tú decidas dónde quieres pasar el resto de tu vida.

—Y lo voy a decidir. No estoy perdiendo el tiempo, estoy sopesando los pros y los contras. Y a ti, Noga, te pido por favor que no me presiones. Concédeme estos tres meses sin malas caras y una vez terminados serás libre de volar de vuelta al seno de tu orquesta… ¿Qué es lo que te preocupa tanto?

—Los críos esos.

—¿Qué críos?

—Esos pequeños piadosos a los que has convertido en adictos a la televisión.

—Pero si Honi me dijo que te habían devuelto la llave que yo les había prestado…

—Tuve que quitársela a la fuerza, pero según parece habían hecho una copia, y entran como Pedro por su casa, y no es ya solo que la cosa me ponga de los nervios; es que también me dan miedo.

—¿Miedo? Anda, no exageres. No son más que unos críos pequeños que vienen de familias enormes, y por eso no es de extrañar que se sientan solos, que se depriman o que se les vaya un poco la pinza… Pero, después de todo, son los hijos de Shaya, aquel muchacho tan guapetón con quien siempre charlabas en las escaleras cuando eras joven.

—Solo el mayor. El otro, el pequeño, el retrasado, es su sobrino. Una especie de *tsadik* o algo así.

—¿Un *tsadik*? ¿Y eso?

—Da igual. Pero para poder cambiar la cerradura habría que cambiar la puerta entera, que está que se cae a trozos, y hasta que no te decidas, no merece la pena.

—Sí, llevas razón, hasta que no me decida.

—Vale, pero mientras tanto voy a poner aunque sea un buen

cerrojo para poder cerrar bien la puerta desde dentro y que por lo menos me sienta segura cuando esté en la casa.

—Buena idea. Le voy a pedir a Honi que te lo ponga.

—No hace falta hacer ir a Honi a Jerusalén para eso, ya me buscaré yo a alguien allí.

—Sí, quizá es mejor. Mira, Abadi, el amigo de tu padre, por ejemplo… Es un hombre encantador; él y su mujer nos trajeron comida todos los días mientras duró el duelo, y luego, cuando tú ya te habías ido, fue él quien me trajo la cama eléctrica. Seguro que él te pone encantado todos los cerrojos que hagan falta.

—Solo el demonio sabe por qué le diste permiso para entrar a los críos esos —la interrumpe Noga.

—Es verdad, Nogaleh —suspira la madre—, tienes razón. Solo el diablo puede explicar por qué cometí semejante estupidez, pero ¿dónde vamos a encontrar a un diablo que sepa tanto?

16.

Abadi acudió rápido a la llamada. Puesto que seguía en contacto con la familia, estaba al tanto del experimento, y hasta esperaba que funcionara, pero no terminaba de entender por qué habían tenido que hacer venir a la hija desde Europa. «¿Por qué tanta preocupación por un piso vacío? —dijo—. A mí no me cuesta nada pasarme por aquí de vez en cuando y comprobar que todo está en orden. ¿Qué van a querer robar aquí? Todo lo que hay es viejo, no va a atraer a ningún ladrón». Tuvieron que explicarle que la preocupación tenía que ver con el viejo abogado que estaba buscando cualquier excusa para recuperar el apartamento, y si un extraño como Abadi empezaba a vagabundear por allí, lo único que iban a hacer era darle más motivos.

Ahora, bien entrada la tarde, Abadi inspecciona el apartamento, sorprendiéndose de su desnudez.

—Tu madre es muy valiente —le dijo a Noga—, deshacerse de tantos objetos y muebles de golpe, sin estar siquiera segura de que vaya a quedarse en Tel Aviv.

—Va a volver —le contestó Noga al educado y melancólico hombre, a quien reconoce vagamente como uno de tantos visitantes que invadieron la casa durante el periodo de duelo—. La conozco muy bien.

—Entonces ¿al final el experimento lo estáis haciendo por Honi?

—Sí, para que se tranquilice y acepte que no tiene otra opción, que hasta el último momento de lucidez de mamá va a estar unido, lo quiera o no, a la ciudad que tan mal le cae.

—¿Y tú?

—Yo amo Jerusalén, pero ya apenas vengo.

—Es una manera más bien cómoda de amar.

—Cómoda y eficaz. Pero venga aquí y dígame, señor Abadi, cómo puede usted ayudar a ese amor, porque esos enanos religiosos

están volviéndome loca.

—Te ayudaré con la condición de que me llames Yojanán en vez de señor Abadi.

—Yojanán. Hala, ya lo he dicho.

Abadi se dirige hacia la puerta de entrada, que ha conocido mejores días, igual que la cerradura. Cambiarla por una cerradura en condiciones supondría tener que cambiar también el marco de la puerta, así que es mejor esperar a que termine el experimento en Tel Aviv. Mientras tanto el piso de Jerusalén quedará protegido por un simple cerrojo. Abadi, que conoce bien la casa, va directo a la cocina, abre el cajón de herramientas del padre, agarra un metro, un destornillador y unos alicates, y regresa a la puerta para arrancarle los oxidados tornillos antes de apuntar las medidas correctas.

De ahí se encamina hacia el cuarto de baño, exponiendo a la negra noche casi todo su ágil cuerpo a través del pequeño ventanuco para calcular la distancia que hay entre las tuberías y los canalones. Aquí también, puesto que el cierre de la ventana ha desaparecido por completo y llamar a un carpintero para que ponga una ventana nueva solo merece la pena si Tel Aviv pierde la batalla en el experimento, Abadi coloca mientras tanto un pequeño gancho. Aunque es muy fácil desengancharlo con un destornillador desde fuera, eso ya sería considerado un delito y no un juego de niños que se deslizan por los canalones y tuberías de la casa y aterrizan por error en el cuarto de baño de los vecinos.

Ella le sigue por el apartamento, asintiendo con simpatía y observándole con admiración. Sus movimientos son comedidos, sus palabras sensatas y prácticas, y ella entiende por qué su padre lo apreciaba tanto. Además, es el talentoso inventor de la cama eléctrica, instalada aquí mientras ella estaba en Europa.

—¿Sabes que yo también duermo en la cama la mitad de las veces?

—¿Por qué solo la mitad de las veces?

—Porque a veces, a medianoche, echo de menos la cama de mi habitación.

—¿Y conoces todas las posibilidades que ofrece esa cama eléctrica?

—Creo que sí. Mis dedos de arpista son muy ágiles y tu cama no

tiene ni cuarenta y siete cuerdas ni siete pedales.

—No tantas, no —se rio Abadi—. Pero aun así me parece que la cama tiene algunos trucos que todavía no has descubierto. En un principio era una cama de hospital, diseñada para pacientes en estado muy grave, y tenía que servir para satisfacer necesidades de distinta índole. Para que una persona sana pudiera utilizarla, le instalé un sistema eléctrico que me llevó bastante tiempo diseñar. Ven, que te lo enseño, porque estoy seguro de que no estás al tanto de todas sus posibilidades.

—Para las pocas semanas que me quedan aquí, creo que me vale con lo que ya sé.

—De todas maneras… Sería una pena que no la disfrutaras más…

Su entusiasmo tiene algo de infantil, pero a su padre debía de hacerle gracia, porque lo nombró su sucesor. Así, una vez que Abadi apuntó las medidas del cerrojo y el gancho, se dirigió con paso decidido al dormitorio de sus padres, se descalzó, se tumbó en la cama y empezó a trastear en ella subiendo y bajando palancas y haciendo que la cama vibrara con una especie de temblor interno o se elevara como si estuviera planeando, para terminar enseñándole cómo, igual que una canoa inclinada sobre su flanco, la cama podía darle la vuelta a quien estuviera acostado en ella y hacer que se pusiera en pie de un salto.

—¿Ves? —Le brillaban los ojos—. ¿A que este truco no te lo sabías?

—Es verdad —admite Noga.

—Pues ven, que te lo enseño.

Es difícil negarse ante semejante pasión, así que ella también se quita los zapatos y se tumba prudentemente en la cama. Él se inclina sobre ella, y Noga percibe el vaho de su respiración, excitado no por ella, sino por el mecanismo que ha creado. Con delicadeza, él le toma la mano y la guía hacia una palanca escondida, que todavía está impregnada del aceite con el que engrasaron la máquina en algún momento. Pero cuando Noga tira de la palanca, lo único que se oye es un carraspeo irritado proveniente del interior de la máquina y nada se mueve.

—La palanca me rechaza.

—¡Eso no puede ser! —Abadi posa la mano sobre la mano de

ella para hacer más fuerza, pero nada se mueve y el irritado carraspeo vuelve a repetirse. El ingeniero se escabulle debajo de la cama para trastear entre los cables, pero de pronto se oye una brusca explosión y un cortocircuito sume el apartamento en la oscuridad.

—Te cuidado… —le aconseja ella con dulzura.

—No pasa nada —la tranquiliza él, levantándose ágilmente con sus movimientos felinos—. No te muevas, me conozco bien el piso y sé dónde está el armario con los plomos.

Abadi se da la vuelta y sale para restablecer la luz.

Desde las ventanas abiertas llega la clara noche veraniega. Si bien la luna está tardando en salir, aquí y allá ya titilan algunas estrellas. Una luz turbia y barata ilumina pobremente las ventanas del vecindario. Aunque sus ojos ya se han acostumbrado a la oscuridad, Noga no se levanta de la cama. Espera a que la luz vuelva. Pero Abadi parece estar teniendo dificultades para restablecer la corriente sin ayuda de una luz adicional.

—¿Tu madre no tendrá alguna vela guardada por aquí? —le pregunta a Noga, que permanece inmóvil en la cama eléctrica.

—¿Para qué?, si no enciende las luces de *sabbat*. Pero la vecina de arriba seguro que tiene miles; sube y se lo preguntas.

—¿Cómo se llama?

—Señora Pomerantz. Es la abuela de las dos joyitas. A mí no me apetece verla ahora.

Abadi sale de la casa y, por alguna razón, no enciende la luz de la escalera, como si tampoco se fiara de ella. Noga se sienta en la cama, pero no se decide a separarse de ella. La titilante luz de una vela comienza a iluminar las escaleras. Abadi está bajando, sosteniendo un colosal cirio en la mano. Noga se precipita hacia la entrada para descubrir que no viene solo. Pisándole los talones bajan los dos críos portando sendas velas de *hanuká* encendidas. Se escurren en el piso y se plantan delante de la negra y silenciosa pantalla del televisor.

—Hala, ya está —se burla ella—. Se acabó la tele.

—Volverá —susurra el mayor, y el pequeño *tsadik* alza su angelical rostro hacia ella y añade: «Con la ayuda de Dios».

17.

Por la mañana comprueba su cuenta en el banco y descubre, sorprendida, que es bastante más abultada de lo que esperaba. Llama a su hermano para comprobar si él ha añadido alguna cantidad de dinero que no le pertenece.

—Todo te pertenece, hermana —bromea él. Pero es imposible que por cuatro papeles de figurante le hayan pagado semejante cantidad—. Según parece, eres especialmente buena —sigue chinchándole Honi—, y por eso te han dado una paga extra.

Al final admite que es verdad, que ha redondeado aquí y allá los pagos que percibía en su nombre.

—Por favor —se rebela Noga—, deja de redondear. Este experimento te está costando ya bastante, y a mí no me quedan más que siete semanas aquí y quiero vivirlas con la conciencia tranquila. No necesito nada y hasta estoy disfrutando de cuidar del piso.

Le cuenta la visita de Abadi.

—Qué bien —dice—. Pues si hace falta arreglar más cosas en el piso, no tengas ningún problema en llamarlo. Hará lo que haga falta encantado. Estaba muy unido a papá y también está en deuda con él porque papá lo ayudó a promocionar y lo nombró su sucesor. Durante los treinta días del duelo, cuando tú ya no estabas porque te fuiste a mitad por un concierto urgente, él y su mujer se empeñaron en seguir trayéndonos tanta comida que no dábamos abasto, pero tampoco podíamos dársela a los vecinos porque no habría sido educado intentar averiguar si eran suficientemente *kosher*. Y además, por supuesto, la cama eléctrica…

—¿Cómo es su mujer?

—Tan agradable y educada como él, y con un corazón de oro.

A mediodía, Noga se acerca al mercado Mahané Yehuda en busca del bar aquel que durante el día se transforma en un restaurante popular. Y así resulta ser, porque las pequeñas mesas

nocturnas han sido colocadas formando una larga hilera cubierta con telas enceradas. Los comensales se sientan en dos filas, uno enfrente del otro, y por algún motivo todos son hombres: gentes del mercado, verduleros y carniceros, trabajadores y porteadores, que se apresuran en satisfacer su hambre con el menú del día, un enorme y único plato compuesto de *humus* coronado con un huevo duro aplastado y una albóndiga de carne roja guarnecida con garbanzos enteros y perejil fresco.

Mientras Noga intenta abrirse paso para sentarse entre los corpulentos lugareños y encontrar el menú, alguien lanza delante de ella un plato a punto de desbordarse con la ración única, acompañado de dos panes de pita recién hechos y una botella de soda de la que emerge una pajita negra.

—¿Esto qué es? —le pregunta a un cliente viejo que se sienta frente a ella y la mira con curiosidad—. ¿Un restaurante o el rancho del ejército?

—Un restaurante —le sonríe él viejo—, pero solo para los creyentes.

—¿Los creyentes en qué?

—En la Santísima Trinidad del *humus*, el huevo y la albóndiga —dice mientras hace señas al camarero para que le añada más garbanzos al plato de Noga, que en su opinión son la guinda del pastel del plato.

El sabor del *humus* la sorprende, y restriega el plato con avidez hasta no dejar ni una miga, para gran delicia y asombro del viejo, que no abandona su sitio a pesar de la larga cola de espera.

—¿A qué te dedicas?

Noga se guarda de responder «arpista» para ahorrarse largas explicaciones, y por eso dice «a la música», y añade «toco en una orquesta».

—¿Una orquesta donde se puede ir a verte?

—No, esta orquesta está lejos, muy lejos…

E inclina la cabeza hacia atrás y agita la mano para describir lo lejos que está su orquesta. De pronto descubre que encima de su cabeza, en el techo, como un ave de presa negra, sigue anidando la cámara del enorme y brillante objetivo. ¿Qué está pasando aquí? ¿Cuál es la verdad? ¿De verdad se estaba rodando una película aquella noche? ¿Había un guion? ¿O no es más que la cámara de

seguridad? Quiere preguntarle al comensal viejo, pero este, ofendido al parecer por su «orquesta lejana», ha cogido su plato y se ha evaporado.

El almuerzo, junto con el calor del mediodía, la adormecen. Y puesto que el cerrojo y el gancho de Abadi no estarán listos hasta el día siguiente, atranca la puerta de entrada con dos sillas y cierra la del baño desde fuera, baja las persianas, se pone un camisón y se prepara para hundirse en una deliciosa y despreocupada siesta en la cama de su habitación.

Sin embargo, el obstinado repiqueteo de su teléfono móvil bucea en su mente dormida hasta arrastrarla de vuelta a la realidad. La voz extranjera que le llega del otro lado de la línea parece venir de muy lejos, pero Noga la reconoce enseguida. Manfred, el primer flautista de la orquesta, su fiel amigo y atento amante ocasional, que quiere saber cómo está Noga, su madre y hasta Jerusalén. Pero un ligero tono precavido pone a Noga en guardia: Manfred va a darle una noticia que le va a doler.

Por supuesto, claro que la echan en falta en la orquesta, y sobre todo en la biblioteca de partituras. La joven violinista que la ha sustituido ahí cometió un embarazoso error, mezclando en el último concierto las partituras de dos sinfonías distintas de Haydn, y la catástrofe no se evitó hasta el último momento, así que todo el mundo decía que con nuestra Venus eso no habría pasado nunca.

—Por lo menos hasta ahora.

—Es verdad.

—¿Y el repertorio sigue siendo el mismo que cuando me fui? —le pregunta ella, cautelosa.

—Casi —suspira el flautista—, pero no del todo. Resulta que nos ha caído encima una desgracia. La virtuosa japonesa, o china, la que tiene un nombre con el que siempre me lío, era la que se suponía que tenía que tocar la semana que viene el *Concierto para piano n.º 2* de Mozart, pero se fue a jugar al tenis en Berlín y se ha roto un brazo. Y como a estas alturas resulta imposible encontrar a otro pianista de su nivel, tuvimos que cambiar su Mozart por otro Mozart.

—¿Y tiene que ser Mozart? —pregunta la arpista, atemorizada —. Seguro que podéis tocar otra cosa…

—Es imposible. Ya lo hemos anunciado y, además, después de

que nos acusaran de tocar siempre lo mismo, este año nos comprometimos a incluir en todos nuestros programas una obra de Mozart que la orquesta no haya tocado desde hace una temporada. Eso lo sabes tú… Estuviste en la asamblea general de la orquesta…

—Como si me enterara siempre de todo lo que decís en holandés…

—Bueno, Noga, el caso es que teníamos que decidirnos por una obra de Mozart que no hubiéramos tocado desde hacía tiempo… y pensamos…

—No… No… —le interrumpe ella, atacada por un temor repentino—, no me digas que…

—Sí… —musita él con una voz temblorosa—, no había más opción, no hemos tocado el *Concierto para flauta y arpa en do mayor* desde hace más de diez años…

—¡Pero es mi concierto! Mío y tuyo… Nuestro…

—Es verdad, es nuestro, eso le dije a todo el mundo… Y si mejor esperamos a que vuelva Noga… A nuestra Venus… Le prometí… Y además se sabe la partitura de memoria y está preparada para tocarlo en cualquier momento… Si se tratara solo de un concierto, a lo mejor habríamos podido pedirte que volvieras unos días, pero estamos hablando de una gira completa, diez conciertos para nuestros suscriptores en Holanda, Alemania y Bélgica. ¿Cómo Noga va a abandonar a su madre (eso es lo que dijeron los de dirección), que tiene que decidir en tres meses si quiere morirse en Jerusalén o en Tel Aviv?

—¿Morirse? ¿Morirse por qué? ¿De qué estás hablando?

—Perdón, lo siento; por supuesto, no morirse, sino vivir. Decidir si quiere vivir en Jerusalén o en Tel Aviv, como nos explicaste cuando nos solicitaste estas largas vacaciones.

—¿Cómo os las habéis apañado para encontrar a otra arpista que pueda tocar ese concierto?

—La hemos encontrado. Obviamente no tiene tu nivel, pero hemos encontrado una. Christine van Brienen, de Amberes. Ya ha tocado ese concierto antes, y da la casualidad de que estaba libre.

—Es la primera vez que oigo ese nombre. ¿Cuántos años tiene?

—Tu edad… Igual un pelín más joven… Enseña en el conservatorio de allí.

Se produce un largo silencio.

—¿Noga? —susurra Manfred—. Cariño, ¿sigues ahí? ¿Me oyes?

—Eres un traidor, Manfred… No tienes escrúpulos.

—¿Qué?

—Eres un asqueroso traidor, Manfred, me lo prometiste y yo confié en ti, y ahora estás robándome lo que más quiero y lo que más me importa y se lo estás dando a otra instrumentista.

—Pero si no he sido yo, Noga, ¿por qué la tomas conmigo? Es todo por culpa de esa estúpida japonesa. Hay que ser tonta e irresponsable para ponerse a jugar al tenis siendo pianista… ¿Cuándo has oído tú decir que una pianista juegue al tenis?

—No es la pianista, eres tú. Tú y nadie más. Y yo ahora soy una desgraciada porque me fie de ti. Tú eres el primer flautista de la orquesta, tienes antigüedad e influencia. Podrías haberles dicho a los de dirección que no ibas a tocar el concierto de Mozart con nadie más que con la arpista de nuestra orquesta. Me has traicionado, Manfred, igual que todos los holandeses, que fueron unos traidores.

—¿Traidores a qué?

—A los judíos.

—¿A los judíos? —No se lo podía creer—. ¿A qué vienen ahora los judíos? No, Noga, no la tomes conmigo. Para lo único que sirve eso es para hacerte daño, a ti y a mí. Los demás me lo han advertido: no se lo cuentes ahora, mejor cuando vuelva, cuando ya sea agua pasada. Pero yo no estuve de acuerdo, porque soy un hombre honrado y siempre digo la verdad. De todas maneras, ya tocaremos otras obras más adelante, puede que hasta más modernas, más alocadas; siempre va a haber alguna cosa para el arpa y la flauta, porque es una combinación muy especial. ¿Noga? —La llama, preocupado, temiendo que haya colgado.

Pero ella decide lanzarle un desafío inesperado:

—¿Y si decido volver ahora mismo a Arnhem y comprometerme a tocar en los diez conciertos?

Noga nota de inmediato la magnitud de la confusión del flautista, que se pone a farfullar asustado:

—¿Ahora mismo? ¿Cómo? ¿Y sin haber ensayado nada? ¿Y qué hacemos entonces con Christine, que ha dejado otras cosas de lado solo por nosotros? No, mi Venus… Ya es demasiado tarde.

18.

Noga no fue capaz de reponerse hasta la tarde, cuando consiguió reunir fuerzas para llamar a su hermano y contarle que había perdido su concierto.

—Pero te pido un favor —le advirtió—, no la vayas a tomar con la pianista japonesa, porque ella no tiene la culpa de nada. Ya me encargaré yo del verdadero culpable. Tú, Honi, lo que puedes hacer es ayudarme a conseguir una mínima compensación. Por ejemplo, Georges Bizet en vez de Mozart.

—¿Georges Bizet?

Noga le habló de la ópera *Carmen* que estaba montándose a los pies de Masada, y según le habían contado, la producción estaba buscando figurantes, mujeres no necesariamente jóvenes, pero sí que tuvieran nociones musicales y buen oído. Aunque era este un trabajo de figurante no pagado, ofrecían pensión completa en un hotel a la orilla del mar Muerto y, sobre todo, el placer de disfrutar tres veces de la ópera entera, con sus maravillosas canciones, danza y música. Eso sí, el piso de Jerusalén iba a quedar vacío durante tres días, pero si mamá se preocupaba, que viniera a sustituirla. Tres días en Jerusalén seguro que le sentaban bien.

—No —interviene Honi con firmeza—, mamá no puede volver a Jerusalén ahora bajo ninguna circunstancia, ni siquiera por tres días. El experimento debe mantenerse inalterado. Cada día en la residencia cuenta. Regresar a Jerusalén podría empujarla a querer volver. Pero tú no te preocupes por el piso, preocúpate solo por ti, y yo me ocuparé de encontrarte un puesto como extra en la ópera para que puedas disfrutar no solo de ella, sino también del hotel y del desierto. Mira, a ver si Saray y yo nos compramos unas entradas y vamos a verte. Y si esos enanos religiosos de Shaya se cuelan en el piso vacío, tampoco es que el mundo vaya a acabarse. Al revés, ¡que se hinchen a ver tele, que vean programas prohibidos, sexo y

violencia, a ver si así consiguen quitarse de encima la religiosidad de sus padres!

Medio en broma medio en serio, Noga le recrimina:

—Anda que si te escuchara alguien…

Al día siguiente, temprano por la tarde, Abadi llegó al piso con una gran caja de herramientas. Primero se ocupó de la puerta principal. La descolgó de las bisagras, la cepilló y la lijó para que el enorme cerrojo que traía consigo pudiera cumplir su función en condiciones. Para sorpresa de Noga, una tarea que ella tenía por sencilla no resultó serlo tanto, por lo que permaneció de pie a su lado, alcanzándole las herramientas y recibiéndolas de vuelta y, sobre todo, admirando su pericia.

—Pensaba que eras solamente ingeniero, y ahora resulta que también eres carpintero —le dijo con aprecio.

Cuando hubo acabado de colocar el enorme cerrojo, ella le preparó algo para comer, aunque no estuviera para nada al nivel de lo que su esposa les había traído a esa misma casa durante el periodo de duelo. Nada más que un sencillo bocadillo que Noga había montado de antemano, en previsión de su visita.

Abadi le pregunta si había probado de verdad algo de la comida que su esposa les traía, porque no recuerda haberla visto al final del periodo de duelo, ni tampoco cuando colocaron la lápida, aunque puede que su memoria le traicione.

No, su memoria no lo traiciona. Lleva razón, no se había quedado hasta el final del duelo porque se vio obligada a regresar a Europa tan solo unos días después. La repentina muerte de su padre la sorprendió en medio de una gira con su orquesta, y puesto que el programa incluía dos obras en las que el arpa jugaba un papel importante, y había sido imposible encontrar una sustituta, se vio obligada a abandonar a su madre y a su hermano en mitad del duelo.

Pero Abadi sigue dándole vueltas al asunto.

—Discúlpame, pero ¿en qué obra es el arpa tan indispensable? Porque yo normalmente ni la distingo.

—Eso es porque no sabes escuchar, me parece a mí —le reprocha—, porque si quitas el sonido del arpa en una sinfonía de Mahler o de Chaikovski, le quitas toda la gracia a la melodía y la resonancia.

Abadi encaja el sermón con gracia y continúa mostrando interés:

—Perdona, ¿cuántas cuerdas tiene un arpa?

—Cuarenta y siete, que dan ciento cuarenta y un tonos.

—¿Tantos? ¿Cómo es eso posible?

—Porque el arpa tiene también siete pedales.

—Ah, ese es el truco… El secreto…

Abadi continúa masticando el bocadillo con calma mientras recoge con el dedo las migas que se le van cayendo. Aunque tienen la misma edad, él ya ha heredado la plaza de su padre como director de departamento. Es, además, un hombre atractivo con una espesa cabellera negra que contrasta con la testa afeitada o directamente calva de la mayoría de los hombres de su edad. Su barbilla está cubierta por una barbita bohemia, nada típica de un ingeniero municipal. Abadi echa un vistazo a su reloj y quiere continuar con el trabajo, pero Noga lo retiene un poco más:

—Espera un segundo. Dime, ¿te habló mi padre alguna vez de mí?

—¿Cuándo?

—Así como así, sin venir a cuento, igual que la gente habla a veces de su familia.

—Claro.

—¿Y notaste decepción o crítica en la manera en que me mencionaba?

—¿Decepción? ¿Por qué? —La palabra le extraña—. ¿Decepción por qué?

—Porque no quise tener hijos…

Algo azorado, Abadi se levanta, tira los restos del bocadillo a la basura y dice:

—Ahora vamos a asegurar el gancho del ventanuco del baño.

Pero el ventanuco del baño se rebela contra ellos. El marco está hinchado y podrido por el vaho, haciendo imposible clavarle ningún tornillo. La luz del viejo cuarto de baño resulta ser demasiado débil, y Abadi decide ir al dormitorio de los padres y coger la lámpara de la mesita de noche. La enchufa a una alargadera y le confía la nueva luz a Noga para que le ayude en su lucha contra la ventana subversiva. Hábilmente, soluciona el problema fijando con clavos dos piezas de madera a la ventana y atornillando el gancho, cuya resistencia, le confiesa a Noga, es más simbólica que real contra los

pequeños invasores del piso de arriba.

—Aguantará hasta que te vuelvas a Europa, pero el nuevo arrendatario tendrá que renovarlo todo.

—No habrá arrendatario nuevo —responde Noga con suavidad, paseando la lámpara por el rostro de Abadi—. Mi madre va a volver aquí. El experimento va a ser un fracaso.

Después, apaga la lámpara.

19.

Ella lo observa atentamente mientras él recoge sus herramientas, desenchufa la alargadera, la enrolla y la guarda en su caja. Luego lo sigue al dormitorio de sus padres, donde coloca la lamparita en su sitio. Antes de que él se despida, le pregunta:

—¿Cómo puedo recompensarte por todo esto?

—No digas tonterías…

Pero ella insiste.

—No son tonterías. Aunque apenas hayas probado bocado de mi bocadillo, el carpintero merece una recompensa.

Mientras él agita su mano en señal de rechazo, ella abre el armario vacío de sus padres y le muestra el traje nuevo de su padre, bajo el cual se hallan los zapatos y los calcetines, que, por alguna razón desconocida, aún siguen ahí.

—Mi madre repartió un montón de ropa de ella y de mi padre por el barrio, pero este traje le dio pena, y con razón, porque mi padre apenas lo usó. Honi es incapaz de ponerse la ropa de su padre, así que, antes de que un traje tan bueno como este acabe en manos de algún religioso, llévatelo tú. Seguro que no le desagrada saber que lo usas tú.

—¿A quién?

—A mi padre —dice Noga echándose a reír—, si es que todavía le interesa su traje dondequiera que esté. —Descuelga la chaqueta de la percha de un tirón—. Venga, pruébatela, no seas tímido, no te va a pasar nada.

Noga había dado por supuesto que él opondría alguna resistencia, pero a esa hora de la tarde en que la oscuridad parece apoderarse del universo, Abadi está como hipnotizado. Mete el brazo en la manga de la chaqueta, demasiado ancha para sus hombros, y examina su reflejo en el espejo con aire preocupado y satisfecho a la vez. Noga tira con fuerza de los hombros de la

chaqueta con ambas manos, ajustándolos a la altura del cuello, como demostrándole que era posible reducir la talla del padre.

Aunque a Abadi la demostración lo ruboriza, no le ofende la sorprendente propuesta.

—Sí, puede ser, si no hay nadie más que lo quiera…

—No hay nadie más.

—Si eso es verdad, entonces, en vez de que la chaqueta acabe en manos de cualquier extraño, yo puedo llevarla al sastre y usarla, aunque sea como un recuerdo.

—Exactamente, como recuerdo —se ríe ella—, y ahora los pantalones, porque es un traje completo.

—¿Los pantalones? —Abadi sonríe confuso—. No, los pantalones seguro que me están cortos.

—¿Y eso quién lo dice? Pruébatelos, al menos… No se pueden separar las dos piezas de un traje.

Eso lo incomoda. No se lo esperaba. Pero Noga, consciente de su poder, lo obliga a obedecerla.

—¿Por qué no? No los sabremos si no te los pruebas.

Una leve sonrisa cruza el rostro de Abadi, y de su confusión surge un presentimiento de una naturaleza distinta, una ligera agitación, y con la chaqueta todavía puesta se agacha y se quita los zapatos, se deshace del cinturón y deja caer los pantalones con prisa, colocándolos en la silla, tomando de sus manos los pantalones del traje de un hombre de setenta y cinco años que un año o dos antes de su muerte se dio el capricho de un elegante traje a medida confeccionado con la mejor lana negra, quizá para fusionarse mejor en el paisaje de un barrio cada vez más religioso. Y aunque es más que evidente que los pantalones le quedaban a su sucesor no solo cortos, sino también anchos de cintura, Noga se empeña, y como si fuera una profesional del hilo y la aguja en lugar del arpa, se arrodilla para mostrarle cómo la tela que le sobra en los puños puede usarse para alargar las perneras, y luego agarra con ambas manos la tela sobrante de sus caderas, ajustándole la cintura para mostrarle que el arreglo es posible. Queriéndolo o sin querer, Noga nota cómo sus dedos, sus vigorosos y precisos dedos de arpista, son capaces también de despertar el deseo.

—Fíjate, aquí pueden estrecharse. Sería una pena separarlos… Una pena tirarlos…

Angustiado por la erección que le acecha, Abadi busca la manera de salir corriendo.

—No, no, no va a funcionar —murmura liberándose de las manos de Noga, deshaciéndose de los pantalones de su bienamado y difunto mentor mientras intenta disimular su fogoso miembro viril y se apresura a ponerse sus propios pantalones y quitarse también la chaqueta, lanzándola sobre la cama eléctrica—. No —murmura—, la chaqueta tampoco.

Azorado y a toda prisa, levanta su caja de herramientas y balbucea, sin mirarla, un «hasta luego», pero ella sabe que no va a volver a esa casa ni siquiera si el cerrojo o el gancho se caen a cachos o si la cama eléctrica se funde.

20.

A la mañana siguiente fue a hacer unas compras al viejo colmado del barrio y por primera vez desde su llegada a Jerusalén preguntó por la cuenta, que, como se acostumbra en las tiendas de toda la vida, se paga a finales de mes. «Pero si no nos debes nada, Nogaleh —le dicen los dueños, un par de abuelos que la conocen desde que es una niña—, tu hermano nos dejó los datos de su tarjeta de crédito y todo lo que compras se le carga al momento. Estate tranquila, cariño, y a partir de ahora llévate todo lo que te apetezca, que aquí dispones de crédito abierto e ilimitado».

A Noga lo del «crédito abierto e ilimitado» le sienta mal y como no tiene ganas de molestar a su hermano, que ya empieza a olerse, y con razón, el resultado de su experimento, decide que, a partir de ese momento, comprará con su «crédito ilimitado» solo los productos básicos e imprescindibles, y para el resto, y a pesar de la distancia, irá con el carrito de su madre al mercado Mahané Yehuda.

Después del almuerzo, que se prepara con los manjares del mercado, se organiza para la hora de la tentación televisiva de los pequeños religiosos. Baja las persianas y echa las cortinas, dejando el piso en la penumbra, se quita la ropa y se pone un vestido ligero, alerta al traqueteo de los zapatos de clavos, que ya empiezan a subir y bajar por las escaleras acompañados de los salvajes gritos de alegría del pequeño *tsadik* lunático. Dentro de un rato, ella ya lo sabe, se acercarán de puntillas a la puerta y pegarán la oreja para comprobar si la habitante está dentro o no, o si está dentro, pero durmiendo.

Tras la última invasión, Noga había querido subir a ver a la familia Pomerantz para alertarlos de las maldades de sus nietos. Pero su madre había intercedido desde la residencia:

—No, Noga, espera, no subas. La señora Pomerantz está muy

enferma, ya ni siquiera sabe quién es ella misma, y el señor Pomerantz está sobrepasado. La mayoría de las veces no vuelve a su casa hasta muy tarde. Venga, vamos a probar a ver si el cerrojo de Abadi funciona.

Y el cerrojo de Abadi superó la prueba. Acurrucada en su cama infantil, Noga escucha cómo la llave, que debe de ser una copia de la copia anterior, es introducida en el ojo de la cerradura, haciendo retroceder el pestillo. Pero cuando la manivela es alzada, el nuevo cerrojo bloquea la puerta. El pequeño intruso sacude confundido la puerta, pero esta permanece fiel a su cerrojo, frenando el desesperado deseo de televisión del pequeño *tsadik*, que berrea desconsolado.

Noga se envuelve bien con la manta y maldice para sí a Shaya, que ahora mismo debe de estar meciéndose sobre sus absurdos libros mientras tiene a sus hijos completamente abandonados. A estos no les queda más remedio que volver a las escaleras y dar tumbos desconsolados arriba y abajo, hasta que el golpeteo de sus zapatos de clavos no es más que un runrún engullido por su dulce somnolencia.

Sin embargo, a pesar de su dulzura, el sueño no dura mucho, y cuando Noga se despierta lo primero que hace es ir a comprobar que la tele sigue apagada. Luego se quita el vestido y se dirige desnuda hacia el cuarto de baño, cuya ventana sigue bien cerrada gracias al pequeño gancho. Dejar correr el agua en la vieja bañera, sostenida sobre patas de aves rapaces, llenándola de una espuma azulada. Mientras se sumerge en el delicioso líquido, le da la impresión de que tras el cristal empañado la observan los tristes ojos de los niños a los que ha bloqueado la entrada.

Por la tarde, Honi la llama desde Jerusalén. La cena que se suponía que debía tener lugar tras una reunión había sido cancelada, y estaba deseando compartir su hambre desaforada con su hermana.

—Pues ven a casa entonces —señala Noga—, y así puedes ver el cerrojo y el gancho de Abadi.

—Ni hablar —le corta él—. Me importa bien poco el dichoso cerrojo y el gancho, y la casa de papá y mamá me da hasta rabia. Además, tú te mereces una buena recompensa por el concierto que has perdido por mi culpa. ¡Venga, date prisa! Yo estoy ya sentado a

la mesa y estoy pidiendo justo ahora, y el chef está esperándote.

Así, Noga se reúne con él en un excelente restaurante situado en el cruce de tres callejones, en el corazón de la ciudad vieja. Honi intenta seducir a su hermana a base de platos delicados, y entre bocado y bocado desgaja los detalles de su nuevo trabajo como figurante de la ópera que se está montando a los pies de Masada. En principio, los miembros del coro de la ópera actuarán como extras, cubriendo la mayoría de los papeles, pero aún quedan varias vacantes de roles secundarios, y sobran las solicitudes de mujeres ansiosas por conseguir un mínimo papel, pero él se las ha ingeniado para que, durante su estancia en Israel —estancia que le ha sido impuesta—, su hermana pueda disfrutar de la música en vivo, si no como arpista, al menos como figurante. Sí, suspira Honi, todavía le pesa en la conciencia la pérdida del concierto de Mozart, pero ¿qué le vamos a hacer? Es su deber de buen hijo evitar que su madre termine su vida en medio del fanatismo desolador del barrio donde crecieron. Lo que pasa es que lleva unos días notando que su madre tiene dudas, por lo que le ruega a su hermana que deje de lado el romanticismo europeo de las pintorescas ciudades antiguas y se posicione con firmeza a su lado, en pro del cambio de la cada vez más ennegrecida Jerusalén a la Ciudad Blanca, en la que vivirá cerca de su hijo, su nuera y sus queridos nietos. En la residencia seguro que encontrará buenas amigas y, quizá, por qué no, un nuevo novio.

—¿Un novio?

—Todo es posible, Noga, todo está permitido. La muerte de papá no la ha debilitado lo más mínimo ni la ha envejecido, y su lealtad hacia él la hace incluso merecedora de un premio, ¿no crees?

—Si tú lo dices…

Al final de la velada, Honi la lleva de vuelta a la calle Rashi, pero no tiene ni tiempo ni ganas de subir al piso.

—Ya lo tengo muy visto, y no es que lo eche de menos. Por fin ha llegado la hora de despedirse de él —afirma.

Ya en las escaleras, Noga se lamenta de que su hermano no haya subido con ella, porque ya desde la entrada habría podido oír voces extranjeras y gritos de guerra, y si hubieran entrado habría podido ver quién se sentaba en el sillón de su padre: un crío con la cabeza rapada, vestido con una camisa blanca, con el mando en la mano,

los flecos revueltos a su alrededor y los largos tirabuzones enmarcándole la cara, dándole aspecto de chotillo negro. Mientras, su joven protegido yacía dormido a sus pies, con su cara de ángel brillando entre sus dorados rizos.

Noga cae en la cuenta de que, por supuesto, el cerrojo de Abadi no protege la casa cuando ella se ausenta. Esta vez la sacude, no solo ya la rabia, sino también la desesperación, que la lleva a recordar su coqueto apartamentito de Arnhem. La invade la autocompasión, pero antes de que tenga tiempo de pronunciar palabra, el mayor de los críos vuelve a repetir su cantinela.

—Noga, de verdad, créeme, tu madre siempre nos daba permiso para ver la tele, hasta pelis de guerra.

—Tu madre —masculla Noga entre dientes—. Escúchame bien, niño, yo no soy mi madre, y estoy ya muy harta de estas tonterías, así que ya puedes coger al *tsadik* este y largaros los dos a casa de vuestros abuelos, que yo voy detrás de vosotros a contarles a qué os dedicáis.

—No va a servir para nada —le contesta el niño con voz velada y melancólica—, la abuela ya ni sabe que es la abuela.

—Pues entonces se lo digo a tu abuelo, que seguro que sabe qué hacer con vosotros.

—¿Cómo va a saberlo? —se sorprende, todavía con voz tranquila—. El abuelo viene a casa hecho polvo, directo a la cama. Pero, Noga, escúchame, te lo juro por el rollo de la Torá: tu madre nos invitaba siempre a ver la tele para que nos tranquilizáramos, porque le daba pena esta pobre criatura.

Mientras habla, el pequeño religioso cambia del canal de historia al de moda. A Noga le da un ataque de ira y se abalanza sobre el televisor, desenchufándolo. Después aferra con fuerza las solapas blancas de la camisa y lanza al chaval fuera del sillón.

—¡Escúchame bien! ¿Cómo decías que te llamabas?

—Yuda-Tsvi.

—Escúchame bien,
Yuda-Tsvi,
no vas a volver a pisar esta casa en tu vida, porque la próxima vez que lo intentes te voy a correr a latigazos, ¿me oyes? A ti y a tu *tsadik*, así que tened mucho cuidado.

Con gesto impasible, el hijo de Shaya recoge su *kipá*, que había

aterrizado sobre el sillón, se la coloca sobre la cabeza, se alisa la camisa y pregunta con una sonrisa de medio lado:

—¿Tienes un látigo?

—Por supuesto que sí, siempre tengo uno a mano.

Sacude con la punta del pie al niño de los tirabuzones rubios, al que le cuesta despertarse, y añade:

—Soy arpista y tengo unas manos muy fuertes, así que ya podéis tener cuidado.

21.

Esa noche, mientras yace en su cama, Noga se pregunta sonriendo cómo es que se le ha ocurrido lo del látigo. ¿Ha sido el sonido de la palabra lo que la ha seducido o el objeto en sí? Porque, en realidad, ¿por qué no un látigo? Si la abuela ya ni se acuerda de quién es, el abuelo se dedica a enseñar la Torá por las noches, y Shaya, aquel muchacho tan guapo, ha sido abducido por una secta de fanáticos, ¿por qué no iba ella a buscarse un látigo para restablecer el orden? Un látigo de verdad, que se pueda sacudir en el aire y cuyo cortante silbido sea amenaza suficiente. Porque está claro que el criajo sabelotodo ese no va a renunciar a su tele, así que ella, por eso, durante lo que queda de experimento, va a proteger su intimidad no solo con un cerrojo, sino también con un látigo, y no uno simbólico, sino uno de verdad.

Con esa insólita idea se queda dormida y con ella en la cabeza se despierta, y tras el desayuno sale a curiosear entre los puestos del mercado Mahané Yehuda, donde, aunque con toda probabilidad no va a encontrar ningún látigo, por lo menos es seguro que puede preguntar dónde conseguir uno. Pero para que una mujer elegante y culta no despierte burlas o incluso sospechas entre los dueños de los puestos, decide preguntarle a un porteador árabe que espera al lado de un puesto de frutas y verduras, cargado con una enorme cesta de mimbre. El árabe no parece impresionado ni por la pregunta ni por quien la hace, aunque sí le cuesta creer que alguno de los judíos del mercado tenga todavía un caballo o un burro que necesite un látigo, así que le recomienda que lo busque en la ciudad vieja.

—Vale, pero ¿cómo se dice látigo en árabe?

—¿Por qué en árabe? Habla en hebreo, en la ciudad vieja te va a entender todo el mundo.

—Bueno, pero, de todas maneras, ¿cómo se dice látigo en árabe?

—Se dice *kurbash*, señora; es fácil: *kurbash*.

—*Kurbash* —susurra ella, saboreando la palabra—, bonita palabra…

Por lo pronto, se alegra mucho de tener un objetivo práctico que la obligue a visitar la ciudad vieja, donde no ha estado desde hace años, incluso desde antes de conseguir su puesto en la orquesta holandesa que la llevó lejos de Israel. Y para hacer la experiencia aún más interesante, decide tomar el elegante tranvía, que la deja cerca de la Puerta de Damasco. Desde allí no hay más que un corto paseo antes de ser devorada por la penumbra del zoco. Se toma su tiempo antes de preguntar por lo que busca, deambulando entre las estrechas callejuelas, inundadas de clientes y turistas. Se demora ante todo tipo de tenduchas y puestos, examinando cuentas y objetos de cobre, e incluso comprando una extravagante pipa para el director administrativo de la orquesta, que se da permiso a sí mismo para fumar detrás del escenario hasta durante los conciertos, mezclando los efluvios del tabaco con la música.

Al final pregunta por el látigo en una colorida tienda de suvenires, usando incluso el nombre en árabe, pero resulta que hasta en el ruidoso y atestado mercado de la ciudad vieja es difícil conseguir indicaciones claras de dónde encontrar un látigo. La mandan de un lado a otro y le preguntan si se refiere a un látigo decorativo o a uno de verdad.

—Uno de verdad —les aclara—, y bien largo, si puede ser.

—¿Cómo de largo? —bromean los árabes.

—Digamos dos metros, por lo menos —dice Noga, y extiende los brazos todo lo que puede.

—¿Dos metros? ¡Dos metros es un látigo para domar un caballo salvaje! ¿Tiene la señora un caballo?

—Caballo no tengo —les aclara Noga—, pero tengo un marido tan salvaje como un potro sin capar.

La respuesta gusta a los vendedores, y las risas se contagian de tienda en tienda, hasta que uno de los muchachos, cuya cabeza está cubierta por un tocado medio turbante medio *kipá*, del tipo que llevan los judíos ortodoxos, se ofrece a acompañarla a un lugar en el que es posible que encuentre el látigo que busca. La guía camino del Muro de los Lamentos hacia las afueras de la muralla, y allí, en la carretera que hay cerca de la explanada donde aparcan los autobuses turísticos, esperan arracimados un puñado de camellos

enjaezados al más puro estilo oriental, listos para saciar el ansia de los turistas. El muchacho le explica a uno de los dueños de los camellos lo que la señora busca y lo deja anonadado. ¿Para qué quiere un látigo? ¿Qué piensa hacer con él? ¿Es legal? El camellero habla como si en lugar de un látigo se tratara de una peligrosa arma. Al final se rinde y consulta a un viejo beduino que está sentado en el borde de la acera, y este se acerca sin ningún aspaviento al costado de uno de los camellos, rebusca en una de las alforjas bordadas que cuelgan del animal y extrae de ella dos látigos, uno largo y otro todavía más largo.

La arpista, que en su vida ha sostenido un látigo en sus manos, examina y sopesa cada uno de ellos, comparándolos. Es evidente que se trata de látigos muy antiguos, que han aguijoneado camellos, domado caballos y golpeado burros. Las tiras de cuero están desgastadas y agrietadas aquí y allá, y desprenden un olor extraño. Noga empuña el más largo de los dos, haciéndolo crujir en el aire, y un camello que yacía tumbado se levanta enseguida, dispuesto a ser montado.

Finalmente se decide por el más corto y pregunta el precio. El dueño del camello reflexiona un rato antes de responder: cien dinares.

—¿Dinares? ¿Qué son dinares?

—Quiere decir dólares —le explica su joven acompañante.

—¿Dólares? ¿Y por qué dólares? Estamos en Israel, dímelo en shekels.

—Si te lo dice en shekels —responde el muchacho del tocado, que ha asumido el papel de intermediario—, habrá que añadirle también el IVA.

—¿El IVA? —A Noga le entra la risa—. ¿El beduino este paga el IVA? ¿Qué tiene, la patente del látigo o algo?

—¿Y por qué no? Te puedo hasta hacer una factura con su nombre si quieres…

—Anda, no exageres, amigo —le corta Noga con una sonrisa amistosa—. Cien shekels es más que suficiente, el látigo está muy viejo.

—Sí, pero es auténtico, no vas a encontrar uno tan fuerte ni tan bueno como este en todo Oriente Medio.

Al final acordaron doscientos shekels y todos quedaron

contentos. Ella es consciente de que les ha gustado a los vendedores y al intermediario, aunque no es joven ni virgen. Al no haber traído ningún niño al mundo, su feminidad sigue irradiando ese encanto y sensualidad de las vírgenes. Por eso hasta a los beduinos, que sin duda poseen tantas esposas como puedan desear, se les hace difícil despedirse de ella, y vuelven a pedirle el látigo con la excusa de que hace falta prepararlo, limpiarlo, engrasarlo y embadurnarlo con un ungüento acre para que impregne la piel de quienquiera que sea fustigado con él y recuerde el golpe toda su vida. Por último, envuelven el látigo en hojas de un periódico jordano en las que se ve la foto del rey y lo atan con un cordel de lino. El muchacho del turbante, cuyo nombre era Yassiny y que ya se había aprendido el nombre de Noga y su interpretación celestial, y hasta se lo había traducido al árabe, insiste en acompañarla al lugar en el que la ha encontrado.

Hacen juntos el camino de vuelta, y cuando pasan cerca del Muro, él se detiene y le dice amablemente:

—Venus, si te apetece rezar y llorar un poco en vuestro muro, yo puedo esperarte aquí detrás.

—No me apetece ni rezar ni llorar, muchachito —se ríe Noga, ligeramente molesta—, pero puedes dejarme aquí sin ningún problema. —Y le tiende un billete de veinte *shekels* como pago por su escolta y galantería.

Decide darse el gusto de volver a tomar el tranvía, que la deja muy cerca de su barrio, y mientras sube al piso de sus padres, reza en su corazón para encontrar a los dos pequeños religiosos recobrando fuerzas delante de su televisión y así poder blandir su nuevo látigo, y puede que hasta azotarlos un poco con él.

Pero el apartamento está en silencio. ¿Podría ser que el mayor haya vuelto a su escuela talmúdica por fin y que le hayan encontrado un nuevo tutor al joven *tsadik*?

Al principio decide dejar el látigo empaquetado encima de la tele, como para no olvidarse de su existencia, pero después de quitarse la ropa, ponerse un ligero camisón y haberse bebido una botella entera de agua, lleva el látigo al armario vacío de sus padres y lo deja en el estante, encima del traje negro que todavía no ha encontrado heredero.

22.

Noga esperó en vano la aparición de los niños durante dos largos días. Se aseguró de dejar el cerrojo abierto y esperó al acecho, pero no vinieron. Abandonó el piso para ir a ver un ensayo de la Orquesta Sinfónica de Jerusalén, con la esperanza de que los niños aprovecharían su ausencia, pero también fue en vano. Parecía como si, de manera misteriosa, hubieran descubierto la existencia del látigo que les esperaba en la balda de encima del traje de su padre, con el periódico jordano extendido debajo. ¿Entonces qué?, se preguntaba. ¿Había comprado el látigo para nada? Aunque el chasco no era tan grande porque tenía claro que se lo llevaría con ella a Holanda, donde seguro que al director musical de la orquesta la fusta le hacía ilusión.

Todas las mañanas habla con la residente, pero esta no deja entrever en sus conversaciones ninguna pista que indique hacia dónde se inclinará la balanza final.

—No os estoy escondiendo nada —se disculpa—, de verdad, todavía estoy sopesando las opciones, tanteando. Cuando tomo café y cotilleo con alguna residente simpática que me cuenta cosas interesantes, me digo a mí misma: «Viuda mía, venga, ya está, ya has encontrado tu sitio». Pero cuando se nos une una pensionista que se queja de todo y critica a todos, y encima es imposible deshacerse de ella, me digo a mí misma: «¿Qué pintas aquí?». La gente es amable e interesante mientras tengas la posibilidad de enchufarlos y desenchufarlos a tu gusto. Pero aquí los cerrojos están prohibidos, tanto los reales como los imaginarios, y lo único que puedes hacer es atrancar tu puerta, pero da igual porque la dirección tiene una llave maestra que abre todas. Y si me vas a responder, Nogaleh, que tampoco es que haya mucha diferencia entre tener un cerrojo y una cerradura, porque nadie va a entrar en mi habitación sin llamar a la puerta, te digo, y tú lo sabes bien, que

si a uno le apetece morirse, un cerrojo lo protegerá mucho mejor de una intervención inoportuna en el último momento.

—Estás de broma, mamá.

—No siempre… En el comedor, cuando tengo delante tanta comida y tan rica, me digo a mí misma: pues sí, señora mía, este es el lugar al que perteneces, mira si estás a gusto. Aquí no tienes por qué terminarte los restos de ayer ni de antes de ayer, ni tienes por qué comerte algo que está ya medio pasado con tal de no tirarlo a la basura. En esos momentos me vuelvo a mi habitación muy tranquila, pero también con el miedo de que en breve me atacará una horda de visitantes desconocidos y de lo más variopinto, como la vieja esa a la que ya le han quitado un pulmón y medio riñón y todavía sigue vivita y coleando como una ardilla. Es una vieja a la que le he caído bien y que me persigue, y aunque lo que quiere es darme ánimo para mis futuras intervenciones quirúrgicas, lo único que está consiguiendo es asustarme como a un gorrión; y fíjate en que hasta empiezan a dolerme un montón de órganos que ni sabía que tenía.

—Pero, mamá, por lo menos ahora tienes a tus nietos cerca.

—Sí, sí, mis nietos son encantadores, preciosos, puede que hasta sean unos genios, aunque debo tener cuidado de no ganarles a las damas o al bingo porque les afecta mucho y se deprimen. La verdad es que mi relación con ellos es más fuerte desde que me vine a Tel Aviv, y la tensión y la irritación que Honi les transmitía cuando venían a verme a Jerusalén han desaparecido y aquí se sienten mucho más libres, eso es totalmente cierto. Fíjate en que hasta se traen a veces a sus amigos, a los que también tengo que vigilar y dar de comer. En verano aquí hay un montón de césped, pero ¿cómo vamos a hacerlo en invierno? Mi habitación es muy pequeña…

—Pero si a ti los niños te encantan…

—¿Quién te ha dicho eso?

—Pues mira, por ejemplo, los dos críos que solías invitar a ver la tele.

—¿Quién te ha dicho que yo los invitaba?

—Eso es lo que ellos dicen.

—No los invitaba, pero sí me daban pena, porque cuando crezcan y tengan que salir al mundo, van a estar totalmente

perdidos, no van a entender el mundo moderno que les rodea.

—El mundo moderno les importa bien poco, mamá, y se mueven bastante bien en su mundo medieval.

—¿Eso crees? Igual tienes razón. Pero dime una cosa: ¿por qué estamos hablando siempre por teléfono? ¿Por qué no vienes a verme más a menudo? A veces me da la impresión de que esta vez te has enamorado de Jerusalén.

—Aquí hay poco de lo que enamorarse. Lo que pasa es que me preocupa el piso, no vaya a ser que piensen que lo hemos abandonado.

—Bueno, de todas maneras ven a verme. Porque si tú también piensas que tengo que mudarme a una residencia, entonces tienes que venir a animarme. Tú eres quien mejor sabe convencerme, más que tu padre o Honi, porque, aunque el camino que has elegido en la vida es totalmente opuesto al mío, me parezco mucho a ti, o tú te pareces mucho a mí, o como quiera que se diga…

—Vale, mañana para el almuerzo.

—Estupendo. Así podrás comprobar por ti misma cómo funcionan las cosas aquí.

Al día siguiente, Noga almuerza con su madre, probando platos aquí y allá, y analizando sus defectos y cualidades. Su presencia despierta el interés en el comedor, y dos ancianos vestidos con un ligero traje de verano se acercan para informarse sobre la bella hija venida de tan lejos.

—No tan lejos —precisa la madre—. Por ahora solo desde Jerusalén. Está allí guardando mi piso hasta que termine mi experimento aquí.

—¿Y cómo va a terminar el experimento?

—Eso es todavía un misterio, y mi hija ha venido a ayudarme a resolverlo.

—En tal caso, ayuda a tu madre a decidirse por esta casa. Aquí no hay muchos que puedan escuchar con tanta paciencia como ella las penas de los demás.

—Quizá sea porque no tengo ninguna pena propia.

—Y aunque, Dios no lo quiera, te tocara alguna en suerte —insistieron los viejos—, seguirías escuchando con paciencia y con buen humor. A nosotros nos encanta que nos prestes atención.

Cuando regresan a la habitación, Noga dice:

—Fíjate, mamá, apenas llevas aquí siete semanas y ya tienes dos apuestos pretendientes. ¿Por qué no los invitas a ver la tele contigo, como a los dos críos esos?

La madre sonríe.

—Ya sé que tú me echas la culpa a mí, pero créeme, no fui yo quien empezó este idilio con los dos niños, sino, fíjate tú, tu padre, unos cuantos meses antes de morir. Una noche, cuando salía a fumar con el señor Pomerantz, le preguntó por los dos chavales que deambulaban asilvestrados por la escalera, y qué se podía hacer para tranquilizarlos. Fue entonces cuando se enteró de que el más chico, el rarito, el retrasado, el que tiene cara de ángel…

—Mamá, no se dice retrasado, sino discapacitado.

—Bueno, pues eso, discapacitado, rarito, desgraciado…

—Discapacitado.

—Vale, pues el señor Pomerantz le contó a papá que ese crío tan dulce pertenece a una dinastía hasídica muy importante que tiene detrás toda una comunidad de seguidores. Y como se trata de una familia un poco degenerativa… ¿Me das permiso para decir degenerativa?

—Permiso concedido…

—Porque, ya sabes tú cómo va esto, llevan cientos de años casándose entre sí, así que los hermanos mayores del crío son bastante débiles y enfermizos, por lo que existe la posibilidad de que justamente nuestro pequeño angelito se convierta en el líder de la comunidad en el futuro.

—En el *Tsadik*, el Justo. Es su «Maestro-Guía-y-Rabino», como lo llaman ellos.

—Exacto, ¿cómo lo sabes?

—Porque el mayor me lo ha contado. Yuda-Tsvi.

—Ah, muy bien. Ya veo que ya sabes cómo se llama. Pues, como te he dicho, ese es el hijo de Shaya, aquel muchacho tan encantador con el que estabas siempre hablando en las escaleras cuando eras una adolescente. No es tan guapo como su padre, pero es muy espabilado y listo.

—Pero ¿y papá? Estabas hablando de papá.

—Es verdad, papá. Papá se sentía atraído por ellos, puede que porque echaba de menos los hijos que tú no nos trajiste.

—¿A vosotros? ¿Que no os traje a vosotros?

—No te quedes pillada con cada palabra que diga, Noga. Lo he dicho sin darme cuenta. Ya sabes que ninguno de nosotros te ha reprochado nunca que no quisieras tener hijos. Pero, bueno, lo que te estaba diciendo, que papá empezó a ocuparse de ellos, a hacerles bromas y jugar con ellos, y una vez los invitó a casa para tentarlos con la televisión. Solía decir, obviamente de broma, que el ángel rarito ese podría llegar a ser el líder de un partido ortodoxo que podría derrocar a un Gobierno, y por eso tendría que ir acostumbrándose a la televisión.

—Qué atento, papá.

—Muy atento, papá, sí, pero no tanto cuando decidió morirse al cabo de unas semanas, dejándome sola con esos dos diablillos que me robaron la llave y a los que tienes que sufrir tú ahora.

—Se acabó el sufrimiento. El cerrojo los mantiene fuera cuando estoy en casa, y si me entero de que han entrado en secreto, los azotaré. Hasta me he comprado un látigo.

—¿Un látigo?

—Sí, un látigo… Uno de verdad… En la ciudad vieja.

—¡Muy bien! Me alegro de que no te hayas comprado una pistola.

Sucumbiendo ante el calor de Tel Aviv y la copiosa comida del almuerzo, Noga bosteza y echa de menos el frescor del piso de Jerusalén, y su madre, que se ha dado cuenta de su cansancio, le propone una breve siesta en su cama.

—Descansa y retoma fuerzas para pensar por mí, y ya que estás aprovecha para probar la cama, aunque me parece que, si me rindo ante Honi y me mudo aquí, por lo menos me traeré la cama eléctrica.

—Sí, es una cama muy interesante, aunque yo por las noches reparto el sueño entre ella y mi cama de cuando era niña.

—¿De verdad? ¿Pues sabes qué? Yo también, tras la muerte de tu padre, cuando por fin conseguimos liberarnos los dos del minúsculo lecho conyugal, que solo Dios sabe cómo nos pudo alcanzar durante tantísimos años, y conseguí la cama eléctrica, me sabía a poco, y empecé a deambular por las noches entre las camas. Solía comenzar en la eléctrica, y luego me pasaba a tu cama. Cuando me despertaba, me iba a la de Honi, y de ahí al sofá del salón, para acabar de nuevo en la cama eléctrica. Los paseos entre

camas sirvieron para mejorarme el sueño, y me daba igual si por la mañana tenía que hacer cuatro camas. Mira, esa es otra cosa que tendré que sopesar si al final decido mudarme aquí. En Tel Aviv solo tengo una cama.

—Como todo el mundo, y por lo que se ve, bastante decente. En un momento la pruebo. Pero ¿qué vas a hacer tú mientras? Porque si te quedas aquí mirándome, aunque sea sin hacer nada de ruido, no voy a pegar ojo.

—Es verdad, no te preocupes, yo me voy. A ver si encuentro a alguien que quiera jugar a las cartas un rato.

La madre cambia las sábanas de la cama y le pone una funda limpia a la almohada, trae más cojines y un edredón ligero y orienta con precisión el aire acondicionado para que una agradable brisa acaricie a la durmiente, baja las persianas y deja la habitación en la penumbra, y para terminar pregunta a su invitada si desea tener música de fondo.

—No, mamá, para mí la música es la esencia de la vida, no su acompañamiento.

—Claro que sí, porque tú no eres como yo, tú eres una música de verdad. Pero yo últimamente me duermo con el concierto de Mozart que te perdiste. Honi me lo trajo para que comprobara hasta qué punto ha sido grande tu sacrificio.

—Es un concierto bonito.

—Magnífico, brillante, nada triste. Fluye con tanta facilidad, aunque la flauta empaña un poco el sonido del arpa, y a mí obviamente lo que me interesa es el arpa, no la flauta.

—Eso depende de la interpretación, y seguro que la que tú tienes es la de James Galway, en la que la flauta es muy dominante.

—Eso parece, pero por lo menos en el escenario, en la vida real, el arpa se ve mucho mejor, es imposible esconderla. No te preocupes, hija mía, seguro que vas a tocar como solista esa obra más veces, y muchas más, eres joven y el mundo está a tus pies. Pero ya está bien, me voy, y tú descansa y siéntete como en tu casa, y cuando te despiertes me dices qué te ha parecido la cama.

23.

Al principio no pensó que fuera a conseguir quedarse dormida. Es verdad que la cama era lo suficientemente amplia, y la firmeza del colchón era la correcta, pero la habitación carecía de intimidad, como una habitación de hotel o una pensión, y en ella flotaba un leve aroma a medicamentos. El frescor habría sido más agradable sin el continuo runrún del aparato. Del otro lado de la pared le llega el sonido de una tos intempestiva, seguida de un profundo suspiro, y siente pena por su madre. Aquí es donde Honi quiere enclaustrarla, en este espacio extraño y reducido, que, aunque es verdad que está limpio y es respetable, no es menos cierto que no es su lugar. En el piso de Jerusalén, su madre puede combatir el insomnio usando cuatro camas, pero aquí ¿cómo va a lidiar con su desasosiego? ¿En el inmenso césped de atrás? Si ella hubiera esperado a que saliera una plaza de arpista en la Orquesta Sinfónica de Jerusalén y se hubiera conformado mientras tanto enseñando en el conservatorio o en alguna academia, y si le hubiera dado a su marido Urías aunque hubiera sido un solo hijo, él no la habría abandonado y ningún cambio habría sido necesario. Urías quería mucho a sus padres, pero ahora su madre se había quedado completamente sola en Jerusalén, y no era justo que Honi, el eterno angustiado, tuviera que salir corriendo a Jerusalén a la mínima alerta.

Desde fuera le llega el ruido de los motores de los autobuses, o quizá sean aviones aterrizando, pero esos sonidos, en lugar de desvelarla, aumentan su sopor. ¿Podría ser, se pregunta, que los motores de los coches queden amortiguados en las ciudades de la costa, liberados de las subidas y bajadas de los montes de Judea? Animada por esta nueva hipótesis geográfica, el sueño comienza a envolverla. Al mirar hacia el reloj del receptor de la televisión, se da cuenta de que ha pasado una hora desde que se metiera en la

cama. Pero ¿por qué iba a ser suficiente una hora? Si está durmiendo aquí es porque su madre se lo ha pedido, no porque ella quiera. El sueño le proveerá de una mirada introspectiva profunda, y para ello debe conseguir extraer de las profundidades de su espíritu al menos un sueño claro. Por eso, lentamente, el propio sueño se transforma en una residencia, un espacio protegido, y desde sus profundidades aparta el primer cojín y hunde su cara en las sábanas, absorbiendo el olor maternal, el perfume de su infancia segura y dulce, para que Jerusalén se funda con Tel Aviv.

El reloj del receptor avanza dos horas, como si, poseído por el espíritu de semejante conjunción, fuera el dueño de su propio tiempo. Y si no hubiera sido por los sollozos suaves pero persistentes que venían de la habitación de al lado, es bastante probable que la arpista no se hubiera despertado. ¿Y si la habitante anterior, que había agonizado lentamente en esta habitación, hubiera alterado el tiempo antes de su muerte? ¿Y qué estaría pasando en el mundo exterior? ¿Seguiría su madre jugando a las cartas? ¿Y si estaba apostándose allí todo lo que tenía? El cansancio, por otra parte, no se había saciado con el sueño, sino todo lo contrario, lo había acrecentado, y no fue hasta que Noga se percató de la oscuridad que reinaba más allá de las persianas cuando decidió reunir todas sus fuerzas y levantarse. Con la lentitud de una sonámbula en la oscuridad se puso la ropa, abrió la puerta del balcón, cruzó el jardín de flores, ya marchitas la mayoría, y se dirigió a la zona del césped, donde terminaban de fundirse los últimos rayos de sol. Sentados sobre dos cómodas sillas estaban su madre y su hermano, mirando a los nietos patear un balón hacia algún punto indefinido.

—¡Nougat se ha despertado! —Los niños gritaron con cariño el apodo de su tía, evocando los regalos que les traía de Europa.

Su madre y su hermano se giraron hacia ella, ambos claramente satisfechos por su larga siesta.

—Esto no puede ser cansancio israelí —exclama su hermano—, porque en Israel no es que estés haciendo mucho. Este cansancio te lo has traído contigo de tu Europa.

Noga no responde, contentándose con besar a los niños en silencio, y luego abraza y besa cariñosamente a su hermano y a su madre, como si acabara de emerger, no de una siesta en una

pequeña habitación, sino de un largo y peligroso viaje.

Honi le pregunta por el látigo.

—¿Es un látigo de verdad? ¿En serio?

—Totalmente verdadero —le responde ella—, mide casi un metro de largo.

—No te va a servir para nada. —Honi rechaza el poder del látigo —. Esos pequeños bastardos ortodoxos se entrenan desde la infancia contra los gases lacrimógenos y los cañones de agua de la policía. Tu látigo para ellos es una caricia; una pena que no hayas comprado una pistola.

—Ya basta, Honi, deja de decir tonterías —le reprende su madre.

Noga no le contesta y, exhausta, se desploma en una silla que le acerca su hermano. Todavía envuelta en las brumas del sueño, se lanza a cantar las alabanzas de la cama.

—Tu cama me ha cautivado, mamá, aquí no te hace falta vagabundear de cama en cama para vencer el insomnio, una sola es más que suficiente. La atmósfera de Tel Aviv es tan serena; la historia y la política no lo han dejado todo en ruinas como en Jerusalén. Por eso, si quieres que te dé mi respuesta a la pregunta del experimento, te digo que sí, mamá, este es el lugar adecuado. Múdate aquí, te lo digo de corazón, y así nosotros también nos quedaremos tranquilos y podremos ayudarte.

Sorprendido, emocionado, con los ojos brillantes, Honi no se esperaba una declaración tan categórica y temprana como esta. Aprieta con fuerza la mano de su hermana, agradecido, y se dirige a su madre:

—Si dices que quien mejor te entiende, más que papá y por supuesto mucho más que yo, es Noga, escúchala ahora, por favor.

—Sí —responde la madre con desgana—, estoy escuchándola.

—Entonces podemos dar el experimento por terminado — interrumpió Noga—, y yo puedo volverme a Europa.

—No, no, todavía no —exclama alarmada la madre—, quedamos en que el experimento iba a durar tres meses y apenas ha pasado uno y medio. Por favor, hijos míos, nada de abreviaciones, no sería justo.

Honi se muestra de acuerdo.

—Respetaremos los plazos que nos pusimos. De todas maneras,

dentro de diez días *Carmen* espera a Noga a los pies de Masada, para que vaya a ayudarla.

Extrae del bolsillo de su chaqueta un puñado de papeles con los detalles de las condiciones del contrato de los figurantes de la ópera del desierto. Y tiene una sorpresa que anunciar: un par de entradas para la segunda velada, para su esposa y para él, de manera que puedan disfrutar, no solo de la música y el desierto, sino también del espectáculo de Noga vestida de jovencita campesina de la provincia de Sevilla, paseándose entre el coro con su vestido bordado.

—Entonces ¿de eso se trata?

—Toma, cógelo y léelo tú misma.

—Y vosotros vais a venir a reíros de mí.

—Por el contrario, a admirarte.

La oscuridad se hace cada vez más espesa, los niños todavía tienen que hacer deberes y hay que llevarlos a casa. Tras dudar un momento, Noga le pregunta a su madre si puede quedarse a cenar.

—Vamos a intentarlo —le contesta—, la hora de la cena ya ha pasado, pero seguro que podemos encontrar algo en la cocina para una invitada tardía.

Efectivamente, con los restos de la cena le preparan un espectacular festín en el comedor. Noga está maravillada.

—Hasta los restos son fabulosos aquí —dice—. Escúchame, mamá, a pesar de tus muchos e innegables talentos, si te soy sincera, la cocina no era precisamente lo tuyo. ¿Por qué no te consientes con un poco de buena cocina en los años que te quedan? No solo la cama, también la comida es un argumento a favor de la residencia.

—Quizá sí —le concede la madre a medias, y es imposible saber qué piensa la otra mitad.

Noga no llega a Jerusalén hasta pasadas las diez y media, y mientras atraviesa el barrio de Mekor Baruch, se dice a sí misma que, si se observa el barrio por la noche, nada parece haber cambiado desde su infancia. La gente es la misma gente, la ropa que llevan es la misma que llevaban, las tiendas son las mismas tiendas, y en las farolas brillan las mismas bombillas. Es verdad que, aquí y allí, se han cerrado algunos balcones o se ha añadido alguna planta extra o una ventana, y delante de las casas se alinean los

contenedores municipales, pero es como si los muertos no hubieran muerto y los nuevos nacidos no hubieran nacido todavía.

Noga alberga en su corazón la esperanza de descubrir trazas de los niños en el piso, y por eso en cuanto entra en la casa corre a comprobar si la pantalla de la televisión está caliente, pero el aparato está totalmente frío. Inspecciona las habitaciones, e incluso comprueba si el ángulo de inclinación de la cabecera de la cama eléctrica ha cambiado, pero ninguna mano extraña ha tocado el mecanismo. Al final se acuerda del látigo, y, como por un momento no se acuerda de dónde lo ha dejado, se imagina que el pequeño intruso ha estado aquí y se lo ha llevado. Pero entonces se acuerda de su escondite y se dirige al armario vacío de sus padres, donde lo encuentra enroscado como una serpiente de piel rojiza, quemada por el sol, con su larga cola reposando sobre la foto del rey jordano en el periódico extendido debajo de él.

Puesto que ha regresado de Tel Aviv totalmente descansada, se apoltrona delante del televisor, saltando de canal en canal, hasta que termina aterrizando en Mezzo y salta de un concierto a danza, y de la danza a una ópera, hasta que, bien entrada la madrugada, se le empiezan a cerrar los párpados y el sopor musical acaba rápidamente transformado en alucinación. Pero en lugar de buscar el reposo en una de las camas del piso, trastea el costado del viejo sillón de su padre en busca de una palanca medio olvidada que transforma el sillón en una especie de cama. Cama en la que no se queda mucho tiempo, pero que, en su sueño, le sirve de trampolín para saltar al escenario que tiene enfrente, donde la orquesta ya se está preparando para la ejecución del segundo acto concertante de la ópera. Los músicos afinan sus instrumentos y entre ellos se pasean ya varios cantantes que no han esperado a que el director los llame a escena. Los cantantes visten esmoquin y las cantantes llevan los trajes de sus personajes. A pesar de que se trata ya del segundo acto, todavía no ve su arpa, que alguien debe traerle en un carrito al escenario. ¡Ahí llega su arpa, grande y majestuosa! Pero en lugar de colocarla cerca de los instrumentos de cuerda, están moviéndola hacia los instrumentos de viento, justo al lado de las trompetas y los trombones y no lejos del tambor, que ahogará toda su sonoridad. Mientras Noga está preocupada por su nuevo emplazamiento, una mujer se dirige hacia ella.

—Soy Carmen —le dice—. ¿Puedes cantar el segundo acto por mí? Se me ha metido un grano de arena en la garganta.

24.

Los niños no aparecieron ni al día siguiente ni dos días después. ¿Se habían cansado de la televisión, o les habían conseguido una tele más *kosher*? ¿O es que el hijo de Shaya había encontrado otro método para aplacar la tormenta interior del pequeño *tsadik*? Sea como fuere, la amenaza del látigo no había sido en vano, y el propio látigo le podría ser útil en el futuro.

A pesar de ello, Noga sigue albergando la esperanza de que los niños vuelvan a irrumpir en el apartamento. Esta es la única casa en todo el edificio, y puede que incluso en el barrio entero, que sigue siendo un bastión del laicismo. Y aunque es seguro que hay más de una familia que posee en secreto el escandaloso aparato, nadie osaría admitirlo.

Noga espera tener la oportunidad de comprobar que, efectivamente, su látigo no es algo simbólico sino real, y por eso se abstiene de cerrar la puerta con el cerrojo de Abadi, y hasta deja el ventanuco del baño abierto. «El que detiene el castigo, a su hijo aborrece», solía proclamar su padre cuando eran niños, y llegaba a desabrocharse el cinturón para asustar a Honi cuando ella lo pillaba revolviendo en su mochila o en sus cajones y exigía que sus padres hicieran justicia. Pero el cinturón de su padre solía rendirse de inmediato sin que fuera ni siquiera sacudido como amenaza, porque el muchacho conseguía derretir la ira y enfado del padre con su dulzura y sus encantadoras palabras y pedía perdón improvisando toda una ceremonia llena de humor en la que se arrodillaba en el suelo y se prosternaba ante su hermana.

En su casa, Noga era a su vez adorada y temida, y ya desde su infancia había quedado establecido que a ella no se le imponía nada en contra de su voluntad. Esto no era debido a su cabezonería, sino a que sus límites siempre habían estado bien claros y definidos, aunque a veces ni siquiera ella los entendiera. Solamente su

hermano pequeño, que había crecido pegado a sus talones y que quizá la quisiera más que nadie, solía intentar desplazar un poco esos límites para acercarse un poco más a ella.

Cuando comenzó la relación romántica entre ella y Urías, Honi estaba entusiasmado, no solo porque el futuro esposo le caía muy bien, sino porque creía que, a través de él, él mismo podría profundizar en su relación con su hermana. A Urías también le gustaba su futuro cuñado, y cuando todavía era oficial en una unidad de combate, solía llegar a la casa en un vehículo militar para recoger al maravillado muchacho y darle una vuelta por Jerusalén, incluso le dejaba que tocara el gatillo de su rifle.

Sin embargo, las esperanzas de Honi de convertirse pronto en el tío del bebé de su hermana quedaron frustradas. Tras varios años de matrimonio, quedó claro que ella se negaba en redondo a traer niños al mundo, y fue precisamente el hermano pequeño, que no los padres, quien pataleó y protestó todo lo que pudo y más por el niño al que no dejaban nacer, provocando la ira de su hermana. No cejó hasta que el propio Urías le pidió que dejara de acosar a su hermana, y poco tiempo después él también se casó y se dio buena prisa, quizá como un desafío, en traer el tan anhelado nieto a sus padres.

La ceremonia de la circuncisión tuvo lugar en ese mismo piso, que para sorpresa de todos se reveló capaz de contener a una multitud de parientes más o menos cercanos, más amigos y conocidos. Esto ocurrió después del divorcio, pero Urías también vino a la celebración, observando con frialdad al recién nacido que dormía sereno en las rodillas de su abuelo, a la sazón el padrino, mientras que el *mohel* recomendado por el señor Pomerantz y a quien este supervisaba con atención procedía a realizar el corte mientras su larga barba rozaba el minúsculo pene. Ella misma se mantuvo a cierta distancia, pero felicitó calurosamente a su hermano, con la esperanza secreta de que a partir de ese momento la dejaría en paz, más aún porque acababan de admitirla como arpista en una orquesta holandesa.

Ahora el piso está completamente vacío y totalmente en su poder. Tras la desaparición de tantos trastos viejos y muebles, el espacio había aumentado y podría recibir un montón más de invitados a una nueva celebración, en caso de tener una buena

razón para ello. Pero bajo su control total, y con el calor del verano cada vez más agudo, la solitaria habitante del piso tiene derecho por lo menos a desvestirse y pasearse desnuda por las estancias antes de introducir su cuerpo en un baño de espuma azulada.

El agua de Jerusalén le parece especialmente dulce porque está convencida de que parte de ella proviene de antiguos pozos que recogen el agua de lluvia, tal y como su padre le contó. Por eso se entretiene en la vieja bañera, sostenida por patas de bronce con forma de garras de ave de presa, y de vez en cuando se sumerge por completo debajo de la espuma. En un pequeño transistor suenan las melodías entrecortadas de viejas canciones israelíes en las cuales se insinúa, quizá porque el aparato se está quedando sin pilas, un ligero plañido del que no tenía memoria.

Le lleva un rato darse cuenta de que el plañido no proviene de la falta de baterías o de un toque moderno a las viejas canciones, sino que es un quejido real que penetra por el ventanuco abierto, en el que dos pequeños pies vestidos con calcetines blancos y desgastadas sandalias tantean el espacio vacío en busca de un apoyadero.

—¡Vas a destrozar la ventana! —Noga no puede contener la risa mientras desnuda y goteando espuma se lanza sobre el ventanuco y agarra los dos pies que siguen dando patadas al aire.

El niño, sintiéndose seguro, suelta la tubería a la que desesperadamente seguía aferrado, y se desliza hacia el interior entre los brazos y el pecho húmedos de la mujer, que lo deposita en el suelo y corre a la ventana esperando ver aparecer al guardián del pequeño *tsadik*. Pero no hay más niños colgando de la tubería, que se retuerce oxidada hacia arriba, cubierta solamente por el cielo azul.

—Así que ahora vienes tú solito…

Se inclina sobre el *tsadik*, que permanece acurrucado a sus pies, y percibe el olor agrio de su sudor. Se da cuenta de que tiene las manitas negras de la tubería, así que lo pone de pie con una energía llena de alegría y, con sus ágiles manos, le arranca la chaqueta gris y la camisa blanca cuyo sucio cuello está cubierto por un bordado secreto, y mientras él patalea, ella le saca los pantalones raídos, heredados de generación en generación, y se topa con un pañal usado, que tira a la papelera. Le retira entonces por la cabeza el pequeño *talith* cuyos flecos se pegan unos a otros por la suciedad, y

desnudo como el día en que nació lanza al niño por los aires, sumergiéndolo en el agua de la bañera y duchándolo con agua pura. Ya no tiene a un niño delante de sus ojos, sino a una preciosa niñita, cuyos tirabuzones húmedos conforman una dorada cabellera.

Resuelta, purifica el cuerpo del *tsadik*. Ningún miembro escapa a la firme mano de la arpista, que recuerda con una sonrisa el consejo que su padre le dio a su madre de tratar al *tsadik* con cuidado porque un día podría llegar a ser el líder de un obstinado grupo religioso que podría derrocar todo un Gobierno. Adelante, que derroque Gobiernos, masculla Noga para sí, pero por lo menos que no los contamine.

A pesar de que es totalmente consciente de su propia desnudez, no tiene ninguna prisa por cubrirse. Sea niño o niña, se dice a sí misma, ¿por qué no grabarse en su memoria? Le envuelve el cuerpecito blanco en una enorme toalla y lo lleva en brazos, ligero como una pluma, al salón, y lo sienta en el sillón de su padre. Todavía sigue pareciéndole una niña, en cuyos ojos azules brillan como diamantes las lágrimas, aunque su pequeño brazo ya está extendido, suplicante, hacia la pantalla negra.

¿Televisión otra vez? En realidad, por qué no. Noga enciende el aparato con una alegría que sigue sin abandonarla, y espera que la orquesta sinfónica del canal Mezzo cautive al pequeño espectador con la riqueza de sus sonidos. Pero el *tsadik* reclama el mando y se pone a cambiar canales con mano experta hasta que se detiene en el canal Jungla frente a una tropa de monos.

En ese caso, tampoco está tan loco.

Entonces, tras un largo e incomprensible retraso, la puerta principal es sacudida por unos golpes aterrorizados. No va a presentarse desnuda delante de otro niño, así que se envuelve en un albornoz y lo ajusta con el cinturón, se sacude el pelo y se lo peina con los dedos, y es entonces cuando abre la puerta al pálido y espantado guardián, a quien conduce hasta su protegido, que está sentado en el sillón envuelto en su enorme toalla y totalmente fascinado por los monos que se despiojan educadamente unos a otros.

—Al final va a acabar estampándose —le reprocha Noga sin maldad.

Yuda-Tsvi sigue en silencio. Tiene el rostro enrojecido y se

muerde los labios. Con un gesto conmovedor, se arrodilla ante el pequeño, que ni se digna a mirarlo. Acaricia y huele la toalla húmeda y pregunta:

—¿Qué es esto? ¿Lo has duchado?

—Por supuesto.

—¿Por qué? ¿Qué te ha hecho?

—Se ha escurrido tubería abajo y ha aterrizado aquí hecho un asco y apestando.

—¿Y qué?

—¿Cómo y qué? Hacía falta ducharlo.

—¿Cómo?

—¿Cómo? Con agua y jabón. ¿Has oído alguna vez hablar del agua? ¿Y del jabón?

El hijo de Shaya la observa con ira manifiesta.

—¿Y la ropa? ¿Su *talith* y la camisa con el cuello bordado?

—No te preocupes, está todo guardado menos el pañal usado. Pero escúchame,
Yuda-Tsvi,
no le vayáis a poner esa ropa asquerosa ahora. Súbeselo a tu abuela y que le pongan otra ropa.

—Aquí no tiene más ropa.

—Pues que se la traigan. Lo importante es que te lo lleves tal y como está, envuelto en la toalla esta, os la regalo. Pero antes júrame por la vida de tu padre, por la vida de Shaya Pomerantz, que nunca, pero nunca jamás, vais a volver a entrar aquí, ni por la puerta ni por la ventana, porque si el *tsadik* este se acaba estampando, ¿qué van a hacer todos sus fieles sin él?

—Encontrar otro *tsadik* —murmura con una voz lúgubre, lanzándole una mirada ardiente que adivina su desnudez bajo el albornoz. Ya no es un niño, sino un furioso adolescente que arranca el mando de la mano del pequeño y apaga la televisión, y de un solo tirón le quita la toalla y la tira al suelo con asco, después empuja al niño, que chilla desnudo, hacia la puerta que sigue abierta, y sin decir adiós se lo sube a la abuela que ya no sabe que es una abuela.

25.

Al principio quiso contarle a su madre el episodio con el niño, pero se lo pensó dos veces y desistió. Su madre no entendería la historia de la misma manera que ella, y prefería mantener a salvo de la ironía de su madre esa alegría que todavía la envolvía. Por eso después de una larga siesta, que no le arrebató ni un ápice de su singular felicidad, salió a la calle. Tenía pensado bajar al centro de la ciudad y relajarse un poco viendo alguna película extranjera, pero recordó de pronto que hacía años que los cines habían abandonado el centro de la ciudad en beneficio de los centros comerciales de la periferia, y como no le apetecía volver sobre sus pasos, se dirigió hacia el gran mercado, que tras muchos años de rechazo y olvido había empezado a despertar su atención.

El mercado Mahané Yehuda se hunde lentamente en la penumbra y a ella misma la atacan unas ganas incontenibles de comerse un buen plato de sopa de albóndigas, espeso y caliente. Con esa idea *in mente* explora las callejuelas en busca del restaurante subterráneo con la esperanza de que, a pesar de la hora que es, todavía no se haya convertido en bar. Pero en cuanto desciende las escaleras ve su esperanza truncada. Las persianas que separan la cocina de la sala están echadas, las largas mesas comunales han sido divididas en pequeñas mesitas individuales y un muchacho se pasea entre ellas encendiendo unos vasos de cristal que parecen velas de muertos. Al lado de la barra del bar hay una guitarra y un acordeón, todavía en sus fundas, y dos hombres que están terminando de cenar y son sin duda los músicos.

Una vez más vuelve a mirar al techo. La cámara negra, real o falsa, sigue anidada en su lugar, aunque da la impresión de que el reluciente ojo de cristal ha cambiado de posición.

Se dirige al muchacho de las velas.

—Disculpa, ¿os queda algo para comer?

—Nada, señora, venga usted mañana.

Se dirige ya hacia la salida cuando ve de refilón, al fondo de la sala, no lejos de la persiana bajada, al expolicía retirado, el figurante tartamudo. Está sentado mirando hacia la entrada, como si esperara a alguien. Puede que precisamente a ella.

Con un solo paso podría retirarse y desaparecer en el mercado, pero Noga nota que el curtido figurante ya la ha descubierto también y que a pesar de la distancia él, sin duda alguna, sabe que ella también lo ha visto. ¿Qué hace, desaparece o no? Elazar sigue inmóvil en su esquina, sin levantarse ni saludarla. Ella no tiene ningunas ganas de ceder ante los deseos del policía, pero ignorarlo le parece aún peor.

Camina hacia él sonriendo, pero él sigue sin levantarse de su sitio, inmóvil y sin mostrar signos de sorpresa, como si se estuvieran viendo porque han quedado.

—Pensé que podría encontrar aquí algo para comer —le explica ella—, porque tras aquella velada nuestra volví al día siguiente al mediodía y comí muy bien. Pero parece que aquí cierran temprano y están ya preparándose para otro tipo de velada.

—¿Qué querías comer?

—Lo que hubiera…, tampoco mucho…, a lo mejor una sopa…, algo sencillo.

—Si solo quieres una sopa, igual puedo hacer que te arreglen algo. Ven y siéntate.

Él se levanta y le ofrece una silla, y luego se dirige hacia el pasillo de los servicios para rodear las persianas cerradas de la cocina.

—Una sopa de albóndigas. —Noga no puede contener su ansia, pero se arrepiente rápido—. Es decir, si es que hubi-bi-biera…

Él se frena en seco, sorprendido.

—¿Albo-bo-bóndigas? —repite haciéndose eco de su tartamudeo —. ¿A-a-ahora? No c-c-creo que les quede ya a estas horas…, pero una so-so-sopa sencilla, a lo mejor unas buenas lentejas bien espesas, como las que sirven a mediodía, ¿no te apetecerían?

—¡Muchísimo! —exclama con entusiasmo, ruborizándose—. De verdad, las albóndigas dan igual… Un buen potaje de lentejas o lo que haya… Bien espeso suena estupendo…

Desaparece en la cocina y la mirada de ella deambula por la sala

en penumbras, a la que el brillo titilante de las velas le da un toque añadido de misterio. Los músicos, que han terminado de comer, sacan sus instrumentos y los afinan, y la cascada de sonidos provenientes de la guitarra y el acordeón la sacude de golpe, despertando en ella una nostalgia tan fuerte por su arpa que los ojos se le llenan de lágrimas.

Con mucho cuidado, el policía coloca un plato hondo a rebosar de un potaje de lentejas humeante y dos rebanadas de pan negro.

—¿Cómo te las has arreglado? ¿Es que eres socio de este sitio o tienes un primo aquí o algo así?

—Ni una cosa ni la otra, pero un inspector de policía, y más aún uno jubilado, tiene algo de poder e influencia.

—¿Y por qué precisamente retirado?

—Porque todavía mantiene sus antiguos contactos e información secreta, pero sin estar sujeto a ninguna n-n-norma.

Ella sorbe con cuidado el potaje y la mirada del policía eterno acompaña el movimiento de la cuchara como si fuera una niña que necesita que la vigilen. ¿Se da cuenta, se pregunta a sí misma, que a pesar de su poder policial no puede tocarla?

—¿Y qué ha pasado con los pequeños religiosos que ir-r-rumpían en tu piso?

—Me parece a mí que precisamente hoy me he deshecho por fin de ellos.

—¿Cómo?

Ella le cuenta el episodio del pequeño que se ganó un lavado exhaustivo.

—Hiciste bien —se muestra entusiasmado Elazar—, y con una buena in-tu-tu-tuición. Los conozco, y si tú, una mujer laica, extranjera y s-s-soltera se ha atrevido, aunque se trate de un niño pequeño…

—Pero importante… Es una especie de *tsadik*…

—Exactamente… Por eso si tú, una mujer libre y sin hijos, le qui-qui-quitaste la ropa y le obligaste a darse un baño, eso a-a-a-asustaría no solo al niño que lo vigila, sino también a los padres, que por fin se despertarán y se harán cargo de semejante anarquía.

—Imagínate —se ríe avergonzada— que cuando estaba bañándolo, yo misma, porque justo salté de la bañera para alcanzarlo, estaba como Dios me trajo al mundo, sin nada encima…

—¿Desnuda? ¡Mucho mejor! —Aplaude—. Hiciste m-m-muy bien. Y sin mala intención. Tienes razón, ya no hace falta llamar a la policía.

—¿Tú crees que con todo esto por fin he acabado con las incursiones?

—Estoy seguro, porque los conozco. Ahora mismo te tienen terror. Se han dado cuenta de que eres impredecible. De todas maneras, ¿cuánto tiempo te queda aquí hasta que se acabe tu experimento?

—¿Mi experimento? No es mío, es de mi madre.

—Eso.

—Apenas cuatro semanas.

—Entonces no te preocupes. Y según tengo entendido, en breve te vas a escapar de aquí, porque tu he-he-hermano te ha conseguido un papel en la ópera…

—¿Un papel en la ópera? Madre mía, ahí está usted exagerando, señor mío. No es más que un papel de figurante, una aldeana, o gitana, o una contrabandista; y como tú mismo me dijiste, sin salario, solo tres días en un hotel en la playa.

—Tres días en un hotel de lujo en una estación termal famosa son un pago suficientemente justo. Pero si quieres ganar dinero antes de volverte a Europa, vente conmigo a hacer la serie del hospital. Están ahora en plena faena, entrevistando candidatos, porque se ve que necesitan un montón de figurantes. Fíjate en que ni a mí me han rechazado, y eso que soy el eterno figurante y que mi cara ha aparecido en cientos de películas. Lo más seguro es que me manden a la mesa de operaciones o a la m-m-morgue para que no se me vea la cara, pero mi cu-cu-cuerpo sí que lo necesitan.

—¿Y cuándo se supone que debe empezar?

—Dentro de una semana y media. Han vaciado un almacén enorme en el puerto de Ashdod y han construido un decorado idéntico a un hospital. Va a ser una serie de mucha pasta y muy cuidada, y va a tener por lo menos doce episodios, y obviamente en cada uno de ellos se necesita su dosis constante de enfermos, acompañantes y familiares. Como la cuota de figurantes no estaba llena, me he tomado la libertad de in-in-inscribirte. ¿Por qué no ibas a ganarte un buen dinero antes de que te-te-te vayas de aquí? Además, el compromiso es diario, no hace falta que firmes para

toda la serie. Puedes re-re-renunciar en cualquier momento. No estás enfadada conmigo, ¿verdad?

—¿Por qué iba a enfadarme?

—Porque te he inscrito como paciente. Pero si te molesta, también puedes ser una familiar de algún paciente.

—No, la verdad es que no me disgusta nada ser una paciente imaginaria por unos días. Seguro que me calma un poco. Pero dime una cosa: ¿qué conexión tienes tú con el negocio de la figuración? Qué eres, ¿socio? ¿Pariente? ¿O una especie de asesor o algo?

—Asesor co-co-confidencial, esa es la mejor definición.

Con un gesto algo brusco, él le aferra la mano y se la acerca a los labios y ella percibe su alivio. ¿Se preocupa por ella porque todavía no ha perdido la esperanza de acostarse con ella antes de que vuelva a Europa? La verdad es que, aunque su esperanza es bastante débil, en el fondo de su corazón ella no lo rechaza del todo, pero todavía no, porque si no él no la va a dejar en paz. Pero puede que ceda justo antes de irse, como una especie de último recuerdo de su trabajo como figurante israelí. De todas maneras, ningún bebé tartamudo va a nacer de esta relación.

Se termina el potaje de lentejas, aunque no ha tocado el pan. «Estaba buenísimo, me has dado la vida después de la pelea con el crío, que me había dejado exhausta». Mientras el muchacho trae también a su mesa uno de esos botes y enciende la vela de los muertos que hay dentro, un curioso pensamiento le cruza la mente: Elazar no se encontraba esa noche allí por casualidad. Este hombre, con su instinto policial, sabía que ella vendría aquí hoy y estaba esperándola. Y sin rastro de enfado, con una encantadora sonrisa, le pregunta si la ha encontrado allí por casualidad.

—No, n-n-no ha sido por casualidad.

—¿Entonces?

—Este mediodía iba para tu casa para hablarte de un trabajo de figurante bastante especial y original, pero que es para ya. Cuando llegué a tu calle, vi desde lejos que salías de tu casa, y como no quería que so-so-sospecharas que me dedico a merodear por tu calle sin mo-mo-tivos, me dediqué a seguirte sin que te dieras cuenta. Se me da bien seguir a la gente y vi que ibas al mercado. Por cómo pasabas delante de los puestos, me di cuenta de que no estabas buscando tomates, sino una buena comida, y aquí, en este sitio,

porque ya me había enterado de que habías estado aquí una vez a mediodía y habías comido con mucho apetito. Te li-li-liaste un poco por las callejuelas, así que yo me adelanté y te esperé pacientemente.

26.

—¿Por qué?

—Para hacerte una oferta especial, bien pagada, en moneda ext-t-tranjera. Pero tienes que darme una respuesta inmediata, s-s-sí o no.

—¿Sí o no a qué?

—A trabajar esta tarde por unas horas como figurante en un documental que están grabando ahora en Jerusalén.

—¿Figurante en un documental? ¿No es eso una contradicción en sí misma?

—Una contradicción absoluta. Porque lo que esperamos en un documental es que haya gente real, y no actores y figurantes. Pero a veces ocurren contratiempos que hacen necesaria la ayuda de un extra.

—¿Eso qué significa?

Elazar le habla de un grupo de estudiantes norteamericanos que están grabando un documental biográfico sobre un profesor de su universidad, un psiquiatra norteamericano de origen israelí llamado Granot. El Granot ese se crio en Jerusalén y cuando era joven estuvo una temporada ingresado en un psiquiátrico. Cuando le dieron el alta se fue a estudiar a Estados Unidos, donde acabó siendo un prominente profesor, autor de originales teorías en su campo de estudio. En el marco del documental biográfico, que de hecho se centraba en las teorías e ideas del hombre, los estudiantes habían decidido organizarle una especie de viaje a sus orígenes en Jerusalén, con una entrevista con sus padres, ya ancianos, y con parientes y algunos amigos, para que los testimonios de su juventud añadieran algo de humanidad y color a su retrato y reflexiones. Y obviamente el equipo esperaba también que se produjeran algunos intercambios de reproches, o que se saldaran antiguas cuentas, como suele ocurrir en este tipo de encuentros.

—¿Y por qué les hace falta una figurante?

—En p-p-principio todo será r-r-real y auténtico. —Un repentino ataque de tartamudez le sobreviene de golpe, y Elazar respira hondo para recuperarse y retomar el control sobre su atormentada lengua—. Lo que pasa es que uno de los personajes, que además es esencial —continúa explicándole Elazar—, y que se supone que tenía que venir a grabar a la casa de los padres, una muchacha con la que el profesor este tuvo algún lí-lí-lío cuando era joven, y por quien acabó hospitalizado, ha cancelado esta mañana su participación por la presión de su m-m-marido, que se niega en redondo a que su mujer aparezca en un documental que va de psiquiátricos. Pero para el director del documental es una faena no poder contar con ella, y por eso han decidido traer a una extra que la reemplace, que esté presente en el encuentro sin decir nada, porque al profesor, así, quizá le entran ganas de decirle algo, aunque ella no le conteste, porque en este documental no hay guion de ningún tipo; todo lo que pasa es espontáneo y r-r-real.

—Me parece muy raro…

—Es verdad, hasta a mí, que tengo experiencia, me lo parece. Pero, bueno, el caso es que este mediodía una de las agencias de figurantes me llamó a mí y a otros para que los ayudáramos a buscar una m-m-mujer de más o menos de tu edad, para que pueda ocupar el lugar de la mujer r-r-real.

—¿Mujer que se supone que no debe hacer ni decir nada?

—Correcto, aunque se trata de documentar lo que ocurre, así que nadie tiene el c-c-control o sabe de antemano cómo va a terminar.

—Pues podría perfectamente terminar con un gran fiasco —suspira Noga.

—Tienes razón, pero todavía tienes que responder, sí o n-n-no, porque si no van a encontrar a otra p-p-persona.

—¿Cuánto pagan?

—Trescientos dólares por unas pocas horas. Bastante respetable para una fi-fi-figuración silenciosa. La universidad aquella debe de ser riquísima o el profesor es superimportante por lo bien que pagan. Entonces ¿sí o no?

Noga estudia el rostro del policía. ¿Está contándole la historia completa o se está guardando algún capítulo importante?

—Mira tú por dónde, Elazar, la aventura con los dos críos me ha dejado bastante tocada, y dudo mucho que esta noche pueda dormir algo, así que ¿por qué no cambiarme por otro personaje, real, aunque sea por una vez, y encima ganarme un buen dinero? Pero con la condición de que me lleven y traigan de allí.

—¡Faltaría más! —exclama él con alegría—. ¡Yo m-m-mismo te llevaré y te traeré, que tengo curiosidad por ver cómo te cocinan!

Noga se echa a reír.

—¿Y a ti como asesor confidencial no te pagan?

—Yo no necesito dinero. Pero si me invitas a un plato de sopa antes de que te vuelvas a Europa n-n-no te voy a decir que no. Venga, vamos a llamar para asegurarnos de que no cogen a otra.

Marca un número y se acerca el teléfono a la oreja, discutiendo casi en un murmullo y en un inglés muy simple, y cuando cuelga, sus ojos parpadean felices a la par que su tartamudeo:

—¡El pa-pa-papel es nu-nu-nuestro! Quiero decir, ¡es tu-tu-tuyo!

La tarde está llegando casi a su final y la vida en Jerusalén comienza a ralentizarse. En pocos minutos, Elazar la conduce con su coche hasta el barrio de Talbieh, que se enorgullece de albergar la residencia del presidente del país, del primer ministro y el Teatro de Jerusalén, situado justo enfrente de la antigua leprosería. Por pura diversión, Elazar da dos vueltas alrededor de la vasta plaza Salameh y gira hacia la calle Marcus, continuando por una serie de calles más pequeñas hasta que desemboca en una larga y estrecha travesía llamada Amantes de Sion, cuyas casas son en su mayoría antiguas y bellas mansiones de piedra tallada.

En el jardín de una de esas grandes casas de piedra, decorada con un amplio porche, se congrega un grupo de personas cuya relación con el documental por el momento desconocían. Elazar le susurra al oído que esa casa perteneció en el pasado a un filósofo que tenía una larga barba blanca; Martin Buber se llamaba. Tampoco podía dejar de contarle la historia de un policía colega suyo. Resulta que una vez llamaron a la policía para que acudiera a una manifestación que estaba bloqueando justo esta calle. Era un desfile de estudiantes, amigos, vecinos y admiradores de todo tipo que habían venido a felicitar al profesor por su ochenta cumpleaños y cantaban y gritaban, inflaban globos y lanzaban sus sombreros al aire. Cuando mi colega le preguntó al profesor si necesitaba ayuda,

este le respondió con un fuerte acento alemán:

—Su ayuda sería muy apreciada, señor agente, si abandona inmediatamente la calle, no sea que vayan a pensar que la policía me protege.

Al lado de una verja verde hay una cámara montada en un trípode, acompañada de dos focos negros. En un amplio y luminoso salón, sentados sobre un sofá descolorido y cerca de un pequeño ventilador, una pareja de ancianos se sienta, bien apretados el uno junto al otro, observando ansiosos la cámara que los apunta como una metralleta, dirigida por un estudiante americano alto y desgarbado, mientras que un peludo micrófono, que pende de una larga vara que sujeta una esbelta estudiante, flota ante ellos en el aire. El héroe del documental, el profesor Yacob Granot, un hombre de unos cincuenta años de cabello gris y rizado, permanece de pie delante de sus padres vestido con un traje negro y pajarita, y parece doblemente preocupado, por el bienestar de sus padres, que lo ingresaron en un sanatorio cuando era muy joven, y por el bien de la propia verdad.

La grabación se detiene cuando la figurante entra, y una mano atenta la separa de su acompañante y la instala en un sillón en una esquina del salón. Sus movimientos son seguidos ahora por el ojo de la cámara, que se detiene brevemente en sus rasgos y regresa al autobiografiado, el prominente psiquiatra que está ahora discutiendo con sus padres.

Al tratarse de un documental norteamericano, la acción se conduce principalmente en inglés, pero el hebreo se cuela en la conversación con bastante frecuencia. El padre parece capaz de entender el inglés de su famoso hijo, pero le resulta difícil contestar en una lengua que no es la suya, mientras que la madre, que no entiende inglés pero adivina las intenciones, se autoriza a interrumpir la conversación para defender su verdad.

El profesor lleva mucho tiempo sin visitar Israel, y parece que se avergüenza un poco del deterioro de la casa en la que creció. No para de moverse por la habitación mientras habla, recolocando como el que no quiere la cosa objetos o muebles, buscando una mayor armonía en el entorno para que sus futuros espectadores, la mayoría estudiantes y colegas, no se burlen demasiado de sus raíces.

De vez en cuando le echa un vistazo a la figurante, que encarna el personaje más crucial de su juventud, y es imposible saber si se ha dado cuenta del cambiazo o no. ¿Es posible que crea que esta es la misma mujer que él conoció en su adolescencia?

Los estudiantes de Psicología, que conocen bien sus teorías sobre las perturbaciones psíquicas en los niños, pretenden extraer de la entrecortada conversación que está teniendo lugar entre él y sus padres cómo, tras experimentar una infancia turbulenta y demente, que terminó con una difícil estancia en el psiquiátrico, germinaron en su cerebro una comprensión semejante y unas explicaciones tan originales y revolucionarias. Por eso, al contrario de lo que se acostumbra en los documentales biográficos, la intención del protagonista no es venir a saldar viejas cuentas con sus padres, sino todo lo contrario: mostrar su aprobación por la mano dura con que lo trataron en su infancia.

Pero los dos ancianos se aprietan el uno contra el otro, temerosos de que finalmente hayan venido a restregarles su antigua culpa, y encima delante de una cámara extranjera. Por eso la madre ya no le habla a su hijo, sino que se dirige en hebreo al equipo de producción e intenta persuadirlos de cuán peligroso era su admirado profesor cuando era joven. Y el padre, que se ha puesto un traje pasado de moda para la ocasión, se afloja la diminuta corbata que le oprime la garganta, con el rostro lívido y los ojos llenos de lágrimas.

Con semejante cuadro, no queda más remedio que detener la grabación, dejar que los participantes se recuperen del malentendido, y encontrar una manera más adecuada de descubrir la verdad oculta.

Mientras tanto la habitación se ha ido llenado de gente, de los que no sabría decirse si pertenecen o no al documental, y una maquilladora local se afana en borrar las perlas de sudor de los rostros ardientes del hijo y los padres, y hasta de la frente de la figurante, a pesar de que no ha pronunciado palabra. Elazar, experto en colarse donde haga falta, se acerca a darle ánimos, susurrándole que, puesto que trabajar de figurante en un documental, que además está siendo grabado por aficionados, es doblemente caótico, ha preferido pedir ya el pago del trabajo, porque quién sabe lo que puede ocurrir aquí en las siguientes dos

horas. Puede que hasta la mujer verdadera no quiera renunciar a su presencia y Noga tenga que dejarle su sitio. Discretamente, le desliza un sobre en el bolsillo.

Este es un documental independiente que los estudiantes norteamericanos de Psicología han producido por iniciativa propia, y, como carecen de experiencia cinematográfica, están siendo ayudados por estudiantes de la Facultad de artes de su universidad, así que un amplio grupo de lo más variopinto ha desembarcado en Israel, grupo que con la excusa del documental biográfico del científico está disfrutando de un detallado *tour* a lo largo y ancho del país. Hasta ahora tanto las condiciones de grabación como el material grabado han sido bastante satisfactorios, y las entrevistas tienen al equipo contento. Pero precisamente en la casa en la que creció el héroe, en la confrontación final entre él y sus padres, los invade la sensación de que el documental ha quedado embrollado en una verdad resbaladiza. Hace falta mucha paciencia para descubrir por qué unos padres inteligentes y cultos encerraron a cal y canto en un psiquiátrico a su único y bien amado hijo, por iniciativa propia y por un largo periodo de tiempo, y por qué después de tantos años, convertido ya en un psiquiatra reconocido, el hijo no solo no les guarda ningún rencor a sus padres, sino que encima los cubre de elogios.

Es este un dilema que no va a resolverse con las lágrimas de un padre o la ira de una madre. Ni siquiera con las explicaciones de un hijo llegado de allende los mares, sino simplemente con una pausa en la grabación para cambiar el enfoque y a lo mejor también la localización, alterar el ángulo de la cámara y la dirección de las luces, y sobre todo reformular mejor las preguntas y restablecer la comunicación. Con ese propósito entra en el salón la mujer del profesor, una bella americana más alta que su marido, acompañada de su hijo adolescente, también más alto que su padre, y que en un futuro superará en altura también a su madre. Con una encantadora timidez se acercan a los abuelos israelíes, con los que es difícil conversar, pero a los que hay que querer y respetar. Tras la nuera americana, que abraza con cariño a sus suegros, el nieto también los abraza e incluso los besa, y tras ellos se acercan también los estudiantes, que buscan acercarse a los viejos, estrechar sus manos y darles palmaditas amistosas en el hombro.

¿Se espera lo mismo de la figurante? Por lo pronto, Noga no se mueve de su sitio, atenta al cansancio que va ganando terreno en su cuerpo. Los ojos se le entrecierran y en su memoria fluye el agua con la que bañó al precioso niño desnudo, que la observa maravillado, sin rastro de rencor.

Una mujer de su edad, un poco entrada en carnes, aunque con buen aspecto, acaba de entrar y habla en voz baja con el profesor. Él parece muy entusiasmado de verla, pero no se abrazan. Enseguida la mujer se da cuenta de la presencia de Noga y abandona a su interlocutor. Se aproxima a ella y se inclina sobre su sillón, presentándose en voz baja.

—¿Lo ha adivinado? Yo soy la mujer a la que está usted encarnando. Resulta que mi presencia es muy importante para este documental biográfico, pero mi marido se niega en redondo a que me graben, y eso que esto no es más que un documental de aficionados hecho por estudiantes, que seguramente no se proyecta más que en uno o dos campus. Mire, fíjese, si echa un vistazo al jardín, verá a mi marido al lado del árbol, vigilándome desde lejos, no vaya a ser que me entre la tentación de aparecer aunque sea en un fotograma.

—¿De qué tiene miedo?

—Su miedo es totalmente irracional. Teme que se me relacione con una bella muchacha que hace cuarenta años fue el objeto del amor de un joven brillante y especial, con un talento excepcional; un amor tan fuerte y tan loco que acabó envenenando a la muchacha.

—¿Envenenándola? ¿En qué sentido?

—Literal, tal cual. Éramos inseparables, nos pasábamos las veinticuatro horas del día juntos, hasta que un buen día le entró la paranoia de que yo iba a abandonarlo, así que empezó a echarle veneno a mi comida. Un veneno que preparaba él mismo siguiendo su propia receta, ¿se imagina? Pues era de verdad peligroso, porque estuve a punto de morirme, sobre todo porque les llevó un tiempo descubrir lo que me pasaba y hasta qué punto era mi amante peligroso. Menos mal que sus padres, que ahora parecen tan frágiles, reaccionaron rápidamente y no intentaron justificarle u ocultar lo que había hecho, sino que lo internaron en un psiquiátrico durante una larga temporada, casi un año, hasta que se

le pasó la locura; y además, gracias al largo internamiento, se libró de la policía y consiguió escaquearse del ejército, y cuando aprobó por libre los exámenes de acceso a la universidad, se fue a estudiar a Estados Unidos, donde enseguida consiguió una buena beca e hizo, también, una muy buena carrera en poco tiempo, como puede ver.

—¿Lo internaron en Jerusalén? —le pregunta la figurante.

—¿Por qué? ¿Es usted de aquí?

—En principio sí.

—Entonces le sorprenderá saber que estaba muy cerca de aquí, en la calle Disraeli, paralela a esta. Al final de la calle sigue habiendo un hospital especializado en demencia juvenil, y puesto que estaba tan cerca y los padres podían supervisar los cuidados, no tenían prisa por sacarlo de allí. Ahí es donde conoció por primera vez el sufrimiento psicológico de niños y adolescentes, y seguro que fue allí donde empezó a concebir las ideas y reflexiones tan originales con las que ha hecho carrera.

—¿Conoce sus teorías?

—Un poco, por encima. Durante todos estos años él ha seguido en contacto conmigo, y me ha enviado sus artículos y sus libros. Pero exageraría si dijera que los entiendo.

—¿Tiene hijos?

—Cuatro. Y los embarazos han arruinado mi belleza.

—No exagere —objeta Noga—. Ahora que la veo de cerca, puedo imaginar perfectamente lo guapa que tuvo que ser y por qué Granot tenía miedo de que lo abandonara. Siento no poder representar en este documental ni un poquito de esa belleza.

—No se subestime. Dígame una cosa, ¿es usted figurante profesional o solo se trata de un pasatiempo?

—Ni lo uno ni lo otro. Soy figurante temporal, para no aburrirme. En realidad soy arpista, pero toco en Europa, no aquí, y estoy en Israel para una breve visita, para ayudar a mi madre a decidir dónde quiere jubilarse: si en Jerusalén o en Tel Aviv.

—¿Y qué ha decidido?

—Todavía nada.

—¿Y dónde ha dejado a sus hijos?

—No tengo hijos. No quise tenerlos.

—¿Por qué no?

—Quizá porque no quise arruinar la poca belleza que tenía —responde Noga riéndose.

La mujer se queda de piedra. ¿Lo ha dicho con maldad o se le ha escapado? Su rostro está lívido y observa a la figurante como si ella también quisiera envenenarla. Sin decir una palabra, sale corriendo, pasando por delante de los de producción, que están intentando convencer a la pareja de ancianos de que se levanten del sofá y se muevan a un nuevo escenario, más acogedor e íntimo, en el dormitorio; se cruza con el amante de su juventud que intentó envenenarla y que intenta detenerla, pero ella se contenta con acariciar sus rizos canosos con un gesto maternal y sale al jardín, donde la espera su esposo.

«¿Y ahora qué? ¿Ha terminado también mi papel aquí?», se pregunta la figurante mientras el salón se vacía y la escena se mueve a una habitación interior donde puede tener una conversación más íntima y reveladora. Guardan el trípode de la cámara y la mesa de mezclas, desconectan el monitor, los ventiladores y los focos y al cabo de pocos minutos se encuentra sola en el salón de una casa extraña.

«Menos mal que ya me han pagado —se dice a sí misma—, así puedo largarme de aquí sin preocuparme». Sale de la casa de piedra en dirección a la larga y estrecha calle, que también está completamente vacía. Hasta Elazar, que prometió llevarla de vuelta, ha desaparecido por completo. ¿Será que no cumple lo que promete? A pesar de ello, decide despedirse del equipo de producción, y vuelve a entrar en la casa, atraviesa el salón vacío y se dirige a una cocina llena de platos y vasos de plástico que los norteamericanos se han traído consigo. Abre el frigorífico e inspecciona su contenido, vierte un poco de leche en un vaso de plástico y se la bebe de un trago.

Desde allí se dirige hacia un oscuro y estrecho pasillo, atestado de libros viejos cuya lengua es difícil de identificar, y entra en un cuarto de baño cuyo ventanuco da al jardín. El marido y su esposa ya se han ido, y al lado del árbol están sentados la esposa americana y su hijo, hablando con uno de los estudiantes. También en el cuarto de baño hay un estante lleno de libros mohosos, que se niegan a buscar su descanso eterno en la basura.

Entonces descubre, sorprendida, que la bañera es una gemela

idéntica a la bañera del piso de su infancia. Mismo tamaño y misma forma curvada, y sobre todo las mismas patas de bronce con forma de garras de ave de presa. Son dos casas construidas en Jerusalén antes de la fundación del Estado de Israel. En la casa de sus padres vivían judíos, y aquí vivían entonces árabes, pero la bañera era la misma, creada por el mismo artista, judío o árabe, poseedor de una original imaginación.

Una cantidad ingente de cepillos de dientes están apilados sobre el lavabo, como si cada diente necesitara su propio cepillo. Noga siente el peso del cansancio y abre el grifo, refrescándose la cara con agua fresca. Sin secarse, con el rostro perlado de gotas brillantes, sale en busca de los autores del documental para despedirse.

Unas voces la guían al dormitorio, donde los estudiantes de Psicología, siguiendo el consejo de los estudiantes de Artes, han decidido montar un escenario más íntimo. Han sentado a los ancianos padres en la cama, vestidos con sus pijamas, y su hijo el profesor se ha acomodado entre ellos. Le han quitado el traje, desanudado la pajarita y envuelto en una vieja chaqueta. Y así, la cámara apuntándolos a los tres, analizan el misterioso pasado usando solo hebreo.

La figurante se queda a la entrada de la habitación, consciente de que la intimidad y la verdad pueden verse afectadas por su presencia. Mientras planea su despedida, una mano se posa en su nuca.

—Pensaba que te habías olvidado de que prometiste llevarme de vuelta —le reprocha al inspector de policía.

—Ni me he olvidado ni me olvido nunca de nada. Mi hija me ha llamado para que le lleve unas me-me-medicinas a mi nieto, y no pensé que fueran a dejarte ir tan rápido.

—Pues ya ves…

—Entonces has hecho un buen negocio.

—Y puesto que tú has sido mi agente, tienes derecho no solo a una sopa, sino a una comida completa. Por cierto, ¿cuántos nietos tienes?

—Por ahora solo uno.

—¿Cuántos años tiene?

—Pues puede que la misma que el *ts-ts-tsadik* ese tuyo.

Elazar la lleva de vuelta a su casa en la calle Rashi, y le desea que disfrute de Masada. Si las entradas no fueran tan caras, él también bajaría al mar Muerto.

Seis mensajes de Honi le esperan en el contestador, cada uno más ansioso y preocupado que el anterior, y todos con el mismo mensaje: la salida del autobús de los figurantes de la ópera se ha adelantado tres horas.

—¿Puedes explicarme a qué te dedicas por las noches? —susurra Honi con una desesperación maliciosa cuando ella lo llama para confirmar que le han llegado sus mensajes.

—Estaba haciendo de figurante en un documental.

—Eso no existe.

—Te sorprenderías.

Pero él no está por la labor de ser sorprendido; ya le pedirá pruebas dentro de dos días, en la segunda representación de *Carmen*, porque ha conseguido las entradas.

—Pues si puedes, Honi, tráeme algo de Martin Buber.

—Martin Buber lleva años desaparecido en las brumas de la memoria.

—Pues recupéralo de la memoria de Internet.

27.

Debido al cambio de la hora de salida, más de una vez se le cierran los ojos, da varios cabezazos en el camino y llega a Masada aletargada. En el minibús la acompañan otras seis figurantes, algunas antiguas miembros del coro de la ópera, que hoy han venido a apoyar a sus colegas no con sus voces, sino con su presencia.

Para sorpresa de las mujeres, el minibús no las conduce directamente al hotel, sino que gira hacia el escenario de la ópera a los pies de Masada, desde donde llegan los sonidos del ensayo.

Los músicos, los cantantes, los bailarines y el coro, todavía sin caracterizar, deambulan descuidadamente por el enorme decorado, una parte del cual está construido con grandes paneles sobre los que reposa el escenario, y alrededor de él y más allá se añaden detalles naturales integrados en el terreno local. Senderos y caminos de polvo corren entre dos pequeñas colinas, sobre las que han plantado pequeños olivos de plástico verde, y entre ellos, macizos de flores artificiales. El director y sus asistentes, provistos de grandes megáfonos, colocan y guían al coro, que entona un sonoro canto que es interrumpido al instante. En el foso bajo el escenario, la orquesta, que todavía no está completa, es dirigida por el joven ayudante del maestro, mientras que este, un célebre director de orquesta italoisraelí, que reúne en su persona tres identidades, repone fuerzas en la habitación del hotel.

Las siete figurantes son recibidas por un ayudante de dirección que les explica dónde y cómo deben colocarse. Durante el primer acto, que tiene lugar en Sevilla, su papel es dar al espectador la sensación de que se hallan en un entorno natural y agrícola, así que mientras se escuche el canto de los trabajadores de la fábrica de tabaco, ellas deberán pasearse como granjeras por los senderos entre las dos colinas, dos llevando una horquilla y una azada, otras

tres cargando cestos de fruta y verduras, y las dos restantes acompañando a sendas carretas tiradas por dos burros.

—¿Burros de verdad?

—¿Y por qué no? En Europa a veces aparecen en el escenario elefantes y caballos.

Le preguntan a Noga si le importaría llevar a un burro de las riendas, enganchado a un pequeño carro con ruedas en el que irán sentados varios niños, porque ninguna ópera es digna de ese nombre si no incluye niños.

—¿Y qué pasa si el burro se planta?

—No va a plantarse porque su dueño va a estar sentado aquí al lado y nos garantiza su buen comportamiento.

Efectivamente, al lado de una de las colinas hay un pequeño carro de dos ruedas, al que está enganchado un burro viejo, que rumia sobre los misterios del universo.

Noga se acerca a él y como muestra de afecto le dobla suavemente una de las grandes orejas. Sonríe al dueño que está sentado sobre el suelo, y le pregunta si tiene un *kurbash*.

—¿Un *kurbash*? —El hombre parece divertido por la palabra árabe que la mujer judía acaba de pronunciar—. No hace falta porque este es el burro más educado del mundo.

Se levanta de su sitio y le coloca las riendas en la mano.

—Aquí tienes, debes guiarlo así colina arriba, yo voy a ir a tu lado para que se acostumbre a ti.

Cuando llegan a la cima del cerro, el director hace una señal a la orquesta y al coro, y el ayudante del director indica con un gesto a Noga que lleve al burro cerro abajo, hacia el escenario, mientras que en el cerro opuesto la otra figurante conduce a su burro acompañada de las otras dos figurantes que llevan la azada y la horca, y otras tres cargan cestos con frutas y verduras, prueba suficiente y clara, para los asistentes a la ópera, de que, en esa época, Sevilla era una provincia especialmente fértil y animada.

Los ensayos son agotadores tanto para la orquesta como para el coro. El mismo pasaje es repetido una y otra y otra vez. Los cantantes principales, que encarnan los papeles de *Carmen*, el cabo y el sargento, calientan las voces en sus habitaciones, mientras sobre el escenario tres dobles los reemplazan para coordinar los movimientos del coro con los de los bailarines. Al final tanto el

director como su ayudante quedan satisfechos y mandan a todo el mundo a descansar al hotel, excepto a las siete figurantes, que han llegado tarde y necesitan pulir un poco sus movimientos y recibir instrucciones acerca de varias escenas más: la aparición del toreador, los contrabandistas en los montes y la atestada multitud en la plaza de toros.

Una vez terminados los ensayos y explicaciones, y mientras esperan el minibús que las llevará de vuelta al hotel, las siete mujeres se refugian del ardor del sol en el foso de la orquesta, desparramándose entre las sillas de los músicos.

La mayoría de los músicos se han llevado sus instrumentos con ellos, pero los más grandes, imposibles de acarrear, se han quedado allí. Entre ellos está por supuesto el arpa, recubierta con una funda azul. Al principio, Noga la observa de lejos, pero acaba acercándose. Sobre la plataforma del director de la orquesta hay un vigilante, absorto en su almuerzo, que tiene esparcido sobre las partituras del atril. Se plantea pedirle permiso para echarle un vistazo al arpa, pero al vigilante no parece importarle lo más mínimo, y seguro que piensa que es una de las instrumentistas. Se acerca en silencio al instrumento, abre un poco la cremallera de la funda y acaricia suavemente las cuerdas, que responden con un delicado suspiro. Han pasado ya más de ocho semanas desde que tocó su arpa por última vez, y las ganas de tocar son abrumadoras.

El vigilante la sigue con la mirada. ¿Qué es lo que está protegiendo? ¿Los instrumentos o la propia música? De lejos ve a su burro, esperando pacientemente. Su amo le ha atado al cuello un saquito de avena que ya debe de haber vaciado, porque el animal no está hurgando en el saco, sino que observa Masada atentamente. Noga también alza su mirada hacia la antigua fortaleza, cuya desolación parece haber consumido al mito. Abre entonces la cremallera apresuradamente, hasta el final, arrancando la funda del arpa, se sienta a su sombra, tira de ella hacia sí y la abraza por completo y, sin vacilar ni afinarla siquiera, como si el concierto acabara de empezar, arranca a tocar la sonata de Saint-Saëns.

Pulsa las cuerdas enérgicamente para imponerse al viento del desierto, y en la yerma amplitud el eco de la melodía es mucho más poderoso que en cualquier sala de conciertos. El vigilante se baja de la plataforma del director, pero es incapaz de interrumpirla. Las seis

figurantes, por su parte, se despiertan perezosamente y van reuniéndose en torno a ella para observar de cerca la pericia de sus dedos y el movimiento de sus pies sobre los pedales.

Noga no les sonríe, ni siquiera las mira. Concentrada en las cuerdas azules y rojas, se maravilla de ver cómo fluye la obra con una precisión absoluta desde sus dedos, sin fallos, sin que se le pierda una sola nota. De vez en cuando, y por la fuerza de la costumbre, lanza una mirada hacia el escenario vacío, como si se hubiera olvidado de que no se trata de una obra para orquesta, que ninguna orquesta la acompaña.

Cuando termina, el resto de las figurantes irrumpen en aplausos entusiasmados.

—¿Cómo es que estás haciendo de extra, teniendo como tienes semejante talento para el arpa? —le pregunta una de ellas.

—Es que en realidad yo soy arpista, no figurante —aclara, y vuelve a contar la historia del experimento de su madre en la residencia.

—¿Y cuándo tiene que decidirse?

—En menos de un mes. Ese es el plazo que acordamos, no más.

El minibús llega por fin para llevarlas al hotel. Aunque le toca compartir una acogedora habitación con vistas al mar Muerto con una de las extras más maduras, una antigua cantante del coro de la ópera, su compañera de habitación resulta ser muy agradable. Se entretienen hablando de música y de la vida, y su colega le canta algunos fragmentos de *Carmen* para demostrarle lo injusto que es que no la hayan incluido en el coro.

El espectáculo comienza a las nueve, pero los cantantes y los músicos, los bailarines, los extras y los de producción se encuentran ya en el lugar del evento desde las siete de la tarde. Mientras el sol se aleja tras la colina de Masada, acariciando suavemente con sus últimos rayos el mar Muerto, que se va ensombreciendo poco a poco, los músicos empiezan a afinar sus instrumentos y practicar los solos. Noga, escondida detrás de su loma y vestida como una campesina del siglo XIX, espera junto al burro, al que también han adornado con una colorida manta y una campanilla que le cuelga del cuello. Cerca de allí, el dueño del asno fuma rodeado de unos niños.

—¿Cuántos quieres cargar en la carreta? —le pregunta

sonriendo a Noga.

—¿De cuántos puede tirar tu burro?

—Puede que con cuatro, pero los de la ópera quieren que unos cuantos vayan corriendo detrás del carro. Para darle más vidilla. Mira, fíjate, me los han disfrazados de españoles antiguos.

Efectivamente, a los niños les habían puesto unos pañuelos multicolores y unos mantones bordados, y algunos hasta calzaban botas de cuero bien lustradas. Además, por el precio del alquiler del burro, el hombre había decidido añadir, por cuenta propia, toda una colección de baratijas y adornos.

Al cabo de un rato, por fin habían conseguido repartir a los críos. Dos se sentarían en la carreta y tres irían corriendo detrás.

—¿Son todos hermanos?

—Algunos sí, otros no.

Un poco antes de las ocho un potente foco comienza a iluminar Masada, y el mito resucita. A las ocho y cuarto, decenas de luces diminutas se encienden iluminando los atriles de los músicos, que se ponen a calentar con sus instrumentos. Desde lejos llega el rumor de los motores de los autobuses que traen al público.

A las nueve y cinco, el espigado director de orquesta de las tres identidades —judía, árabe e italiana— hace su entrada en el escenario, empacado en una especie de levita de pastor protestante y cubierta la cabeza con una diminuta *kipá* prendida al cráneo con una horquilla, no fuera a salir volando mientras dirige la orquesta con pasión. Entre los músicos de Arnhem corren rumores y cotilleos sobre su atormentado estilo, y hoy Noga va a poder comprobar con sus propios ojos el éxtasis de su locura.

Las luces del escenario se encienden y la melodía de *Carmen* brota del foso de la orquesta, inundando el espacio, y a pesar de lo familiar de los acordes, la música vuelve a sorprender con su belleza. Un gesto pone a las extras en movimiento, y Noga agarra las riendas del burro y comienza a guiarlo, preguntándose si el animal, con sus largas orejas, es también capaz de apreciar la armonía que lo envuelve.

Los dos niños árabes de la carreta saludan encantados al público, a pesar de que se supone que tienen que ignorarlo. Por su parte, los tres que van detrás canturrean en voz baja sus propias canciones. Atraviesan el escenario de norte a sur, cruzándose a mitad con el

otro carro que va de sur a norte. Mientras las trabajadoras de la tabacalera se pelean entre sí con ferocidad femenina, el asno deja caer sus boñigas sobre el escenario. «Maravilloso», dice Noga para sí, mientras el fresco aroma acaricia su nariz. «Cada minuto aquí es un regalo del cielo». Imaginando ya cómo va a entretener a sus compañeros de la orquesta con sus increíbles historias de figurante, sigue guiando al burro para que tire de la carreta con los niños hacia el otro lado de la loma, y una vez allí, a pesar de la tormenta de la música y el eco de la percusión, Noga consigue identificar la modesta participación del arpa en el conjunto general.

El espectáculo terminó a medianoche, pero los participantes no volvieron al hotel hasta las dos de la mañana. En la recepción la esperaba un mensaje de su hermano.

«Noga, querida, Yoni se ha puesto malo y Saray no ha querido dejarlo solo con su madre. He intentado vender las entradas, pero por lo que parece vivo rodeado de enemigos acérrimos de la ópera, así que al final hemos venido los dos, mamá y yo, para ver a Carmen y a la figurante a su lado, para aplaudirte y mostrarte nuestro entusiasmo».

28.

Al día siguiente, los vientos del desierto se intensificaron, y en la segunda noche de la ópera, granos de arena revoloteaban desde las pequeñas colinas, arracimándose en el escenario. Durante el primer acto, Carmen sintió cómo la arena le irritaba la garganta y dañaba la calidad de su canto, y así, durante el intervalo, a pesar de los intentos del equipo de producción de lubricar su voz con diferentes pócimas, y pese a las garantías de que el malvado viento acabaría calmándose, la cantante se negó a seguir desempeñando su papel en el segundo acto, por temor a que su reputación profesional pudiera verse manchada. En el arte, decretó, no hay excusas ni concesiones, y exigió que la llevaran de vuelta al hotel. Haría falta algo de tiempo para traer a la suplente y preparar a la audiencia tanto para el cambio de voz, como para una versión diferente del personaje.

Honi y su madre llegaron al mar Muerto a última hora de la tarde, y dado que su hotel estaba lejos del de Noga, no consiguieron verla antes de la actuación, pero los tres quedaron en reunirse para comer al día siguiente antes de volver a casa.

—Sé muy bien —les dijo Noga por teléfono— que habéis venido hasta aquí para ver un burro tirando de un carro con dos niños pequeños, pero intentad disfrutar también de la música.

Y es lo que hicieron. Honi se olvidó de llevar binoculares, pero tomó unos prestados de la mujer que estaba sentada a su lado, y a través de las lentes rayadas buscó a la figurante de la familia. Cuando la encontró, le dejó los prismáticos a su madre, pero justo entonces el burro se puso por delante de su hija y lo único que pudo ver fue el carro con los dos niños.

Habían decidido quedarse en sus asientos durante el intervalo, pero cuando se anunció que este se prolongaría debido a los cambios en el reparto, se unieron a la migración masiva a la zona del bar y los baños.

Los servicios eran portátiles, cubículos estrechos, aunque cómodos y eficientes, organizados en hileras y sin distinción de género, por lo que el tráfico era relativamente rápido. Aun así, cuando Honi y su madre llegaron ya había una larga cola, y Honi le acercó a su madre una silla de la zona de aperitivos para que pudiera sentarse mientras esperaban.

Este tiempo a solas con su madre en el desierto brindó a Honi la oportunidad de ejercer presión para que se decidiera por la vida en la residencia, cerca de él. Noga debería volver a Europa dentro de tres semanas, por lo que debería ir pensando en su decisión. Pero la madre, que había adivinado sus intenciones, había decidido no dejarse presionar en esta excursión y no responder a las insinuaciones de Honi de que la elección de Tel Aviv era ya un hecho consumado.

Cuando se acerca a su madre para indicarle que uno de los cubículos se ha quedado vacío, esta señala a una mujer de unos cuarenta años que estaba esperando en otra cola, y le dice:

—Mira allí, ¿no te recuerda mucho a nuestra Noga?

—¿En qué? —contesta él.

—En la forma de la cabeza —le responde su madre—, y en cómo se recoge el pelo en un moño, pero también en el porte y, sobre todo, en el hoyuelo en la mejilla izquierda.

Antes de que pueda responder, uno de los baños queda libre y la mujer desaparece en él, y mientras la cola va acortándose, un hombre fornido, con el cabello salpicado de gris, sale de otro de los cubículos y Honi, con el corazón desbocado, reconoce al exmarido de su hermana.

—¡Urías! —grita, como si tuviera miedo de que el hombre fuera a evitarle—. ¡Urías! —vuelve a llamar, casi suplicando.

La madre también está sorprendida. Hace un momento ha visto a una mujer que se parecía a su hija y de repente su ex aparece en persona. Pero su turno ha llegado y se dirige hacia el aseo.

Honi abraza con fuerza a su hermano perdido y, sin preguntarle qué tal está, le describe rápidamente el experimento que está teniendo lugar entre Jerusalén y Tel Aviv.

—¿Dónde está Noga? ¿Está aquí también?

Honi se ríe.

—Aquí, pero no con nosotros. Sobre el escenario.

—¿En la orquesta? —La cara de Urías se ilumina—. ¿Ha conseguido trabajo en Israel?

—No, todavía no —responde Honi, y con una sonrisa enigmática y algo avergonzada le cuenta sobre su nueva posición como figurante.

Mientras tanto, las puertas de los baños se abren y se cierran, y la mujer que a la madre le recordaba a su hija sale de uno de los aseos y toca suavemente a Urías, sonriendo. Urías, poseído por un repentino titubeo, presenta a su esposa como si fuera una extraña. El altavoz anuncia de pronto el inicio del segundo acto, y el exmarido termina el encuentro de forma abrupta, antes de que Honi pueda presentarse a la segunda esposa y darle la mano.

El público, cansado tras la larga espera, se abalanza de nuevo sobre sus asientos y la zona de aperitivos se queda vacía, pero la madre se retrasa. Honi se preocupa ante la idea de que pueda estar teniendo problemas para abrir la puerta del baño, pero no recuerda en cuál de ellos entró. El altavoz realiza la llamada final, y el incesante viento arrastra el sonido de los instrumentos que están siendo afinados, y Honi sigue recorriendo la hilera de baños de un extremo al otro susurrando en voz baja, como un niño pequeño, «mamá, mamá, ¿qué te ha pasado?», y dando golpecitos en las puertas, intentando adivinar detrás de cuál se esconde. Por fin sale, con la cara lavada y empolvada, y el pelo recién peinado. Su cubículo tenía un espejo que la animó a refrescarse un poco y ponerse guapa para la nueva Carmen.

De camino a los asientos, le cuenta sobre la esposa de Urías y se maravilla de la perspicacia de su madre, pero ella continúa indiferente:

—Es completamente normal que Urías encontrara a una mujer que se pareciera a la amante a la que dejó. Pero dime: ¿de qué habéis hablado? ¿Qué le has contado?

—Nada, fue todo muy rápido, le hablé un poco de nuestro experimento, quiero decir, del tuyo…

—¿Por qué has tenido que decirle algo? No es asunto suyo…

—Por nada en especial.

—Siempre hay un porqué.

—No siempre. No se lo he contado por nada en especial.

—Bueno, al menos no le habrás dicho que Noga está en el

escenario.

—Puede ser que sí, puede ser que no —le contesta Honi, enfadado—, tampoco es que me acuerde de cada palabra. Ya te lo he dicho, ha sido una conversación muy breve, y Urías ha sido el que la ha cortado. De todas formas, por Dios, hace nueve años que se separaron, ¿a quién le importa ya?

29.

La noticia de que su exmujer vaya a aparecer en el escenario ha dejado enormemente trastornado a Urías, pero tiene cuidado de que su esposa no se entere de nada. A pesar de que sus asientos están en la parte central, cerca del escenario, Urías mira a su alrededor en busca de binoculares.

—¿Qué te ha dado ahora con los binoculares? —le pregunta, sorprendida, su mujer—. Tampoco es que estemos tan lejos.

—Aun así —le responde Urías—, en el primer acto me ha costado más de una vez distinguir a Carmen, así que en el segundo al menos sabré quién es su sustituta.

Le pregunta al hombre que está sentado delante de él si puede tomar prestados un momento sus binoculares, y en cuanto resuenan las primeras notas se los pone en los ojos y no los suelta hasta que el hombre se los pide otra vez.

No está muy seguro de si ha conseguido identificar a Noga. Por un momento, pensó que la había localizado entre los contrabandistas que pululaban entre las colinas, vestida con ropas de viaje y cargando un saco de objetos robados a la espalda. Después de que le quitaran los binoculares, se puso enseguida a mirar a su alrededor en busca de otros. Pero su mujer estaba empezando a ponerse nerviosa.

—¿Qué te pasa? ¿Qué estás buscando?

—Nada, es que quiero ver mejor a la suplente.

—¿Y a ti qué más te da la suplente? Por cierto, ¿qué te ha dicho su hermano?

—Nada, que su madre se va a mudar a una residencia… Eso es todo…

El canto del coro no ahoga sus susurros, y les llueven amenazas y órdenes de que se callen de una vez.

Dado que viven en Maalé Adumim, al este de Jerusalén, a

apenas una hora en coche, y que sus hijos están en casa de un vecino, vuelven a casa a medianoche. Su esposa, que se ha dado cuenta de que está abatido, intenta averiguar de nuevo qué le dijeron durante la pausa, pero Urías niega que le hubieran dicho nada interesante.

Por la mañana, tras dormir tan solo unas horas, llevó a sus hijos en coche a la guardería y al colegio, y desde allí siguió camino a su trabajo en el Ministerio de Protección del Medio Ambiente de Jerusalén, donde les contó a sus dos secretarias cómo había ido la ópera en el desierto, incluidos los granos de arena que sabotearon la voz de la famosa estrella, que tuvo que ser reemplazada por una Carmen local. Al mediodía se acercó al Departamento de Supervisión para averiguar si alguien estaba encargándose de la basura que estaba amontonándose a los pies de Masada. La actuación de esa noche sería la tercera y última, y antes de que los productores de la ópera volvieran a Tel Aviv con los bolsillos llenos de dinero, valía la pena asegurarse de que Masada no se había convertido en un estercolero. Tampoco podía dejar de pensar en que su exmujer podría volver a aparecer como figurante en el escenario, así que se dirigió a la sala donde se almacenaban los equipos del Departamento de Supervisión y tomó prestado un par de binoculares de campo. ¿Tengo fuerzas para esto?, se pregunta con amargura, y sale pronto del trabajo, vuelve a casa antes de que lleguen los niños, se quita la ropa e intenta recuperar un poco de sueño.

Se despierta a las cuatro de la tarde y se encuentra la casa llena y a su esposa dando tumbos con los ojos rojos y bostezando sin parar. Se hace cargo de la situación de inmediato y después de la cena la acompaña a la cama para que recupere las horas de sueño perdidas, prometiéndole que para la ópera del próximo año en Masada pasarán la noche en un hotel.

—No —declara su esposa—, la próxima ópera, si es que vamos, la vemos en el teatro, no a la intemperie.

Urías ha recuperado el ánimo y ha decidido bajar al desierto. Informa a su esposa de que tiene una reunión nocturna de directivos del Ministerio de Protección del Medio Ambiente. Pondrá el teléfono móvil en modo vibración y lo llevará en el bolsillo de la camisa, cerca de su corazón, para poder sentir cualquier oscilación.

A medida que cae la noche, Urías conduce hacia el este, deslizándose hacia Jericó, flanqueado por una media luna rodeada por un trío de estrellas centelleantes. En la intersección de Beit HaArava gira hacia el sur y una hora más tarde ya puede ver el haz de luz que se extiende por toda la montaña, el lugar en el que un grupo de fanáticos judíos se suicidaron en lugar de rendirse ante los romanos. No tiene entrada, ni la menor intención de gastarse más dinero en esta ópera, así que antes de llegar al aparcamiento principal se desvía hacia un camino de tierra y dando tumbos con el coche rodea todo el perímetro del escenario, hasta que unas enormes rocas le bloquean el camino. Apaga los focos delanteros y el motor, y pasa rápidamente por delante del decorado con la intención de ocultarse detrás de alguna de las pequeñas colinas adyacentes, que no sabe decir si son naturales o artificiales. Desde allí, alejado de la mirada del público, estrenará sus prismáticos con la mujer que se negó, a pesar de su amor por él, a darle un hijo.

Sus zancadas de antiguo oficial de combate del ejército israelí son largas y seguras, y la trágica montaña de Masada le ayuda a orientarse con exactitud. Ya puede oír a los músicos afinando sus instrumentos. ¿Serán los guardias, si es que hay alguno, capaces de entender que este hombre de cabello salpicado de gris no tiene ningunas ganas de colarse en una ópera que ya vio justo la noche de antes y cuyas melodías se sabe de memoria, sino que lo único que pretende es atisbar a una extra con la que tiene un asunto pendiente?

En silencio, se acerca a la colina más al norte, de la que provienen risas femeninas. Tras unos instantes de silencio, se escucha el estruendo del aplauso de miles de personas que abarrotan el auditorio recibiendo al director. Al cabo de unos segundos, Urías empieza a escuchar la música, que desde donde está él tiene un tinte aún más etéreo. Se acerca un poco más, elige un buen punto de observación y se pone en cuclillas. A través de los prismáticos del Ministerio de Protección del Medio Ambiente observa a las muchachas del campo de Sevilla, una de las cuales camina al lado de un burro enganchado a un carro cargado con dos niños pequeños que saludan a la multitud, de la que en teoría no deberían ser conscientes. Su corazón late con fuerza cuando reconoce a su antigua esposa tirando de las riendas, una extraña

con ese traje de campesina, pero aun así la misma mujer a la que todo su incorruptible amor no pudo convencer de que tuviera hijos con él.

La música la arrastra a ella y al carro a través del escenario hacia la colina de enfrente y Urías, para no perderla de vista, avanza poco a poco, poniendo cuidado de no entrar en el campo de visión de los miles de ojos que observan el escenario, seguro de que nadie lo ve.

Pero desde lo alto de la tribuna, el alto director se queda estupefacto al ver a un hombre de pelo gris sin relación alguna con la trama, y mientras dicta los tiempos con movimientos amplios y apasionados, agachándose y brincando para dar vida a la música de Bizet, amenaza también al invasor con su batuta, intentando ahuyentarle del escenario. Pero Urías no se inmuta. Quieto como una roca en el borde del escenario, rastrea a la campesina que se cruza con otro carro y desaparece detrás de la segunda colina. Pero mientras sopesa la posibilidad de seguirla, dos jóvenes guardias de seguridad lo toman por la fuerza y lo sacan de la zona.

—Por favor, señor —le dicen los guardias con una firmeza no exenta de cierta amabilidad—, si no tiene usted dinero para una entrada, váyase a escuchar *Carmen* en casa y no le estropee la magia a los demás.

—Tienen ustedes toda la razón.

Los guardias cuchichean unos instantes para decidir si confiscarle o no los binoculares, pero cuando el hombre se presenta como supervisor del Ministerio para la Protección del Medio Ambiente, que ha venido para asegurarse de que Masada no se convierta en un estercolero, abandonan la idea.

Antes del final del primer acto, Urías se dirige de nuevo hacia Maalé Adumim. En el camino, subiendo desde Jericó, el móvil comienza a vibrarle cerca del corazón y él le susurra a su esposa:

—Vuélvete a dormir, ya casi estoy en casa.

30.

La mañana anterior, antes de que madre e hijo volvieran a Tel Aviv, los tres se sentaron juntos en la terraza del hotel, mirando a la gente flotando en las aguas saladas del mar Muerto. Hablaron de los granos de arena que habían impedido a la solista invitada interpretar a Carmen en el segundo acto, y de cómo esos mismos granos no habían hecho sino mejorar la voz de la suplente israelí, que se llevó una lluvia de bravos y se convirtió en una estrella de la noche a la mañana. Noga bostezó y dijo: «Una vez soñé con granos de arena, pero no me acuerdo por qué». Su hermano y su madre la miran con afecto. Iba a tener que echarse la siesta por la tarde, o no tendría fuerzas para tirar del burro, que a veces se paraba y se negaba a moverse.

—Decidme la verdad —pide a su madre y a su hermano—, ¿pudisteis verme y reconocerme?

—Yo intenté no perderte de vista en ningún momento —le contesta Honi—. Sobre todo, porque vinimos más por ti que por la ópera.

La madre le responde:

—Yo no estoy segura de haberte reconocido, pero he disfrutado volviéndome a sentir como una madre joven que va a ver a su hijita vestida con un gracioso disfraz a la fiesta de la guardería. Cuando eras pequeña, antes de que naciera Honi, papá y yo no nos perdíamos ni una sola de tus actuaciones, aunque solo fueras a decir dos palabras.

—¿Dos palabras? ¿Por ejemplo?

—Habas y guisantes.

—¿Eso es todo?

—Y para eso, papá salía volando antes del trabajo. Pero no me siento joven solo por ti, Noga —continúa, alegre—, también es por Honi. No hemos dormido en la misma habitación desde que tenía

diez años, y anoche salimos juntos y hasta hemos dormido en la misma cama. Por eso me pregunto, ¿por qué motivo querrías encerrar en un asilo para viejos a una madre tan joven?

El gesto de Honi se tuerce en una mueca sarcástica y se vuelve hacia su hermana para ver su reacción, pero ella sonríe con indiferencia. Dirigiéndose a ella, dice amargamente:

—Mamá está esperando a que me dé un ataque al corazón como a papá para librarse de mis quejas.

—No te va a dar ningún ataque al corazón —le dice su hermana —. Mi corazón será de piedra, pero el tuyo es de goma.

—Niños, ya vale —interrumpe la madre—. Os pido disculpas por lo que acabo de decir.

Siguen comentando el cambio de cantantes e intentando entender por qué el personaje es más importante que la persona que lo interpreta.

—En un momento dado —les cuenta Noga—, en que me tocó estar cerca de la suplente, la miré a la cara, y aunque la israelí no se parece en nada a la estrella que había abandonado el escenario, la verdad es que yo tampoco pude notar una gran diferencia entre ella y la original.

La madre, que conoce bien a su hijo, se da cuenta de que Honi está a punto de contarle a Noga su encuentro con Urías. Con el dedo delante de los labios, le hace un gesto para intentar evitarlo. Pero Honi la ignora a propósito e informa a su hermana del precipitado encuentro y de la semejanza física entre ella y la segunda esposa.

Noga lo escucha con calma, se termina el resto del café y contesta:

—Bueno, pues espero que no le dijeras que yo estaba por aquí.

Cuando la madre se levanta de la mesa repentinamente malhumorada, como si tratara de impedir la respuesta, Honi mantiene la calma y evita decir la verdad:

—No le dije nada. ¿Por qué debería mencionarte siquiera? ¿A quién le importa ya? Os separasteis hace ya mucho tiempo.

31.

«Seguro que estos fuegos artificiales, los mejores que haya habido nunca en Jerusalén, te convencen de no huir tan rápido de la ciudad». Un par de viejos amigos, ambos flautistas que habían estudiado con Noga en el conservatorio, insisten en que vaya a una fiesta con ellos la víspera del Día de Jerusalén.

La reunión tuvo lugar en la azotea de uno de esos edificios monstruosos con un montón de plantas, erigido sobre las ruinas del antiguo Holyland Hotel. La terraza ofrecía una espectacular vista de los ramilletes pirotécnicos disparados uno tras otro desde las cimas de las colinas de la capital. La mayoría de la gente que había en la azotea no se conocía entre sí y la mitad no conocía siquiera a los anfitriones, que querían demostrar con su generosidad que no tenían nada que ver con la corrupción municipal responsable de la demolición del hotel y la construcción de esos espantosos edificios. Pero como buenos israelíes, los invitados se sentían incómodos al no conocer al resto de los presentes y empezaron rápidamente a establecer conexiones, si no de la infancia o el servicio militar, al menos a través de amigos comunes.

Noga estaba cerca de la barandilla de la azotea, bebiendo vino y observando el silencioso cielo teñido del residuo rosáceo de los fuegos artificiales. Dentro de poco, como siempre ocurría, alguien se sentiría atraído por su soledad y esperaría a que revelara su conexión con el evento y hablara de sí misma en este aniversario de la reunificación real o imaginaria de Jerusalén. Seguramente le preguntaría que por qué no tiene hijos y por qué no vive en Israel. ¿Se burlarían de ella si, junto con su música, describiera su trabajo como figurante y mencionara las idas y venidas con el pequeño burro a los pies de Masada, y cómo el animal dejó como recuerdo sus fragantes excrementos al ritmo de la gran ópera?

La falta de familiaridad en la azotea ha desaparecido por

completo, sustituida por viejas baladas populares israelíes cantadas al unísono por los invitados, que chocan de frente con la música que Noga lleva en su corazón. Decide dar las buenas noches a sus amigos, rechazando las ofertas para acompañarla a casa. Insistiendo en su independencia, llama a un taxi.

En la calle Rashi, cerca de su edificio, hay un hombre esperando. ¿Puede ser que el anciano abogado se tome la molestia de acosarla hasta casi a medianoche? Pero no, es solo el vecino, el Sr. Pomerantz, vestido con una holgada camisa blanca, una *kipá* en la cabeza y envuelto en una nube de humo.

—Por fin me encuentro con usted, Sr. Pomerantz. —Noga saluda afectuosamente a su vecino, a quien los años han encanecido la barba, pero no se han llevado ni un ápice de su belleza—. Desde que llegué aquí me he estado preguntando dónde se mete usted.

—Aquí estoy —responde sonriéndole.

—Ocho semanas llevo viviendo en casa de mi madre —continúa ella— y no lo he visto, y eso que no está usted enfermo, como su esposa…

—No, gracias a Dios no estoy enfermo, y tampoco me he escondido de ti, Noga —le explica con cariño—, pero entre semana casi nunca estoy en Jerusalén; estoy en Judea.

—¿Nuestra Judea, o la Judea de los palestinos? —se envalentona ella.

—La Judea de Dios —le contesta con suavidad—. Este último año he estado dando clases cinco días a la semana en la *yeshivá* de Tecoá para poder ayudar a nuestro Shaya, que tiene muchos hijos.

Sí, se siente ella tentada de responder, si hasta yo he conocido a uno de ellos y lo he amenazado con un látigo, pero se calla porque no quiere parecer una quejica.

Mientras tanto, el cigarrillo se ha ido consumiendo, casi chamuscándole los labios, y el señor Pomerantz se apresura a sacar otro, encendiéndolo con la colilla del anterior, que apaga después con la suela del zapato.

—A tu padre, que en paz descanse —le dice a modo de disculpa —, también le gustaba salir aquí conmigo a la valla por la noche a disfrutar de un cigarrillo. Del temor al humo de tu madre y de mi esposa surgió una buena amistad entre caballeros.

—Sí, usted y mi padre eran buenos amigos a pesar de que él era

un secular incurable.

—Baste con decir secular —la reprende con amabilidad—, solo es incurable quien ya está en la tumba. Y hablando de eso, Noga, ¿has visitado ya la tumba de tu padre en este viaje?

—¿Yo sola?

—¿Qué problema hay?

—Pues que no sé cómo iba a encontrarla. Estuve solo en el funeral y no cuando pusieron la lápida.

—Yo te ayudaré a encontrarla.

—Todavía no ha pasado un año, y se dice que después del duelo no se debe visitar la tumba hasta el final del primer año.

—Da igual lo que digan —la interrumpe el señor Pomerantz, algo molesto—, da igual el tiempo que haya pasado, alguien que quiere a su padre va a visitar la tumba para que ese amor se fortalezca.

—Es verdad —susurra ella.

—¿Entonces?

—Entonces ¿qué?

—Si quieres, vamos mañana por la mañana al cementerio, antes de que vuelvas a tu exilio.

—¿Mañana? —exclama ella, como queriendo quitarle las ganas —. Mañana es el Día de Jerusalén, hay un desfile.

—¿Eso qué tiene que ver?

—Tiene usted razón, no tiene nada que ver.

—Entonces mañana por la mañana, temprano, te llevaré al cementerio —concluye él, tirando al aire el cigarrillo encendido, que forma unos diminutos fuegos artificiales, y volviendo a su apartamento.

El *jasid* este me ha cazado, se dice para sí, no enfadada sino maravillada por la rapidez con que ha conseguido convencerla para que ponga la alarma en el móvil para esperar, medio dormida y envuelta en el viejo mantón negro de su madre, dos golpes en la puerta idénticos a los de su nieto.

El señor Pomerantz la espera, efectivamente, a primera hora de la mañana delante de su puerta con expresión solemne, un abrigo negro tipo capota, y un sombrero enorme que cubre sus tirabuzones. En silencio, la guía hacia una parada de autobús. Cuando este llega, Noga no tiene muy claro si es público o privado,

pero cuando se suben resulta ser un autobús especial que no solo lleva a los dolientes a la entrada del cementerio, sino también a las distintas secciones dentro del cementerio, parando según se lo pidan.

—Nunca habría encontrado este lugar, pero usted parece ser un experto…

El señor Pomerantz le ofrece un lugar frente a la lápida que su hermano y su madre habían erigido en la tumba, una simple piedra de mármol de color grisáceo. Bajo la fecha de nacimiento y muerte, una línea incrustada en plomo: «Fue un hombre amado que alegraba todos los corazones».

—Precioso —comenta ella—, muy apropiado. No sé cómo se les olvidó mencionarme esta frase.

El señor Pomerantz no contesta. Se halla de pie frente a la tumba y la observa con aprobación. Silencio. Nadie en los alrededores. Solo el delicado aroma de las flores y los arbustos que los rodean.

—Me alegro de que me obligara a venir aquí —dice ella, e inmediatamente se corrige a sí misma—, quiero decir, me sugiriera…

El señor Pomerantz no dice nada, solamente asiente con la cabeza y estudia la inscripción en la piedra como si de un texto complejo se tratara.

—Quizá se acuerde —se atreve a decir— de que ninguno de los tres lloramos mucho en el funeral de mi padre, y tal vez se pregunte por qué.

– No —dice él, pillado por sorpresa—, no me lo pregunté.

—Porque papá se murió mientras dormía, en la cama, junto a mamá. Una muerte inconsciente, sin miedo y sin sufrimiento, y nos pareció que era lo que quería, y que era algo bueno, y por eso hicimos luto, pero no lloramos.

Él la mira con gesto bondadoso, pero no responde. Coge una piedra y la coloca sobre la tumba, tras lo cual echa un vistazo a su reloj. Pero la arpista, que por fin se ha reunido con su abandonado padre, busca conseguir la bendición de su inusual acompañante.

—Ya que me ha traído a la tumba, señor Pomerantz, quizá deberíamos hacer algo más.

—¿Algo más como qué?

—Quizá pueda usted decir una de sus oraciones… Para que no hayamos venido así para nada… Un sencillo *kadish*…

—Para lo que tú llamas «un sencillo *kadish*» —se ríe él—, tú tendrías que ser un hombre y tendría que haber un *minyán*, diez hombres en total, pero a ti podemos eximirte de ambas condiciones. Después de todo, cuando tocabas tu instrumento en *sabbat* te prometí que los sacerdotes te dejarían hacerlo también en el Templo de Jerusalén.

—Sí —dice ella ruborizándose—, eso es lo que decía usted, y era muy generoso y tolerante, pero en este momento no tengo ningún instrumento conmigo…

—No —sonríe el señor Pomerantz—, no se trata de tocar, sino de recitar el *kadish* con tu propia voz.

—Pero ¿cómo?

El señor Pomerantz saca del interior de su abrigo un *kadish* de grandes letras forrado con un plástico amarillo, y Noga, en un susurro claro, lee línea tras línea, imaginándose que es de nuevo una figurante, como en aquel bar de Jerusalén, con una cámara siguiéndola entre las tumbas. Cuando termina, le devuelve el *kadish*, que desaparece en su capota negra, y Noga se da cuenta ahora de cuán harapienta está.

En las escaleras, antes de separarse, ella lo invita a entrar a su apartamento, abre el armario de sus padres y le ofrece el traje huérfano. Sonriendo, acaricia su vacía manga negra, pero rechaza el ofrecimiento cortésmente.

—El traje es perfecto y me quedaría muy bien —confirma—, y yo quería y respetaba a tu padre, pero sospecho que la tela es *shaatnez*.

—¿*Shaatnez*?

—Sí, Noga, una mezcla de lana y lino, una prohibición bíblica de la que ni siquiera están exentas las mujeres.

32.

Una complicación añadida en la enfermedad de su nieto ha impedido a Elazar, que tenía que llevar a Noga al estudio de grabación, llegar al puerto de Ashdod hasta la tarde. En medio del laberinto de postes, poleas, carretillas elevadoras y grúas que relucen bajo la luz del sol que desaparece ya en el horizonte, el ojo experto del inspector de policía retirado localiza rápidamente el almacén gigante reutilizado como hospital ficticio, que comenzará a cobrar vida a lo largo de las próximas semanas.

A la entrada hay varios figurantes esperando a que les asignen sus papeles, que dependerán tanto de su elección personal como de las necesidades de la producción. Pero, aunque todos reconocen al «eterno figurante» de inmediato, nadie le pregunta por su preferencia.

—Elazar, tú vas directo al depósito de cadáveres, me niego a que tu cara aparezca en esta serie.

—Pero ¡si la van a v-v-ver de todas maneras en la del muerto!

—Pero sin vida, sin esa sonrisa tuya tan bonita. Y cuando vean que por fin te has muerto, va a ser un alivio para todos los que tienen miedo de ver aparecer tu careto en la próxima película.

—Si eso es lo que habéis decidido… —suspira Elazar.

—Pero no te preocupes, que no te vas a aburrir. Una parte de la historia va a tener lugar en el depósito de cadáveres; un debate médico acerca de tu muerte, que posiblemente termine en una autopsia.

—Pues qué bien.

Ahora llega el turno de preguntar a su compañera qué le gustaría ser: ¿una paciente o un pariente? Si prefiere ser una paciente, ¿crónica o en recuperación? Elazar se mete en la conversación y contesta:

—Paciente, pero no en estado crítico, una paciente común.

Sin embargo, el equipo de reparto no tiene ninguna intención de ocultar una cara tan bonita entre mantas y almohadas, y para que la cámara pueda acariciar su feminidad, se sugiere una solución intermedia: una paciente en silla de ruedas, conectada a una bolsa intravenosa de colores.

Mandan a Elazar al depósito de cadáveres, y a Noga la acompañan a través de un laberinto de tabiques de delgada madera contrachapada blanca hasta una mujer no identificada que le pide que se ponga una bata de flores. A continuación, la sientan en una silla de ruedas y le enseñan cómo funciona. Meten su ropa en una bolsa de plástico y la cuelgan de la silla, y conectan un soporte intravenoso, con una bolsa llena de un líquido de color rojo sangre, a un tubo que va fijado a su brazo. A partir de ahora, le dicen, es libre de ir a donde quiera, ya la encontrarán ellos cuando la necesiten.

No queda mucho para que se haga de noche, y a través de las pocas ventanas instaladas en el almacén por la productora, la puesta de sol vierte los restos del día, una poción de cobre y oro. Noga empuja la silla de ruedas entre los equipos médicos, las camas y los carritos, topándose de vez en cuando con cámaras en rieles y micrófonos abullonados. A pesar de su carácter provisional e improvisado, encuentra el decorado bastante realista y adecuado para su función. De vez en cuando empuja su silla hacia alguna de las habitaciones, donde pacientes adornados con todo tipo de dispositivos médicos saludan a la invitada amistosamente y la invitan a interesarse por sus imaginarias dolencias.

Pero Noga prefiere investigar los pasillos para ver si hay alguna salida trasera de la imaginación hacia la realidad, y quizá para echar un vistazo por el camino al depósito de cadáveres y ver cómo va el sonriente policía, pues ya echa en falta su presencia protectora.

El corredor se vuelve cada vez más oscuro y, aparentemente, más estrecho, debido quizá a algún misterioso propósito de sus diseñadores, o simplemente a la noche que envuelve el mundo. Todo este enorme y amenazador almacén, se le ocurre de repente, es una metáfora de la humanidad, y todos somos figurantes en su historia sin saber si al final nos espera una solución creíble y grata. Ojalá, suspira, estuviera envuelta de la música adecuada, como la

ópera que abrazaba los pies de Masada.

La gente se aparta contra la pared para dejar paso a su silla de ruedas. Hay pacientes, parientes, figurantes o actores, personal médico y de producción. ¿Quién puede diferenciar entre lo real y lo ficticio? Hay quienes sonríen con compasión y preguntan por su discapacidad, y otros que pasan envueltos en una tristeza muda. Pero ella sigue adelante en su silla de ruedas, decidida a encontrar esa salida trasera, que la deslumbra de pronto con una vista al Mediterráneo azul grisáceo.

La puerta da a una pequeña plataforma de servicios para los trabajadores del puerto con dos salidas, una al almacén y otra a los vestuarios, así como a una pequeña cafetería. La propia puerta está bloqueada por la figura voluminosa del juez retirado; el encantador y familiar extra cuyo uniforme, que incluye una gorra de béisbol y una pistola, lo distingue como el guarda de seguridad del hospital.

—¿Qué le vamos a hacer? —señala jovialmente a la arpista, que empuja la silla de ruedas con su camisón de colores brillantes—. Todavía no quieren deshacerse de mí, así que me han pedido que sea el guardia de seguridad del hospital, para que mi rechoncha figura sirva de referente fijo a lo largo de toda la serie. Así puedo engordar un poco más mi pensión.

—No tienes por qué disculparte —lo tranquiliza Noga—, eres como un Hitchcock israelí, el público no se queda tranquilo hasta que no te ven aparecer. Porque fíjate tú en que a nuestro amigo Elazar se lo han llevado ya al patíbulo para que no amenace con volver a enseñar su sonriente cara.

—No te preocupes —se ríe el juez—, ya verás como ese policía tartamudo se levanta de entre los muertos y consigue un papel importante. Y tú, querida Noga, ¿se ha acabado ya tu experimento?

—¿Mi experimento? Querrás decir el de mi madre…

—Y tuyo también, porque formas parte de él.

—Eso es verdad.

—¿Y qué ha decidido?

—Mi madre está todavía divirtiéndose con él, pero yo tengo la impresión de que no se irá de Jerusalén.

—¡Bravo! Así reacciona una mujer laica en condiciones. ¿Y tú, querida?

—Dentro de diez días me vuelvo a Europa con mi arpa para

empezar con los ensayos de la *Fantastique* de Berlioz.

—Así que te irás de Israel sin haber hecho de extra en ningún anuncio de televisión. Solo vas a aparecer en historias de ficción.

—¿Qué diferencia hay?

Mientras el juez-guarda de seguridad intenta explicarle lo que a su juicio es una diferencia abismal, la atención de Noga se desvía hacia la cafetería y sus clientes. La mayoría son hombres de mediana edad, probablemente trabajadores del puerto y empleados de aduanas, calvos o de pelo canoso. Noga se los imagina a todos como marineros de algún puerto mediterráneo, y una punzante nostalgia le atraviesa las entrañas, como si todos ellos compartieran algo precioso que ella había perdido, una emoción imposible de sustituir.

—No me estás escuchando…

—Tienes razón, porque estoy muy harta de todo y no hay nadie que sea capaz de explicarme cómo diablos me convencieron para venir aquí. Y tú, querido amigo, ¿de dónde sacas las fuerzas para ir saltando de una historia a otra? Dime, ¿no echas de menos a tu familia?

—Todo lo contrario, les viene bien que no esté todo el día metido en casa. Desde que me jubilé se quejan de que me paso todo el tiempo juzgándolos.

Mientras la sangre del sol, que va hundiéndose poco a poco en el mar, empapa las nubes, las luces de la cafetería van apagándose una a una para animar a los clientes a salir. Alguien enciende una luz más suave y un enorme sudanés empieza a colocar las sillas sobre las mesas. En el débil crepúsculo no salen de la cafetería hombres, sino siluetas que se dirigen hacia una puerta giratoria trasera que los expulsa de uno en uno con un gruñido lastimero. Solo una de las figuras se queda plantada en el muelle, como perdida en sus pensamientos. En lugar de dirigirse hacia la puerta giratoria y salir con los demás, la silueta se da la vuelta y camina hacia el mar, dejando atrás los enormes contenedores y las grúas gigantes, andando despacio, como en sueños, casi flotando junto a un gigantesco barco oscuro, como si esperara sacar fuerzas o inspiración de él. Sus pasos vacilantes y pausados, que se detienen de vez en cuando, turban a la mujer, como si los hubiera visto antes. Lo sigue insistente con la mirada hasta que la oscuridad se

traga a la sombra y, en el borde del espigón, el faro comienza a proyectar su haz de luz: tres cortos parpadeos y una pausa.

—Señorita, ¿qué está mirando tan fijamente?

—¿Cómo es que el crepúsculo se ha vuelto tan corto en Israel?

—¿Se ha vuelto? ¿Cuándo? —se ríe el juez—. Has pasado demasiado tiempo en Europa y se te ha olvidado lo rápido que se hace de noche en tu tierra natal.

—Eso parece.

—Entonces ¿qué dices?

—¿Sobre qué?

—Sobre la idea de que antes de irte participes como extra en un anuncio muy interesante al que ya me he apuntado.

—No, ya basta —protesta ella—, ya me he hartado de ser figurante, no voy a volver a participar ni en historias inventadas, ni en anuncios, ni siquiera en la realidad, así que también me despido para siempre de ti, mi recto vigilante. Que nadie entre ni se escape de aquí sin tu consentimiento. Voy a darme de baja y a devolver la silla.

Traviesa, le baja la visera de la gorra al juez hasta taparle los ojos, se da la vuelta con la silla de ruedas y vuelve al pasillo, que ya no está tan oscuro porque alguien ha colocado dos focos que brillan al fondo para rodar una escena en la que necesitan de su participación.

Por eso, cuando se levanta de la silla para anunciar que se va y pedir que la liberen del goteo intravenoso que le han puesto en el brazo, se le acerca un joven con una tarjeta de identificación que le pide que reconsidere su decisión. Agarrándola suavemente del brazo, vuelve a sentarla en la silla.

—Te necesitamos en una escena en concreto que vamos a rodar enseguida, y después puedes decidir lo que quieres hacer.

—¿Qué tipo de escena?

—No te lo puedo contar porque el director quiere que sea una sorpresa para captar la espontaneidad de una primera mirada asustada, quizá impactada…

—¿Impactada por qué?

—No, por favor, ya he dicho demasiado, pero puedes estar segura de que no vamos a pedirte nada que una figurante como tú no pueda hacer. Solo necesitamos tu presencia como paciente

discapacitada que entra en su habitación del hospital y es sorprendida de repente por una escena íntima.

—¿Íntima?

—Ya te he dicho demasiado. Íntima en el más amplio sentido de la palabra.

—Pero espera… Había venido a decirte que me iba…

—Lo hemos oído, y sentimos mucho que te vayas, pero no antes de que termine esta escena.

—¿Por qué no os buscáis a otra persona para impactarla?

—Porque eres la mejor, en términos de edad, apariencia y sobre todo por tu elegancia y refinamiento. Eres música, ¿no?

—Arpista.

—Por favor, Noga —dice el joven con dulzura—, no digas que no.

Noga acepta sin mucho entusiasmo, y un maquillador se abalanza sobre ella y le limpia la cara y el cuello del sudor del día. Con un pincel fino intenta revivir las líneas de belleza que se han desvanecido o han sido olvidadas. Un asistente le trae una cerveza fría y un tentempié dulce, sustituyen el líquido intravenoso rojo que cuelga sobre su cabeza por una bolsa azul y el joven con la tarjeta, que está detrás de ella, empuja su silla con pericia hasta el centro del enorme almacén.

—Si la intimidad de la que hablas va a tener lugar en el depósito de cadáveres —le advierte Noga—, debes saber que tengo un buen amigo allí.

—¿El depósito de cadáveres? ¿De dónde has sacado esa idea?

—¿No hay ningún depósito de cadáveres en este hospital?

—Yo no he oído hablar de él, pero a saber —se ríe el joven—, necesitaremos algo así más adelante para los muertos de la serie.

Alarmada, Noga no sonríe. ¿Adónde han mandado a Elazar? Pero ya no hay vuelta atrás. La silla se detiene delante de una pesada puerta cerrada, detrás de la cual tendrá lugar, o ya está teniendo lugar, una escena que se supone debe asustarla.

Silencio. No llega ni un ruido del otro lado de la puerta. El joven que la conduce agarra con fuerza los mangos de la silla, como si temiera una negativa en el último momento. Pasan varios minutos en silencio hasta que la puerta se abre hacia dentro, y un médico de cuarenta y tantos años, vestido con una bata blanca y un

estetoscopio colgando del cuello, sale visiblemente enfadado. Obviamente es un actor, no un extra.

Su atractivo rostro muestra un gesto serio, casi atormentado, y a Noga hay algo que le resulta familiar en su mirada humillada, en su deseo aplastado por el odio. Echa un vistazo a la figurante en silla de ruedas y camisón, la saluda cordial, pero desaparece por el pasillo. La puerta se vuelve a abrir y esta vez sale de ella un hombre más mayor y con barba, con una tarjeta de identificación y un pequeño *walkie-talkie* colgado del cinturón. El joven que empuja su silla de ruedas lo lleva a un lado y le susurra algo al oído, y el hombre mayor se acerca a Noga, le estrecha la mano y se presenta como el director de la serie.

—Ya sé —le dice en voz baja— que no querías hacer la escena que estamos a punto de filmar, y te agradezco que hayas accedido a rodarla. Puedes estar segura de que no vamos a hacer que participes en nada indigno. Quién sabe, a lo mejor después de esta escena cambias de opinión y te quedas con nosotros durante todo el rodaje.

—No. Estoy harta de todo esto.

El director le acaricia el brazo con suavidad, como si fuera una adolescente inocente, y se acerca al actor, al que agarra del brazo y se lleva a un lado para poder hablar sin ser escuchados. Pero para un oído musical fino no existen las distancias.

—Me resulta muy difícil con ella —refunfuña el actor—. No me inspira nada… No tiene ni un ápice de pasión propia. Es todo técnica.

El director vuelve a la habitación para tener una conversación íntima con la actriz, dejando al actor con la figurante frente a la puerta cerrada. El dobladillo de la bata blanca del actor roza la rueda de la silla y él, nervioso, juguetea con el estetoscopio, hasta que se le ocurre probarlo. Se pone los auriculares y sonríe avergonzado a la figurante, que por un momento teme que quiera escuchar el latido de su corazón. Pero el médico imaginario ha decidido examinarse solo a sí mismo, así que se desabrocha los botones de la bata y se pasa el disco sobre el pecho desnudo. Cierra los ojos mientras se esfuerza por interpretar los latidos de su corazón, pero cuando ve a la figurante sonriendo, se detiene y murmura algo, quizá una queja sobre la fría actriz con la que pronto tendrá que hacer el amor. Justo entonces, la puerta se abre y lo

llaman para que vuelva a entrar.

Silencio absoluto. El joven ayudante, tranquilo y atento, sujeta los mangos de la silla de ruedas detrás de ella. Noga cierra los ojos, y la desesperación la invade. ¿Qué me está pasando en Israel? ¿Cómo he podido pasar, en solo un par de semanas, de ser una música profesional a una simple y sustituible extra de películas? ¿Hasta dónde me van a llevar mi madre y mi hermano con su absurdo experimento?

La puerta se abre otra vez y sale el director, que la conduce hacia dentro en silencio, navegando entre los cables, las cámaras, los monitores y las luces, y deteniéndose justo en el límite de la acción.

—Bueno, Noga —la interpela por su nombre—, ahora eres una paciente discapacitada y estás volviendo a tu habitación, a tu cama. Por favor, ve tú misma con la silla hasta allí, a unos dos o tres metros de aquí, y detente sorprendida, impactada si es posible, ya que en la cama de al lado está sucediendo algo que no esperabas, y que sin duda no te gusta, y la cámara nos dirá lo que estás pensando y sintiendo.

Ella obedece las órdenes, y hace rodar su silla hasta el interior de una oscura habitación de hospital imaginaria que imita a la perfección la realidad. Dentro hay dos camas, una vacía para ella y una segunda junto a la cual el médico, con un deseo incontenible, se arranca el estetoscopio del pecho y en lugar de examinar el corazón y los pulmones de la paciente semidesnuda, le acaricia el esternón con los labios y le besa los pechos y hombros con un abandono total y con el consentimiento de la paciente, que no se resiste a su deseo, creyendo quizá que las caricias y los besos del médico acelerarán su recuperación. La aturdida figurante, que trata de distinguir entre el deseo del actor y el deseo del hombre, escucha un susurro detrás de ella.

—Acércate más, que sepan que estás ahí.

Enseguida el médico vuelve en sí, alarmado por su propia pasión. Se endereza sobre el lecho, jadeante su tórax desnudo bajo la bata abierta y, salvaje, contempla a la discapacitada que ha interrumpido su ardor. Sin previo aviso, en un arrebato rápido y agresivo, la arranca de su silla de ruedas, la levanta en volandas en brazos y la conduce a la cama vacía, tumbándola y cubriéndole

rápidamente el cuerpo y la cara con una sábana. Y mientras Noga se pregunta si esta acción estaba en el guion o ha sido un movimiento espontáneo de un actor imaginativo, la voz del director grita «¡Corten!», seguida de los aplausos del equipo.

Alguien alza rápidamente la sábana y la ayuda a levantarse de la cama como si realmente fuera una minusválida y necesitara ayuda para hacerlo. La actriz, una mujer joven, delgada, de ojos grandes y hermosos, la saluda afectuosamente desde la cama de al lado como si fuesen compañeras de aventura, y comienza a vestirse despacio y con esmero.

—¿Hay que volver a grabarlo? —pregunta el cámara.

—No —grita Noga—, yo ya he hecho mi parte. Ya no trabajo aquí.

El comentario de Noga detiene el rodaje. Alguien entra con un carrito de té, cargado de bocadillos y botellines de zumo y agua con gas, y el hambriento equipo se dispersa, comiendo y bebiendo y hablando solo de sí mismos. Mientras desmaquillan a Noga, el actor se le acerca y se disculpa:

—Espero no haberte hecho daño.

—No —contesta Noga—, al principio me has asustado, pero también he sentido el miedo que te ha dado que pudiera ir a quejarme de ti a la dirección.

Noga está decidida a largarse de allí y se dirige a la salida, pero el director la intercepta para agradecerle su participación.

—Gracias, nos has dado lo que esperábamos y mucho más —le dice.

—¿Qué esperabais? —pregunta ella con aspereza.

—Esperábamos solo ira y compasión. Y cuando el médico nos sorprendió también a nosotros y te llevó a la cama, temíamos que te fueras a resistir, pero nos alegramos de ver que actuaste con dignidad y sabiduría.

—Así que, después de todo, no soy solo una aficionada. —Se hace un cumplido a sí misma y se apresura a encontrar el camino de vuelta al mundo.

Por los pasillos, solitarios antes del rodaje, pululan ahora un gran número de nuevos figurantes que han llegado para la noche. Le sorprende que muchos de ellos le pidan información sobre la serie, hasta que cae en la cuenta de que se le ha olvidado quitarse el

camisón. Vuelve corriendo a su habitación del hospital para recuperar su bolsa de ropa de la silla de ruedas, pero la puerta ha vuelto a cerrarse. Si había pensado que su partida detendría la escena, está claro que han podido prescindir de ella. Se ve obligada a esperar hasta que uno de los miembros del equipo sale a fumarse un cigarrillo.

—¿Qué pasa? ¿Por qué has vuelto?

—Con el lío que se ha formado con tanta enfermedad y lujuria —se ríe ella—, me he olvidado de coger mi ropa, que estaba colgada en la silla de ruedas.

Pero la silla de ruedas sigue entre las dos camas, y no será posible recuperarla hasta el final del rodaje. El hombre se aleja unos pasos y tras terminarse el cigarrillo y aplastar la colilla, alza la vista algo azorado y enciende uno nuevo.

—No he fumado en todo el día —se disculpa. Pero a Noga no le molesta el humo. Al contrario, se acerca a pedirle un cigarrillo y le pregunta si por casualidad entre sus trabajos estaba construir un depósito de cadáveres.

¿Un depósito de cadáveres? Le enciende el cigarrillo encantado. Todavía no, pero si la serie va como está previsto, su equipo y él necesitarán construir un decorado creíble para los que vayan muriéndose por el camino.

Entre cigarrillo y cigarrillo, la puerta se abre y el hombre entra corriendo a rescatar su ropa para que pueda volver a entrar en la realidad decentemente. Pero mientras busca un lugar discreto para cambiarse, Noga decide, todavía disfrazada de paciente, intentar resolver el enigma de Elazar, a quien tenía pensado hacerle un regalo muy real como despedida de Israel.

De vez en cuando mira hacia atrás porque tiene la sensación de que la están siguiendo. ¿Puede ser que sea Elazar, que esté esperando el momento adecuado para reunirse con ella tras haber sido despedido definitivamente? Es difícil saberlo, puesto que cuando el rodaje nocturno empieza, el lugar es un caos, todo lleno de gente en pijama y bata. Aturdida después de tanta emoción, intenta averiguar quién podría llevarla de vuelta a Jerusalén.

—¿A esta hora? No, ya es muy tarde —le aclara alguien de producción—, además, para salir del puerto hay que pasar por la inspección de la policía de fronteras, y es muy posible que ya hayan

cerrado. ¿Por qué quieres volver? Lo mejor está todavía por llegar.

—Sea lo que sea lo que haya por delante, señor mío —le responde ella tajante—, mi trabajo aquí ha terminado.

—Bueno, pero aunque hayas terminado, Noga —para su sorpresa, él también sabe su nombre—, por lo menos espérate hasta mañana. Así podrás disfrutar de una buena cena. Sería una pena que te la perdieras.

A decir verdad, ¿por qué perdérsela? El hombre la conduce a una sala no muy grande, cuyo techo sigue siendo el original del almacén: enormes vigas de madera que se entrecruzan a gran altura. En las mesas hay sentados figurantes, actores y miembros del equipo de producción, algunos todavía en ropa de calle, otros vestidos con pijamas y batas de hospital, unos pocos llenos de vendas o con moldes de yeso, soldados heridos recién llegados del campo de batalla con los uniformes empapados en sangre. Todos están alegres y risueños porque la generosa cena ha sido preparada al detalle, y Noga encuentra entre las distintas cazuelas la sopa de carne que había estado anhelando. Da la sensación, por el ambiente festivo de los comensales, de que no se trata de un grupo aleatorio de figurantes, sino de una reunión de conocidos y amigos. Si esto es así, se consuela ella, cuando le toque sufrir de reumatismo y calcificación, cuando sus rígidos dedos ya no consigan sacar verdaderos sonidos de las cuerdas del arpa, siempre tendrá otro lugar para trabajar aquí, en su tierra natal.

La comida le da sueño, y siente que el médico que la ha levantado en brazos y llevado a la cama ha tocado sin querer una cuerda olvidada de su alma. Va a ser mejor pasar la noche aquí y regresar mañana temprano. Sale del comedor en busca de una cama vacía en alguno de los pequeños cuartos del decorado que todavía no tienen una función definida. En una de esas habitaciones encuentra dos camas hechas, vacías, y Noga elige la más cercana a la pared. Se alegra de llevar puesto aún el ligero camisón, así podrá sentir las confortables sábanas. Pone su ropa debajo de la almohada para tenerla a mano cuando decida irse de ahí. Cierra la puerta lo mejor que puede, si es que a una fina lámina de madera contrachapada pintada de blanco se le puede llamar puerta, apaga la pequeña luz junto a la cama y también la luz de la cama de al lado.

En holandés antiguo, tal y como le enseñó el flautista, se ordena a sí misma «duérmete, niña», como suele hacer en Arnhem, cuando se obliga a sí misma a echarse una siesta por la tarde para asimilar en su mente, de forma inconsciente, el trabajo que ha estado ensayando por la mañana y dar a luz así a la música perfecta en el concierto de por la noche.

Por la fuerza de la orden holandesa, cae en un sueño profundo, y a pesar del sonido incesante a vida y actividad que le llega desde detrás de la puerta de madera contrachapada, y aunque de vez en cuando percibe en su sueño que la habitación que ha expropiado está abierta a los demás, que van y vienen, se acuestan y se levantan, el sueño es mucho más fuerte que la realidad, y la protección del hombre que la llevó en sus brazos como si fuera una inválida y la tumbó en la cama y la tapó con una sábana puede extenderse también mientras duerme a un extraño que ha entrado y se ha acostado en la cama de al lado.

Cuando los primeros rayos de sol se filtran a través de las enormes vigas del techo y por fin reina el silencio en el hospital, Noga descubre en la cama de al lado a un hombre acostado de espaldas, con los puños debajo de la cabeza y los brazos cruzados extendidos como alas, como si el sueño le hubiera sorprendido de repente mientras meditaba y no hubiera tenido tiempo de cambiar de postura. Y dado que se acuerda perfectamente de quién solía tumbarse de esa manera a su lado durante muchos años, medio meditando medio durmiendo, con los puños bajo la cabeza, Noga se despoja de su manta y camina descalza hacia la persona que la había estado siguiendo desde que llegó, su exmarido, Urías, que se ha transformado en figurante. El corazón de Noga late salvaje mientras observa a ese hombre, y descubre que su cabello se ha vuelto algo más canoso desde que la dejó. Urías ha conseguido colarse donde ella estaba vestido con un desgarrado uniforme militar y cubierto de vendajes empapados en sangre. Con los primeros destellos de conciencia, el recién estrenado figurante siente la mirada agitada de su antigua esposa, y su rostro se curva en una purificadora sonrisa de disculpa por el terrible poder de un antiguo amor.

33.

Muda por la impresión, las manos temblorosas, se despoja del camisón de paciente imaginaria para volver a ponerse su verdadera ropa y, sin mirar atrás, se apresura hacia la entrada principal por la que llegó ayer, pero al encontrarla cerrada con llave, quizá por miedo a que se cuelen por la noche los seres que viven allende el mar, se dirige inmediatamente hacia la puerta trasera, de cuya existencia tenía prueba. El inmenso almacén, que anoche parecía una metáfora de la humanidad, no resulta tan grande como con las ruedas de su silla imaginaria, porque en cuestión de minutos sus piernas la han llevado a la entrada trasera, ahora abandonada por el enorme guardia de seguridad.

La misma puerta giratoria situada al final del muelle, que anoche vomitó uno a uno a los trabajadores del puerto, la devuelve a la realidad con un chirrido oxidado. A estas horas las calles de la ciudad se muestran solitarias, pero Noga está segura del poder de un pulgar femenino levantado, que atraerá sin duda a algún conductor madrugador. Mientras aparece, alza los ojos hacia el cielo intentando encontrar, tal y como le había enseñado su padre, la brillante estrella con la que comparte nombre.

Noga llega temprano a la residencia en Tel Aviv, y como no ha visitado mucho a su madre durante el periodo del experimento, debe identificarse ante el guardia, celoso del sueño mañanero de la anciana señora. El olor de los pañales de la sala de enfermería se mezcla con el aroma de los pasteles del desayuno y el café. Noga empuja suavemente la puerta, que se abre con tan solo rozarla. Son las ocho, y la luz de la mañana que entra por la puerta abierta del balcón acaricia el profundo sueño de la residente, que últimamente ha subido de peso.

Acerca una silla a la cama de su madre y se sienta a esperar a que su presencia active la conciencia de la durmiente. Parece que la idea de vivir en una residencia ha convencido a su madre jerosolimitana de que ni siquiera por la noche hay necesidad de cerrar las puertas ni apagar las luces, por eso la entrada de una visita inesperada no perturba su tranquilidad. Tampoco se sorprende siquiera cuando escucha en un susurro:

—Mamá, estoy aquí.

Lo único que hace es preguntar con los ojos cerrados:

—Noga, ¿qué he hecho para merecer una visita tan temprano?

—¿Temprano? A ver si te crees que vives en la cueva de un oso, mamá, que ni cierras las puertas ni apagas las luces.

—¿Un oso?

—Un oso en invierno, hibernando.

—Vale —suspira la madre—, si tú lo dices será porque lo sabes. Seguro que has conocido un montón de osos. Pero ¿por qué no iba a tener yo aquí la tranquilidad de un oso? Aquí no hay niños que quieran entrar a ver mi televisor, ni ortodoxos con los que tenga que andar con pies de plomo para no ofender sus creencias, por eso también he engordado. La verdad es que he conseguido descansar bastante en la ciudad que nunca descansa.

—Demasiado.

—Vale, demasiado. ¿Y a qué viene tanto alboroto? ¿Vuelvo a tener yo la culpa de algo que te ha pasado a ti?

—Indirectamente siempre eres la culpable. Parece que Honi ha añadido a tu experimento otro más, uno especial para mí.

—¿De qué estás hablando?

—Antes de nada, incorpórate un poco, por favor. Me resulta un poco difícil hablar contigo si estás acostada y medio dormida, aunque incluso de pie no te ibas a creer lo que te voy a contar.

—Tienes razón, vale, me enderezo un poco. Y a lo mejor hasta tendría que lavarme la cara también.

—No, no hay tiempo.

—En ese caso, soy toda oídos.

—Urías se ha convertido en figurante.

—¿Urías? —pregunta la madre riendo—. ¿Para qué?

—Para volver a conectar.

—¿Con qué?

—Conmigo.

—¿Cómo?

—Anoche se coló en secreto en mi habitación y se acostó al lado de mi cama.

—¿Qué? ¿A él también le ha dado por colarse en el apartamento de Jerusalén?

—En Jerusalén no, en un hospital.

—¿En un hospital? ¿Y qué estabas haciendo tú en un hospital?

—No era un hospital de verdad, es para una nueva serie de televisión. Yo hacía de paciente.

—¿Y qué quería?

—No dijo nada. Lo único que hizo fue acostarse a mi lado vestido de soldado herido.

—Entonces ¿por qué estás asustada?

—Para ya, mamá, deja de hacerte la tonta y explícame por qué no me contaste que Honi le estuvo hablando a Urías de mí y no solo de ti allí en Masada. ¿Por qué diablos no me avisaste?

—No, Noga, no, no te pases. Es verdad que me sorprendió, incluso me molestó que Honi le contara a Urías, que ya no es más que un extraño para mí, mis planes de mudarme a una residencia en una conversación que no duró ni dos minutos y encima al lado de los servicios. Pero cuando le pregunté si se le había escapado algo sobre ti, él como que medio se escaqueó y medio lo negó.

—En otras palabras, mintió.

—Obviamente, mintió. Pero no por malicia o mala intención, sino por cobardía. Honi es un cobarde sofisticado. Pero aun así, Noga, sigo sin entender que estés tan molesta… Aunque tu exmarido haya llegado y se haya acostado en la cama de al lado… Espera, ¿estás segura de que era él?

—Se te ha ido la cabeza…

—Sí, pero es raro, ¿todo porque te echa de menos? ¿Y sin decir ni una palabra? ¿Y tú? En vez de preguntarle qué quería, saliste huyendo.

—Porque ya lo sé.

—¿Qué sabes?

—Que esta es la primera señal y no va a acabar aquí. Y por culpa de este experimento tan infantil que tú estás alargando sin motivos, a partir de ahora yo estoy expuesta a él…

—No, no, Noga, no te pases otra vez. No es culpa mía que el marido que te abandonó todavía se esté lamiendo las heridas por ti, así que no mezcles mi experimento con él. Además, no es un experimento infantil ni ridículo, y no te pedimos que vinieras hasta aquí desde Europa así porque sí. No es solo un examen de dónde voy a pasar el resto de mi vida, sino mucho más, un atisbo de cuál será la naturaleza y el valor de esa vida. No, Noga, no me ataques a mí solo porque a tu amante le haya dado la locura de convertirse en un figurante…

—Pero mamá, estoy segura de que en tu interior ya lo has decidido. ¡Ya está bien! Por favor, libérame. Déjame volver a mi arpa.

—No, no me metas prisa. Tengo derecho a llevar el experimento hasta el final, según lo acordado.

—Y mientras lo alargas, la locura puede empezar de un momento a otro. Si Urías tuvo el valor de seguirme y aparecer por la noche en una historia de ficción, donde yo era solo una figurante, no se detendrá ahí, ante la imaginación de otros. De todos modos, por lo que más quieras, explícame por qué el subnormal de tu hijo tenía que exponerme ante un hombre del que yo creía que había renunciado a mí.

—No lo llames así. Honi es tu hermano. Vale que a veces es infantil y pierde el control. Respetaba y quería mucho a Urías y se siente culpable porque no quisiste darle un hijo. Y sabes lo unido que está Honi a ti…

—¿Qué tiene eso que ver con él? ¿Y por qué le da por sentirse culpable? ¿Quién se lo ha pedido?

—Vale, pero ¿por qué estás tan enfadada? Si Urías llegó y se acostó a tu lado, no dijo nada, ni te despertó, ni te tocó, ¿por qué tanto alboroto?

—Volverá, sé que volverá… Vendrá a Jerusalén… Conoce muy bien nuestra casa, y es muy posible que siga teniendo la llave que papá le dio por si acaso él perdía u olvidaba las vuestras.

—A ver, un momento, ¡que fue él quien te dejó, no al revés!

—Me dejó porque no le quedaba más remedio, porque yo no quería hijos.

—¿Y por qué no querías?

—¿Ahora me lo preguntas, mamá? ¿Ahora me lo preguntas?

—No te lo pregunto, ahora ya es demasiado tarde. Pero ¿qué podría querer todavía de ti? Ya tiene hijos propios, así que ¿qué es lo que está buscando? Hace dos o tres años vino de visita con dos niños para enseñárselos a papá. Para demostrar que él no había sido el culpable…

—¿El culpable de qué?

—De que no tuvierais hijos.

—Pero ¿culpa por qué? ¿Quién lo culpó? Era yo quien no quería, todo el mundo lo sabía… Nunca lo he negado…

—Es verdad que nunca lo negaste… Fuiste honesta. No, no llores.

—Ahora estás haciéndome sentir incluso peor. ¿Por qué no me contaste lo de su visita?

—No queríamos que te enfadaras.

—¿Enfadarme por qué?

—Enfadarte… Sin más…

—Uno no puede enfadarse sin más.

—Sí puede.

—¿Y papá qué dijo de los hijos de Urías?

—Nada especial. Eran niños. Niños normales. Educados. Bastante guapos. Niños normales. Una niña y un niño. Papá jugó un rato con ellos.

—¿Jugó? ¿Por qué tenía que jugar con ellos?

—Porque sí, eran niños. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan enfadada? ¿Qué querías que hiciera, que los matara? Papá jugó un poco con ellos, quizá para demostrarse a sí mismo que sabía cómo jugar con niños. Eso es todo. ¿Ahora estás enfadada con papá? ¿Y eso por qué? Papá se ha ido. Papá está muerto.

—No, no es con papá, es con Honi, que tiene que estar metido en todo. ¿Qué le importará a él? Como cuando me registraba la mochila y los cajones. ¿Por qué le dejas que lo controle todo?

—Él no controla nada. Cree que controla, pero tú sabes muy bien que al final hago lo que quiero, exactamente igual que tú. Cuando eras pequeña, aprendí de ti a establecer límites. Tanto con respecto a papá como a vosotros. La diferencia es que mis límites son más amigables, mucho más generosos que los tuyos.

—Como quieras, pero, de todas maneras, dime una cosa, ¿cómo os dio por ese nombre? ¿Quién llama a su hijo Honi? No conozco ni

a una sola persona en el mundo que se llame Honi excepto el nuestro y el de la leyenda.

—¿Qué? Discúlpame, Noga, pero lo llamamos así porque tú nos lo pediste.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Yo estaba embarazada y tú, que estabas en segundo de primaria, estudiaste algo de un tal Honi, el que dibujaba círculos y hacía llover, y volviste de clase pidiéndonos a tu padre y a mí que, si era un niño, lo llamáramos Honi.

—¿Yo?

—Tú.

—¿Y por qué cedisteis? Podríais haber dicho que no.

—Accedimos porque teníamos miedo de que te pusieras celosa del bebé y no te portaras bien con él. Pensamos: si le damos el nombre que Noga quiere, a lo mejor se llevan bien. Y eso que ni a papá ni a mí nos gustaba ese nombre.

—Así que al final fue decisión mía.

—Fuiste tú. Te gustaba la idea de que hubiera una persona en el mundo que dibujó un círculo alrededor de sí mismo y no se movió hasta que consiguió lo que quería. Y como ves, ahora Honi está tratando de dibujar un círculo que incluya también tu historia y la de Urías para no dejaros ir.

—No tiene ningún derecho a hacerlo.

—Por supuesto que no tiene derecho. Voy a hablar con él y regañarlo.

—Tus regaños nunca le han hecho mella. Y yo sé que Urías no me dejará en paz.

—¿Qué puede querer de ti ahora?

—Los niños que no le di.

—Entonces deja de ser figurante, deja de representar historias de otras personas. Así no encontrará la manera de llegar a ti. A partir de ahora, enfréntate a la realidad con tu látigo en la mano.

—Pero es que estoy hablando de la realidad, mamá. Es la realidad la que me da miedo.

—Entonces le voy a pedir a Honi que le advierta que te deje en paz.

—No, no. De ninguna manera. No le digas nada a Honi.

—¿Por qué?

—Porque Honi lo único que hará será empeorar las cosas. Ahora que tiene más o menos claro que no vas a mudarte aquí para vivir cerca de él, buscará la manera, con la ayuda de Urías, de atarme a Jerusalén para que pueda ayudarle a cuidar de ti.

—¿Cuándo lo decidió?

—En la ópera, en Masada. Cuando dormisteis juntos en el hotel. A su artero corazón le llevó un tiempo sobreponerse a sus ilusiones, pero al final comprendió lo que yo ya sabía desde el principio.

—¿Entonces vosotros dos sabéis lo que voy a decidir incluso antes de que yo lo sepa?

—A veces.

—¿Y si os sorprendo?

—No nos vas a sorprender.

—Dime, hija mía, ¿cómo haces para tocar un instrumento tan delicado y romántico con lo maleducada y grosera que eres cuando hablas?

—Cuando toco no hablo. Cuando toco no estoy furiosa.

—¿Por qué estás furiosa?

—Por el hermano que me has dado.

—Pero tu hermano te quiere mucho, ya sabes lo unido que está a ti. Me acuerdo de que, cuando era un bebé que iba en su carrito, se ponía a gritar y nadie podía calmarlo hasta que tú no te acercabas y lo tocabas, y entonces se tranquilizaba en un segundo y se ponía a reír, todavía con los ojos llenos de lágrimas.

—Ya, pero ahora Honi no va en carrito y las lágrimas son las mías, no las suyas.

34.

Embargada por una nueva emoción, abraza y besa a su madre con cariño. «Venga, adelante, a ver si eres capaz de sorprendernos», le dice, y sale corriendo de Tel Aviv a su apartamento en Jerusalén. Echa el cerrojo de la puerta de entrada y, aunque está segura de que su exmarido, que sigue lamiéndose las heridas del amor que tuvo por su primera esposa, no va a atreverse a bajar por la tubería o las cañerías, comprueba el débil gancho de la ventana del baño, desconecta el teléfono y se toma una larga ducha para deshacerse de los restos de la realidad imaginaria antes de acurrucarse en su cama de la infancia.

Se despierta mucho más relajada. La posibilidad de que Urías intente llegar hasta allí no debería suponerle una amenaza si ella misma respeta sus límites. Aunque todavía tuviera la llave del piso de sus padres, ahora la puerta tiene también un cerrojo para obligarlo a llamar antes de entrar. Lo que le preocupa ahora es el silencio de Elazar. Fue él quien la tentó para que se enrolara en la serie del hospital y, aunque no le hubieran dado el papel del muerto, habría debido de despedirse al menos antes de desaparecer. Es verdad que ella se había hecho demasiado la remolona, pero, aun así, un hombre de su edad, con un nieto, y encima un experimentado policía de investigación, debería saber que la paciencia es fundamental y obligatoria hasta con una solitaria mujer que pronto emprenderá el vuelo.

¿Cómo encontrar a un hombre del que solo conoce su nombre de pila y con quien ha coincidido como figurante en trabajos que, o bien él, o bien su hermano le han buscado? Aun así, no se desanima, y cuando cae la tarde sale a pasear por el mercado Mahané Yehuda y se detiene en el restaurante favorito del extra. Describe a Elazar de manera detallada a los camareros, imitando incluso su pequeño tartamudeo. Efectivamente, el personaje les

resulta familiar, pero nadie sabe su apellido o su dirección; tan solo que Elazar es un antiguo inspector de policía, así que le recomiendan que pregunte en la pequeña comisaría que hay a la entrada del mercado.

Siempre le ha gustado esa minúscula comisaría, que aún conserva señales del Mandato Británico, reconocibles en los dos leones de piedra que custodian la entrada. Aunque los años les han borrado la ferocidad en los ojos, transformándola en un mero guiño, a Noga le siguen trayendo buenos recuerdos de la infancia. Cuando Honi era pequeño les tenía miedo, pero ella lo había convencido para que les acariciara la cabeza y hasta les pasara la mano por las mandíbulas.

Dentro hay dos policías aburridos que nunca han oído hablar de un oficial retirado con el nombre de Elazar, y ni siquiera cuando Noga imita su tartamudeo consigue refrescarles la memoria. Si hubiera sido figurante en la policía y no en las películas, bromearon, le habrían podido contar todo lo que ella hubiera querido, pero ahora lo único que puede hacer es ir a ver cine israelí e intentar atraparlo allí.

En lugar de ir directamente a casa, decide dar un rodeo por los barrios más ortodoxos y extremistas —Mea Shearim, Geulah, Kerem Avraham— paseando despacio por sus calles, deteniéndose para leer las necrológicas escritas en las paredes y los carteles llenos de amenazas y denuncias. Cuando camina de regreso a Mekor Baruch y se dirige a calle Rashi, le fallan las piernas. ¿Podría ser el «nuevo figurante» quien está esperándola al lado de su edificio? Pero una vez más, es el viejo abogado que representa a los herederos del propietario de la vivienda.

—Bueno, Noga —le da la bienvenida con calidez paternal—, según mis cálculos, el período de prueba de tu madre ha terminado y necesitamos saber si se ha tomado una buena decisión…

—Si se ha tomado, señor Stoller, no va a ser buena para ti.

—¿Cómo podría no ser buena para mí? —pregunta el anciano con un guiño—. Lo que es bueno para mí es bueno para ella.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir hacer caso de la razón y escapar de un barrio cada vez más radicalizado.

—Mi madre, señor, no tiene miedo. De hecho, ella cree que los

ortodoxos la ayudan a mejorar su laicismo.

—Eso es porque ella solo se relaciona con sus vecinos, los Pomerantz, que son una familia encantadora y moderada. Pero los Pomerantz son una raza en extinción que está siendo sustituida por los extremistas, que no solo se guían por los mandamientos más estrictos, sino que también juran y creen en ángeles y demonios. Y resulta que tengo una familia tan loca como ellos que está interesada en vuestro apartamento y que está dispuesta a pagar un precio excelente, lo cual nos permitiría devolverle a tu madre el dinero de la fianza. Y por eso tú, una música europea racional, deberías ayudar a tu hermano a arrancar de la cabeza de vuestra madre su alucinación jerosolimitana.

—Yo no puedo arrancar nada de su cabeza. Ella misma decidirá qué arrancar y qué plantar. ¿Dónde viven ahora los propietarios de la vivienda?

—En México, y necesitan el dinero.

—Es decir, que ellos arrancaron de su cabeza no solo Jerusalén, sino todo Israel.

—Querida señorita, con el debido respeto, ¿quién eres tú para criticarlos?

—Yo pienso volver, señor. Al final encontraré alguna orquesta en Israel que me necesite.

—Sí, sí, eso ya lo he oído antes. Todo el mundo promete volver, pero al final solo vuelven en un ataúd.

—Volveré con vida —exclama Noga, resuelta—, ya lo verá usted, si es que está vivo para entonces…

—¿Perdón?

—Da igual, señor Stoller, estoy cansada. Mi madre personalmente le dará la respuesta, porque para entonces yo estaré con mi arpa, ensayando la *Fantastique* de Berlioz.

—Ah, Hec-tor Ber-lioz… —subraya el nombre, como si se acordara de un amigo de la infancia—. Sí, un genio loco y un amante implacable, pero ¿por qué tanta prisa? El arpa de la *Symphonie Fantastique* no entra hasta el segundo movimiento.

—¿Qué? —jadea Noga—. ¿Conoce usted su música?

—La suya y también la de otros —responde con una sonrisa triunfal—. ¿Crees que por el hecho de ser un viejo abogado que ayuda a desalojar apartamentos en los barrios ultraortodoxos tengo

que ser un inculto? Mira la panda de pobretones e ignorantes que hay aquí. ¿Qué te pasa? ¿Es que no prefieres que tu madre se vaya a vivir y morir cerca de tu hermano?

—Claro que lo prefiero.

—Pues entonces venga, ayúdalo a convencerla.

Se levanta el sombrero y sigue su camino.

Le asombra la seguridad del anciano y ajado abogado que conoce la música de Berlioz, y lo sigue con la mirada hasta que desaparece en la penumbra. Empuja entonces la pequeña puerta y, con el mismo temor que la acompaña desde esa mañana de que Urías tenga todavía la llave que sus padres le dieron, sube muy despacio, dudando, como si la discapacitada de ayer hubiera regresado.

El apartamento está oscuro, pero no tiene ninguna prisa por encender las luces, por temor a desear encontrar a su exesposo durmiendo en alguna cama de alguna habitación.

35.

Aunque Urías podría haberse puesto a rebuscar en el cajón de las llaves en busca de la que le dieron los padres de Noga, no se le habría pasado por la cabeza atreverse a abrir él mismo la puerta de aquella casa o acercarse siquiera a ella. Cuando se encontró con su excuñado en el descanso de la ópera no esperaba, después de tanto tiempo, más que un breve intercambio de huecas cortesías. Pero después de que Honi, con la confianza de un pariente lejano recién reencontrado, le contase no solo lo de la residencia de ancianos, sino que también le picara la curiosidad para que buscara a su exmujer sobre el escenario, Urías había sentido que aquel encuentro fortuito cobraba importancia para él, pero era irrelevante para su presente esposa, y por eso, cuando esta se acercó a ellos, él se apresuró a poner fin a la conversación, con la excusa de que estaban ya anunciando el segundo acto.

No obstante, algo se había quedado dando vueltas en el fondo de su mente, que era justamente lo que su excuñado había pretendido. Así que, después de fracasar en su intento de localizar sobre el escenario a la mujer a quien su alma se negaba a olvidar, decidió que la noche siguiente volvería a la ópera de incógnito y con unos buenos prismáticos esta vez, como si la conversación con Honi le hubiera proporcionado también una serie de instrucciones de cómo actuar.

Esa noche, después de las doce, cuando regresó a Maalé Adumim perturbado por la imagen de la figurante del traje bordado que conducía, a los pies de Masada, a aquellos niños de piel oscura en un burro enjaezado que tiraba de un carro de cartón piedra, sintió que el hermano de Noga, ya fuera deliberadamente o no, lo había arrastrado a un experimento absurdo pero necesario, que lo obligaba a hacer un movimiento más. Urías sabía que si volvían a verse cara a cara no se dirían nada que no se hubieran dicho ya

muchas veces. Por eso creía que era mejor que el encuentro no fuese real sino imaginario. Si su exmujer había elegido volver a Israel como figurante en las historias y la imaginación de los demás, ¿por qué no unirse a ella?

No necesitó preguntar demasiado en las agencias de figuración. En la primera a la que telefoneó, que estaba en Jerusalén, tuvo la suerte de toparse con su antiguo secretario, que de buen grado lo ayudó a encontrar el nombre de Noga entre las primeras figurantes de una serie de televisión sobre un hospital.

Como su nombre no figuraba en la lista de extras, no se le permitió la entrada a las instalaciones en el puerto de Ashdod. Seguro de que encontraría otra manera de colarse, se puso a deambular por el puerto. En un pequeño kiosco se tomó una cerveza con los estibadores, que le mostraron la puerta de atrás del enorme almacén. Al caer la noche, cuando el formidable personaje que hacía de guardia dejó su puesto, se coló en el interior y comenzó a recorrer los pasillos. Reconoció a Noga en el personaje de una mujer discapacitada vestida con un camisón y sentada en una silla de ruedas. Pero se cuidó mucho de que lo viera antes de asumir el papel de un nuevo personaje. Preguntando aquí y allá, llegó a la sala de vestuario y allí se unió a un grupo de extras. El personal de producción lo ayudó a meterse en su papel, dándole el uniforme desgarrado y sucio de un soldado, que se puso encima de su ropa. Para resaltar el efecto, llevaba en la frente una venda del ejército manchada de rojo. Con semejante atuendo de moribundo salió en busca de Noga, a quien encontró en el improvisado comedor. Al terminar la cena, cuando ella buscaba la cama en la que pasaría la noche, Urías decidió de nuevo no apresurarse, y lo mismo ocurrió cuando ella entró en el pequeño cuarto y cerró tras ella la endeble puerta improvisada. No se atrevió a seguirla dentro, así que se apostó fuera, vigilante, no fuera a ser que algún desconocido osara despertarla. No fue hasta que el tumulto se calmó cuando se permitió a sí mismo, como un soldado herido que vuelve del campo de batalla, y no como exesposo, escabullirse dentro de la cama de enfermo paralela a la suya, y volver a velar por su sueño como lo había hecho cuando estaban casados. Esa noche a Noga le costaba dormir. De vez en cuando suspiraba molesta, o luchaba con la manta o con la almohada hasta que

conseguía vencerlas. Y cuando un pie de pálido marfil, o un delicado brazo, familiares objetos de deseo, se quedaba destapado tras la lucha, Urías se apresuraba a taparlo antes de entregarse al sueño, al que suplicaba que se apiadara de él.

Pero con las primeras luces del día, cuando descubrió su dura mirada, se dio cuenta de que el personaje del soldado herido, en lugar de acercarle a ella, la había ahuyentado. La conclusión lógica era que si quería concluir el experimento que el hermano había escrito para él, solo podría hacerlo siendo él mismo.

36.

No había nadie al acecho en el apartamento en penumbras, pero su recién recuperada calma se vio empañada por una leve decepción. ¿Había alejado a Urías con su desproporcionada reacción fruto del pánico en aquel cuarto de hospital? ¿No era la idea del antiguo enamorado que sigue lamiéndose las heridas más que una presuntuosa proyección de su mente? Y aunque Urías no hubiera renunciado a ella, ¿cómo iba a saber que se le acababa el tiempo y que dentro de unos pocos días ella estaría fuera de su alcance? Le invade una ira repentina y quiere llamar a su hermano, que ha sido quien la ha metido en este embrollo, pero se detiene a tiempo, consciente de que Honi solo empeoraría las cosas. Lo mejor para calmarse es prepararse la cena y dar con una buena película en la tele.

Pasa la noche con un sueño inquieto, como en los primeros días tras su llegada, y necesita repartir su descanso entre las tres camas. Por la mañana llama a su madre y le anuncia entusiasmada:

—He cambiado de idea, mamá, no voy a presionarte más. Aunque hayas decidido volverte a Jerusalén, no vayas a venirte antes por mí. Como quedan varios días hasta que termine el acuerdo, aprovecha y disfruta, no tiene sentido renunciar a toda esa buena comida que ya has pagado, y menos todavía a las horas de sueño reparador que Tel Aviv pueda proporcionarte. He entrado en razón, mamá. Es mejor que respetemos este experimento hasta el final, porque en el fondo es de los tres. De todas maneras, los ensayos de la sinfonía de Berlioz no empiezan hasta el día siguiente a que yo llegue.

—¿Y Urías? —le recuerda la madre—. ¿Ya no le tienes miedo?

—Al parecer se ha dado por vencido. Y aunque viniera, ¿qué podría querer? Nada más que llorar por el pasado.

Por eso ya no se molesta en echar el cerrojo y, cuando sale, ni

siquiera cierra la puerta del apartamento con llave. Por las tardes se queda en casa por si aquel hombre aferrado a un viejo amor prefiriera llegar en la oscuridad. Así pasa un día tras otro, y ella va contando los días que le quedan para separarse de su ciudad natal, donde los días son secos y las noches frescas. De vez en cuando deambula por el *shuk*, al que ha terminado por cogerle cariño durante esta visita, tal vez con la esperanza de encontrarse con Elazar, quien tres días después de su desaparición había dejado una nota pegada en la puerta de su apartamento.

Cuando vio la hoja de papel de lejos, se rio. ¿Podrían las heridas abiertas cerrarse con una simple nota de papel? Pero cuando cogió el folio, la letra le resultó totalmente desconocida.

Querida Figurante:

No he resucitado de entre los muertos porque nunca estuve allí. Los de recepción no sabían cómo deshacerse del «eterno figurante», así que me mandaron a una morgue inexistente.

A pesar de que me di cuenta de que nos habían separado con engaños y artimañas, no me di por vencido hasta que te vi dando vueltas en camisón con tu silla de ruedas y pensé: ¿por qué iba yo a interrumpir la diversión de mi figurante favorita, que tanto disfruta con la enfermedad que le han concedido? Así que empecé a seguirte desde lejos. Pero justo entonces recibí una llamada urgente de un hospital real de Jerusalén: mi nieto enfermo, del que te he hablado, había sido hospitalizado y preguntaba por su abuelo. Salí corriendo para allá sin despedirme de ti, y llevo ya dos días al lado de su cama. Cuando él dice «abuelo, no te vayas de mi lado», su orden tiene más autoridad que la de un inspector de policía. Aunque, gracias a Dios, ya empiezan a verse signos de mejoría, yo seguiré a su lado hasta nueva orden.

Aun así, he arañado un minuto para poder decirte adiós, porque me he acordado de que en breve volarás lejos. Con esto, estimada Noga, doy por terminada para siempre mi época como figurante. Las ficciones que hemos disfrutado juntos han sido mi canto del cisne. Aunque construyeran un depósito de cadáveres en el puerto, jamás volvería. Así que, cuando vuelvas a tocar el arpa en Europa, acuérdate con cariño del viejo «eterno figurante» que, aunque a veces tartamudeara al hablar, solo tenía con respecto a ti pensamientos claros y puros. Lo único que quería de ti era amistad, y te doy las gracias porque la recibí.

Noga se sorprendió gratamente ante aquel texto franco y fluido, libre de dudas o correcciones. Y sin embargo piensa, apretando los

puños, ¿cómo voy a saciar este viejo deseo surgido en Jerusalén? ¿Es que lo único que me va a quedar es el flautista que me engañó con mi concierto?

Por la noche, decepcionada, vaga de cama en cama hasta que, al igual que en sus años escolares, satisface su deseo en la cama de su juventud.

La luz de la mañana baña la vieja y espaciosa cocina del apartamento de sus padres, donde, aún somnolienta y en camisón, se sienta a comer lentamente un huevo pasado por agua, escuchando a medias un concierto en la emisora de música clásica de Radio Israel. Urías llega sin avisar, afeitado y peinado, vestido con chaqueta y corbata.

—Iba de camino al trabajo —explica, con una sencillez pasmosa — y pensé: ¿por qué no pasar a saludarla antes de que vuelva a desaparecer?

Como si nunca hubiera fingido ser un figurante vestido con un desgarrado uniforme del ejército y una venda ensangrentada en la cabeza, o nunca se hubiese deslizado silenciosamente en la cama de al lado a medianoche, Urías se presenta ahora sereno y sonriente, sin vergüenza y sin disculparse, examinando el apartamento que conoce tan bien de los años de su matrimonio, y sorprendiéndose de lo mucho que parece haber encogido.

—No ha encogido —responde ella con la calma que la ha invadido desde que él ha entrado—. Lo que pasa es que Honi tiró algunos muebles viejos para que mamá no los echara de menos en Tel Aviv en la…, la…

—La residencia de ancianos —termina él, saliendo al rescate de su exmujer, que había quedado atrapada en un repentino tartamudeo.

Sin mirarla directamente, y con cuidado de no tocar nada, sigue fascinado por el apartamento. Repasa la sala de estar y los dormitorios como si fuera un comprador o un agente inmobiliario en lugar de un hombre que ha venido a llorar su humillación. Pero Noga sabe perfectamente que, a pesar de la fachada de confianza, de la chaqueta, la corbata y ese maletín que todavía no ha soltado, a pesar de su «iba de camino al trabajo», la procesión va por dentro y Urías está nervioso ante la descontrolada aventura en la que acaba de embarcarse.

—Sí, la residencia de ancianos… —vuelve a repetir, desafiante, como si allí se hallara el origen de todos los males—. Y que me cuelguen, Noga —sigue evitando su mirada—, si entiendo por qué tu hermano, en un encuentro tan breve y fortuito, al lado de los servicios, tras años de no haber tenido ningún contacto, tiene que mezclarme a mí con la historia de vuestra madre y de si se va a quedar o no en una residencia. Que obviamente la respuesta es no.

—¿No qué?

—Que no se va a ir de Jerusalén.

Por fin la mira directamente, y la visión del rostro amado hace que le dé un vuelco el corazón.

—A lo mejor es que también quiere sorprenderte a ti —dice Noga, sonriente.

—¿A mí? ¿Qué tengo que ver yo con esto?

—Pues no sé, pero fíjate, aquí estás.

—El caso es que toda su cháchara sobre la residencia no era más que un pretexto para informarme de que estabas aquí, en Israel.

—¿Un pretexto por qué? —pregunta, defendiendo a su hermano —. No fue ningún pretexto. Fue una sencilla explicación para que entendieras por qué tu exmujer iba a aparecer como figurante en un escenario y no te sorprendieras cuando la vieras allí.

Urías se detiene, desconcertado.

—Pero, para empezar, ¿por qué iba él a necesitar avisarme de que ibas a salir en el escenario?

—No lo necesitaba para nada —se muestra ella de acuerdo—. Fue un estúpido error sin sentido. Honi no debería haber mencionado mi existencia. Debería haberte hablado de la música, haberte preguntado si habías disfrutado del primer acto.

Urías detecta la sutil ironía que sigue presente tras todos estos largos años de separación. Baja la cabeza y dice con dulzura:

—La verdad es que no vi ni rastro de ti en el segundo acto.

—¡Pues estaba allí! —exclama Noga—. Al principio hice de contrabandista y hasta llevaba un saco, y al final acabé formando parte del coro del torero.

—Pues yo estaba seguro de que Honi me había tomado el pelo.

—No, Urías —dice Noga, que continúa defendiendo a su hermano—, Honi no te toma el pelo. Es incapaz. Te quiere muchísimo. Tú sabes bien todo lo que sufrió y lo enfadado que

estaba conmigo cuando te viste obligado a dejarme.

—Sí, sí creí que me lo decía en serio, así que la noche siguiente volví solo porque no me resignaba a no verte en el escenario.

—¿Qué? ¿Volviste a la ópera de Masada?

—Pero no entre el público, me colé en el escenario…

—¿El escenario? No me lo creo… ¿Por dónde te colaste?

—Por el norte, Noga, por el norte. Rodeé la orquesta por detrás y me acerqué a la colina pequeña en la que tú estabas y seguí con los binoculares a tus hijos beduinos…

—¿Mis hijos? —pregunta riendo—. ¿Cómo que míos?

—Los que iban en el carro tirado por tu burro.

—Otra vez mío.

—Los niños estaban contentos. Por cierto, ¿hacías de figurante de qué? ¿De gitana?

—De gitana y de traficante hice en el segundo acto, pero con los niños y el burro hacía de campesina.

—Pues la verdad es que parecías una niña, mucho más joven de lo que te recordaba.

—Pues es una lástima que no te metieras en el escenario, seguro que te habrían encontrado algo que hacer…

Él le lanza una mirada amenazadora y pensativa a la vez.

—El director me vio y mandó a los de seguridad a que me echaran.

—¿Y después?

—Me fui a casa.

—¿Por qué? Ya que habías venido sin tu esposa, podrías haberte quedado a saludarme.

—¿Para qué? He tenido suficiente de ti en mi vida, ¿para qué iba a ir a buscarte al descanso? Pero me dije a mí mismo que sí que había una posibilidad de que yo pudiera acabar entendiendo el enigma de mi existencia, pero que no se hallaba en nuestra historia, sino en la historia irreal de otros personajes. Y lo cierto es que cuando te vi en camisón en la silla de ruedas con el goteo colgándote por encima de la cabeza, comprendí algo que no me atreví a formular durante todos los años de nuestra relación. Y es que tú, Noga, en el fondo eres una mujer lisiada. Eres defectuosa, y por eso no tiene sentido culparte o enfadarse contigo. Hasta cuando estás tocando o comportándote como todo el mundo, la enfermedad

anida dentro de ti. Pero con todo, la pregunta que me hago es ¿por qué, después de haber decidido dejarte para siempre, me vuelvo a presentar delante de ti, y encima en la casa en la que creciste?

—Yo tampoco lo entiendo. Pero si dejas el maletín un momento y te atreves a sentarte, puede que juntos consigamos aclarar algo nuevo.

37.

Serio y abatido, Urías se sienta en la cocina y coloca el maletín sobre la mesa, entre los platos y los cubiertos, como preparado para una rápida huida.

—Si quitas el maletín de encima de la mesa —sonríe su exmujer —, te prometo que me aseguraré de que no se escape.

—Lo dejo a la vista para no olvidar que fuera me espera un mundo entero y para no dejarme llevar por ti.

—Lo que pasa es que mi huevo pasado por agua puede sentirse amenazado por un maletín tan negro como este.

—¿Tu huevo pasado por agua? No recuerdo que te gustaran los huevos blandos.

—¡Uy! ¡Que haya alguien en el mundo que se acuerde de cosas que una misma ha olvidado! Es verdad que los odiaba, pero era porque mi madre no tenía paciencia para terminar de cocerlos y dejaba la yema líquida como saliva. Pero ahora que estoy sola, soy capaz de corregir sus errores, y cuando el huevo llega al punto exacto de cocción tiene un sabor maravilloso, y cuando la cuchara golpea la cáscara, yo creo que hasta la gallina que lo puso es feliz.

Urías, con el ceño fruncido, escruta el rostro de la mujer en camisón.

—No me enteré de la muerte de tu padre hasta que me encontré a Honi en Masada. Pero creo que, aunque lo hubiera sabido a tiempo, dudo mucho de que hubiera ido al velatorio o al funeral.

—¿Por qué no?

—Porque no habría querido tropezarme contigo.

—Pero si tú a mi padre le tenías mucho cariño. Hace unos días, mi madre me contó por fin que, hace un año o dos, le trajiste a él tus hijos, para probar que estabas libre de culpa.

—Es verdad.

—Pero ¿quién pensaba que eras tú el culpable?

—Quien quisiera creerlo.

—Y ahora te das cuenta de que tampoco es culpa mía, porque lo que tengo es algún tipo de defecto psicológico.

—Así es.

—Y si hace uno o dos años ya te hubieras dado cuenta de que tampoco fue culpa mía porque soy defectuosa, ¿habrías traído igualmente a tus hijos a mi padre para demostrar tu inocencia?

—Sí, porque los límites entre el defecto y la culpa no siempre están claros.

—¿Se los habrías llevado a pesar de saber que iba a dolerle?

—No le dolió, estaba contento y hasta jugó con ellos.

—El hecho de que jugara con ellos no significa que no le doliera también. Jugó con ellos porque no podía matarlos.

—¿Matarlos por qué?

—Para que no volvieras a llevarlos.

—No iba a volver a llevarlos.

—A lo mejor le habrías pillado el gustillo a fastidiar a mis padres. Por cierto, ¿cómo jugó mi padre con ellos?

—Encontró una vieja muñeca tuya y les montó un teatro con ella.

—¿Le contaste a tu mujer que le habías traído a sus hijos?

—No le oculto nada.

—¿Ni siquiera esta visita?

—Ni siquiera esta visita. Ni el segundo viaje a Masada, ni el soldado herido en el puerto… Se lo contaré todo cuando llegue el momento.

—¿Y cuándo llegará ese momento?

—Lo sabrás cuando llegue.

—Mamá vio a tu mujer durante el descanso en Masada y le dijo a Honi que se parecía a mí.

—No se parece a ti.

—O que le recordaba a mí.

—No es cierto.

—¿Cómo se llama?

—Osnat.

—Mi madre la vio mientras esperaba fuera del baño y, sin saber que era tu mujer, le dijo a Honi que se parecía a mí.

—No se parece a ti.

—Pues mi madre no se lo inventó. Es una mujer inteligente y realista, y además es quien me parió y me conoce muy bien. Y ella sola, por su propia iniciativa, dijo que tu mujer se parece a mí.

—No se parece a ti.

—A lo mejor hay cierto parecido y tú no te has dado cuenta.

—No se parece a ti en nada.

—¿Estás seguro?

—Totalmente. Si se pareciera a ti, ¿por qué iba a estar aquí?

—Porque todavía me quieres a pesar de haber sido tú el que rompió el matrimonio, no yo.

—Es verdad…

—Si eso es así, ¿por qué estás aquí exactamente?

—Mi amor está jugándome una mala pasada.

—¿Quién es tu amor? ¿Un ente separado de ti?

—Sí, un ente separado de mí. Que sigue tirando de mí cabezonamente hasta después de que me separara de ti.

—Un amor insolente.

—Sí, un amor descarado y rebelde, que no puede ser domesticado.

—Quizá yo pueda domarlo, cogiéndolo por sorpresa.

—¿Cómo?

—Tengo un látigo. Me compré uno en el casco antiguo por si tenía que usarlo con unos niños religiosos que se colaban en el piso, pero al final me dio cosa pegarles. Pero ese amor tuyo tan desobediente sí que se merece un latigazo. Espera, Urías, ya verás.

Echa los restos del huevo en la basura, coloca los platos sucios en el fregadero, y se dirige al baño para lavarse la cara y maquillarse y buscar en el espejo la sonrisa apropiada. Pero no se quita el fino camisón, que apenas oculta su desnudez. Se pregunta dónde dejó el látigo, y cuando se acuerda y vuelve con él se encuentra a Urías de pie y con el rostro ensombrecido delante de la puerta de entrada, con el maletín en la mano a punto de salir.

—Toma —le dice Noga, poniéndole el látigo en la mano—, es un látigo viejo pero auténtico, que ha azotado durante años a muchos camellos en el desierto. Ahora va a azotar a tu amor hasta que se desprenda de ti.

Urías sostiene el látigo con estupor. De pronto, lo sacude con un movimiento rápido y espontáneo para ver hasta dónde llega.

—Estás loca —declara satisfecho—, y es la locura la que necesita ser castigada, no el amor. —Urías azota el sofá, los dos sillones y hasta la televisión, que se tambalea bajo el golpe. Le devuelve entonces el látigo y le añade—: Ya está, Noga, ya es suficiente. Todo esto no es más que una absurda imaginación, menos el trabajo, donde debería estar ya hace rato.

Por mucho que Noga temiera que fuera a venir, ahora le duele que tenga que irse. Porque esta vez será para siempre. Cuando su hermano le pidió que formara parte del experimento, nunca imaginó que este le traería también a su exmarido. Ahora intenta retrasar su partida.

—Espera, Urías, antes de decir adiós, dime en qué trabajas ahora.

—En lo mismo.

—¿Es decir?

—En el Ministerio de Protección del Medio Ambiente.

—Qué bien que todavía sigas allí y no hayas cambiado de trabajo. Me acuerdo de lo orgullosa que estaba de ti antes porque te dedicabas a un tema que merece tanto la pena. Todavía ahora, en Holanda, les cuento a mis amigos y a los otros músicos que el hombre que me dejó no solo es un cabezón, sino también un hombre intachable.

—Por favor…

—Eso es lo que pensaba entonces y es lo que pienso ahora. Por eso mi amor por ti nunca murió del todo. Dime, ¿sigues trabajando como ayudante en el mismo departamento? ¿No te han ascendido?

—Ahora soy el director del departamento.

—Director del departamento. ¿Y cuántas personas tienes a tu cargo?

—Veinte.

—Es un departamento pequeño, pero sin duda importante.

—Es un departamento que se ocupa de la basura, el reciclaje, los embalajes…

—Y eso es lo que más valor tiene —añade entusiasmada—, es lo realmente importante. Es el futuro. Ojalá me pudiera reciclar a mí misma.

—Demasiado tarde —dice él en voz baja y entre dientes—, la podredumbre se ha extendido.

—Entonces ¿por qué no me dejas ir?

—Porque siento el dolor del niño que no nació.

—Entonces espérate un momento y hacemos un esfuerzo más para entenderlo. Si eres el director del departamento, nadie te castigará por llegar tarde. No te vayas, vamos a hablar un poco más y luego te vas. Pero espera un segundo, hay algo o alguien ahí fuera y está escuchándonos; por favor, no te vayas ahora.

38.

—Sí, están llamando a la puerta. ¿A quién estás esperando?

—A nadie. Y tampoco te esperaba a ti. Tal vez sea tu esposa que viene a enseñarme los niños a mí también.

—No hables así.

—Pero a mi padre…

—Tu padre tenía derecho —la interrumpe con rabia—, tú no.

En la puerta aparece un guapo *jasid* vestido de negro, tocado con un sombrero de ala ancha sobre su barba y sus suaves y rubios tirabuzones, y con unos hermosos ojos color esmeralda enmarcados por unas tupidas cejas. Con una agradable sonrisa le ofrece una fuente de fruta y le dice:

—Mi padre y mi madre, que Dios les conceda larga vida, le envían un pequeño presente a tu madre, que viva largamente.

Detrás de él se esconde un niño, también vestido de negro y con sombrero, con una mochila a la espalda, la cabeza inclinada y los ojos alerta.

—¡Yuda-Tsvi!! —exclama Noga con alegría—. ¡Estás aquí otra vez!

Noga reconoce entonces a Shaya, el apuesto hijo de la familia Pomerantz, que charlaba con ella en las escaleras cuando eran jóvenes, sin ninguna separación entre ellos y con toda libertad, hasta que lo mandaron a una lejana *yeshivá*.

—Y tú también, Shaya —añade con entusiasmo, ruborizándose —, llevo viviendo aquí tres meses en los que hasta me ha dado tiempo a tener una especie de romance con tu astuto hijo, pero a ti no te he visto, ¿dónde has estado?

—No he estado muy lejos —explica, generoso—, en la calle Ovadiah, en Kerem Avraham. Pero entre semana enseño en las *yeshibot* del norte, cerca de Tsafed. Por eso no hemos coincidido.

—Qué pena, porque tu

Yuda-Tsvi
se ha invitado a este piso cada vez que le ha apetecido usando las cañerías y los canalones, arrastrando consigo un *tsadik* pequeño y algo confuso. Por cierto, ¿dónde está?

Shaya sonríe.

—El *tsadik*, como tú lo llamas, Shraga, que en paz se encuentre, fue enviado a Safed con una familia que tiene la paciencia y el corazón necesarios para tratar a los niños como él. Pero aquí está
Yuda-Tsvi,
que viene a pedirte perdón, porque sabemos todas las iniquidades que ha cometido. ¿Verdad,
Yuda-Tsvi?

—Sí… —confiesa el joven con un susurro.

—La fruta es para tu madre. Es de Galilea, de los viñedos y los huertos de la región del monte Canaán. Tu madre llamó a mi padre ayer para decirle que volvía al barrio y quería felicitarla por su decisión y darle nuestra bendición.

—De todos nosotros, ha sido a tu padre a quien ha avisado primero —murmura Noga, atónita.

—Quizá es más fácil para ella de esa manera…

Con la conmoción de la noticia, Noga tarda en coger la fuente con la fruta y le hace señas al niño para que se acerque a ella. El pequeño vacila y lanza una mirada suplicante a su padre, que lo empuja suavemente hacia delante. Noga abraza al niño contra su pecho, lo mira fijamente a los ojos y le dice: «¿Te das cuenta ahora de que, por culpa de la estúpida televisión, tú y tu pequeño *tsadik* podíais haberos caído?».
Yuda-Tsvi
asiente con la cabeza y ella le acaricia los tirabuzones, le endereza el sombrero y posa suavemente los labios sobre la frente y los ojos, devolviéndoselo a su padre, que los mira sonriendo y sacudiéndose hacia delante y hacia atrás con intenso fervor.

Solo entonces coge el frutero de Shaya, lo deja encima del televisor y señala a Urías, que sigue de pie con el maletín en la mano. «A lo mejor lo conoces —le dice—, es Urías, mi exmarido, que va camino al trabajo». Rojo por la confusión, Urías extiende la mano, avergonzado, pero cuando ella extiende la suya también para despedirse, Shaya deja caer el brazo, llevándolo hacia la *mezuzá*,

donde deja la mano unos instantes, como para calentarla antes de irse.

39.

—Tu amor de la adolescencia se ha negado a estrecharte la mano.

—Porque estoy en camisón.

—Aunque hubieras estado cubierta con un abrigo de piel no habrías conseguido que te tocara.

—Y eso qué más me da si tú todavía estás aquí.

—Pues si acabas de anunciar que voy camino al trabajo.

—No, hoy el trabajo se hace aquí. Vamos a sentar a tu amor, ese ente tan cabezón, entre nosotros y vamos a liberarlo juntos.

Noga entra en su habitación y se pone uno de los albornoces de su madre encima del camisón y, de camino a la cocina, recoge el frutero de cristal, cuyos bordes están decorados con filigranas doradas y que sin duda forma parte de una vajilla completa. Las frutas están maduras y relucientes: ciruelas, manzanas, uvas, cerezas, peras y melocotones. Coloca el recipiente entre ella y su exmarido y recuerda de pronto su indignación:

—Es bastante ofensivo y humillante que un vecino, un ortodoxo encima, sea el primero en enterarse de la decisión de mi madre de volver a Jerusalén. Y también resulta sospechoso que ese hombre se dé tanta prisa en mandarle una cesta de fruta.

—A lo mejor no ha sido él. Puede haber sido su esposa.

—No, ha tenido que ser él, porque su esposa está tan enferma que no sabe ni quién es, así me lo dijo a mí su nieto. Ha sido él, pero ¿por qué? ¿Qué le importará a él si mi madre vuelve o no?

—¿Por qué no debería importarle? —pregunta Urías—. Me acuerdo de que cuando te decía que me sorprendía que tus padres no se hubieran mudado de barrio, tú solías argumentar, y no siempre en broma, que hay religiosos que mejoran y alegran la vida de sus vecinos laicos. Es posible que lo contrario también ocurra, que una laica como tu madre traiga alegría a la religiosidad de su vecino. Ese señor disfrutaba cuando tú tocabas el arpa en *sabbat* y te

profetizó que tocarías en el Templo.

—Tienes razón, algo de eso es verdad, porque ahora hay un abogado viejo merodeando por el barrio para venderle nuestro piso a una familia de religiosos extremistas, y no hay como los extremistas para amargarle la vida a los que son menos estrictos que ellos.

Noga trae dos platos pequeños, los llena con cerezas, uvas, una pera y un melocotón, acerca un par de cuchillitos y le dice:

—Venga, Urías, para que nos den fuerzas para trabajar.

Urías mira a su alrededor, incrédulo y confuso, pero coge el cuchillo y se pela una pera; duda un instante y, sin pedirle permiso, coge la pera del plato de ella y la pela también. Pero cuando intenta pelar el melocotón, el jugo sale disparado y lo salpica.

—Cuidado, vas a mancharte esa chaqueta tan bonita. Quítatela, y la corbata también, que siempre has sido muy de mancharte. Por cierto, ¿qué es eso de llevar corbata ahora?

Él lo encuentra divertido, como si su exmujer fuera una actriz que estuviese interpretando a la esposa que un día tuvo. Y como un soldado que hubiera recibido una orden, se quita la chaqueta y se desanuda la corbata, se desabrocha el botón superior de la camisa, se sienta de nuevo y vuelve a pelar el melocotón con cuidado.

—Es curioso —se extraña— cómo ha podido llegar a Tsafed un ortodoxo proveniente de los barrios más pobres y radicales de Jerusalén.

—¿Y por qué no? Ahora que el Gobierno les ha construido *yeshivás* por todo el país, se han convertido en maestros muy bien valorados.

Él asiente con la cabeza ante la perspicaz observación de una mujer que hace tiempo que ha dejado su patria. Después, se come unas uvas y prueba las cerezas, pero no deja los huesos en el plato, sino que se levanta a tirarlos a la basura que hay debajo del fregadero y luego se lava las manos.

—Es curioso. —Le ha cogido el gusto la palabra—. Todo sigue igual aquí. Está hasta el mismo cubo de la basura de cuando estábamos casados.

—Exacto. El mismo cubo. Si no me hubieras dejado, habrías convencido a mis padres de que compraran otro más acorde con tu ideología.

—Seguro. Me llevaba muy bien con los dos.

—Más que bien. Te querían mucho. Honi especialmente.

—Me encantaba este viejo apartamento, no solo porque era la casa donde creciste, sino por el lugar en sí. Además, aquí fue donde hicimos el amor por primera vez.

—¿Recuerdas qué dijiste justo cuando acabaste?

—¿Qué?

—Espero que esto no acabe en un bebé.

—¿Eso dije?

—Sí, y tenía sentido. Éramos muy jóvenes, ¿cómo íbamos a ser padres de una criatura?

—Es verdad.

—¿No te acuerdas de lo que te respondí?

—¿Cómo respondiste?

—No te preocupes, Urías, no vamos a tener un hijo así como así.

—¿Ya entonces?

—Ya entonces pude sentir la naturaleza controladora de tu amor. Solo que no quisiste escuchar el aviso y tu amor malgastó el tiempo conmigo, por eso tus hijos están en la escuela primaria y no en secundaria.

—No recuerdo que dijeras eso.

—Quizá pensaste que lo decía por decir, pero no.

—No, tú nunca dices nada por decir.

—Por eso si tienes la esperanza de que nuestro trabajo de hoy incluya hacer el amor, siento decepcionarte.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que le hagamos daño a tu mujer, a pesar de que no la conozco y de que insistes en que no me parezco a ella en nada.

—Nada de nada.

—Pero ella a mí sí me importa bastante porque también me sacrifiqué por ella. Después de que te obligaras a ti mismo a dejarme, yo sabía que ese corazón que seguía unido a mí no podría volver a conectar con otra mujer. Por eso, aunque podría haber esperado a obtener un puesto de arpista en alguna orquesta israelí, enseguida acepté la oferta holandesa para desaparecer de tu vista y que pudieras ser libre y curarte con la ayuda de una nueva relación. Así que no vaya a metérsete en la cabeza que podemos dar marcha

atrás, aunque yo tenga tanto las ganas como la posibilidad de hacerlo.

Urías se levanta de mal humor, buscando con su mano el maletín que está a sus pies, pero en lugar de agarrarlo se dirige en silencio hacia el salón, recoge el látigo que estaba tirado en el sofá, se lo acerca a la cara y lo huele, y luego lo dobla y lo deja sobre el televisor. Todavía malhumorado, continúa hacia el dormitorio para ver el lecho conyugal, y se queda atónito al descubrir la vieja cama de hospital enchufada a la corriente eléctrica.

—¿Qué es esto? ¿De dónde ha salido?

—Cuando murió mi padre, mi madre quiso sustituir la antigua cama de matrimonio, que estaba ya para el arrastre, por una individual. Pero un joven ingeniero, el sustituto de mi padre en el Ayuntamiento, le ofreció una antigua cama de hospital que él mismo había actualizado con un sistema eléctrico inteligente. Si quieres puedes probarla.

—¿Te has vuelto loca?

—¿Por qué no? En aquel entonces te emperraste en que nos acostáramos en la cama de mis padres en lugar de en la mía.

—Porque tu cama era estrecha, la cama de una adolescente. Y precisamente esa vez era importante para los dos tener más espacio para apaciguar el miedo y la confusión. Por eso nos acostamos en la cama de tus padres, que en aquel momento estaban, si no recuerdo mal, en el extranjero.

—En Grecia.

—Pues eso, lo suficientemente lejos como para que no nos pillaran.

—Pero a mí me daba igual que nos pillaran. Lo que no quería era violar la intimidad de mis padres. Y fíjate en que a pesar de que lavé y planché las sábanas, dos gotitas de sangre mancharon el colchón, y como no pude quitarlas, tuve que darle la vuelta.

—Vamos a suponer que tus padres (sin saberlo, por supuesto) tuvieron sexo sobre la prueba de virginidad de su hija. A lo mejor hasta les gustaba. Inconscientemente, quiero decir.

—Así que ahora te metes en el inconsciente de mis padres.

—Lo deduzco. A mí, por ejemplo, no me importaría dormir en un colchón donde, sin yo saberlo, hubieran sido enterradas las señales de la virginidad de mi hija.

—¿Cuántos años tiene?

—Seis.

—Entonces tienes tiempo.

—Eso espero. De todas formas, aunque al principio hubieras tenido dudas sobre si tener o no hijos, yo, como hombre joven que además estaba cegado de amor, podía haber interpretado tus dudas como una especie de protesta radical y fugaz de una adolescente contra el Estado o contra el mundo, si me apuras.

—¿Contra el Estado?

—En el sentido más trillado de que si Israel se fuera al garete, sería mejor no tener hijos aquí.

—Yo nunca dije eso y nunca lo pensé. Aunque a veces era demasiado radical para tu gusto, podría haber dado a luz a niños radicales que me apoyaran en mi radicalismo.

—Pues eso mismo. Que si el futuro aquí no es seguro, que si está lleno de peligros, que si es difícil…

—No —dice Noga alzando la voz—, ¿quién soy yo para pretender saber lo que va a pasar aquí en el futuro? ¿Quién soy yo para decidir si el peligro es real o solo existe en los artículos de periódico? Mis padres me concibieron durante una guerra terrible en la que se llegó a pensar que era el fin, pero aun así, ninguno de los dos fingió que lo sabía. Ay, Urías, no te vas a liberar de ese amor desobediente si sigues discutiendo y sacando trapos sucios…

Él sonríe y, como antaño, ella sabe que sus afiladas palabras no solo no lo intimidan, sino que, por el contrario, echan más leña al fuego de su deseo. Con cautela, Urías se inclina sobre la cama y tira de una de sus palancas, escucha el zumbido y observa cómo se elevan las almohadas. Luego se vuelve hacia ella y le dice mansamente:

—Entonces no tiene sentido discutir sobre tu música.

—Claro que no.

—Pero, aun así, es muy importante para ti.

—En su justa medida. Pero no hay nada en la música que impida tener hijos.

—Entonces no debería ni intentar volver a quejarme de tu arpa.

—No, me molesta.

—¿Por qué?

—Porque no tienes razón. Hemos hablado de mi arpa tantas

veces que se podría escribir un libro sobre ello. Nunca me vi a mí misma como una artista atormentada cuya vida estuviera esclavizada por su arte. Bach tenía veinte niños y eso no le impidió escribir una nueva cantata cada día. En mi caso, con mayor razón, porque yo no escribo música, sino que simplemente la interpreto.

—Bach no los parió, ni los amamantó ni los cuidó. Eso lo hizo su esposa.

—Te estás haciendo el listillo para poder escapar.

—¿De qué?

—De la esclavitud que tu amor ha querido echarme encima.

—¿A ti o a mí?

—Es lo mismo. Para esclavizarme a mí, tuviste que esclavizarte tú.

—Pero si siempre habrías podido liberarte de mí.

—Solo mientras no tuviéramos hijos.

—¿Por qué? Con hijos o sin hijos, si hubieras querido, podrías haberte liberado de mí.

—No, porque tu ira y tu humillación habrían transformado a los niños en rehenes y les habrías podido hacer daño.

—¿Hacerles daño? ¿Cómo? También habrían sido hijos míos.

—Como venganza por haberte abandonado… Tuve compasión de ellos no dándoles a luz.

—Pero ¿qué podría haberles hecho?

—Medea asesinó a sus hijos para vengarse del marido que la abandonó.

—Eso es en la mitología… ¿Qué podría haber hecho yo?

—A lo mejor los habrías tirado por la ventana y habrías saltado tú detrás.

—No puedo creer que alguna vez hayas podido pensar eso.

—Desde el momento en que empezaste a llamarme Venus y no Noga, aunque fuera de broma, me di cuenta de hasta qué punto era peligroso tu amor.

—Pero ¿tú no me contaste que tu padre te decía que buscaras siempre en el cielo la estrella que te pertenecía?

—¿Y quién te pidió que lo copiaras? No, yo nunca quise ser Venus, ni para ti ni para nadie. Nací en este viejo apartamento, rodeada de vecinos para quienes el único mito que gobierna sus vidas es una fe sencilla y antigua. Me llamaron Noga no por ningún

planeta, sino por una abuela que se había muerto hacía tiempo. Y elegí tocar el arpa no porque quisiera tocar en el Templo, sino porque hay muy pocos músicos que la toquen y sabía que así no tendría demasiada competencia. Pero una muchacha joven, de origen humilde, una muchacha bonita pero ciertamente no hermosa, una mujer racional pero tampoco especialmente inteligente, se convirtió para ti en un personaje digno de adoración, en una religión en sí.

—¿Una religión?

—Tu religión privada.

—¿Y en esa religión no hay espacio para los niños?

—Correrían peligro.

Se da por vencido, aturdido y tal vez satisfecho por el golpe que acaba de recibir. Apunta hacia la cama eléctrica y le pregunta, casi en un susurro, si ha sido esta la cama que ha usado en los meses que lleva aquí.

—No ha sido la única, por la noche deambulo de cama en cama.

—¿Y anoche?

—Anoche dormí también aquí.

—¿Te molesta si me tumbo un poco yo también?

—Hace un momento me dijiste que estaba loca por sugerirlo.

—Me equivoqué, Noga, estaba equivocado.

Se quita los zapatos y se acuesta boca arriba en la cama, jugando con las palancas hasta que encuentra una posición cómoda, pone los puños debajo de su canosa cabeza y cierra los ojos tendiendo los brazos a ambos lados, como un par de alas extendidas.

40.

¿Pretende quedarse dormido ahora?, se pregunta Noga, preocupada, mientras acerca una silla a la cabecera de la cama. Aunque habla en voz baja para no molestar la insólita calma que ha envuelto a su huésped, Noga afina perfectamente su discurso, que fluye como si estuviera leyendo una partitura. Dentro de cuatro días estará de vuelta con su orquesta, y la añoranza de volver a abrazar su arpa es casi un dolor físico.

—Ya nos hemos diseccionado infinidad de veces. Y como no teníamos más opción, cuando tu madre todavía vivía nos obligamos a tener una charla a corazón abierto con tus padres. Una conversación confusa y sin sentido. ¿Cómo iban tus padres a ser capaces de encontrarle una explicación a lo que hice si ni siquiera yo misma era capaz de explicarme? Y fíjate en que fue justo por su rabia y su dolor que te pusiste de mi parte, porque temías que tus padres empezaran a odiarme. Pero ellos no tenían ninguna intención de odiarme, no solo porque es difícil odiarme, o porque ya tuvieran tres nietos de tu hermana, sino básicamente porque no podían ni imaginarse que fueras capaz de dejarme y por eso, para no envenenar el futuro de nuestro matrimonio, habían decidido desde el primer momento no odiarme.

Sin tomarse un respiro, Noga continúa analizando la decisión de Urías:

—¿Y por qué ellos no creyeron que fueras capaz de dejarme por iniciativa propia? Quizá porque tus padres, cuyo matrimonio estaba plagado de agujeros y disputas, se habían percatado de la diferencia tan abismal que había entre ellos y su hijo: tu capacidad de alumbrar amor, en ti mismo y en mí, un amor que aún hoy sigue siendo imposible de apagar del todo y que sigue reptando entre nosotros, fíjate tú, incluso en este mismo instante.

—Sí —susurra Urías entre dientes y con los ojos todavía

cerrados—, por eso he superado mis dudas y he venido hasta aquí.

—Has dudado, pero has venido. Y aunque hemos analizado nuestra separación tantas veces que hasta podrían escribirse no uno, sino dos libros al respecto, después de años sin tener contacto ninguno, después de que te hayas vuelto a casar y hayas tenido hijos, me fuiste a buscar al desierto y te hiciese pasar por figurante, disfrazado de soldado herido, y por eso necesitamos aclarar si esto es un amor testarudo u otra cosa.

—Es otra cosa.

—Sí, y hoy va a nacer algo más, algo nuevo. Porque deberías saber que a lo mejor tú te has sorprendido a ti mismo viniendo hasta aquí, pero a mí no me has sorprendido. Te estaba esperando. Mi madre puede atestiguar que le dije que yo sabía que tu aparición como soldado herido no sería la última. Que te atreverías a venir a esta casa, que puede que todavía conservaras la llave. Te conozco. Pero, aunque no te hubieses atrevido a venir esta mañana como tú mismo, debes saber que yo todavía hablo contigo en mi mente. Y se me ocurren ideas, pero quizá no es el momento de contártelas.

—A pesar de esos dos libros que ya están escritos…

—A lo mejor hace falta un tercero, uno fino, como un libro de poesía, que empiece justo desde el principio. Porque a veces en Europa, cuando pensaba en ti, en los ensayos o incluso durante los conciertos, porque hay muchas obras que tienen largos tramos donde el arpista no tiene que hacer nada más que quedarse sentado con las manos quietas, contando los pentagramas que están tocando los otros instrumentistas; por eso, mientras otros tocaban, tu imagen se me aparecía de repente, y yo te reconstruía en mi imaginación, o te reciclaba, si esa expresión encaja mejor con tu ideología.

—Las dos encajan.

—Y continuaba hasta el principio. Aquella fiesta en Rehavia. Recuerdo cómo insististe en acompañarme a casa por el valle de la Cruz. Y a medianoche, cerca del monasterio, me besaste apasionadamente. Esa no era la primera vez que un hombre me besaba, ni yo era por supuesto la primera mujer a quien tú besabas, pero te las arreglaste para convertirlo en algo trascendental, porque al día siguiente, cuando salí de clase del instituto, que por aquel entonces estaba cerca de la residencia del primer ministro, ¿te acuerdas?, sin que hubiéramos quedado y sin que yo te hubiera

dicho nada de mis horarios, tú me estabas esperando en la puerta, todavía con el uniforme del ejército, con la moto y un casco extra para mí.

—Acababa de salir una ley que obligaba a llevar casco…

—Por supuesto, la ley. Y después, durante el tormentoso cortejo, no solo absorbiste mis horarios con una rapidez asombrosa, sino también la duración de las clases particulares de flauta y piano que yo daba en la ciudad, las direcciones y hasta los nombres de todos los niños. Poco a poco, fuiste recopilando también los nombres de mis amigos y de mis parientes e intentaste trabar amistad con ellos. Todo eso sin olvidar a mis padres, y en especial a mi hermano, que básicamente se enamoró de ti. Después de todo, tienes talento y eres muy sutil y hasta tienes sentido del humor cuando te esfuerzas. Desde el principio creí que estabas destinado a cosas grandes. No te ofendas, pero cuando me dijiste que ahora eres director de departamento, sentí una punzada de decepción porque no fueras ya el director general. Porque, si por mí fuera, te habría ascendido hace tiempo.

—Con total objetividad…

—Total. Porque desde que empezamos nuestro noviazgo demostraste tu valía, al menos para mí, como gestor inteligente y eficaz en materia de transportes, viajes, temas administrativos y compras, incluida tu participación activa en la compra de mi ropa y tus consejos de qué debía ponerme en cada ocasión. Así es como tu amor, que me seducía tanto, empezó también a aprisionarme. Y no era por tus celos, que es verdad que, como es natural, explotaban de vez en cuando; yo también me ponía celosa a veces, porque sin ellos el amor no es verdadero. Fueron tu delicadeza y tu ternura las que, junto con mi propia complicidad, no lo niego, comenzaron a tragarme.

—¿A tragarte?

—A succionarme dentro de ti.

—Eso suena aún peor.

Manipula las palancas y la cama se eleva lentamente, inclinándose luego hacia un lado, y Urías se pone de pie. Con una mirada lúgubre, abandona la habitación y comienza a deambular por el apartamento, como buscando un refugio. Al final, coge una silla de la cocina, se sienta frente a ella y murmulla entre dientes:

—Ese libro… La tercera parte… El más fino… Se está convirtiendo de verdad en pura poesía y es cada vez más incomprensible.

—Sé paciente —responde Noga con dulzura—, y todo quedará aclarado, sobre todo para un hombre inteligente como tú. Antes de casarnos, cuando vivíamos en Jerusalén, en el piso aquel al lado del museo y tú estabas tramitando tu graduación del ejército, me dijiste que yo había llegado a tus brazos hecha una mujer mimada y perezosa, proveniente de un hogar demasiado amoroso, y con esa explicación tan poco razonable como excusa, tú te hiciste cargo de buen grado de la mayoría de las tareas, como cocinar, hacer recados, limpiar y hacer la compra, para que yo pudiera dedicarme en cuerpo y alma a la música, los estudios, las clases particulares y, por supuesto, a mis conciertos. A veces creo que la semilla del fracaso se sembró durante ese periodo tan largo de permiso militar, cuando tuviste todo el tiempo del mundo para estudiar a tu amante tanto física como mentalmente. Y no me refiero solo a saber cómo convivir con ella día a día, sino también a cómo apropiarte de ella con delicadeza.

—Apropiarme… Otra palabra molesta.

—A ver, ¿y qué palabra no te va a molestar? ¿Asimilar? Tal vez internalizar. Mira, si he dado con un término inocente que no debería incomodarte. Trataste de internalizarme y, de esa manera, dejé de ser una carga y pasé a enriquecerte.

—No tenía nada que ver con asimilarte ni internalizarte —dice, y se levanta de un salto y empieza a dar vueltas por la habitación—. Era justamente lo contrario, lo único que intentaba era protegerte.

—¿Protegerme de qué?

—Escúchame, Noga, igual que yo me aparezco de vez en cuando entre tus pentagramas mientras escuchas a otros músicos tocar, tú surges también en ocasiones entre las interminables charlas de las largas y aburridas reuniones de trabajo. Y aunque tengo esposa e hijos a los que quiero y a los que soy totalmente leal, igual que tú, yo te reconstruyo a veces en mi mente. Y si bien me reafirmo una y otra vez en mi decisión de dejarte, es normal que a veces sienta curiosidad por saber qué es de tu vida, y si el arpa aún sigue viva.

—¿El arpa?

—Sí, el arpa.

—El arpa sigue vivita y sonando.

—Porque en algún momento entendí que ese instrumento no era ni un compromiso final, ni un escalafón hacia otro instrumento, sino sencillamente aquello que explicaba tu esencia más íntima, y puede que también estuviera destinado a cumplir una misión que tú creías que se te había encomendado…

—Me sorprendes, Urías, esto es nuevo…

—¿Ves? Yo también puedo aportar algo original al libro fino. En el momento en que me dijiste que lo que tocabas era el arpa, Noga, admito que te dio un nuevo encanto, pero también empecé a preocuparme por ella… Quiero decir por ti… O más bien por mí… Es decir, se me planteaba la cuestión de cómo integrar tu arpa en mi vida. Porque desde aquel primer beso, supe que la suerte estaba echada y que no te dejaría ir hasta que te convirtieras, no solo en mi amante, sino en mi esposa. Por lo tanto, el arpa tenía que incluirse en ese amor y en ese compromiso.

—Es totalmente comprensible y natural. Y he de admitir que, en lo referente al arpa, demostraste un gran compañerismo y respetaste plenamente el compromiso.

—Por fuera, Noga, solo por fuera, para no herirte ni desmoralizarte. Y solamente por el amor y la devoción que te tenía. Porque lo que es el arpa en sí, si tengo que confesarte la verdad pura y dura, ni nunca creí en ella ni me gustaba especialmente cómo sonaba. Y, además, tampoco es que creyera, y perdóname por lo que te digo, que tú tuvieras ningún talento especial para tocarla. Yo sufría por ello. Y a todo esto había que añadirle todas las molestias y los problemas que nos causaba para transportarla, por la forma que tenía y lo pesada que era. Yo tenía que estar siempre dispuesto a ayudar cuando hiciera falta transportarla de un sitio a otro, incluso si eran tan solo unos centímetros. Y encima tenía que aguantar aquel trasto de coche, tan viejo, destartalado y poco práctico que necesitábamos para poder llevarla. O lo que me aburría cada vez que tenía que acompañarte a lugares lejanos, a remotas ceremonias de todo tipo en colegios o en centros culturales, decenas de kilómetros de ida y vuelta para que tocaras diez minutos por un sueldo miserable, solamente para que no perdieras la fe en ti misma y pudieras sentirte como una artista valorada.

—¿Esta es la nueva aportación al libro delgado?

—Esto es solo el principio.

—Porque me parece que todo lo que has dicho hasta ahora no debía de ser más que un esfuerzo mínimo para alguien que decía desde el principio que yo era el aire que respiraba.

—Absolutamente mínimo y ligero para un amante devoto como yo, cuyo amor le hacía echar músculos cada vez que tenía subir y bajar el arpa los treinta y dos escalones de nuestro apartamento en Jerusalén, antes de que nos mudáramos a Tel Aviv y encontráramos el piso aquel tan ruidoso en la planta baja.

—Pero en la planta baja era mucho más fácil porque podíamos moverla con sus ruedas.

—Relativamente. Digamos que relativamente comparado con Jerusalén. Y cuando empezamos a poder mover el arpa con sus propias ruedas directamente a la calle, siempre se me venía a la mente que si hubiera sido un bebé me habría resultado mucho más fácil y agradable…

—Puede ser, pero por lo menos mi arpa no lloraba por la noche.

—¿Es una broma?

—Es que tu nueva y original idea se ha convertido en bastante peculiar y poco clara.

—Sé paciente —le responde él repitiendo sus palabras con el mismo tono dulce— y todo quedará aclarado, sobre todo para una mujer inteligente como tú. Te decía que, para que no perdieras tu confianza en ti cuando te rechazaron todas las orquestas del país a las que enviaste tu solicitud, no quise cargarte aún más con mis quejas, pero por dentro estaba amargado y hasta enfadado contigo por haber elegido un instrumento tan poco convencional, pesado y complicado, y encima bastante solitario, que no era requerido en casi ninguna obra. Un instrumento antiguo, religioso, ceremonial, mitológico si me aprietas, por el que te habías sentido atraída por culpa de la gran cantidad de ortodoxos con los que conviviste en tu infancia.

—Los ortodoxos con los que crecí no tocaban ningún instrumento.

—Precisamente. Y por eso decidiste tocar en su lugar, o más bien para ellos, un instrumento que encajaba en sus tradiciones y puede que también en sus sueños.

—Ay, Urías —exclama riéndose—, lo que estás contándome no

es que sea nuevo; es absurdo. No me puedo creer que alguna vez se te haya podido ocurrir algo así.

—Espera, espera… —Urías la toca suavemente para llamar su atención—. Has sido tú quien me ha invitado a escribir en este tercer libro, el más fino, así que tienes que estar abierta a intentar descubrir esa verdad secreta que se encuentra precisamente en el absurdo, igual que en la poesía. Y es que, a pesar de los años que llevo sin verte, me doy cuenta de que sigues conservando esa misma gracia juvenil, esa dulzura y esa fragilidad infantil que me robaron el corazón desde el primer instante. Y a pesar de que es verdad que tienes las manos mucho más fuertes y los dedos más flexibles de tanto tocar el arpa, me sigo preguntando cómo te las arreglas sola, y encima en un país extranjero, con ese instrumento tuyo tan pesado y engorroso.

—Se me hizo mucho menos pesado y engorroso cuando me separé de ti. Y tú, aunque lo hayas transportado y levantado, y aunque al final hasta consiguieras aprender cómo afinarlo, no creas que eres un experto en él.

—No, en el arpa no, en ti, porque desde el principio tú te convertiste en mi instrumento musical. Por eso cuando me acuerdo del *jasid* aquel, al que no le molestaba que tocaras en *sabbat* porque esperaba que algún día tocarías en el templo, y me sé bien la historia porque me la contaste una y otra vez…

—Vale, eso lo admito, a veces me repito un poco, pero así es como me aferro a una infancia bonita y feliz, al contrario que la tuya, que fue tan siniestra.

—Olvídate de mi infancia un momento y escúchame, porque tu historia no es simplemente el cuento de una infancia feliz que recordar con cariño, sino una historia con un significado más profundo, que siempre presentí, pero nunca fui capaz de poner en palabras hasta ahora mismo, cuando te he visto entusiasmada al ver al amor de tu juventud traerte un cuenco de fruta. Aquel muchacho con el que te pasabas horas hablando en las escaleras, en completa libertad y a corazón abierto.

—¿Y qué pasa si una vez estuve enamorada de un chico dulce y de mente abierta al que todavía no le había crecido la barba…?

—Pues que es muy posible que fuera por él por quien te decidieras a dedicarte a un instrumento antiguo y ceremonioso, uno

que su padre no habría podido ofrecerte.

—¿Por él? —Noga se echa a reír—. A estas alturas, después de llevar tantos años separados, ¿te vas a poner celoso de él? Y, de todas maneras, ya que te empeñas en volver a resucitar una historia tan vieja, se te ha olvidado mencionar el final tan raro que tuvo.

—¿Qué final?

—Que su padre me dijo que, para que pudiera tocar en el templo, una muchacha tendría que convertirse en un muchacho guapetón.

—No, Noga, no podría olvidar el final de esa historia, al que también te aferras. Por eso me pregunto si nunca has jugado con la idea de convertirte en un guapo muchacho.

—¿Y eso por qué?

—Para no traer niños al mundo.

—No. En absoluto. Pero lo que no quería era tener un niño a la fuerza. Quería un hijo deseado, que hubiera nacido del acuerdo y el deseo de ambos padres.

—Por eso abortaste en secreto el niño que concebimos por accidente.

—Lo hice en secreto porque no quería hacerte daño.

—Pues eso me hizo todavía más daño.

—Porque lo que tú estabas buscando era dolor y humillación. Y cuando descubriste que había abortado, decidiste, durante los largos meses que siguieron, castigarme y castigarte a ti mismo, pero, sobre todo, boicotear tu propio deseo. Pero no conseguiste boicotearlo, sino envenenarlo, y para cuando te rendiste, ya era demasiado tarde. Tu veneno también había contaminado mi deseo.

—Lo envenené porque nunca conseguí sacarte una simple confesión: «Sí, soy culpable». Porque tú, Noga, podrías presidir cualquier jurado y culpar a cualquiera con una seguridad pasmosa, pero a ti misma siempre te vas a exonerar.

—¿Un jurado? —exclama Noga con asombro—. Un momento, ¿de dónde has sacado esa idea? A veces me asusta el profundo apego que me tienes. Escúchame, Urías, si no tienes ganas de destruir tu amor, vete y llévatelo contigo a trabajar, pero no intentes destruirme a mí por su culpa.

41.

Desconcertada a causa de esas últimas palabras, que se le han escapado sin pensar, y sabiendo por experiencia que la humillación lo va a encerrar en sí mismo y endurecer, Noga se descubre mirándolo con una compasión hace tiempo olvidada que busca alguna manera de dar marcha atrás y hacerlas desaparecer. Pero Urías, determinado a cortar por lo sano, aparta la mirada bruscamente y se pone los zapatos de un tirón y, con expresión sombría, agarra la chaqueta que sigue colgada de la silla en la cocina, la sacude y se la pone. Luego coge la corbata y, como si fuera un miembro más de la familia, se acerca al armario del dormitorio de los padres y lo abre en busca del espejo.

Noga lo sigue.

—No —le dice con dulzura—, no te pongas la corbata.

Él le lanza una mirada helada.

—Hazme caso, lo digo por tu propio bien. Las corbatas nunca te han sentado bien; te dan un aire demasiado severo y oficial, sobre todo ahora con las canas.

—Dime una cosa —la interrumpe él mientras tantea para hacerse el nudo—, ¿y a ti qué más te da?

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? ¿Por qué no? —la imita burlándose de ella—. ¿Y por qué sí?

—Porque es natural.

—¿Qué te importa la pinta que lleve? Lo que me ponga o deje de ponerme no es asunto tuyo, y no tengo ninguna necesidad de tus desvelos ni de nada que venga de ti.

De un tirón, se arranca la corbata, que se ha hecho un lío, y lo intenta de nuevo.

—A ver, hazme caso, esta corbata en particular te sienta fatal. Me di cuenta en cuanto entraste. No es solo que no te pegue nada,

sino que, además, el color tampoco te combina con la camisa.

—El color está bien.

—Sí, pero no para ti, por eso siempre tuve que echarte una mano con esto. No puede ser que tu esposa no se haya dado cuenta de que la corbata y la camisa no pegan, a no ser, claro, que esta mañana estuviera liada con los niños.

Las manos de Urías se ponen rígidas y la corbata queda colgando encima de la camisa.

—¡A ella ni la menciones, que se me va la cabeza!

—Que no se te vaya, que no has venido aquí a perder la cabeza, sino a que, si acaso, nos reconciliemos. Y yo voy a ayudarte a hacer las paces, y voy a asumir mi parte de culpa. Pero, por favor, olvídate de la corbata.

Él se rinde de golpe, como ella había esperado, se quita la corbata del cuello y se la mete en el bolsillo.

—Anda, deja. —Noga tira de ella—. Dámela, que te la doblo como es debido.

Noga estira la corbata, la enrolla y se la devuelve.

—No —responde él, rechazando la mano extendida—, quédatela. Para que te quede algo real y tangible, no solo un libro de poesía imaginario, porque si por lo que sea al final alguien acaba transformándose en un guapo muchacho, no le vendría mal tener una corbata a mano.

Una sonrisa diminuta aflora en los labios de Noga y, por primera vez, siente una necesidad imperiosa de tocarlo.

—Espera un segundo —dice Noga bloqueando el camino hacia la puerta de salida—. Ya que has mencionado esa historia que escuchaste tantas veces con una paciencia infinita, vas a tener la oportunidad de echarle un vistazo a su protagonista, a mi primera arpa, la que me despertó la pasión por la música, y a la que tú, precisamente, nunca has visto.

—¿Esa arpa? ¿La pequeña? ¿La vieja? ¿De dónde la has sacado?

—Pensaba que mi padre la había tirado hacía años, pero resulta que se la había subido al desván, y Honi y mi madre, que se la encontraron cuando decidieron ponerse a limpiar la casa, pensaron que esa pobre y vieja arpa podría consolarme mientras estuviera lejos de mi orquesta.

—¿Y te ha consolado?

—¿Cómo podría haberlo hecho?

—Entonces ¿para qué voy a querer verla?

—No tienes por qué hacerlo, pero ya que hemos hablado de ella y nunca la habías visto, aquí tienes tu oportunidad.

—¿Mi oportunidad? —La ofensa lo hace enrojecer—. ¿Es que te crees que ha sido por tu primera arpa por lo que me he arrastrado hoy como un tonto detrás de ti? Para nada. Por lo único por lo que estoy hoy aquí es para llorar al hijo mío que abortaste en secreto.

Urías la aparta violentamente de su camino, abre la puerta y desaparece a toda prisa escaleras abajo.

42.

Ahora, una vez que la puerta se cierra tras él, solo le queda el dolor y la decepción. Noga se quita deprisa el viejo albornoz y el camisón, se da una larga ducha con abundante agua, y se decide entonces a llamar a la residencia para informar a su madre del cesto de frutas que espera su regreso en Jerusalén.

—¿Fruta?

—De la región del monte Canaán.

—¿Y quién la ha traído: Pomerantz mismo o uno de sus nietos?

—Shaya, que se negó a estrecharme la mano.

—¿Y por qué iba a estrecharte la mano? Por mucho que él estuviera enamoradísimo de ti, lo último que se te habría pasado por la cabeza habría sido casarte con él.

—Aun así, me siento insultada. Éramos muy buenos amigos.

—Sí, pero amigos de escalera nada más, así que ¿insultada por qué?

—Es verdad, no tiene sentido que me sienta insultada por él, pero a lo mejor sí por una madre que informa primero a un extraño de la decisión que sus dos hijos esperan ansiosamente.

—Venga, Noga, sé sincera: ¿de verdad estabas esperando mi decisión? Si tú misma me has dicho que sabes mejor que yo lo que pasa en mi mente.

—De todas formas, existe un protocolo familiar que deberías haber respetado.

—Tienes razón. Pero ya que no iba a poder sorprenderte con mi elección, decidí al menos sorprenderte con la forma en que te la anunciaba.

—Pues lo has conseguido. ¿Y Honi?

—Esta noche se lo digo, pero tampoco va a pillarlo por sorpresa. La residencia no ha sido más que un experimento al que nos comprometimos los tres solamente por tres meses, y todos hemos

estado a la altura de nuestro compromiso.

—Tampoco había otra opción.

—Cómete la fruta, que no se eche a perder.

—Ya hemos comido un poco.

—¿Has empezado a hablar de ti misma en Jerusalén usando el plural mayestático?

—Todavía no, es que Urías al final apareció, y me comí la fruta con él.

—No me lo creo.

—Pues créetelo.

—¿Y esta vez apareció como él mismo?

—Como él mismo.

—Así que por lo menos esta vez no quería asustarte.

—Cuando se presentó como un soldado herido tampoco quería asustarme, buscaba algo de empatía.

—¿Y ahora como él mismo?

—Como él, y a pesar de todos estos años, sigue llorando al niño que no tuvimos.

—Pero si ya tiene sus propios hijos. Yo los he visto y hasta abrazado.

—Aun así, no va a renunciar al niño que no le di.

—¿Y a ti tampoco?

—Ya no. El niño me ha sustituido.

—Entonces escúchame bien, Noga. Escucha bien lo que esta sabia mujer tiene que decirle a su querida hija. Escúchame y no me interrumpas. Dale ese niño, dáselo, y así dejarás en el mundo algo tangible, no solo tus melodías musicales que se desvanecen en el aire. Haz un esfuerzo y luego vuelve a tu música. Da a luz a un niño, y yo te ayudaré a criarlo.

—No necesitaría ayuda. Se llevaría al niño a su casa para criarlo junto con sus hijos.

—¿Y su esposa?

—Lo conozco. Es capaz de convencerla o forzarla.

—Si eso es así, y fíjate en que me estoy quedando sin aliento de la emoción, escúchame. Te lo suplico. No lo descartes en absoluto. Es una idea maravillosa, profunda, que transformaría en el último momento nuestro experimento fallido en una victoria increíble. Quédate en Jerusalén un poco más, hasta que suceda, y en lugar de

esos pagos exorbitantes a la residencia, viviremos como dos reinas en Jerusalén, sin deberle nada a nadie. Quédate conmigo más tiempo, aprovechando además que ya te has acostumbrado a la ciudad y que a ti no te da miedo, como a tu hermano, la conversión ortodoxa del barrio. Honi y yo participaremos con amor y devoción en este experimento, que esta vez será tuyo. No tendrás que trabajar, ni siquiera como figurante, y si mientras tanto se jubila alguna arpista, o se pone mala o se muere, podrías…

—Vale, mamá, ya está bien de delirios.

—¿Delirios por qué? Hoy, que papá ya no vive, no son delirios. Te juro por su vida que él es el único culpable, él y nadie más. Porque con una seguridad pasmosa me metió el miedo, a mí y seguro que a ti también, de que podrías morirte en el parto. Yo le creí a pies juntillas, pero, ahora que ya no está, tenemos, tú y yo, la libertad y la capacidad de entender la realidad por nosotras mismas. Y te estoy diciendo que tienes cuarenta y dos años y que es tu última oportunidad.

—Esa oportunidad ya ha pasado.

—¿Qué quieres decir?

—No tengo nada en mí que pueda dar vida a un niño, incluso aunque sucumbiera a Urías.

—¿A qué te refieres? ¿Qué quieres decir? Noga, cariño mío, hija mía de mi alma, ¿a qué te refieres?

—A algo muy sencillo. La regla, mamá, ya no tengo la regla.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—¿Por qué tendría que habértelo contado?

—Para que no siguiera torturándome con falsas esperanzas.

—Pues mira, te lo digo ahora para que no sigas torturándote con falsas esperanzas.

—Pero voy a seguir torturándome porque yo sé que incluso cuando parece que es el final, no es el final.

—Eso, mamá, tienes que contárselo a mi cuerpo, no a mí.

—Entonces ha llegado el momento de que le hable directamente a tu cuerpo sin tu interferencia.

—Eso sería muy sabio y útil, porque el cuerpo, y no solo el alma, necesita a veces las palabras de una madre. Pero date prisa, porque pasado mañana por la mañana me voy de aquí.

43.

Es ahora, después de hablar por teléfono con su madre, cuando Noga se da cuenta de que el encuentro con su exmarido la ha conmocionado; le cuesta quedarse sola en el apartamento, así que se apresura a bajar al restaurante de los trabajadores del *shuk*. Se instala a la entrada, mirando a la puerta y observando a ver quién entra. Pero Elazar no viene, y la negra cámara, cuyo ángulo no ha variado desde su última visita, sigue inerte en el techo. De regreso compra algunas especias para sazonar el almuerzo de despedida que tiene pensado preparar mañana cuando su madre vuelva al piso. Pero una vez en el apartamento, en lugar de buscar descanso durante las horas de calor en una de las tres camas que en breve dejarán de estar a su servicio, se quita las sandalias y se calza las zapatillas de deporte, a las que tiene que sacudirle los granos de arena del desierto de Judea, y vuelve a visitar la minúscula comisaría de policía. Allí, en la penumbra, están los mismos policías aburridos, y lo que no sabían entonces nada sobre el inspector desaparecido, no lo saben tampoco ahora. Acaricia suavemente las cabezas de los leones del Mandato, que siguen fieles en su puesto tras años de servicio y, en lugar de esperar al tranvía, echa a andar por la calle Yafo hacia abajo, en dirección a la plaza de Sion, en busca del edificio que, según se decía, albergaba el conservatorio desde tiempos inmemoriales. Pero el edificio original, cuyas aulas de música daban todas a una galería exterior a la que se accedía ascendiendo por unas refulgentes escaleras de piedra dorada, había desaparecido por completo, y en lugar de preguntar a los transeúntes, que de todas maneras no sabrían qué responder, Noga toma un atajo atravesando la plaza central triangular de Jerusalén, llega al final de la calle bautizada en honor de aquel rey inglés a quien su hermano le había cedido el reino por amor a una mujer divorciada, y rodea la sinagoga circular camino del «Gymnasium»,

el instituto en el que estudió. Allí se instala en la terraza de un pequeño café, observando las amplias escalinatas que conducen a la entrada del establecimiento, sobre las que a veces se apostaba el director en persona para regañar a los rezagados y cortarles el paso a los que pretendían saltarse las clases. Fue aquí, cuando estaba en primero, cuando su interés por la música clásica empezó a ser más serio, y aprendió a escuchar de verdad las melodías y, por las tardes, en un aula en la que todas las sillas habían sido colocadas encima de las mesas, aprendió a distinguir la sonoridad singular del arpa entre el aluvión tempestuoso del resto de los instrumentos de cuerda.

Sus pensamientos siguen volviendo a Urías, un hombre casado y padre de dos hijos que llora y exige el hijo que no tuvo. Pero ¿qué valor tiene esa exigencia si no tiene la paciencia ni la curiosidad de echarle siquiera un vistazo al arpa de su adolescencia, fuente, según él mismo cree, de todos sus males?

Una semana después de su llegada a Jerusalén, Noga fue a visitar la academia de música, que ya en sus tiempos había sido transferida desde su sede al lado de la residencia del primer ministro al campus universitario de Givat Ram. Quedó con dos de sus profesores, que se alegraron de saber que la música que le habían enseñado no solo era recordada, sino también utilizada. No quiso saber si habría algún arpa disponible para practicar con ella de vez en cuando, pero sus profesores no consideraron digno que ella, una instrumentista profesional, esperara como una pedigüeña entre clase y clase para tocar una simple arpa de estudio. «Llévate algunas partituras y toca con la imaginación. Eres lo suficientemente buena como para hacerlo». Ahora que se marcha de Jerusalén, Noga se siente atraída por el antiguo edificio de la academia, por volver a ver de nuevo el lugar en que un exaltado joven la esperó por primera vez con un casco en la mano.

Como la calle de los Amantes de Sion no está lejos de allí, continúa andando hacia la casa de los padres del muchacho que intentó envenenar a su novia para que nunca lo dejara. A diferencia de la noche de la grabación, hoy la casa se halla en completo silencio y por la ventana de la cocina Noga vislumbra solamente a la anciana madre.

Desciende por la escarpada cuesta de la calle de los Amantes de

Sion y cruza al final hacia la calle paralela para llegar hasta las puertas del psiquiátrico, a cuyo silencioso abrigo habían entregado los padres la locura de su hijo, legándole con ello una brillante carrera allende los mares.

Este paseo a pie no solo no cansa a la arpista, sino que le levanta el ánimo. Sus cómodas zapatillas deportivas le permiten andar a paso ligero, y las luces del crepúsculo jerosolimitano la empujan, en lugar de a retirarse, a continuar hacia Emek Refaim para echarle un vistazo al primer piso en el que vivieron después de casarse. ¿Era verdad que Urías tenía que cargar el arpa arriba y abajo treinta y dos escalones? Debido a la ampliación de las viejas calles y los cambios y renovaciones en los edificios apenas reconocibles, al principio le cuesta dar con el sitio, y cuando lo hace, descubre que también ha sufrido cambios. Pero está segura de que el número de escalones no ha cambiado. No encuentra el interruptor de la luz de la entrada, así que sube rodeada de oscuridad, contando los peldaños en silencio. En efecto, los escalones son difíciles de subir, altos y curvos, tan distintos de los cómodos peldaños del edificio de sus padres, en los cuales, cuando volvía del instituto, solía esperarle un muchacho religioso dulce y atractivo, ansioso por una conversación a corazón abierto.

Veintiséis escalones, no treinta y dos, la conducen a la puerta de su antiguo apartamento. Con el ceño fruncido, Noga se pregunta por qué alguien que siempre se ha enorgullecido de su precisión aritmética ha añadido seis peldaños a la cuenta solo por exagerar el peso del sufrimiento de su lealtad hacia su instrumento. Mientras desciende, vuelve a contarlos en silencio, asegurándose de que no se ha equivocado.

El anochecer enciende las farolas y las coloridas frutas y hortalizas relucen en los puestos de Emek Refaim. Carritos de niños cruzan la calle imprudentemente, bloqueando el tráfico. Los hombres levantan la vista hacia ella y la siguen con la mirada, y Noga se imagina que vuelve a ser una figurante, esta vez sin cámara, sin director y sin escenario, una figurante de sí misma, para sí misma y por sí misma. Le apetece seguir explorando aquel barrio tan agradable, en el que se respira el laicismo con una naturalidad absorbente, pero tiene que volver a hacer las maletas y organizar la despedida. Como el tranvía se encuentra lejos de allí, se sube a un

taxi y le pide al conductor que, de camino a su casa, pare un momento en el valle de la Cruz. El taxista no está seguro de si allí se puede parar, porque la zona lleva tiempo atravesada por autovías, pero sí que sabe dónde está el monasterio y cómo acceder a él.

—Perfecto. Acérquese y deténgase un momento, y luego continúe.

El taxista obedece y, durante unos minutos, ambos observan el antiguo monasterio en la oscuridad, en cuya torre brilla una débil luz.

¿Se me habrá olvidado apagar la luz?, se pregunta Noga cuando el taxi enfila su calle y ve que hay luz en su piso, ¿o será el pequeño *tsadik*, que me echa de menos?

Cuando entra, Urías se pone de pie en la cocina. Se lo ve tenso y atormentado, y la luz fluorescente acentúa su palidez. La chaqueta que llevaba por la mañana ha desaparecido y en su lugar lleva un jersey desteñido y familiar.

—Espera, antes de que te disculpes… —empieza ella.

—Que me explique —la corrige con un susurro.

—Solo quiero que sepas que acabo de volver de nuestro primer apartamento en Emek Refaim, y he contado dos veces los escalones de los que te quejabas esta mañana y, sin ánimo de ofender y con el debido respeto, que sepas que no hay treinta y dos escalones. Hay veintiséis.

—Porque se te ha olvidado añadir —le responde con calma— las escaleras que había dentro del piso.

—¿Dentro del piso?

—Detrás de la puerta había seis escalones más.

De golpe Noga recuerda los seis peldaños interiores, forrados con aquella moqueta tan vieja y las paredes donde colgaban unas fotografías enmarcadas, que ella creía que le añadían un encanto especial a la vivienda de alquiler y reforzaban el placer de la intimidad conyugal.

—Sí, es verdad…, tienes razón… Se me habían olvidado.

—No es casualidad que se te hayan olvidado —murmura él—, pero ya da igual. Yo solo quería explicarte…

—No tienes que explicarme nada. Yo ya sabía que seguías guardando la llave que te dieron mis padres, y no tenía ninguna duda de que serías capaz de reconocerla entre todas tus llaves

viejas. Por eso antes de ayer le dije a mi madre: «Urías no necesita pedir permiso para entrar aquí».

—Quería pedir permiso, pero no estabas aquí. Así que decidí que por lo menos te devolvería la llave.

—Y te has quedado aquí para vigilarla.

—Me he quedado aquí porque esta mañana te prometí que te informaría cuando llegara el momento.

—¿Qué momento?

—El momento de contarle a mi esposa todo lo que le he ocultado.

—¿Y qué te ha dicho?

—Ha llorado. La rabia y la conmoción han acabado fundiéndose en un grito muy largo.

—¿Y tú?

—Yo también he llorado con ella.

—Eres un hombre honesto. Eres un marido fiel. Es una pena que te perdiera tan fácilmente. Pero ¿cómo le explicaste la obsesión que te ha entrado desde que Honi te dijo que yo estaba aquí?

—Le dije que hacía mucho tiempo que había renunciado a ti, pero que estaba furioso por el hijo no nacido.

—¿Tuyo o nuestro?

—Eso ya me da igual. Cualquier hijo tuyo, venga de donde venga, me lo quedaré.

—Pero ¿qué te daría un niño así, que no tiene nada de ti? ¿Qué te aportaría que no te aporten tus dos hijos?

—Me daría lo que tenga de ti. Me da igual el qué: una marca de nacimiento, un hoyuelo, la forma de un tobillo, la sonrisa quizá, o el color del pelo. Detalles pequeños, en el físico o en el carácter, que a lo mejor ni tú eres capaz de reconocer en ti, pero que son muy valiosos para mí, precisamente porque tu música me los robó.

—¿La música?

—Tocar un instrumento.

—¿Y qué te ha dicho tu esposa sobre ese niño que te vas a llevar?

—Ha llorado.

—¿Y no ha dicho nada?

—No, pero yo sé que si ella está convencida de que eso calmará mi obsesión y me devolverá la tranquilidad, estaría dispuesta a

adoptar un hijo tuyo y criarlo junto a los nuestros.

—Y de esa manera ella me fusionaría consigo.

—Puede ser.

—Pero ni existe tal niño ni existirá. Tú lo sabes.

—Lo sé y lo entiendo.

—Es demasiado tarde.

—También lo sé, y lo siento en lo más profundo.

—Entonces ¿por qué has venido si ya lo sabes todo?

—Ya te lo he dicho, para devolverle la llave a tu madre y para cumplir mi promesa de informarte de que había llegado el momento y que no le oculto nada a mi mujer.

—Y a pesar de todo, no se te ha ocurrido todavía echarle un vistazo, por primera y última vez, al arpa de mi juventud, de la que has salido huyendo esta mañana, y que Honi tirará mañana o pasado mañana.

—Has vuelto a equivocarte. He entrado, le he quitado la funda y la he observado para intentar entender cuál es su poder.

—¿Y lo has entendido?

—He visto un instrumento único y original, una mezcla primitiva de varios instrumentos, un híbrido de arpa, guitarra, banjo y otros. Puedo entender por qué tu padre, que no tenía ni idea de música, se empeñó en traértela, y no de una tienda de música, sino de un anticuario. Pero ya es imposible escuchar cómo suena, le faltan demasiadas cuerdas, y las que le quedan están sueltas o rotas, así que ¿cómo voy a entender la esclavitud que te impuso?

—No puedes. Y ni tú ni yo podemos resucitar a los muertos, así que vuelve con tu esposa y no la atormentes más con la ilusión de que se puede volver atrás en el tiempo.

44.

Puesto que en la residencia de Tel Aviv viven varios ancianos quejosos que no tardarán en despedirse de este mundo, la dirección del establecimiento se ha esforzado por hacer lo más agradable posible la estancia de la simpática y sana señora jerosolimitana para empujarla a que una su destino al de la institución, contribuyendo así a su buena reputación. Pero cuando todo el mundo entiende que ni los mimos ni las atenciones, ni las charlas ni los conciertos la han convencido de que elija Tel Aviv, y que ha llegado el momento de despedirse de una señora tan agradable, todos se ponen tristes y Honi, que se siente culpable por la insubordinación de su madre, distribuye falsas promesas de un nuevo intento durante la despedida. De este modo se retrasa su llegada a Jerusalén, y el especiado almuerzo que les había preparado la hija se transforma en una cena que ellos son incapaces de terminar.

El ánimo de Honi está por los suelos, y tiene el sentido del humor de un cadáver.

—No te preocupes —trata de animarlo su madre—, no va a hacer falta que vengas corriendo cada vez que estornude. Aquí estoy rodeada de un montón de ortodoxos pobres que estarán encantados de cuidar de mí a cambio de unos céntimos.

—Y por el mismo precio te llevarán de vuelta a la religión.

—Qué va. Papá y yo conseguimos mantenernos firmes frente a ellos, y hasta Dios nos ha sostenido en la prueba.

Mientras le suben una a una sus tres pesadas maletas al apartamento, la madre se pasea por las tres grandes habitaciones y se sorprende.

—¿Qué ha pasado aquí, Noga? ¿Tan buena madre he sido que has limpiado y ordenado el piso de arriba abajo en mi honor?

—Sí, fuiste una madre excepcional —confirma Noga—, porque siempre me has dado una libertad total. —Las lágrimas brillan de

pronto en los ojos de la anciana, que acostumbra a bloquear sus emociones mediante la ironía. Y mientras Noga sonríe, empática, al ver las lágrimas de su madre, su hermano sigue deambulando furioso por el piso resucitado, quejándose por la mala iluminación de la casa y examinando con desprecio el cerrojo de Abadi.

—Esto no es un cerrojo —escupe—, es la parodia de un cerrojo. Si por lo menos tuvieras un perro, podría cortarles el paso a esos bastardos.

—Al revés —se ríe la madre—, un perro los atraería mucho más que la televisión israelí.

—Estás preocupándote por nada —la interrumpe Noga—, los niños se han acabado, el mismo Shaya trajo a su hijo para que me pidiera perdón.

Pero Honi sigue a lo suyo:

—Sí, todo con la condición de que mamá no vuelva a tentarlos.

—Pero ¡si no fui yo la que los tentó la primera vez! Fue vuestro padre, que esperaba que la televisión los convirtiera en laicos.

—Una esperanza inútil.

—Claro que sí, pero cuando vi cómo se morían de puro aburrimiento escaleras arriba y abajo, me dieron pena…

—Pues ten mucho cuidado con la pena —exclama Honi, volviendo a ocuparse de las luces—. Tenemos que cambiar todas las bombillas —declara mientras se dispone a llevar las maletas de su hermana al coche, pero se da cuenta de que todavía no están hechas.

—Espera, espera —le regaña su madre—, tranquilízate, ¿qué prisa tienes? Esta es la última noche, la despedida. Si echas de menos a tu mujer y a tus hijos, vete en paz. Llamamos a un taxi para que lleve a Noga al aeropuerto y punto.

Pero Honi protesta. La llevará quien la recogió hace tres meses del aeropuerto. Quien le pidió a su hermana ayuda para un experimento fallido se hará responsable de ella hasta el último minuto. El vuelo es a las cinco de la mañana, y basta y sobra con que Noga esté allí a las tres. Así que nada de taxis, para eso está él. Se ha comprometido.

—Pues si te has comprometido —le contesta su madre—, ya puedes tranquilizarte. Y en vez de llevarte a Noga ahora a tu casa en Tel Aviv para tener que volver a despertarte a las tantas para ir

al aeropuerto, ten algo de sentido común y duerme un poco aquí. Porque, aunque haya renunciado a la residencia protegida de Tel Aviv, necesito, por lo menos esta primera noche, un poco de protección aquí en Jerusalén.

—¿Protección de qué?

—De la soledad y la melancolía.

Una agradable calma invade por fin el viejo apartamento. Noga saca el cuenco de frutas del frigorífico, coloca tres platos y tres cuchillos pequeños en la mesa y dice: «Venga, niños, conquistemos la tierra de Canaán, pero esta vez sin bendición». Pelan el resto de la fruta y se la comen, impresionados por la frágil belleza del frutero de cristal y, sobre todo, por las filigranas doradas que adornan sus bordes. Honi dice que hay que tener cuidado con un recipiente tan delicado y se levanta y lo lleva al fregadero, donde se le cae y se rompe en mil pedazos, haciéndole sangre en los dedos.

—¿La fuente de los Pomerantz venía incluida en el regalo de bienvenida? —pregunta a su madre, chupándose el dedo herido—. ¿O había que devolverla?

—Vamos a hacer como que estaba incluida, si no, ¿qué vamos a devolverle si te ha dado por romperla a propósito?

—No ha sido a propósito, aunque tampoco es que me haya gustado ver a Pomerantz tan contento de que volvieras.

—No seas infantil —exclama Noga—, y deja de chuparte los dedos, que la sangre no se recicla. Échate agua fría y déjala correr mientras buscamos algo con lo que vendarte.

Pero tras tres meses de ausencia, a la madre se le ha olvidado lo que hay o deja de haber en el piso, y hay que rebuscar en todos los cajones hasta dar con una caja de tiritas vieja.

Consiguen detener la hemorragia, pero entretanto la camisa y los pantalones de Honi también se han manchado y requieren atención inmediata. Avergonzado, Honi se queda en calzoncillos delante de su madre y su hermana, quienes intentan tranquilizarlo.

—No te preocupes, que te hemos visto totalmente desnudo más de una vez y tampoco es para tanto, así que no exageres.

Pero, aunque no exagere, hace fresco en Jerusalén. Su hermana le ofrece una camisa holgada y su madre le tiende un albornoz raído, y así, vestido medio de hombre medio de mujer, Honi se calma recordando otros tiempos, y en vez de quejarse de nuevo por

el fracaso de la residencia de Tel Aviv, se pone a describir el futuro tren de alta velocidad que unirá las dos ciudades en tan solo veinte minutos.

—Entonces sí que podrás venir cada vez que estornude —lo martiriza su madre de broma.

La velada transcurre todavía en la cocina, donde siguen los tres sentados. Una vez que han limpiado con cuidado los cristales del fregadero y comido un poco más de la cena que Noga había preparado, la conversación deriva hacia el pasado y termina enredándose en las virtudes y defectos del padre fallecido hace nueve meses. Noga recuerda aquella noche de tormenta en la que vio a su padre pasearse por las habitaciones como si fuera un humilde chinito.

—Sí —confirma la madre—, últimamente, cuando se levantaba por la noche para ir al baño, se convertía en un personaje de camino a la cama, en chino, hindú o esquimal, y a veces también en un discapacitado o un paralítico. Una vez vimos una película buenísima, *Aisha*, sobre una mujer de noventa y seis años que estaba totalmente jorobada y que andaba apoyándose en un cubo, y a tu padre le impresionó tanto su determinación que intentaba imitarla en la oscuridad.

—Pero ¿por qué? —pregunta sorprendido Honi, que escucha por primera vez las costumbres nocturnas de su difunto padre.

—Para pasárselo bien, él y yo.

—¿Y de verdad te lo pasabas bien?

—Al principio sí, por la novedad, pero acabé regañándolo.

—¡Regañarlo, dice! —la interrumpe Noga—. En vez de chino, ella le decía que era japonés, como si mamá supiera de verdad cómo andan los japoneses, y papá la miraba desconcertado y se ponía a dar pasos más cortos todavía.

Noga salta de su asiento e imita con gracia los pasitos de su padre.

Así, con una animada libertad, sigue fluyendo la cháchara mientras la noche abraza lentamente a los tertulianos, que hablan de los presentes y los ausentes, cercanos y lejanos, mencionándose hasta el nombre de Urías, aunque las dos mujeres se guardan bien de decir palabra alguna sobre su aparición y su visita. Da la impresión de que Honi ha aceptado su derrota, que parece hasta

contribuir a su buen humor. Comienza a pasearse de nuevo por las habitaciones envuelto en el raído albornoz de su madre mientras planea arreglar y renovar el viejo piso a modo de inversión, ahora que se van a ahorrar los elevados pagos de la residencia. Mientras va apuntando en un papel lo que hace falta cambiar y arreglar y, sobre todo, cómo mejorar la iluminación de la casa, llega al armario vacío de sus padres y agita nervioso el traje negro de su padre, que sigue colgado de la barra.

—Quédatelo —le insta su hermana—, no seas cabezón. Quédatelo antes de que mamá lo tire. Puede que llegue el día que te haga falta.

—Ese día no va a llegar. ¿Quién sigue usando trajes como este? Hasta papá se lo ponía solo para pasar desapercibido en el barrio.

—A lo mejor a ti también te hace falta pasar desapercibido por aquí en el futuro.

—¿Yo? —pregunta riéndose—. ¿Por qué?

—Para que no te tiren piedras.

Por un momento, Honi duda si su hermana está hablando en serio o en broma. Entonces, resuelto, arranca el traje de la percha, lo dobla y hace un pequeño paquete con él, anunciando categórico que ya se encargará él mismo de donarlo a la caridad.

El cansancio se va dejando notar en la familia, y como la madre todavía se encuentra un poco perdida en el piso y aún no ha deshecho las maletas, es la inquilina temporal, que debe irse esa misma noche, quien actúa de eficiente ama de casa. Cambia sábanas, extiende mantas y reparte toallas, pero no consigue borrar del todo las manchas de sangre de la ropa húmeda de su hermano, así que decide echarla en la secadora. El gruñido del aparato se extiende como un terremoto amenazador en el piso jerosolimitano hundido en la penumbra.

—Sí, hay que irse a dormir —le dice la madre a su hija cuando esta por fin termina de preparar sus maletas.

Recuerda a sus hijos que apaguen las luces, pero, como le cuesta separarse de su hija, a quien apenas ha visto durante los tres meses del experimento, ella misma sabotea su sueño ofreciéndole a Noga compartir con ella el té de medianoche.

—Ven, ya dormirás en el avión —le pide a su hija—, y yo no pienso despertarme hasta el mediodía. Deja a Honi en la cama, que

dentro de dos horas tiene que llevarte al aeropuerto.

Pero Honi se siente atraído por la espontánea fiesta del té que tiene lugar a medianoche.

—¿De qué te preocupas? —se defiende burlón—. Desde Jerusalén al aeropuerto apenas se tarda media hora a las dos de la mañana. —Así, envuelto todavía en el albornoz de su madre, se une a ella y a su hermana, pero en vez de té se pide un café turco cargado.

A estas horas, cuando Noga observa el rostro cansado de su hermano, se le encoge el corazón, y toda su cólera y toda su ira por que le desvelara a su exmarido su presencia como figurante en Masada se desvanecen. Con todo, se cuida de no mencionar la extraña aparición de Urías, no vaya a ser que su hermano se crea que puede manipularlos. Permanecen sentados, sumidos en un agradable sopor, pero resistiéndose a dejar que el sueño los separe.

—Niños —anuncia de repente la madre—, os pido por favor que no os vayáis a sentir mal porque os haya fallado con el experimento. Más bien al contrario, tenéis que alegraros por el fracaso, porque ahora que no voy a tener que pagar aquellas cantidades tan descomunales en Tel Aviv, me siento aquí en Jerusalén como una señora rica, y como señora rica que soy, Stoller también tendrá que respetarme y conformarse con el ridículo alquiler que le pago hasta que me muera, cosa que no va a ocurrir hasta dentro de muchos años, porque la riqueza me da más ganas de vivir. Y como madre rica que soy —continúa—, no solo te voy a llamar todos los días, Noga, sino que puede que hasta vaya a verte a Europa para escucharte tocar el arpa. ¿Qué te parece?

—Shh… está dormida —dice Honi.

En efecto, la arpista no ha aguantado y en la misma mesa se le han cerrado los ojos, su respiración se ha hecho pesada y la cabeza se le ha inclinado sobre el pecho, balanceándose ligeramente. Con gran delicadeza, su madre y su hermano la cogen y la conducen a su cama, la acuestan en ella y la tapan. «Aunque solo sea una hora de sueño le vendrá bien —señala Honi—, no vaya a ser que se confunda y se suba al avión equivocado».

En la quietud de la noche, la madre se siente tentada de contarle a su hijo lo ocurrido con Urías, pero, firme a la promesa hecha a su hija, consigue dominarse y va a sacar los pantalones y la camisa de

Honi de la secadora. Las manchas de sangre se han hecho más oscuras, pero no han desaparecido. El tiempo pasa veloz, y a las dos de la mañana se les hace aún más difícil despertar a la durmiente, que parece que se hubiera tragado su arpa entera, y que necesita la ayuda de su madre y de su hermano para bajar las escaleras y no tropezar de camino al coche. La sientan en el asiento delantero y le abrochan el cinturón, y entonces, en el frescor del incipiente amanecer, abre sus bellos ojos, besa a su madre y le susurra:

—Ahora que eres rica, ya sabes que tienes una residencia gratis en Europa.

El coche se pone en marcha con las ventanillas abiertas para que la veraniega brisa nocturna le mantenga los ojos abiertos. En el aeropuerto, a pesar de las manchas de sangre de su ropa, Honi insiste en acompañar a su hermana no solo en el control de seguridad, sino también a la hora de facturar el equipaje. Y como a él también le resulta difícil despedirse, se guarda la tarjeta de embarque de su hermana para poder acompañarla hasta el mismo punto en el que le impedirán pasar.

También a ella le está costando despedirse. Y eso que sabe que vuelve a su orquesta extranjera y lejana, libre de toda obligación excepto por su música, mientras que su hermano se queda en un país que no deja de ser una amenaza en sí mismo, al cargo de una familia exigente y una madre sola que insiste en envejecer en su propio piso. Por eso, cuando toma de su mano la tarjeta de embarque se pregunta por qué no darle a su hermano un poco de esperanza, puesto que, después de todo, no ha estado sola aquí. Ella no ha sido aquí una figurante sin más, sino una mujer deseada y amada. Y así, de pie, delante de la puerta que conduce al control de pasaportes, Noga informa a su hermano, con eficaz precisión, del desarrollo de los acontecimientos desde aquel descanso entre los dos actos de la ópera *Carmen* en el desierto. Es decir, toda la historia del exmarido que se coló en el escenario de la obra y que después se convirtió en un figurante herido para terminar atreviéndose a aparecer como él mismo en el piso de su infancia exigiendo el niño no nacido.

Para su sorpresa, Honi no parece nada sorprendido, como si hubiera sido él mismo, dentro de su círculo, quien hubiera ideado la enrevesada historia que ella acaba de desvelarle, y mientras su

hermana habla, se abstiene de interrumpirla ni una sola vez, excepto para agarrarla suavemente del brazo y moverla de un sitio a otro, no solo para que no bloquee el flujo de pasajeros, sino para que no vea las lágrimas que empañan sus ojos.

45.

Después de tantas noches de insomnio vagando de cama en cama, el sueño que Noga anhelaba durante el vuelo a Ámsterdam fue inquieto e inestable. Por la mañana, en el trayecto en autobús desde el aeropuerto, no levantó la mirada de los vastos campos verdes y la abundante agua, como si fuera la primera vez que visitaba Holanda.

Hacía tres meses, el hijo de sus caseros la había ayudado a bajar las dos maletas por las estrechas y retorcidas escaleras, pero hoy prefiere renunciar a su ayuda para no perder el tiempo en un largo parloteo con la propietaria, que tendría curiosidad por saber cómo había acabado el experimento de su madre.

Situado en el ático, su apartamento consta de dos habitaciones pequeñas, aunque cómodas y agradables. Como lleva bastante tiempo viviendo allí, le resulta fácil descubrir el más mínimo cambio o alteración en el orden de los objetos que haya tenido lugar durante su ausencia. Las tres macetas están en su sitio y es evidente que alguien ha cuidado de ellas, igual que de la minúscula cocina, que brilla de lo limpia que está. Pero le ronda la sospecha de que, o bien el hijo de sus caseros, o su amigo, el primer flautista, se han aprovechado de su ausencia para venir a acostarse, solos o acompañados, en su cama.

Quita las sábanas, las mete en la lavadora, pero antes de poner unas limpias, se tumba sobre el colchón desnudo e intenta, con los ojos cerrados, poner en orden sus recuerdos de Israel. Sin embargo, sus desmesuradas ganas de tocar su instrumento perturban el orden y, tras beberse un doble *expreso* en el «café de los músicos», el bufé-restaurante que hay al lado de la sala de conciertos, está lista para el vals del segundo movimiento de la *Symphonie Fantastique* de Berlioz.

Sin embargo, resulta que no es esa la primera obra que le espera, sino otra más rica y compleja. Las buenas nuevas le van a ser

comunicadas en breve por Herman Kroon, el director administrativo de la orquesta, que se alegra de que su querida Venus haya regresado y que ya lleva colgando de los labios la intrincada pipa que Noga le ha traído de la ciudad vieja. Todavía sin encenderla, Kroon aspira la pipa, intentando descubrir el sabor de Tierra Santa. Pero antes de desvelarle a la arpista el cambio en el programa de la orquesta, tiene curiosidad por saber lo que su anciana madre ha decidido: ¿Jerusalén o Tel Aviv? ¿Dónde es mejor jubilarse?

Herman Kroon nunca ha estado en Israel y no puede ni suponer hasta qué punto es irrisoria la distancia entre las dos ciudades. Pero puesto que esa fue la razón por la que le dio unas vacaciones de tres meses a la arpista, y además fue él quien la apoyó y defendió sus derechos y deberes filiales, tiene derecho a saber de qué lado se ha inclinado la balanza.

—Jerusalén —le responde Noga en voz baja—, mi madre ha vuelto a su antiguo apartamento. Yo ya sabía que sería así.

La cara del director se ilumina. Es un hombre soltero de setenta y cinco años, alto y elegante, que, tras jubilarse del Departamento de Cultura del Ayuntamiento de Amberes, fue elegido como director administrativo de la Filarmónica de Arnhem. Cuando termine su contrato en Holanda, él también tiene pensado volverse a su viejo piso en su ruidosa ciudad portuaria, y por eso se siente alentado por la decisión de la viuda jerosolimitana, que, aunque es cierto que vive lejos y ni siquiera se conocen, por lo menos tiene su misma edad.

Noga pregunta cómo fue recibido el concierto de Mozart que le robaron.

—A la gente todavía le gusta Mozart —le responde Herman con una sonrisa evasiva—, Mozart le resulta fácil.

—No te estoy preguntando por Mozart —le interrumpe ella bruscamente—, sino por las reacciones a la actuación.

Pero Herman sigue mostrándose evasivo.

—Tu fiel amigo Manfred es un virtuoso, y por eso Christine, a la que traje yo de Amberes, hizo lo que pudo para no ponerse en su camino. Pero no la tomes con ella, que no tiene la culpa.

—Ella no —susurra Noga, y decide dejar las cosas así.

Es entonces cuando se da cuenta del silencio que los rodea.

—¿Dónde está todo el mundo?

—La orquesta está tocando esta noche en Hamburgo; volverán mañana y dentro de tres días empezamos los ensayos.

—¿Y vamos a empezar con Berlioz?

—No, Noga, tengo buenas noticias para ti. La *Fantastique* ha sido cancelada.

—¿Cancelada del todo?

—Exacto.

—¿Y eso es una buena noticia para mí, Herman? ¿Por qué ha sido cancelada?

—Porque la hemos tocado ya muchas veces y porque no tenemos presupuesto para volver a poner otro timbal, añadir otros tres contrabajos y traer todos esos juguetes tan ruidosos que el francés necesitaba para describir los tormentos de su amor.

—¿Y qué vamos a tocar en su lugar?

—En lugar de Berlioz hemos elegido otra obra francesa, más madura y sutil, y esa es la buena noticia que espero que te agrade a ti especialmente. En lugar del breve vals para arpa del segundo movimiento de la *Fantastique*, Christine y tú tendréis el diálogo completo entre el viento y las olas de *La mer* de Debussy.

—¡*La mer*! —exclama Noga con regocijo—. «El mar». Vaya, Herman, tenías razón, es una noticia maravillosa que me va a consolar por los tres meses que no he tocado con vosotros. En esa obra el arpa es casi el actor principal.

—Las dos arpas.

—Por supuesto. Las dos.

Le lanza una mirada cariñosa al hoyuelo de la bonita arpista, cuyo rostro irradia felicidad. Coge un poco de tabaco de la caja que tiene sobre el escritorio e intenta cargar la curva pipa de Jerusalén, pero le cuesta encenderla.

—Esta pipa es todavía joven e inexperta —sentencia, volviendo a agarrar su vieja y trillada pipa, que le obedece enseguida—, pero no renunciaré a ella tan fácilmente.

—¿De dónde habéis sacado la idea de sustituir a Berlioz por Debussy?

—No te lo vas a creer. La idea nos vino desde muy lejos, de la dirección de la Orquesta de Kioto. Mientras estabas en Israel nos hicieron llegar una oferta inesperada de nuestra embajada en Japón, proponiéndonos un intercambio de orquestas con Kioto. Pero

cuando mencionamos a Berlioz, percibimos cierta reticencia, muy educada, eso sí, porque resulta que la *Symphonie Fantastique* había formado parte de su repertorio todo el año anterior y había hecho ya todo el ruido posible, así que nos hicieron llegar una propuesta de lo más original a la que, además, no le falta inspiración. Fíjate en lo que nos dijeron después: «Vosotros, los holandeses, os habéis enfrentado al mar y habéis conseguido dominarlo y hasta domesticarlo un poco, pero aquí, en Japón, el mar no trae más que destrucción y muerte. Por eso, interpretad para nosotros *La mer* de Debussy, no solo como músicos, sino como experimentados conquistadores del mar y, así, puede que quizá por medio de vuestra música aprendamos nosotros también a enfrentarnos al mar que nos rodea». ¿No te parece extraño?

—Extraño, pero también profundo.

—Pues el impresionismo de Debussy fue inspirado en parte por el arte japonés, y en la portada original de la partitura de *La mer* de 1905 puede verse una gran ola, el grabado de un tsunami del artista japonés Hokusai.

—No lo sabía. No la he visto. ¿De cuándo es el grabado?

—Hokusai vivió desde mediados del siglo XVIII a mediados del XIX. Por lo que parece, ya por aquel entonces también los tsunamis eran devastadores en Japón.

—Maravilloso —exclama entusiasmada la arpista—. Maravilloso. Me va a encantar *La mer*, me va a dar vida. ¿Cuándo viajamos?

—Dentro de diez días. Dennis vuelve mañana de América; él es quien va a preparar y dirigir la orquesta. Así que, querida Venus, tus vacaciones se han acabado.

—No es que hayan sido precisamente vacaciones, pero si insistes, llámalas como quieras.

—No insistiré si me dices exactamente lo que ha pasado —responde Herman—, pero fueran vacaciones o no, es hora de volver al trabajo y, antes que nada, a la biblioteca, a organizar las partituras y prepararlas por instrumentos, y, ya que estamos, a averiguar si alguien tiene la *Danse sacrée et danse profane* de Debussy.

—¿La *Danse sacrée et danse profane*? —grita Noga, alborotada—. Herman, estoy loca de alegría, esa es una obra para arpa y cuerdas.

¿Crees que podré ser solista en Japón?

—Por ahora no son más que ideas, todavía tenemos que discutirlo. Pero si aún sigues enfadada por el Mozart que perdiste, ya ves que han venido dos Debussy a consolarte.

A pesar del humo que lo envuelve, la mano de Herman tantea otra vez en busca de la pipa curvada de Jerusalén.

De muy buen humor, Noga se apresura a entrar en la biblioteca y se da más prisa aún en dar con la partitura de *La mer*: un librito delgado de caracteres minúsculos destinado al director. Noga les echa un vistazo rápido a los tres movimientos, pasando de *Del alba a mediodía en el mar* a *Juegos de olas* y de ahí a *Diálogo del viento y el mar*, y, contentísima, confirma que las partituras de las arpas son ricas y variadas: a veces coinciden al unísono; otras, dialogan la una con la otra. Todavía presa de la agitación, Noga vuelve a la oficina de la orquesta y le toma prestadas al guardia las llaves del almacén de instrumentos, que se encuentra en el sótano de debajo del auditorio. Allí, bajo una tenue luz, se almacenan los instrumentos pesados, cuyas figuras proyectan sombras en la sala escasamente iluminada: el bombo, el xilófono, dos contrabajos, una enorme tuba. Su arpa, sin embargo, ha viajado a Alemania, pero la segunda arpa, la más vieja, se halla en un rincón, cubierta por un lienzo de color rosado. Noga la destapa con mucho cuidado y empieza a afinar las cuerdas. No es fácil poner a tono un instrumento tan antiguo, y no son muchas las obras que requieran su presencia al lado del arpa principal, pero ella no se rinde hasta que comprueba que las cuarenta y siente cuerdas responden rápido a sus dedos.

Construida en el siglo XIX, el arpa fue donada a la orquesta por un caballero de la zona que pensaba que, debido a su antigüedad, estaba donando un instrumento de gran valor, lo cual no era el caso. A pesar de la majestuosidad de su marco, que ha sido pintado varias veces de un tono dorado cobrizo, la calidad de la madera es bastante normal, y la carcoma que se ha alimentado de ella durante años ha dejado diminutos agujeros que amortiguan el brillo de su sonido. Pero Noga la acerca cariñosamente hacia su pecho y, durante más de una hora, calienta los dedos con *glissandi* rápidos y lentos, o improvisando de vez en cuando sus propias melodías. Hasta que no ha calentado como es debido los dedos, calmando su deseo insatisfecho, no se acuerda de su madre, que debe de estar

ahora sola en su piso de Jerusalén. ¿Podrá su recién adquirida nueva «riqueza», producto más bien de su imaginación, ayudarla a acostumbrarse a la soledad que ella misma ha elegido sin que tenga que arrepentirse?

Cuando sube del sótano y sale a la calle, la noche holandesa cae despacio. Una lluvia muy fina, muy europea, perfuma la atmósfera. Noga se acerca a la cafetería de los músicos, donde los propietarios la saludan con cariño. Su estancia en Israel para ayudar a su anciana madre le vale los elogios de los holandeses, pues todo el mundo tiene padres o parientes cercanos cuya presente o futura vejez les preocupa.

—Ha vuelto a su viejo apartamento en Jerusalén —anuncia Noga, triunfante.

—Es normal —comentan los propietarios del restaurante, y un viejo camarero asiente—. Es difícil renunciar a Jerusalén.

Noga los corrige. Es muy fácil renunciar a Jerusalén, lo que pasa es que en Tel Aviv la vida es demasiado cara.

Mientras disfruta de algunos de sus platos favoritos, entretiene a la mujer, que se ha sentado a su lado, con sus aventuras como figurante.

—Entonces ¿no has tocado en tres meses?

—Solo una vez, y un par de minutos nada más. En el desierto, enfrente de un monte histórico lleno de ruinas.

Esa noche llama a Jerusalén, pero no obtiene respuesta. Llama a Honi para preguntarle por su madre, pero él tampoco sabe nada. No la ha llamado desde que se despidieron la noche anterior. Si ella insiste en quedarse en Jerusalén, que la disfrute a su manera, dice, nosotros ya hemos hecho nuestra parte.

Al día siguiente le dedica varias horas a recopilar y organizar las partituras de todos los instrumentos en la biblioteca. Se asegura de que no le falte ninguno y anota meticulosamente el orden de entrada y salida de cada instrumento. A media tarde regresa a la oficina de la orquesta con un grueso paquete de partituras bajo el brazo, y ve a los músicos bajar cansados del autobús que los ha traído de vuelta desde Alemania, que se ayudan unos a otros a transportar los instrumentos más pesados desde el remolque que llevan detrás. Observa desde lejos cómo descargan su arpa, que es transportada lentamente hasta el almacén, pero todavía no se

acerca a ella. Todo el mundo se alegra de tenerla de vuelta, y el viejo flautista la llena de atenciones y llama a una música desconocida, alta y pálida, de ojos duros y sonrisa amarga. Esta es Christine, tu sustituta. Belga, de Amberes, francófona. El holandés y el inglés le hacen la lengua un nudo.

—Tu arpa tiene un sonido poderoso —informa a la israelí—. He intentado tocarla con cuidado.

—Gracias —responde Noga, extendiendo la mano a la mujer, cuyo vientre deja entrever señales precoces de embarazo bajo el suéter de tonos claros.

—¿Qué ha pasado al final con tu madre? —indaga la arpista que tocó a Mozart en su lugar.

—Eso, ¿qué ha decidido? —pregunta enseguida también Manfred.

A pesar del cansancio y las ganas de llegar a casa, otros músicos quieren saber lo que su anciana madre ha decidido en la lejana Jerusalén.

«¿Es que estos holandeses no tienen nada más de lo que preocuparse?», se pregunta Noga riéndose para sí. «Sus guerras terminaron hace setenta años, y sus ojos todavía brillan con la satisfacción del que se considera justo. Supieron deshacerse justo a tiempo de sus colonias, dirigidas con mano de hierro en el sureste asiático, y el nuevo terrorismo mundial parece haberse olvidado de ellos. El euro es estable, la economía fuerte y el desempleo bajo, así que lo único que les queda es preocuparse por mi madre».

—Decidió quedarse en Jerusalén —responde a los músicos reunidos a su alrededor—, justo lo que yo esperaba desde el principio.

Por la noche sigue sin haber respuesta en Jerusalén, y la hija le deja a su madre un mensaje sarcástico en el contestador. ¿Dónde está la nueva heredera? Llama inmediatamente a su hermano, que la informa de que ha hablado con su madre esa tarde y que ahora se queja de que por culpa del experimento que le impusieron apenas pudo ver a su hija esos tres meses. ¿Es que a partir de ahora va a tener que buscarla en las películas?

Su madre la llama más tarde. Sí, se ha dado una vuelta por la ciudad, ha tomado algo con las amigas y ha ido al cine. Pero la historia de Urías le sigue rondando por la cabeza. «Tu visita,

Nogaleh, sigue aleteando sobre mi cabeza como si no hubiera sido más que un sueño. Te has pasado tres meses en Israel y yo apenas te he visto. Y aunque he aprendido de ti a deambular de cama en cama, no es que consiga descansar gran cosa».

Noga la informa sobre el cambio de repertorio, el viaje a Japón y, sobre todo, sobre *La mer* de Debussy, que en francés suena exactamente igual que *la mère*, la madre.

—Así que al final con mi arpa —consuela a su madre—, te voy a tocar a ti en Japón.

—Bueno, menos mal… —suspira la madre, poniendo fin a la conversación.

46.

Se pasa la mañana de biblioteca en biblioteca, hasta que por fin descubre una partitura de la *Danse sacrée et danse profane* de Debussy en la biblioteca del conservatorio. Le hace una fotocopia y se la lleva a Herman, quien, sin decir palabra, la guarda en un cajón. Por la tarde se reúnen todos los miembros de la orquesta en la sala de conciertos para recibir instrucciones de cara al viaje a Kioto y para informarse de los últimos detalles concernientes al repertorio. En un inglés fluido, el agregado cultural de la embajada japonesa en La Haya les proporciona todos los detalles relativos a su alojamiento cerca de la Universidad de Doshisha en Kioto, y luego proyecta unas espectaculares imágenes del auditorio y de los templos de la ciudad sagrada y sus alrededores. El programa incluye cuatro conciertos para los abonados, y tres más suplementarios en dos ciudades del sur que no se encuentran muy lejos de Kioto: Kumamoto e Hiroshima. Por último, y puesto que el director artístico todavía no ha llegado, el director administrativo de la orquesta de Arnhem les explica los detalles del repertorio, que incluirá el *Concierto del emperador* de Beethoven, las sinfonías 26, 92 y 94 de Haydn alternadas, y, puesto que es importante incluir en el repertorio una obra holandesa original, se han elegido los *Arabesques melancólicos* de Van den Broek, y, por supuesto, por petición expresa de los japoneses, la orquesta interpretará *La mer* de Debussy. La violinista japonesa que se rompió el brazo jugando al tenis en Berlín se ha recuperado y viajará directamente hasta Japón, donde hay previstos dos ensayos del *Emperador*, una pieza que tanto ella como la orquesta conocen bien. A Haydn también lo han tocado en los últimos años, por lo que cuatro ensayos la semana próxima deberían ser suficientes. Todo el esfuerzo se centrará en Debussy y los arabescos de Van den Broek, una obra difícil y ambiciosa, pero que al menos dura solo ocho minutos.

El director musical y conductor principal de la orquesta, Dennis van Zwol, que llega directamente del aeropuerto, entra en la sala y los músicos lo reciben con un corto aplauso. Es un sexagenario entrado en carnes, calvo y de saltones ojos azules, un músico erudito y puntilloso, cuyo agudo sentido del humor mitiga su severidad. Sube al estrado en vaqueros y jersey rojo y se sienta al lado de Herman, examinando a los músicos con gesto divertido. Cuando descubre a la arpista recién llegada de Oriente Medio, la saluda amigablemente con la mano. «¿Ves? —se susurra Noga a sí misma—. ¿Por qué no? Es un hombre encantador, tiene sentido del humor, y dicen que le gustan los regalos».

A la mañana siguiente comienzan los ensayos. Las sinfonías de Haydn no incluyen el arpa, así que Noga se sienta en la sala a observar a sus colegas. Tras un breve descanso, la mitad de las cuerdas abandonan el escenario y sus lugares son tomados por los percusionistas, incluidos instrumentos de lo más extraños. El director llama a un joven compositor de unos treinta años, peinado con una cola de caballo, y lo invita a ocupar su lugar en la tarima y a dirigir la primera ejecución de su cacofonía subversiva.

Van Zwol opta por sentarse al lado de Noga en el auditorio y le pregunta cómo le fue durante las vacaciones.

Ruborizada, ella insiste en repetir lo que le dijo a Herman, sin entrar en detalles:

—No fueron exactamente unas vacaciones.

—Entonces ¿qué fueron?

—Otra cosa, más complicada y bastante sorprendente. Yo misma todavía no entiendo lo que fueron…

—¿Y tu madre?

—Decidió quedarse sola en Jerusalén.

—¿Y estás satisfecha con su elección?

La pregunta refleja una sensibilidad inesperada, y por ello trata de ofrecer la respuesta apropiada.

—Desde la distancia, ¿de qué le serviría a ella que yo me preocupara?

Y puesto que el director asiente con simpatía, profundiza en su respuesta:

—Mi padre murió hace nueve meses. Él y mi madre estaban muy unidos, eran muy dependientes el uno del otro, y quién sabe si eso

les gustaba o no, o si su devoción se había vuelto opresiva para los dos. Yo creo que la repentina e imprevista libertad que mi padre le concedió a mi madre la tiene desconcertada, y puede que tenga miedo a limitar esa libertad con las normas y las actividades de una residencia.

Van Zwol asiente solemne mientras que su rostro se sacude al escuchar los sonidos salvajes que llegan desde el escenario, interrumpidos de vez en cuando por los golpes de batuta del joven compositor y por sus intentos de explicarles a los músicos las ideas que dieron a luz a su obra. Aunque será Van Zwol quien dirigirá esta pieza en los conciertos, por el momento se abstiene de toda intervención, que además corre el riesgo de ser sarcástica o cruel, para dar a los músicos la oportunidad de experimentar la nueva pieza a través de la exaltación del propio compositor.

Mientras tanto, tamborilea con los dedos en las rodillas una melodía diferente que resuena en su interior. Noga se pregunta de nuevo: y en realidad, ¿por qué no?

—Maestro —dice. Se vuelve hacia él y la cara se le tiñe de rojo —. Le he traído un pequeño regalo de Jerusalén, bastante inusual, pero que le puede resultar útil.

—¿Un regalo? —dice el director, sorprendido—. Vaya, querida Venus, la verdad es que tengo debilidad por los regalos, pero a condición de que sean baratos y pequeños, algo más bien simbólico, porque así no me siento obligado a devolver la cortesía.

Un fuerte temblor la sacude cuando se inclina para sacar de su bolso el látigo, envuelto en un viejo chal de su madre y atado con un cordel. «¿Qué es eso? —dice retrocediendo el director—, no parece un regalo pequeño». Pero su ansia de regalos supera su resistencia y deshace cuidadosamente el cordel y retira el chal, liberando inmediatamente el fuerte olor de un cuero que ha azotado los cuerpos de muchas bestias.

—¿Qué es esto? —pregunta asustado.

—Es un látigo que le compré a un beduino en Jerusalén, en la ciudad vieja, un látigo viejo que ha domado y guiado camellos en el desierto, y por eso pensé, maestro, que a lo mejor podría valer también para domar y guiar músicos.

Los protuberantes ojos azules del holandés se iluminan divertidos. Alza el látigo hasta la altura de su nariz.

—No me lo puedo creer… ¿Pensaste en mí cuando estabas en Israel?

—¿Por qué no? Formo parte de su orquesta.

—Eso es verdad. ¿Y de verdad crees que necesito reforzar la dirección no solo con la batuta, sino con un látigo?

—Simbólicamente, maestro… Simbólicamente nada más… Es un regalo simbólico, como a usted le gustan.

—Maravilloso —murmura, todavía estupefacto. Desenrolla el látigo y lo extiende a lo largo de varios asientos vacíos para medir su longitud, con pinta de tener ya ganas de azotar a alguien o algo, aunque la pequeña bola metálica de la punta lo disuade—. Pero ¿por qué simbólico? —pregunta desafiante, estudiando con curiosidad a la encantadora arpista—. ¿Por qué solo simbólico? ¿Por qué no azotar a quien arruine el *tempo* o se coma unas notas, o a quien entre en el lugar equivocado?

Un ligero temblor la sacude.

—No, no, maestro, es un látigo simbólico, simbólico nada más, si no los demás músicos me van a echar a mí la culpa…

Pero el maestro continúa maravillado.

—¿Cómo diablos se te ocurrió la idea de traerme un látigo?

—En realidad lo compré para mí, para defenderme de unos niños religiosos del barrio que se estaban colando en el piso de mi madre sin permiso para ver la televisión, que está prohibida en sus casas.

—¿La televisión está prohibida? —pregunta, asombrado—. ¿Por qué?

—Porque según nuestros religiosos corrompe los valores y aleja a los niños del estudio de la Torá.

—Sí —dice con entusiasmo el holandés—, vuestros religiosos tienen toda la razón. La televisión es mala y corrompe, e hiciste bien en azotar a esos niños con este látigo para que no la vean.

Se acerca el látigo beduino al pecho, como si fuera un niño querido.

—Simbólico, simbólico… —murmura—, pues fíjate en que lo que a mí me apetece es, por ejemplo, darle un latigazo al joven ese que está en la tarima lavando el cerebro de nuestra orquesta con su música esa.

—No —se ríe Noga—, no.

Emocionado, le coge la mano y se la acerca a los labios, recoge el látigo y se lo lleva con él a la tarima, donde abraza al joven compositor, que acaba de concluir sus arabescos melancólicos con una ráfaga de triunfo.

—Bravo —dice—, aunque todavía hace falta pulirlo.

Los percusionistas desocupan la parte delantera del escenario para dejar paso de nuevo a los instrumentos de cuerda. Las dos arpistas ocupan sus posiciones tras sus arpas; los timbales afinan sus tambores y otros percusionistas organizan estratégicamente sus instrumentos para no perder el tiempo al cogerlos; cerca de ellos las trompas son desmontadas, sacudidas y sopladas para deshacerse de los restos de saliva; los oboes y fagots se afanan en elegir las cañas adecuadas y las ajustan, y así, poco a poco, el rumor de los músicos ojeando las partituras cesa y el silencio se hace con el escenario.

El director golpea ligeramente el atril con su batuta y, en voz baja, comienza el breve discurso que le gusta dar cuando empiezan a trabajar una nueva obra.

—A finales del siglo XIX, Francia perdió una guerra contra Alemania, pero ganó la batalla de la cultura. París se convirtió en la capital de la vanguardia artística europea, la ciudad en la que los pintores Manet, Monet, Renoir y Degas crearon el impresionismo, y en la que, paralelamente, se abre un nuevo horizonte para la poesía francesa conocido como simbolismo.

»Claude Debussy, que nació en 1862, revolucionó su arte y se convirtió en el compositor más grande y maestro del impresionismo musical, aunque él mismo se quejaba de que los “imbéciles”, como él los llamaba, definieran su música como impresionista, mezclando pintura y música. Debussy fundó un nuevo concepto de la tonalidad en la música europea. Dotado de una fértil imaginación, se rebeló contra el fuerte ascendente alemán en la música clásica y prefirió salir fuera de Europa en busca de influencias más exóticas, introduciendo otros modos y sonoridades provenientes del Lejano Oriente o de la danza española, y experimentando audazmente con instrumentos que rara vez tenían roles centrales durante el periodo clásico, creando así, por ejemplo, piezas complejas para el arpa.

Van Zwol apunta con su batuta hacia las dos arpistas y sonríe ampliamente.

—El simbolismo literario también influyó en Debussy —continúa

el director—, que compuso obras programáticas, dando títulos simbólicos y literarios a sus composiciones, y esforzándose en acercarse y comprender, desde la música y con elegancia y sensibilidad, la complejidad y el misterio de la naturaleza humana y, sobre todo, del alma femenina.

—Nos gustaría conocer detalles más específicos —pide la bella Ingrid, que tocaba la trompa—, también más íntimos, si es posible…

Risas y aplausos.

El director golpea su batuta contra el atril.

—Si empezamos a relatar las aventuras románticas de Debussy, hoy no tocamos ni una nota, y tampoco quiero que se me acuse de corromper a holandeses decentes con anécdotas picantes francesas. Para eso está Internet, al que no se puede acusar de nada. Pero para que no os quedéis con las ganas, os diré en pocas palabras que fue un perfecto don Juan, y que es muy probable que deba a su inestabilidad con las mujeres su inestabilidad tonal. Saltaba de una mujer a otra sin escrúpulos, engañándolas sin el más mínimo remordimiento, y una de sus amantes llegó a tal grado de desesperación que se pegó un tiro en la Place de la Concorde; se salvó de milagro. Todo esto nos da una idea de hasta qué punto fue la mujer la joya de la creación, su objeto de deseo, amor y pensamiento eterno hasta cuando no eran ni guapas ni jóvenes. La mujer encarnaba para él la finalidad última del arte, a quien hay que rendirle homenaje.

Los músicos, mujeres y hombres, asienten con la cabeza mostrándose de acuerdo.

—Debussy murió a los cincuenta y cinco años, al final de la primera guerra mundial, cuando los últimos cañones alemanes golpeaban París con sus proyectiles. Por eso su cortejo funerario se paseó por calles vacías, a pesar de que, en mi opinión y en la de muchos otros, Debussy fue el compositor francés más importante del siglo XX, cuya influencia sigue siendo palpable aún en la música de este siglo.

—¿Cómo, exactamente? —pregunta un violonchelista de pelo blanco.

—Ya veo —se ríe el maestro— que hoy no os apetece tocar.

—Queremos entender mejor lo que estamos tocando —exclaman

varias voces.

—Bueno, bueno, tenéis razón, porque llevamos años sin tocar a Debussy en esta orquesta, y la suya es una música que requiere una especial precisión. No es fácil ni sencillo. Es un mundo armónico complejo y onírico, con escalas de tonos enteros y pasajes completamente atonales, salvo ciertas transiciones fugitivas. El carácter repetitivo de su música puede llegar a ser inquietante. En resumen, señoras y señores, que no vamos a estar apoltronados en cómodas butacas mirando al mar, sino que bucearemos en las profundidades del abismo, además de que los japoneses quieren que les demos respuesta a qué hacer cuando llegue el próximo tsunami…

—Pues espero que no nos trague a nosotros también —interviene una veterana oboísta, y todo el mundo se ríe.

—No —la tranquiliza el primer violín, desprovisto de todo sentido del humor—, nosotros vamos a tocar en la cosa oeste de Japón, no en la este, y esa es la que no está expuesta al océano Pacífico, que todavía echa de menos la luna que se le escapó hace millones de años.

El director los manda callar con un toque de su batuta.

—Señoras y señores, a trabajar. Y como esta vez se trata de una obra seria y difícil, voy a ser mucho más exigente y menos payaso, y no voy a contentarme solo con haceros observaciones, sino que también voy a utilizar los azotes, porque acaban de regalarme un látigo.

Alza el látigo beduino, lo extiende y lo sacude con cuidado sobre su cabeza.

Se produce un auténtico pandemonio. La orquesta se vuelve loca de entusiasmo y se oyen exclamaciones de todos los rincones.

—¡No es justo! —aúllan las cuerdas—. Su látigo solo nos alcanza a nosotros, pero no llega a los vientos ni a la percusión.

—¿Cómo que no llego? —ruge el director—. Claro que llego, y si hace falta me bajo de la tarima para azotar también a los infractores que estén más lejos.

—¿De dónde ha sacado el látigo? —Un violonchelista calvo se levanta de su silla y se acerca a inspeccionarlo.

Noga se encoge en su asiento. «Espero que no me traicione, por lo que más quiera, ¿cómo he podido cometer este error?».

Pero Dennis van Zwol, bromista incorregible, no oculta la procedencia del regalo.

—¡Atención, músicos! —exclama—. El látigo viene de Tierra Santa, de Jerusalén. Nuestra querida Venus me lo ha traído como regalo para afianzar mi autoridad entre vosotros. Y vosotros ya sabéis cómo son los israelíes, seguro que habéis oído hablar de ellos. Son los nuevos judíos, enérgicos y fuertes, que no utilizan el látigo para decorar las paredes, como nosotros, los cobardes europeos. Ellos lo usan para azotar a quien se le ponga por delante. Así que tened mucho cuidado, porque a partir de ahora yo también soy duro como un israelí.

El látigo beduino es recibido con entusiasmo, y las trompetas, las cuerdas y los instrumentos de cobre se giran hacia la arpista, que está roja con tanta agitación. Un joven tambor se acerca para estrecharle la mano y darle las gracias por no haber traído un látigo más largo, que sí que habría llegado hasta donde él está. Por fin, todo el mundo se tranquiliza y vuelve a su asiento, y un profundo silencio vuelve a retumbar en la sala.

Van Zwol cierra los ojos, junta las palmas de las manos y se hunde en una prolongada meditación. Luego alza la fina batuta con cuidado, como si contuviera todo el arte musical, y le hace una seña a los timbales para que comiencen a batir suavemente sus instrumentos, y justo después se dirige a las dos arpistas, cuyos dedos están ya posados en las cuerdas. Christine debe arrancar la primera nota con la mano izquierda, seguida inmediatamente después de Noga, la arpista primera, también con la mano izquierda. Aunque las dos tocan la misma melodía, deben dejar una corchea entre una y otra, como si avanzaran a paso traspuesto. Pero el director las interrumpe enseguida, aclarando que Christine no se ha dado cuenta de que la segunda arpa, al revés que la primera, debe enfatizar cada nota al principio de cada compás.

—Haz el favor de marcar los acentos —le avisa en francés.

Hace una seña para que vuelvan a empezar, pero se detiene enseguida: los acentos no están lo suficientemente marcados.

Noga observa el rostro de Christine, que gime ante las exigencias del director. A pesar de la belleza de su magnífica cabellera rubia, que le cae sobre los hombros, su rostro está completamente pálido y tiene el ceño fruncido. De vez en cuando oculta el rostro entre las

manos, como si quisiera alejar de sí una idea que la tortura. Ha venido al ensayo con un holgado vestido que le llega a los pies y que esconde entre sus pliegues su largo cuerpo, y la pequeña curvatura que a Noga le pareció que insinuaba un embarazo cuando se conocieron ha desaparecido. Christine marca una y otra vez los acentos que le pide el director, pero no parece que consiga satisfacerlo. Noga esconde la cabeza detrás de su arpa, no vaya a ser que al director se le ocurra intercambiar los roles y darle a ella el papel de arpa segunda para conseguir el énfasis en el que se ha obstinado. Por fin, se resigna con lo que tiene y le hace una señal a la orquesta para que siga tocando varios pentagramas más, centrando ahora su atención en los clarinetes y el fagot, que deben conseguir la delicada perfección de sonido que su oído interior busca.

—¿Cómo es que no podéis sentir —pregunta, intentando justificar su severidad— que lo que ha escrito aquí el compositor es la melodía de una misteriosa sirena, el canto de una ninfa melancólica, que a partir de ahora se va a convertir en el *leitmotiv* de las profundidades de la música?

La orquesta se da cuenta entonces de que esta vez les espera un trabajo especialmente arduo, y aunque la obra no es especialmente larga, solamente veintiocho minutos, les va a tocar pasarse largas horas consagradas a interminables y agotadoras repeticiones y ensayos, con el fin de conseguir el matiz deseado que obedezca a la visión de un director que ha decidido hacer de *La mer* su nuevo buque insignia.

Cuando el ensayo termina, Manfred se apresura a quejarse ante Noga:

—Ese látigo que le has dado está sacando lo peor de él.

—No pasa nada —sonríe ella, satisfecha—, siempre le quedará algo nuevo por sacar.

Él la invita a cenar, pero ella se niega. Todavía se está recuperando de la estancia en su tierra natal. Pero que no se preocupe, ya habrá más oportunidades en Japón.

—¿Vamos a tener que esperar hasta Japón?

—En Japón también se puede cenar dignamente —se excusa Noga, y le pregunta por Christine, quién es y qué hace, cómo tocó a Mozart y por qué parece estar atormentada…

El flautista no sabe mucho. Interpretó el concierto de Mozart con precisión, pero sus notas carecían de brillo y emoción. No se ha fijado en su angustia, pero sí en lo callada que es, aunque a lo mejor tiene que ver con que el francés se lleva a matar con el inglés y el flamenco, y por eso tiene ese acento tan gracioso. La verdad es que no ha profundizado demasiado en su historia porque no le interesan mucho las mujeres calladas y casadas, le van más las habladoras y solteras, como la que está justo delante de él en este momento.

—¿Christine está casada?

—Es difícil de saber, yo creo que sí, pero a lo mejor no. En cualquier caso, hay un hombre en su vida, que ha venido a todos los conciertos y se ha sentado siempre en primera fila, pero por lo que parece no por amor a la música, sino más bien porque está preocupado por ella. Viene expresamente de Amberes, vestido a veces con el mono del trabajo. Es un estibador o un inmigrante, o un refugiado en busca de asilo.

—¿De dónde es él?

—No se lo pregunté, no es asunto mío. Hoy en día el mundo está entremezclado. Fíjate en que hasta una exótica extranjera de Oriente Medio, donde la gente todavía se pasea en inocentes camellos a los que azotan con látigos, ha llegado a arpista primera de nuestra civilizada orquesta.

Manfred posa su mano en el hombro de Noga y le dice:

—Por cierto, vienes más guapa de Israel, has cogido color. ¿Qué come la gente por allí?

—Fruta. Fruta jugosa y riquísima.

47.

Cuatro días antes de partir hacia Japón, durante el ensayo matinal y en vísperas del concierto de despedida de la ciudad, la orquesta de Arnhem toca una sinfonía de Haydn. Noga se sienta en el palco para comprobar cómo se escucha desde ahí. Desde donde está ve que abajo, en una de las primeras filas, hay un hombre vestido con un mono azul que debe de ser el obrero que Manfred mencionó. Christine no está sentada a su lado, pero su pañuelo yace en el regazo del hombre, que despierta su curiosidad y, por alguna razón, también la inquieta. Cruza el palco para verlo mejor: robusto, de rostro sombrío, que mira con desconfianza lo que ocurre sobre el escenario. Cuando Christine entra en la sala, todavía con el mismo vestido holgado y largo que oculta sus formas, él se levanta de inmediato y un poco la coge y otro poco la sostiene, y da la impresión de que quiere sacarla de allí, pero Christine se niega, hundiéndose en una de las butacas y ocultando el rostro entre las manos.

Cuando un rato después comienza el ensayo de Debussy, Noga siente un fuerte olor a perfume que parece destinado a enmascarar un olor distinto, de vómito tal vez. Mientras que la orquesta se prepara, ella le pregunta a Christine cómo está. «Bien —se esfuerza en sonreír—, han vuelto a entrarme vértigos y un poco de náusea»; parece buscar la palabra adecuada en inglés, y añade: «pero es lo normal en este estado», y enseguida parece lamentar la explicación, y en su confusión se le escapa, a pesar del sonido de los timbales, la señal de entrada y pierde la primera nota.

Así que no hay duda, está embarazada. La arpista primera, recuperada la certeza, vuelve a notar ese pequeño bulto redondo bajo los pliegues del amplio vestido. Pero ¿por qué disimula su embarazo? ¿Es porque teme que el seguro médico de la orquesta se niegue a cubrir su viaje a Japón?

El ensayo no termina de funcionar. Cada pocos compases, una batuta alterada interrumpe la música. Esa sublime tonalidad conseguida tras un gran esfuerzo en los ensayos anteriores parece haberse contraído; la fluidez de las transiciones se ha vuelto áspera.

—¿Qué está pasando? —grita Van Zwol—. ¿Qué diablos os pasa? Esto no es el mar de Debussy; es un tsunami fangoso que va a aterrorizar a los japoneses. Escúchenme bien, señores, recuerden que en el Lejano Oriente entienden tan bien de música como nosotros. Y además de que nos están pagando un dineral, es un gran honor para una humilde orquesta municipal como la nuestra haber sido invitados a una ciudad tan importante. Así que, por favor, céntrense y despiértense, o en vez de un látigo voy a utilizar una ametralladora.

A veces, una discordancia no identificada, proveniente de una falsa nota cometida por un instrumento esencial, perturba la armonía de la ejecución. Van Zwol escucha el error, pero ante el aluvión de instrumentos no puede localizar su origen. Pero Noga sí puede identificarlo, porque ocurre justo a su lado. Los pedales de la segunda arpista no han sido accionados a tiempo, y el error se ha propagado a los instrumentos de cuerda, envenenando su precisión. Noga intenta advertir a su vecina de su error, pero la ansiedad y la debilidad de Christine no hacen sino acentuar el malentendido. El director localiza por fin el fallo, detiene la ejecución, da nuevas instrucciones y vuelve al principio para que el honor de toda la obra sea restituido.

Cuando el ensayo termina, Noga pregunta a su compañera si el mareo y las náuseas han disminuido y, bajando la voz, le pregunta sobre el embarazo.

En efecto, Christine se encuentra al principio de su cuarto mes. ¿Primer embarazo? La israelí no suelta a su presa. Casi. Técnicamente el primero, si no contamos un aborto que tuvo en su adolescencia, que ocurrió hace muchos años y que nada tiene que ver con su pareja actual. La curiosidad se mezcla con una vaga ansiedad, y Noga persiste en su interrogatorio.

—¿Es tu marido?

—Casi —dice, y se da cuenta de que ha vuelto a utilizar la palabra—, en realidad no, tenemos que esperar al nacimiento del bebé para poder arreglar los papeles de la boda y que le den la

ciudadanía.

—¿No tiene papeles? —insiste la israelí.

—Casi, pero tiene un permiso de trabajo como controlador de tráfico portuario.

—¿Y va a acompañarte a Japón?

—¿A Japón? Qué va, si lo que quiere es impedir que yo vaya.

—¿Impedirlo?

—Tiene miedo de que me pase algo con el embarazo en un viaje tan largo.

—Explícale que eres imprescindible en Japón, que no hay *La mer* sin el diálogo entre las dos arpas.

—Lo entiende, ya se lo he explicado, pero a él le da igual, y por eso estoy tan desesperada. Viene aquí a sabotear el viaje.

—¿Se lo has dicho a Dennis o a Herman?

—Todavía no, si se lo hubiera contado se habrían buscado otra arpista que me sustituyera en el concierto de despedida que damos mañana. Por eso estoy esperando por lo menos a que pase el concierto.

Un temor repentino comprime el pecho a Noga.

—Christine —continúa Noga con un tono neutral que trata de ocultar su ira—, si lo retrasas hasta después del concierto, será demasiado tarde para encontrar una sustituta para la gira de Japón. De hecho, ya es tarde. No es justo que le escondas a la orquesta que tu marido no quiere que vengas.

—No es mi marido…

—Da igual. Quienquiera que sea. Si sigues callada va a ser imposible encontrar una arpista nueva para un viaje tan complicado y tan largo. Debes informarlos de inmediato, porque estás poniendo todo el repertorio en peligro. Sin la segunda arpa es imposible tocar la obra.

—Está bien.

—En ese caso, vas a hacer lo correcto.

—Pero a lo mejor… —Christine baja la cabeza, desanimada—, a lo mejor podéis tocar a Schubert o alguna otra cosa en Japón en vez de Debussy. El repertorio de la orquesta tiene suficientes obras en las que no hace falta una segunda arpa, ni siquiera un arpa primera.

—No, no —grita Noga—, ni Schubert, ni Mozart, ni Beethoven ni nada de nada. Vamos a tocar *La mer*. Esa es la pieza que los

japoneses están esperando, y esa es la que les vamos a llevar.

—Entonces, ¿qué hago? —se angustia Christine.

—Corre ahora mismo a decirle a Dennis y Herman que no vas a Japón.

—Pero puede que a lo mejor al final sí que vaya.

—¿Cómo?

—A lo mejor puedo convencerlo de que no le va a pasar nada al bebé… A lo mejor tú puedes ayudarme… A lo mejor puedes explicarle que sin el arpa segunda Debussy está perdido.

—Vale, voy a intentarlo, voy a ayudarte y reclutaremos también a las otras mujeres para cuidarte durante el viaje. Porque no te va a pasar nada si viajas a Japón. Pero primero tienes que informar a Herman y Dennis, si no, se lo voy a decir yo misma.

—Tú no puedes ir en mi lugar.

—Voy a ir si no vas tú. Porque no puedes robarnos esta pieza única al resto. Tú, como tu lengua materna es el francés, seguro que te das cuenta de que *La mer* en francés es también *la mère*, la madre, y que existe un significado especial en la relación entre esas dos palabras. Yo he dejado a mi madre anciana sola en Jerusalén, y por eso tengo tantas ganas de tocarla con mi arpa.

—¿Tocar a tu madre? —dice con asombro Christine—. ¿Qué quieres decir?

Las dos mujeres están de pie en el vestíbulo de la sala de conciertos y los músicos que se cruzan con ellas parecen palpar la tensión entre las dos arpistas y apuran el paso. El hombre del mono azul, responsable del embarazo, emerge de una de las puertas del auditorio y se apresura a abrazar a su compañera. De cerca, vestido con su ropa de trabajo, parece tierno y agradable, pero la mano que estrecha la de Noga es dura y callosa. Su piel es oscura y su cabello rizado, pero sus ojos son de un brillante azul marino, que legitiman sin duda su solicitud de ciudadanía. Se da prisa en colocarse entre las dos arpistas, sospechando que la israelí, que le habla muy agitada a su novia, está sin duda tratando de persuadirla para que no renuncie al viaje a Japón.

—¿Qué está pasando? —le pregunta a su novia en francés.

—¿Qué debería estar pasando? —le responde ella, distante, como queriendo deshacerse de él.

Convencido de que es Noga quien prefiere que el embarazo sea

anunciado en el último momento, cambia a un inglés fluido para que también Noga lo entienda, y exige a Christine exactamente lo mismo que Noga le acaba de exigir, que vaya inmediatamente e informe a la dirección.

Christine se encoge de hombros, encerrándose en su mutismo, pero Noga, que acaba de darse cuenta de que este hombre comparte su opinión, se mete en una conversación que no tiene nada que ver con ella.

—Tienes razón —responde en inglés—, Christine tiene que informarlos ahora mismo, si no, no va a haber tiempo de encontrar una sustituta.

Sintiéndose reforzado por la arpista, que ha resultado ser una aliada en lugar de un obstáculo, el hombre redobla su determinación. Pasa el brazo por la cintura de su novia y, con un abrazo delicado pero firme, comienza a guiarla en dirección a la oficina.

Temerosa de la cólera que se cierne sobre ella, Christine considera pedirle a la arpista israelí que la acompañe a la oficina, como si fuera posible proponer un diálogo entre el viento y las olas con una sola arpista, que pulsaría a la vez las cuerdas de dos arpas. Pero cuando llega enfrente de la oficina de Herman, decide renunciar a la acompañante, que lo único que haría sería empeorar las cosas, e insiste también en francés para que su pareja la espere fuera. Entra en la habitación en silencio, dispuesta a transmitir las malas noticias que pueden trastornar todo el repertorio de la gira.

Poco a poco, el futuro padre y guardián del embarazo se va relajando. Al principio se había apostado al lado de la puerta cerrada, pero, puesto que resulta inútil intentar escuchar nada, termina sentándose en un banco en el pasillo, extiende las piernas, mira a ver si además de Noga hay alguien más que pueda verlo, saca un cigarrillo que llevaba escondido en el bolsillo de la camisa y se lo mete en la boca. Pero antes incluso de que pueda encenderlo, se oyen pasos acelerados y del otro extremo del pasillo surge Dennis van Zwol, convocado por el director administrativo para hacer frente a la incipiente deserción y, atenazado por el pánico, identifica el origen de las malas nuevas, y con un gesto y sin mediar palabra, le arranca el cigarrillo de la boca y lo arroja al suelo, «¡aquí está prohibido!», y como si Noga también fuera la

responsable, le espeta en holandés: «Dime, ¿qué ha pasado? ¿De qué va todo esto? ¿En qué estabas pensando? ¿Y por qué has esperado hasta ahora?», pero no espera respuesta alguna y desaparece en el despacho de Herman para luchar por la integridad del repertorio.

Noga le echa un vistazo al hombre, que se ha levantado a recoger el cigarrillo partido del suelo, y, con gesto irritado, deslía el papel que lo envuelve y se guarda las virutas de tabaco en el puño. Sin decir ni una palabra ni mirar a la arpista, que sigue esperando delante de la puerta, vuelve a tomar asiento, dispuesto a proteger a toda costa el embarazo de su novia. Ahora que lo tiene tan cerca, Noga lo examina con más atención. Su piel mate es suave y aterciopelada, su espesa cabellera rizada es negra como el carbón, y el brillo nórdico de sus ojos azules sintetiza el globo terrestre en un solo país. A Noga le pesa el corazón. A juzgar por la precipitación con la que ha sido convocado el director artístico, entiende que va a ser muy difícil, imposible quizá, encontrar una sustituta en el último momento que pueda organizar en tan poco tiempo un viaje tan largo y complicado. ¿Es que después de tantos ensayos agotadores y estimulantes se va a ver obligado Debussy a ceder su sitio a algún polvoriento Schubert o a algún Beethoven trillado?, se pregunta mientras le sobreviene una punzada de desesperación.

Evoca ahora sus aventuras como figurante, y recuerda la imagen de una mujer en silla de ruedas que espera ante la puerta cerrada de una pieza transformada en habitación de hospital. A su lado también había un hombre extraño, un atractivo actor cuyo pecho desnudo se intuía bajo la bata blanca. Un médico imaginario, a quien en unos momentos ella tendría que sorprender en medio de una relación sexual prohibida y quien, por su propia iniciativa, la arrancó de su silla de ruedas, ya fuera por pena o por rabia, alzándola en sus brazos, depositándola en su cama de enferma, y tapándola entera, quizá para poder olvidar la vergüenza que él mismo se había causado.

Pero ahora no hay director que pueda indicarle qué hacer, y no tiene más remedio que dirigir, producir y escribir ella misma su propio guion: dar voz y movimiento a sus pensamientos para que su arpa pueda tocar una pieza musical cuya belleza ha cautivado su alma. Se arma de valor y se acerca al hombre del mono, que sigue sentado en el banco, con los ojos cerrados y la cabeza inclinada

hacia atrás.

—Disculpe, señor, ¿puedo hablar un momento con usted?

El hombre abre los ojos.

—Me gustaría decirle, si me lo permite, que, aunque respeto profundamente su preocupación, creo que está exagerando un poco. Le está usted complicando la vida no solo a Christine, sino a toda la orquesta.

El hombre se tensa, pero no la interrumpe.

—Hay millones de mujeres embarazadas —alza un poco la voz— que viajan, vuelan y se mueven por el mundo, y no les pasa nada.

—Hasta que pasa —le suelta como el que no quiere la cosa.

—Pero aun así, Christine no va a tener que escalar las montañas de Japón, ni siquiera bailar en una discoteca. En el avión va a poder descansar tranquilamente. El arpa la cargarán y descargarán otros, y lo único que ella tiene que hacer es poner los dedos en las cuerdas y tocar.

—Lo sé —le contesta—, pero aun así.

—Y, en general —insiste, preparándose para pronunciar lo mejor de su guion—, el útero de las mujeres es mucho más fuerte y resistente de lo que los hombres se imaginan, y los embarazos han sobrevivido a duras guerras, hambre y pobreza, e incluso a los campos de concentración.

Ahora sí que lo ha cabreado, pero sigue manteniendo la calma.

—Sí, yo también me entero de vez en cuando de lo que pasa en el mundo, pero Christine no tiene buena salud y ya no es tan joven, y no ha sido fácil para nosotros conseguir este embarazo.

A pesar del rechazo, ella sigue creyendo que el destino de *La mer* está en sus manos.

—También debe usted saber —contraataca, sentándose a su lado en el banco— que en nuestra orquesta hay mujeres que ya son madres y tienen mucha experiencia, y también una violinista y una oboísta que son abuelas y han visto desarrollarse y crecer a muchos bebés.

Con un gesto irónico saluda a las madres y abuelas, pero sigue sin ceder.

—Las respeto, pero ¿qué van a hacer ellas si Christine empieza a sangrar, o si para salvar el embarazo tiene que permanecer en la cama durante mucho tiempo en un país extraño y ajeno?

—¿Por qué extraño y ajeno? —La israelí se pone ahora a defender a Japón—. Quizá extraño en cuanto a cultura e idioma, pero aparte de eso, todo el mundo sabe lo moderno y racional que es todo allí, a veces mucho más que aquí, en Occidente.

—¿Ha estado allí?

—No, pero todo el mundo sabe que Japón es así. Además, Christine no estará sola, todos vamos a estar con ella y vamos a cuidar de ella.

Su paciencia se empieza a agotar.

—Bueno, pero también habrá visitas a templos, y vuelos a Hiroshima y otras ciudades. Christine es una mujer frágil y ya no es joven. Este embarazo es importante y valioso para nosotros, y no podemos correr riesgos.

Pero Noga no se rinde. Lleva tres meses sin dar un concierto y está desesperada por actuar frente al público.

—Disculpe, ¿puede decirme cómo se llama?

—Saharan.

—¿Puedo preguntarle de dónde es? ¿Dónde nació?

—En Irán, en…

—¿Teherán? —intenta ayudarlo.

—No, en un lugar del que nunca ha oído hablar.

—Entonces, por favor —le implora, y el guion fluye con naturalidad—, le pido por favor que confíe en mí. Yo me comprometo personalmente a acompañar a Christine en todo momento durante el viaje. Si ha visto el ensayo, habrá notado el diálogo que se produce entre las dos, porque somos dos arpistas que tienen no solo una relación profesional, sino también humana, y por eso me hago responsable de su bienestar.

—¿Y quién es usted, de todas maneras? —le espeta, tratando de entender el origen de su terquedad.

—¿Qué quiere decir con eso de que quién soy yo?

—¿Puedo hacerle yo también una pregunta?

—Por supuesto.

—¿A cuántos hijos ha dado a luz para hablar con tanta seguridad?

—¿Cuántos hijos? —Ella sonríe avergonzada y se levanta del banco—. ¿Y eso a qué viene ahora?

—¿Y por qué no? Después de todo, está pidiéndome que confíe

en usted.

Ella se estremece.

—No tengo ninguno todavía, pero…

Para su desconcierto, el hombre no muestra ningún signo de sorpresa, como si hubiese anticipado su respuesta, pero en lugar de ridiculizar su soberbia, la estudia con interés y le pregunta suavemente:

—¿Por qué? ¿No pudo?

—No. Pude, pero no quise…

A partir de ahora, él no va a soltarla, como si con la promesa de hacerse responsable del bienestar del embarazo de su pareja ella se hubiera entregado a sus manos, y delante vuelve a ver el mismo asombro que el «eterno figurante» mostró cuando se conocieron, aunque esta vez en un idioma extranjero:

—¿Cómo sabe que puede si no ha querido?

—Lo sé… Lo sé… —dice aferrándose a la escena que se desintegra en sus manos—. Si quiero, puedo tener un hijo.

—Por supuesto… y nosotros rezaremos por su salud —promete amablemente, en su nombre y en el de su compañera, que sigue peleándose con ambos jefes—. Pero mientras se le despierta el deseo de tener un hijo, respete el nuestro, porque nosotros necesitamos a nuestro hijo, y ninguna música tiene el derecho de ponerlo en peligro.

Y mientras habla, su puño cerrado se abre como con un resorte y las virutas de tabaco se dispersan como arena. Sin desear tener que arrodillarse ante ella para recogerlas, se levanta y las sacude a un lado con la punta del zapato, indicando que la conversación ha terminado. Se aleja por el pasillo, abre un ventanuco, enciende un nuevo cigarrillo y expulsa el humo hacia el mundo.

48.

La noche antes de su partida, la orquesta ofrece un concierto de despedida para la ciudad con entradas a precio simbólico. Esa mañana todavía no se había encontrado ninguna arpista que pudiera sustituir a Christine y que estuviera dispuesta a viajar al día siguiente a Japón para una gira. La dirección envía un mensaje urgente a Kioto solicitando un músico o una música que pueda interpretar el papel de arpa segunda en la obra de Debussy, pero hasta ahora no han obtenido respuesta alguna. La orquesta se vio obligada a organizar esa misma mañana un ensayo de urgencia de la *Gran sinfonía* de Schubert, una obra que habían tocado infinidad de veces, para que, en caso de necesidad, tapara el agujero abierto en el programa. Aunque el viaje de Noga y su arpa estaba asegurado, no estaba muy claro todavía si tendría la oportunidad de actuar. ¿Es que de nuevo, ahora en Japón, no iba a ser más que una figurante? Noga pide a Herman que saque de su cajón la partitura de la *Danse sacrée et danse profane* para arpa y orquesta de cuerda, con la esperanza de que, de este modo, pueda encontrar un medio de compensarla con una aparición pública.

La mañana del concierto, Noga pasa un rato meditando sobre su atuendo. Duda entre ponerse el vestido de seda negro, cuyos bordes casi tocan el suelo pero que deja al descubierto cuello, hombros y brazos, o si un ligero traje pantalón, negro y delicado, que se compró una vez en Israel y que acentúa la esbeltez y elasticidad de su cuerpo. Aunque tiende a inclinarse por el aristocrático vestido negro, más adecuado para un concierto formal al que asistirán invitados ilustres, le da la sensación de que sus hombros se ven demasiado voluminosos, comparados con los hombros de otras músicas más jóvenes, así que finalmente se decide por combinar ambas prendas: para disimular sus hombros y brazos, se pone la chaqueta del traje sobre el largo vestido de seda negra.

Pero ¿es el negro de los dos conjuntos exactamente el mismo? Noga es incapaz de juzgar por sí misma, así que acude a su casera, gran admiradora suya, para que estudie la combinación y le dé su veredicto. La dueña de la casa, a quien Noga ha invitado al concierto, se muestra inflexible. Aunque el negro holandés combina perfectamente con el negro israelí, Noga debe ponerse solamente el vestido largo y dejar sus hombros y brazos al descubierto. Sí, es verdad que ha engordado un poco durante las vacaciones en Israel, quizá debido a las jugosas frutas y las comidas copiosas, pero, por otra parte, su piel ha adquirido, gracias seguramente al sol del desierto, una tonalidad dorada que no es nada fácil de conseguir en Holanda. Por eso, ¿por qué iba ella a disimular la belleza de su grácil cuerpo en armonía con la majestuosidad del arpa?

Ese fue el argumento definitivo. Esa noche, Christine, de quien no podían prescindir durante el concierto de despedida a pesar de la indignación que ha despertado, apareció también vestida con un largo traje negro, aunque un poco más desgastado, y la aparición de las dos arpistas con sus elegantes vestidos largos atrajo mucho más interés hacia una obra que no era ni fácil ni accesible.

Durante el descanso, Noga se acerca al director para preguntarle si había llegado alguna respuesta de Japón. «Todavía no», contestó el maestro, pero, con humor optimista, prometió que todo el ejército japonés había sido desplegado para encontrar un sustituto. «No vamos a renunciar a *La mer* después de lo que hemos pulido todas y cada una de sus olas». De hecho, para su gran asombro, la obra de Debussy fue recibida con una calidez y entusiasmo sorprendentes en el concierto de despedida, a pesar de que el público no estaba compuesto por los amantes de la música habituales, sino por trabajadores municipales, sindicalistas, conductores de tranvía y obreros de las fábricas, además de escolares excitados y estudiantes alemanes venidos del otro lado de la frontera. Y puesto que el programa, distribuido gratuitamente a la entrada, explicaba por qué había sido *La mer* seleccionada para la gira por Japón, los holandeses se sintieron halagados por que una nación tan poderosa como Japón, cuyos avances tecnológicos eran conocidos en las cuatro esquinas del mundo, todavía necesitase inspirarse en un pequeño país de gente humilde para enfrentarse, artística y espiritualmente, a la crueldad de su mar.

Como sabía que el público que asistiría al concierto de despedida sería más bien popular, Dennis van Zwol pidió a los músicos tocar la sinfonía de Haydn a un ritmo especialmente animado. Sin embargo, con Debussy no se permitió ninguna concesión. Durante los largos y agotadores ensayos, la orquesta había logrado llegar a tal nivel de perfección que la más mínima desviación pondría en peligro la obra entera.

Liberada del tormento del viaje que la torturaba, Christine por fin estaba serena. Tampoco se molestaba ya en ocultar su embarazo y, bajo el largo vestido de lana que olía un poco a naftalina, el pequeño bulto que obligaría a los belgas a conceder la ciudadanía europea a su pareja era claramente visible.

El diálogo entre las dos arpas fue ejecutado rica y rigurosamente durante la segunda parte del concierto. A veces, la primera cantaba su melodía y la segunda le respondía, y otras hablaban al unísono, hasta que la segunda se quedaba en silencio de nuevo y la primera comenzaba a pulsar los trinos de una nueva frase. Los virtuosos *glissandi* de las dos arpistas evocaron en la música la espuma de las olas que se acercan y se retiran. El director estaba completamente centrado en ellas, y las arpistas sentían su presencia constante. Como las dos arpas habían sido situadas en una plataforma algo elevada por encima del resto de los instrumentos, los ojos de los espectadores no se apartaban de ellas ni siquiera cuando descansaban, como si todo el mundo estuviera esperando el momento en que las dos mujeres, con una sincronización perfecta, se inclinasen sobre sus doradas arpas, atrayéndolas hacia su pecho y dejando correr sus dedos sobre las cuerdas.

Al terminar la pieza de Debussy, los aplausos resonaron largo tiempo, despidiendo así a la orquesta, que partía al día siguiente para un viaje tan importante. Entre bastidores, una multitud parlanchina de amigos y familiares despidieron también a los músicos. Christine, hecha un mar de lágrimas, se despidió de Noga. Deseaba con todas sus fuerzas viajar con la orquesta a Japón, en lugar de regresar esa misma noche a su pequeño apartamento de Amberes sabiendo que quizá hasta el nacimiento de su hijo, o incluso después, no podría volver a tocar en público. Además de que era razonable suponer que nunca más sería invitada a una orquesta a la que había causado tantos problemas. El futuro padre

se presentó en el concierto sin su mono de trabajo, vestido con traje y corbata, y le contó a Noga su original interpretación de la lucha musical entre el viento y las olas, extraída seguramente de su experiencia como trabajador portuario.

Le dedicó a Noga una mirada amable y hasta se atrevió a abrazarla con cautela a la hora de la despedida, tocando con precaución la fría piel de sus hombros desnudos. Puesto que Noga se dio cuenta de que él no le guardaba ningún rencor, le entraron ganas de lavar su imagen explicándole la obsesión de su padre, que tenía la impresión de que su hija moriría en el parto. Pero ¿era ese hombre la persona adecuada para escuchar una excusa tan extraña como esa?

49.

Después del concierto, cuando Noga llega a su apartamento, empieza a temer que, al día siguiente, con el agobio de los preparativos para un viaje tan largo, no le dé tiempo a despedirse como es debido de su madre. Ya es muy tarde en Israel, pero Noga sabe que a su solitaria madre le va incluso a alegrar despertarse y escuchar su voz. Pero el teléfono suena y suena en Jerusalén sin que nadie responda, haciendo crecer en Noga una nueva inquietud. Después de todo, ¿no habría sido una mala idea descartar la residencia con tanta prisa? Telefonea a su hermano, que debe llevar ya tiempo durmiendo, pero es Saray, su cuñada, que se dedica por las noches a pulir sus estrambóticas pinturas, quien coge el teléfono.

—No te preocupes, tu madre no ha desaparecido, está aquí, durmiendo en la habitación de los niños. Llegó antes de ayer diciendo que echaba de menos a los nietos, pero yo creo que en realidad está preocupada.

—¿Preocupada por quién o por qué?

—No lo sé muy bien, a lo mejor por ella misma, o por ti.

—¿Por mí? ¿Por qué?

—Vete tú a saber, a lo mejor por tu viaje, voy a despertarla, se alegrará de hablar contigo, y quizá tú mejor que nadie eres capaz de entender lo que le ronda por la cabeza.

—No, no, no la despiertes —le pide Noga, intranquila—, solo quería decirle adiós, pero si mañana por la mañana sigue allí…

—Sí, estará aquí seguro. No parece tener ninguna prisa por volver a Jerusalén.

—Entonces, la llamaré mañana antes de irme a Japón.

—Japón… Japón… —suspira su cuñada—. Es increíble la libertad que tienes, me das mucha envidia.

—No exageres, no es libertad, es una manera de hacer más música, de la que no me canso nunca.

—Pero por lo menos tienes una orquesta para ayudarte a satisfacer tu ansia; yo estoy sola, luchando conmigo misma por las noches, sin nada con que saciar mi ambición artística.

—Pero tienes a tus hijos, que te hacen feliz.

—No siempre me hacen feliz y, de todas maneras, cuando lo hacen, tampoco sirven para tranquilizarme.

Noga se siente mal porque su trabajo como figurante no le dejara más tiempo para estar con su cuñada.

—Escucha, ¿por qué no te vienes unos días de vacaciones aquí cuando yo vuelva de Japón? Tú sola, y que Honi y mamá cuiden de los niños.

—Te lo agradezco mucho. Pero mientras tu madre no se quite totalmente de la cabeza la idea de Jerusalén, no puede servirnos de mucha ayuda.

A Noga le resulta difícil conciliar el sueño. A falta de una cama extra con la que seducir un descanso que se le escapa, se toma una pastilla para dormir con la esperanza de despertarse renovada y lista para viajar a un país lejano donde todavía no sabe siquiera si podrá actuar o no.

Bajo la influencia del somnífero, Noga se sumerge en un pesado sueño, de cuyas profundidades emerge esta vez su padre, que desde su fallecimiento nunca había aparecido en ninguno de sus sueños. Pero ahí está, tumbado como si nada en la cama eléctrica, sin darse cuenta de que fue construida después de su muerte. ¿Será este el mismo apartamento de su infancia, de cuya protección había sido ella responsable no hacía tanto? Las olas del sueño surcan entre los muebles y utensilios familiares, se detienen sobre el armatoste de la televisión, que conquistó los corazones de los niños. Sin embargo, el piso ha sufrido una gran transformación: la sala de estar se ha expandido y su dormitorio infantil se ha empequeñecido, y un grueso árbol, que nunca ha visto, deja caer sus ramas a través de una ventana que nunca existió.

Pálido y silencioso, el padre pasa perezosamente las páginas de un periódico, aunque parece que la muerte le imposibilita leerlo. Aun así, no parece estar abatido o sufriendo, como si la muerte hubiera sido una operación complicada de la que hubiera salido con éxito y ahora se sintiera aliviado porque ya no va a tener que morirse otra vez. ¿Sería apropiado, se pregunta la soñadora,

aprovechar su breve resurrección para despedirse también de él antes del viaje? Se dirige a la cocina para preguntarle a su madre si despedirse de un muerto viviente podría causarle algún dolor añadido, pero la cocina ha desaparecido en algún lugar al fondo de la casa y a cambio hay un cuarto de baño estrecho y oscuro con la ventana asegurada con un cerrojo. Sumergida en una espuma rojiza, una mujer pálida aparece recostada en una bañera con los ojos cerrados, y mientras que en su sueño Noga intenta evadirse de la derrota de no haber sido capaz de encontrar a su madre, la mujer, una completa desconocida, abre los ojos de par en par. Es una muchacha joven, pero le da la sensación de que ella es la verdadera dueña del piso.

Temprano por la mañana, su madre la telefonea, disculpándose por llamar a esa hora intempestiva.

—Como me estuviste buscando anoche, he querido llamarte lo más pronto posible, antes de que desaparezcas en el otro lado del mundo.

—Has hecho bien, ya era hora de levantarse. ¿Qué te ha pasado? Apenas han pasado unos días desde que te decidiste por Jerusalén y ya estás de vuelta en Tel Aviv. ¿Es que te arrepientes de no haber aguantado un poco más en la residencia?

—Lamentarse también es parte de la vida —responde la madre, evasiva—, pero no te preocupes, hija mía, que no te vamos a volver a reclutar para ningún experimento nuevo.

Noga le cuenta a su madre todos los detalles del viaje con la orquesta a Japón. Le deletrea letra por letra los nombres de las ciudades que va a visitar y, solo en caso de emergencia por lo caro que es, le explica cómo llamarla a su móvil, mencionando por supuesto la diferencia horaria, pero no le habla de la deserción de la arpista segunda en el último momento ni de la posibilidad de que todo el viaje sea en vano.

—Muy bien —dice la madre—, así podré hacerte un seguimiento en todo momento.

Entonces la hija le pregunta cuántos años tenía cuando se mudaron del piso en el que nació al piso en el que creció.

—¿Que cuántos años tenías? ¿Por qué quieres saberlo ahora?

—Porque sí.

—Ya me conoces, porque sí no es una razón.

—Digamos entonces que por un sueño.

—¿Tienes el placer de soñar antes de un viaje como este?

—Este sueño no pidió permiso.

—Es que no puedo darte una respuesta exacta porque ni siquiera estoy segura de los años que tengo yo.

—¿Que no estás segura? ¡Mamá!

—Ya sé que es raro, por eso quiero asegurarme de que, hoy, tú tienes cuarenta y tres.

—¿Por qué tres? ¿De dónde has sacado el tres? Aún dos, y todavía me quedan dos meses.

—¿Apenas dos? ¿Cómo te consideras entonces una mujer perdida?

—¿Perdida? ¿A qué te refieres con perdida?

—A nada, perdona. Ya te dije que la historia de Urías está reconcomiéndome por dentro. Pero no voy a decir nada más. Así que cuarenta y dos. Pues haciendo un cálculo rápido, cuando nos mudamos de la calle Ovadia en Kerem Avraham a la calle Rashi en Mekor Baruch, vamos, de donde naciste a donde creciste, debías de tener unos cinco años, no más. Cuando nos mudamos yo ya estaba embarazada de Honi, que nació en el nuevo apartamento, y que por cierto no era nuevo y nunca lo será. Pero ¿por qué te ha dado ahora por excavar en el pasado? ¿De qué iba el sueño?

—Papá y tú siempre os negasteis a enseñarme el piso en el que nací, y eso que siempre decías que era muy bonito y especial, con unas vistas espectaculares.

—Sí, tenía una vista preciosa y además desde más de una ventana. Pero estoy segura de que con tantos nacimientos y con tanta nueva construcción en la zona, la vista ha desaparecido. Sí, era un apartamento muy agradable, en un barrio que ha cambiado mucho desde entonces y que se está convirtiendo también en ortodoxo, pero vamos, igual que aquí… Bueno, ¿te vale como respuesta?

—Pues la verdad es que no, porque si era un piso tan agradable, ¿por qué os fuisteis?

—¿Por qué, por qué? ¿Todos estos porqués solo por un sueño?

—¿Por qué no?

—Está bien, nos fuimos porque tu padre insistió en que nos fuéramos.

—¿Por qué?

—¿Otra vez? ¿Qué había en el sueño que te ha afectado tanto?

—Aparecía papá. Es la primera vez desde que se murió.

—Ah… Papá… Ya era hora. En mis sueños esta semana nada más se me ha aparecido tres veces.

—¿Y ha dicho algo?

—Nada. Solo puede decir algo cuando nos inventamos algo para que lo diga. Mientras tanto, no es más que un figurante, un figurante de sueño.

—¿Un figurante de sueño? Qué definición más bonita.

—¿Lo ves? A mí también me da la inspiración de vez en cuando.

—Eso por descontado; yo creo que hasta demasiado. Pero, a ver, ¿por qué os fuisteis del encantador pisito?

—Estás empecinada en saberlo…

—Porque tú estás dándome largas.

—Como quieras. La casera, una joven que vivía en la misma planta que nosotros, murió de repente, y su marido se volvió a casar enseguida para que cuidara del bebé.

—¿Había un bebé?

—Te lo he dicho, la madre murió en el parto.

—Eso no me lo has dicho.

—Perdona.

—¿Y a papá qué más le daba si el dueño de la casa se había buscado otra mujer que le cuidara al huérfano?

—Pregúntale a él cuando se te aparezca de nuevo.

—Sigues esquivándome y ocultándome algo.

—Porque fue hace mucho tiempo. Es complicado. Si me pongo a darte detalles vas a perder el vuelo.

—No te preocupes por mi vuelo; me parece que he visto en mi sueño a la muchacha joven esa, la muerta.

—No viste nada. Tenías cinco años, o cinco años y medio.

—Entonces, ¡fue por ella por quien papá empezó a imaginarse cosas raras!

—Podría ser. Ya sabes cómo era. Su humor, sus chistes, sus bromas cotidianas le salían espontáneamente, sin esfuerzo alguno, menos cuando algo malo pasaba a su alrededor. Entonces le entraba una angustia terrible y se envenenaba con su propia imaginación. Yo estaba también embarazada cuando la casera murió y él insistió

en que dejáramos aquel piso y nos mudáramos a otro lugar.

50.

El avión fletado por los japoneses parecía un poco anticuado, pero estaba limpio y reluciente. La mayoría de los instrumentos habían sido almacenados en el vientre del aparato junto con el equipaje de los músicos, a excepción de flautas, clarinetes y oboes, que no ocupaban mucho espacio en los compartimentos de cabina. Algunos violinistas, que consideran sus instrumentos especialmente valiosos, obtuvieron un permiso especial para no perderlos de vista durante el vuelo. Había solo doce asientos en primera clase, que estaban reservados para el director y su esposa, Herman Kroon, el vicealcalde y su esposa, el agregado cultural japonés, a quien se le había ocurrido la idea del viaje, y el joven compositor Van den Broek. El resto de los asientos fue asignado a los músicos más antiguos, la mayoría de ellos no tan jóvenes. Noga estaba sentada, por supuesto, en clase turista, junto a una contrabajista, Femke Visser, una madura holandesa regordeta que también resultó ser abuela.

Justo después de despegar, a las tres de la tarde, uno de los pilotos salió de la cabina y, con la ayuda de una tableta electrónica, mostró a los pasajeros de ambas clases el itinerario del vuelo, que se dirigiría primero hacia el norte, y no hacia el este, ya que, debido a la curvatura de la Tierra, era posible acortar el vuelo pasando por el Polo Norte. Por eso, como estaban a finales del verano, el sol los acompañaría la mayor parte del vuelo, y no verían la luna o las estrellas hasta una o dos horas antes de aterrizar en Japón.

A muchos de los músicos, sobrevolar el Polo Norte en un avión tan cochambroso les parecía una empresa bastante audaz, si no directamente arrogante, y se empezaron a oír macabras bromas sobre lo bien que le iba a venir al Ayuntamiento de Arnhem si el avión se estampaba contra un iceberg gigante. Se iban a alegrar un montón por el dineral que se ahorrarían y, además, seguro que

renunciaban desde el principio a que se buscaran cadáveres o instrumentos. A algunos músicos, el humor negro lo único que hizo fue meterles más miedo a volar, y varias voces comenzaron a pedir que hicieran el favor de dejarse de detalles morbosos y que se callaran de una vez. Todos estaban agotados tras el concierto de despedida, y puesto que el sol se había detenido en los cielos y no iba a desaparecer, más valía que bajaran las persianas de las ventanillas, no sin antes advertir explícitamente a los instrumentistas de viento más jóvenes que no se les fuera a ocurrir ponerse a tocar sus instrumentos hasta que no hubieran aterrizado de nuevo.

Embutida en su asiento al lado de una ventanilla ovalada cuya persiana sigue subida, la arpista israelí deja perder la mirada entre los enormes glaciares blancos, mientras sigue rumiando el sueño interrumpido. La próxima vez, ¿será capaz su imaginación de romper el silencio de su padre, el figurante de sueño? Y ahora que el sueño ha sido interpretado, ¿podrá volver a visitarla? Noga sonríe tristemente a la abuela sentada a su lado, una música corpulenta y robusta en cuyas manos el contrabajo parece un violín un poco crecido plantado entre sus piernas. La holandesa le devuelve la sonrisa y, sin necesidad de preguntarle nada, percibe la preocupación de su vecina. Por su experiencia en la orquesta, que es mucha, está totalmente segura de que encontrarán a una suplente en Japón que pueda interpretar el papel de arpista segunda.

—Nadie de la orquesta —añade— está dispuesto a renunciar a Debussy, sobre todo después de unos ensayos tan intensos, y menos por un Schubert más que visto o un Beethoven más que trillado.

Mientras tanto, la inmensidad y la blancura del océano Ártico se van extendiendo ante ellos, y las palabras de consuelo de la anciana le son de más ayuda a la hora de calmar su inquietud que las promesas de los directores. Noga le pregunta si quiere que suba la persiana para poder ver el sol de medianoche. «Nunca me ha molestado la luz —responde la abuela—, cuando mis nietos están leyendo o jugando por las noches al lado de mi cama, yo duermo como una bendita». Agradecida por el consuelo que le ha proporcionado, la israelí le pregunta por la edad y el número de nietos. «Por ahora solo siete», responde Femke Visser, y Noga está hasta dispuesta a echarle un vistazo a las fotos de cualquiera de los

nietos, pero la abuela no suele sentir la urgencia de acarrear con fotos de sus nietos a lugares tan lejanos, porque los lleva grabados en el corazón, pero sí que puede, para amenizar el viaje y solo si la arpista quiere, contarle algunas anécdotas graciosas.

Invadida por la seguridad y la calidez que irradia la abuela, Noga apoya la cabeza en la ventanilla bañada en oro y se sumerge en un agradable sueño hasta que alguien le da unos golpecitos en el brazo. El flautista primero, su viejo amante ocasional, que va sentado en primera clase, quiere presentársela a la esposa del maestro, que desea darle las gracias por algo.

—¿Darme las gracias por qué?

—Por el látigo que le trajiste.

—¿A ella? ¿Por qué a ella?

—Lo que le traes a su marido también le pertenece a ella.

En la mayoría de los asientos de clase turista puede verse ya la bandeja con la cena, una fusión de cocina japonesa y occidental.

—Espera —protesta Noga ante Manfred, que intenta sacarla de su asiento—, tengo hambre.

—Ah, no te preocupes por eso, allí también están sirviendo una comida estupenda —dice, y la guía pasillo adelante, alzando la cortina e introduciéndola en primera clase, donde la recibe una nube de alcohol.

El director, que ya va borracho y en pantalones cortos y calcetines, la saluda jovialmente y se la presenta a su esposa, una americana agradable y ruidosa, que también está ya un poco ebria y que abraza con fuerza a la arpista. Resulta que más que el látigo en sí, la esposa del maestro está absolutamente enamorada de la idea del látigo. Porque, dice, regalarle un látigo a un director de orquesta es mucho más que una brillante broma, es una misión. Por eso ella misma tiene la intención de mostrarle el látigo a los directores conservadores, que tienen miedo, como su marido, de dirigir obras experimentales posmodernas. Blandir un látigo, y no una batuta, puede aguijonear el espíritu de los indecisos, tanto de directores como de músicos. Señala al joven compositor, Van den Broek, que, completamente enrollado en su manta, está acurrucado en uno de los asientos con pinta de cadáver que acaba de ser evacuado de un campo de batalla, y le dice a Noga:

—Mira, por ejemplo este joven tan talentoso que ha traído al

mundo unos arabescos melancólicos tan originales. Pues resulta que aquí todo el mundo, mi marido el primero, está tramando cómo recortarle algo de sus escasos ocho minutos.

Entretenidos con sus comentarios, Dennis y Herman no intentan siquiera justificarse, y entretanto Manfred le ha servido a su amiga una copa de vino, y desocupa su asiento para que ella pueda sentarse y probar las delicias de primera clase. La arpista aprecia haber sido incluida en el círculo íntimo, pero se resiste a probar la comida y, todavía en el pasillo, se vuelve hacia el director para implorarle una vez más sobre la causa de su arpa. ¿De verdad que va a ser posible localizar a otro arpista, sin el cual Japón no podrá apreciar el genio de Debussy?

—Pero ¿por qué se preocupa tanto la querida Venus? Si no tocamos a Debussy en Japón, ya lo tocaremos cuando volvamos a Europa.

—Es verdad, maestro —dice ella, con una voz temblorosa en la que es posible detectar un leve gemido—. Ya sé que la tocaremos en Europa a la vuelta, pero para mí es muy importante tocar esta obra en un país lejano, para un pueblo extraño y una cultura tan antigua. Recuerde, además, maestro, que me he pasado tres meses en Israel sin tocar ni una cuerda, y cuando volví me disteis una gran alegría al comunicarme la obra que habíais elegido para los japoneses, pero puede que también un poco para mí. Porque todo el mundo sabe que *La mer* no es solo mar, sino también madre, y estoy segura de que un compositor tan simbólico como Debussy era consciente de ello y de que lo eligió intencionadamente. Por eso esta obra me va a conectar a mí también con mi madre, que decidió quedarse sola en Jerusalén, una ciudad muy complicada y que no va a dejar de complicarse la existencia nunca…

Lágrimas inesperadas inundan los ojos de la arpista. La esposa del director le ofrece una servilleta de papel y se toma la libertad de hablar en nombre de su marido.

—No te preocupes, ya verás como encontramos un sustituto, aunque tendrá que ser un buen músico, porque solo hay un ensayo programado antes del concierto.

El maestro, con una sonrisa amorosa, confirma las palabras de su esposa.

Entonces, y sin importarle la presencia de sus colegas, Manfred

aferra cariñosamente a su amiga por la cintura, y ella sabe que sus lágrimas despiertan en él tanto su compasión como su deseo. La insta de nuevo a sentarse en su asiento y comerse su cena, pero ella se niega, tiene su propio asiento.

Mientras tanto, la voz del capitán se escucha a través de los altavoces, anunciando que en ese mismo instante el avión está pasando por encima del Polo Norte, e invitando a los pasajeros a echar un vistazo fuera para guardar un bonito recuerdo.

Pero ¿qué recordar y cómo?

Porque en septiembre el Polo Norte ya no está iluminado por un sol henchido y reluciente, sino por un astro nebuloso y débil atrapado en el horizonte, que ni sube ni se pone. Por eso las tierras heladas y desérticas de los confines de la tierra están siempre envueltas en una bruma oscura que ensombrece la vista. Los ojos de los pasajeros acechan en busca de un edificio, una bandera o un simple poste que grabar en sus retinas. En un extraño silencio, los pasajeros se alejan de las ventanas intentando entender qué tiene de especial el fin del mundo.

Manfred cede a Noga su asiento junto a la ventanilla para que pueda ver mejor la coronilla del mundo. Pero en lugar de mirar hacia la tierra, los ojos de Noga se dirigen hacia el sol posado en el horizonte como una brillante naranja en descomposición. ¿Estaría cerca el planeta Venus? Su padre le decía que era mejor buscarlo al amanecer o en la puesta del sol, pero aquí, ¿quién puede saber cuándo está amaneciendo y cuándo anocheciendo? A lo mejor los pilotos pueden explicárselo.

—A lo mejor ese planeta… Venus… Está ahí afuera —susurra Noga a oídos del flautista, que permanece de pie a su espalda masajeándole suavemente los hombros.

—Pero ¿dónde? ¿Dónde hay que buscar? —Manfred no sabe dónde mirar. De repente, se vuelve hacia la azafata y le pide permiso para entrar en la cabina; quizá desde allí, mirando de frente, sea posible localizar Venus. Para su sorpresa, la azafata vuelve informándolos de que tienen autorización para entrar. Como si anduvieran sobre cristales, se abren paso hacia la cabina sumida en la penumbra, acunada por las luces del crepúsculo polar, y son recibidos por una miríada de diales y palancas, y la sonrisa diagonal de cientos de brillantes lucecitas verdes.

Acostumbrados a este tipo de solicitudes, los dos pilotos que transportan a la orquesta europea hacia el Lejano Oriente hacen giran el radar fosforescente para localizar el planeta deseado y señalan a los músicos un disco solitario que brilla en el horizonte, leal al sol, que sigue empecinado en permanecer aquí fijo las veinticuatro horas del día.

—Venus —pronuncian el dulce nombre de la antigua diosa los dos jóvenes pilotos—. El planeta que, una vez que el sol abandone el Polo Norte para que la larga noche se extienda, se desvanecerá con él.

51.

El aeropuerto de Osaka había sido cerrado momentáneamente debido a un ligero terremoto que había sacudido la ciudad mientras la orquesta volaba desde Europa. Por eso, a su llegada a Japón, el avión que los transporta se ve obligado a volar en círculos durante una hora hasta que recibe permiso para aterrizar.

La noche que oscureció el mundo justo después de pasar el Polo Norte no duró mucho tiempo, y un momento antes de aterrizar en Osaka el sol volvió a brillar con fuerza. Tras pasar el control de pasaportes, solicitan a los músicos de instrumentos pesados que vayan a identificarlos y comprobar que han llegado bien. Un grupo de músicos es conducido hacia un enorme hangar, que a Noga le recuerda al espacio del hospital imaginario del puerto de Ashdod. Los músicos se abalanzan sobre sus instrumentos, haciendo unos resonar los timbales, rasgueando o pulsando cuerdas otros. Noga encuentra su arpa y sus rápidos dedos ejecutan, alegres, varios *glissandi* seguidos, para deleite de los porteadores, que se agrupan a su alrededor y le dan las gracias con amistosas reverencias.

Los músicos de la orquesta fueron transportados en tres autobuses a Kioto, la ciudad de los templos, donde ya les habían preparado sus habitaciones en la hermosa casa de huéspedes de la Universidad de Doshisha. Cada habitación debía acoger a dos de ellos, y como Noga no quería hacer pública su relación con Manfred, sugiere rápidamente a su compañera de asiento, Femke Visser, la regordeta abuela contrabajista, compartir habitación. Tras una ligera vacilación, la abuela accede, pero con franqueza holandesa le advierte a la israelí que es propensa a roncar.

—No pasa nada —le responde Noga—, mis padres, que durmieron toda la vida en una estrecha cama de matrimonio, me enseñaron que si a alguien le molestan los ronquidos es porque no le gusta la persona que ronca, y tú a mí me encantas.

Los anfitriones decidieron impresionar a sus huéspedes de inmediato con una visita al Templo del Pabellón de Oro en la orilla del Lago Espejo. A pesar del cansancio tras un vuelto tan largo, y de su paso por el Polo, que les ha trastornado el día y la noche, la mayoría de los músicos aceptan la oferta y, un mediodía resplandeciente, salen todos de excursión acompañados por varios guías japoneses que hablan holandés. Los guías dividen a los miembros de la orquesta en cinco grupos pequeños para que todo el mundo pueda preguntar lo que quiera sin que nadie se impaciente.

Comenzaron conduciendo a la orquesta a un mirador algo alejado del Templo de Oro, para que la primera impresión fuera aún más maravillosa si cabe, al poder admirar el reflejo sagrado en las tranquilas aguas del lago que descansa a sus pies. La vista era espectacular e íntima a la vez. Aislado al borde del lago, el armonioso templo de tres alturas, cuyos refulgentes muros y tejados protegían las amplias galerías que rodeaban completamente cada planta, refleja la calidez humana de una villa privada dedicada al placer y convertida hace tiempo en santuario. Aunque múltiples fotografías han popularizado el templo, les sorprende ahora su presencia viva y orgánica en medio de una espesa y verde arboleda, que integra en su interior un jardín botánico. Por eso, les explica la guía del grupo de Noga, su nombre oficial es «Templo del jardín de los ciervos». Fue construido en el siglo XIV y desde entonces ha sido incendiado varias veces, no solo en el transcurso de guerras civiles antiguas, sino también a mediados del siglo XX por un monje que perdió la cabeza.

—¿Incendiado varias veces? —Los músicos se asombran del destino de aquel templo que en ese momento aparece tan sereno y apacible, como si allí no hubiera ocurrido nada desde el día en que se fundó.

La guía del grupo es una japonesa bajita y con gafas que habla holandés con acento y a Noga le resulta difícil de comprender. Sin embargo, la arpista se siente atraída por ella, pues parece saber de lo que habla, y a diferencia de la mayoría de los guías turísticos, que recitan mecánicamente nombres y fechas, intenta ir más allá, comparando Japón con otros países.

Para entender mejor su holandés, al que su oído no está acostumbrado y que tampoco es la lengua materna de la guía, Noga

se va acercando cada vez más a esa mujer menuda, que parece una colegiala que se ha saltado varios cursos de golpe. En un momento de tranquilidad, cuando el grupo comienza a rodear el lago para llegar al templo, Noga le hace a la guía una pregunta que se le ha ocurrido al ver el edificio: ¿cuál es, en realidad, la religión de los japoneses?

—¿La religión? —La guía sonríe y hace una pausa para examinar mejor la cuestión—. Mi respuesta le va a sorprender. Según una encuesta reciente hecha en Japón, el setenta y cinco por ciento de los japoneses dice no tener una religión, y hasta mediados del siglo XIX ni siquiera existía en japonés una palabra para el concepto de religión.

—¿El setenta y cinco por ciento? —La israelí queda aturdida—. ¿Tantos?

—Sí, porque cuando una persona japonesa se define a sí misma como religiosa, lo que significa es que es miembro de una secta religiosa, que también puede ser una secta cristiana. Así que, si el setenta y cinco por ciento se definen como no religiosos, eso significa sobre todo que no son miembros de ninguna secta religiosa. Pero aun así, el ochenta y cinco por ciento se identifican como budistas.

—¡El ochenta y cinco por ciento budista!

—Y el noventa y cinco por ciento cree en el sintoísmo.

—¿Y eso cómo puede ser? —protesta Noga—. ¡Si son religiones diferentes!

—Por supuesto que son diferentes. Las ceremonias sintoístas conectan a los seres humanos con las divinidades más antiguas y simples, los tempestuosos espíritus *kami*, que deben ser apaciguados sobe todo cuando nace un niño o se celebra una boda; mientras que el budismo, que es una doctrina universal y no exclusivamente japonesa, también está conectado con la muerte, a la que se le llama *budha*.

Un temblor misterioso sacude a la arpista:

—¿La muerte se llama *budha*?

—Sí, por eso los rituales de la muerte se celebran en el espíritu de Buda.

—¿Eso qué quiere decir?

—Quiere decir que un japonés puede observar y celebrar en la

misma casa, y a menudo también en el mismo templo, las ceremonias y rituales de ambas religiones, y si lo desea, añadir una tercera religión, sin que ello sea percibido como un defecto o una contradicción. Somos politeístas —subraya la pequeña guía—, tenemos creencias diversas, y por eso aquí en Japón no se le pregunta a nadie por su religión, es un asunto totalmente personal. Desde la segunda guerra mundial, los vencedores nos obligaron a separar del todo la religión del Estado, así que todo fanatismo religioso fue erradicado de golpe. Los japoneses son leales únicamente a su emperador; eso les basta.

—¿Para ti también es así? —pregunta Noga.

Una sonrisa enigmática atraviesa los labios de la guía.

—Para mí también —responde en voz baja—, por qué no.

Y Noga se muestra de acuerdo.

—Si es suficiente, está bien.

El resto de los músicos del grupo hace tiempo que han dejado atrás a las dos mujeres. El aire es dulce y la luz suave, y el silencio reinante magnifica la dignidad del santuario. Otro grupo de turistas, que no tiene nada que ver con la orquesta, camina ahora en silencio cerca de ellas. Las dos marchan juntas, y Noga se pregunta sobre la edad de la guía, que parece inteligente e inescrutable.

—Yo no soy holandesa, sino israelí —dice Noga, que se siente obligada a aclararlo—. Así que lo que me has contado sobre el caos religioso en Japón me ha encantado.

—No es un caos —replica la guía, ligeramente molesta—, es tolerancia… Es libertad.

—Por supuesto, tolerancia, libertad. —Noga se apresura a corregirse a sí misma, pero añade con una sonrisa taimada—: Excepto con respecto al emperador.

La guía sacude la cabeza con una sombra de irritación, pero no responde.

—Porque de donde yo vengo —insiste Noga, cambiando de repente al inglés—, es decir, en Israel, solo hay una religión, pero todo el mundo la interpreta como quiere.

La guía sonríe amablemente, dejando claro que está deseando librarse de Noga. Pero, por alguna razón, Noga siente la necesidad de seguir contándole cosas de sí misma.

—Soy arpista —dice—, pero, como no encontraba trabajo en

Israel en ninguna orquesta, acabé tocando con esta.

Se acercan a la explanada que hay delante del templo, donde ya se han reunido todos los grupos, que no pueden acceder al interior del pabellón, puesto que la entrada está prohibida para los turistas y visitantes, y solo se abre para unos pocos elegidos. En una pequeña colina cercana, Noga descubre a los directores de la orquesta con sus acompañantes locales, y le da la sensación de que están esperándola precisamente a ella. En efecto, con un gesto enérgico, el maestro la invita a que se acerque, y su rostro radiante promete buenas noticias.

Junto a ellos, algo escondido, se encuentra un abuelito japonés bajito, cuyo cabello cano está recogido en una trenza, vestido con una larga túnica gris y unos zuecos de madera. Decorando su espalda lleva atado un saquito azul, semejante a los *obi* tradicionales de las mujeres japonesas.

—Bueno —dice Dennis van Zwol señalando al anciano japonés, que se inclina profundamente ante la arpista—, te dijimos que no te preocuparas y teníamos razón; mañana en el concierto tendrás como compañero a un músico cuya reputación le precede. Un arpista del más alto nivel, que encima sirvió como soldado en la primera guerra mundial, y desde entonces ha sido arpista de la Orquesta Sinfónica de Kioto, y es además profesor en el conservatorio de esa ciudad. Hace unos pocos años se volvió a mudar a la zona en la que nació para estar más cerca de su familia. Es un área que quedó bastante perjudicada por el último tsunami de…

El director se vuelve hacia el agregado cultural en busca de ayuda con el nombre.

—Fukushima —aclara el agregado.

Y cuando el anciano escucha el nombre, se inclina ante el director.

—Eso —continúa el director—, Fukushima. Y ahí es donde lo han encontrado. Solo habla japonés, pero ni tú ni yo vamos a tener ningún problema con él, ya que ha tocado *La mer* de Debussy varias veces como primer arpista, y no me cabe la menor duda de que se la sabe de memoria.

El viejito se inclina de nuevo al escuchar el nombre del compositor francés.

—Entonces ¿él va a interpretar al arpa primera? —pregunta con ansiedad Noga, los ojos fijos en el anciano, que de vez en cuando inclina la cabeza.

—No, no, tú eres la primera arpista y él es el segundo. No ha venido aquí en busca de la fama, solo para ayudarnos. Ha venido desde muy lejos, dos días de viaje, y como ves es un hombre muy sencillo y modesto, y además adorable…

Todo el mundo sonríe ante la palabra adorable, y el agregado cultural traduce el adjetivo al anciano, que estalla en una carcajada con la boca casi desdentada y vuelve a estrecharle la mano al director y a distribuir reverencias a su alrededor a todo el grupo.

—¿Cómo se llama? —pregunta Noga—. Por lo menos que sepa su nombre.

—Ichiro Matsudaira —responde el agregado, y el anciano vuelve a hacer reverencias al oír su nombre.

A ver si va a ponerse a hacer reverencias en medio del concierto, piensa Noga, preguntándose si debe estrecharle la mano o no, pero se lo piensa mejor y en su lugar se inclina profundamente, informándole de su nombre:

—Noga, que significa Venus.

Y el viejecito susurra reverentemente «Venus» y se inclina de nuevo.

Cuando termina de inclinarse, un monje sale del templo y accede a dejar entrar solo al director y al arpista japonés. El resto del grupo se dirige hacia el jardín.

52.

Mientras se prepara para la noche en la habitación que comparte con su vecina de viaje, la sobresalta el timbre de su teléfono móvil. Su hermano, Honi, con una voz tan clara y nítida que parece que está en la habitación de al lado, desea saber si el vuelo ha ido bien.

—¿Eres tú quién está preocupado o ha sido mamá quien te han contagiado su ansiedad?

—A mí no me preocupa alguien que sabe cómo cuidar de sí misma, pero mamá está aquí a mi lado, y echa de menos el sonido de tu voz.

—¿Mamá sigue con vosotros en Tel Aviv? —pregunta, anonadada—. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Eso pregúntaselo a ella, pero dudo mucho de que vayas a conseguir una respuesta lógica. De todas maneras, antes de que te pase con ella, resúmeme, ¿cómo fue el vuelo a Japón?

—Sobrevolamos el Polo Norte.

—¿Y qué pasa allí?

—El sol. Nunca se pone.

—¿Y Japón?

—Agradable y extraño, pero acabamos de llegar.

—Bueno, cuídate… Te paso con mamá…

La voz de la madre, suave y vacilante, parece haber cambiado.

—¿Ha pasado o pasa algo en Jerusalén que te cuesta tanto volver? —pregunta la hija, que no se anda con rodeos.

—Sí… Bueno, no… Nada especial… Y si hay algo, todavía no lo tengo claro… Pero no te preocupes, que ya me he dado cuenta yo sola de que aquí soy una carga y que tengo que irme, eso ya lo tengo clarito y no necesito que me lo recuerden desde Japón. Pero no te preocupes, que no me voy a quedar, lo que pasa es que de pronto me resulta difícil volver a Jerusalén y creo que de alguna manera es por ti…

—¿Por mí?

—Porque desde que te fuiste no puedo dejar de pensar en ti… Y luego el sueño ese tan fuera de lugar… Y encima la visita de Urías… Pero espera, primero tú. ¿Qué tal estás?

—Bien. Mañana es el primer concierto en Kioto, pero no merece la pena que te cuente los detalles si estás llamándome al móvil en el extranjero, es muy caro…

—No te preocupes por el dinero, por favor. Ya te dije que desde que me quité de encima la residencia soy una mujer rica. Así que, hazme el favor, mándame la factura de teléfono, pero no me cuelgues ahora.

—Está bien, habla… Aunque aquí es muy tarde… Pero no me hables de mí, háblame de ti, por favor, ¿qué es lo que te preocupa tanto de repente?

—Hablar de mí es hablar de ti, y hablar de ti es hablar de mí. Fuiste tú quien prometió tocarme en el arpa, así que yo también estoy tocándote, pero con mi corazón, por supuesto.

—Qué bonito. ¿En otras palabras?

—El sueño del que me hablaste me molesta, me duele incluso.

—Es un sueño, mamá, solo un sueño.

—Cierto, solo un sueño, pero tu visita a Israel también me pareció solamente como un sueño. Estuviste aquí tres meses y apenas te vi.

—Porque me pedisteis que me quedara cuidando del piso…

—Sí, pero lo cuidaste demasiado… Y me he quedado atrapada en ese absurdo experimento de la residencia… Pero, bueno, no pasa nada, todos teníamos buenas intenciones, y con tanta buena intención tu visita se fue volando.

—Pero, mamá, ¿qué te pasa ahora? ¿Por qué te has quedado atrapada en casa de Honi?

—Atrapada, esa es la palabra. Me conoces y esto es nuevo porque yo no me quedo atrapada en ningún lugar. Me quedé atrapada aquí porque tengo miedo de volver al piso, porque a lo mejor Urías hizo una copia de la llave y me sorprende allí.

—¿Urías? Mamá, ¿a qué viene Urías ahora?

—No fuiste justa con él. Te lo digo francamente. Si me estás tocando con el arpa, escucha bien lo que el arpa te está diciendo. No fuiste justa. Si lo amabas, y sé que lo amabas, no deberías haber

abortado a su hijo.

—Mamá, deja en paz a Urías, ya no pinta nada. Vino y se fue, y no va a volver. Tiene una esposa y dos hijos y ya no me necesita, y desde luego que a ti tampoco…

—No, no es tan sencillo. No vayas a creerte que todo el mundo es un figurante, sin voluntad propia ni poder de decisión. Te equivocaste… No quiero que te enfades ahora, antes del concierto, pero si crees que estás interpretándome al tocar, escoge mejor las notas… Eso es todo, no tenía derecho a dejarte huir así de Israel antes de haberte explicado tu situación…

—No hui, fui para ayudarte a decidir, Honi me lo pidió.

—Honi tiene una historia, yo tengo otra… No te preocupes demasiado por él. Está bien, y mañana voy a liberarlo y volveré a Jerusalén. ¿Qué hora es allí? ¿Ya es por la mañana?

—¿Mañana? ¿Qué mañana? Estamos en el Lejano Oriente, no en Occidente. El sol se puso hace ya tiempo. Ahora son las once de la noche, ya es tarde, y estoy compartiendo habitación con una señora mayor que no entiende el hebreo, pero a la que seguramente le gustaría irse a dormir.

—¿Una señora mayor?

—De la orquesta, una contrabajista, una abuela, una buena mujer…

—Una contrabajista debe de ser una mujer grande y fuerte.

—Es justo como te la imaginas, aunque las personas delgadas y delicadas también pueden tocar el contrabajo, y de hecho cualquier instrumento. Mira, por ejemplo, mañana la segunda arpa la interpretará un japonés diminuto.

—¿Un japonés diminuto?

—Totalmente. Un abuelito en miniatura.

—Pues vas a tener un reto interesante para encajar con él en el diálogo. Menos mal que esta noche vas a dormir con esa señora tan grande y tan fuerte que encima es abuela, eso te dará seguridad, como si yo estuviera durmiendo a tu lado. Salúdala de mi parte, y que te cuide.

—Mamá… ¿Qué te pasa? ¿Por qué hace falta que me cuiden?

—Porque, a pesar de todo, me temo que Urías no va a renunciar al niño que no le diste.

—¿Cómo?

—A lo mejor vuelve otra vez, esta vez a por mí.

—¿A por ti? ¿Por qué? ¿Cuál es tu responsabilidad?

—Soy responsable porque te di a luz. Soy responsable porque no supe cómo guiarte en la vida. Lo menos que puedo hacer es simpatizar con él.

53.

Los ronquidos de los que la contrabajista la había avisado sacudieron el sueño de Noga desde que se acostó. Al principio trató de taparse los oídos con una almohada, pero no sirvió de nada. Sin otra alternativa, salió de la habitación con la esperanza de que la roncadora se despertara con sus propios ronquidos. La residencia estaba sumida en la oscuridad y el silencio, y una tenue luz iluminaba la escalera. Bajó al comedor, pero lo encontró cerrado, al igual que la puerta principal, aunque una puerta trasera resultó estar abierta y, a través de ella, le llegó el susurro de los árboles del jardín.

La noche es fresca, pero es un frescor agradable que la empuja entre la maraña de árboles, cuyas raíces no han encontrado el suficiente espacio en el suelo y se arraciman entre los troncos. A lo largo de los senderos, las ramas de los arbustos están decoradas con pequeñas lamparitas encendidas, que seguramente hayan quedado allí tras alguna fiesta o ceremonia, y cuya inocencia infantil apacigua la ansiedad de Noga. Se pasea por allí bañada en la dulce y familiar fragancia de la hierba recién cortada. Un murmullo de voces humanas le llega desde el corazón del jardín, transportado en una nube de humo de tabaco, cuyo olor le recuerda a los cigarrillos baratos a los que Urías era adicto en la época del ejército. Aspira el humo y sigue el sonido de las voces hasta detenerse en un agradable mirador de madera, frente al cual se reúnen una docena de jóvenes, estudiantes de la universidad sin duda, que intercambian conversación y cigarrillos. Asombrada, Noga descubre plantado en medio de ellos al mismo abuelito que ha venido de tan lejos para tocar con ella. Está sentado en un banco, con los pies descalzos y las piernas dobladas bajo su cuerpo, vestido todavía con la misma túnica gris y con el saquito atado a su espalda. Únicamente su trenza ha sido deshecha para la noche, y su melena blanca, que

enmarca su rostro, le da el aspecto de una encantadora abuelita japonesa salida de una antigua película americana sobre la segunda guerra mundial.

Escucha somnoliento a los jóvenes, con una pequeña pipa colgándole de los labios. Los estudiantes se callan al descubrir a la mujer extranjera que se acerca a ellos. Pero ella no es una desconocida para el anciano, y para demostrárselo a todos se acerca a él y se inclina profundamente, imitando su encuentro a la entrada en el templo unas horas antes. El anciano se contenta con asentir ligeramente con la cabeza, con la mirada perdida, y es evidente que no ha reconocido en absoluto a su compañera de mañana. Una congoja la sacude de repente. ¿Es posible que sea un músico ciego y que mañana intente adivinar la partitura de la segunda arpa? Se guarda de insistir y, acercándose dudosa dos dedos a los labios, hace señas a los jóvenes para que entiendan la razón de su aparición: las ganas de fumarse un cigarrillo. Una vez que lo consigue y lo enciende, en lugar de dar las gracias se regodea en las costumbres locales y, con el cigarrillo en la boca, se dedica a hacerle reverencias a todo el mundo, como si fuera una solista en el escenario frente a un público fervoroso. Regresa entonces a la casa de huéspedes, y el olor a tabaco barato, que le recuerda a Urías, impregna todo su ser.

En la habitación reina el silencio, y la abuela roncadora se ha despertado de su sueño y ha encendido una lamparita al lado de su cama, esperando a su vecina huida para pedirle disculpas. La verdad es que no se esperaba que sus ronquidos asustaran tanto a la israelí, que la hicieran salir corriendo, aunque seguro que es porque lleva mucho tiempo acostumbrada a dormir sola. Pero ella no va a volver a dormirse hasta que Noga no caiga, la primera, en un profundo sueño. Como ayuda extra, le ofrece una fiable pastilla para dormir, a prueba de cañonazos.

—¿Entera, o solo media?

—Entera —responde la arpista—, ya se nos ha ido media noche, y mañana es un gran día.

Y, efectivamente, la pequeña píldora prueba ser un excelente narcótico, y su sueño es tan profundo que hasta los sueños se quedan amodorrados en las profundidades de su ser, y cuando Noga abre los ojos, descubre que está sola en la habitación, que la cama

de su vecina ha sido meticulosamente hecha y que una mañana gloriosa brilla más allá de los pliegues de las cortinas. Son las nueve. Ocho horas de puro sueño, que, en lugar de lucidez, la han dejado, por ahora, algo desorientada y espesa. «No veas con la abuela —se sonríe Noga—, habría sido capaz de matarme con tal de poder roncar tranquila». Se levanta perezosamente y se lava despacio. La cabeza le da vueltas y le pesa todo el cuerpo, pero antes de hacer su cama, se da prisa por bajar, la última, a por un desayuno tardío que ya ha perdido toda su frescura. Las largas horas de sueño no le han sentado nada bien, y su visita nocturna al jardín le parece una alucinación de tal calibre que ya ni sabe si se fumó el cigarro o no. Puesto que el ensayo en la sala de conciertos está previsto para la una, muchos de los músicos, alentados por los ansiosos guías, se han dado prisa en visitar uno o dos templos más antes de volver. Pero la israelí está harta de lugares santos, que por algo su patria está llena de ellos, así que vuelve a su habitación y, en vez de hacer la cama, vuelve a ponerse el camisón y se acurruca en posición fetal, pero ya no por cansancio, sino porque se siente dolorida y enferma.

Manfred viene a despertarla al mediodía. ¿Qué hace todavía en la cama?, se queja el flautista. Van a estar solo cuatro días en esta ciudad plagada de belleza y de joyas culturales, ¿de qué le sirve dormir tanto? Lívida y triste, Noga lo mira sin responder. Su compañera de cuarto se sorprende también, no puede ser que una pastilla para dormir tan pequeña e inocente pueda dejarla tan deprimida.

—Pequeña, pero no inocente —murmura Noga débilmente en inglés—, y no es la depresión, es el recuerdo que vuelve.

Sin añadir palabra, echa a Manfred y entra en el baño y descubre aterrada dos manchitas de sangre en su camisón. ¿Podría haberle vuelto a venir la regla? ¿O es esto un síntoma de algo más grave? Lava el camisón frotando las manchas con una pastilla de jabón, y una brusca sensación de muerte se abate sobre ella.

El auditorio de conciertos de Kioto es moderno y suntuoso, semejante en su forma a un zapato gigante. El talón es una estructura circular que contiene la sala de conciertos, mientras que

el vestíbulo es rectangular. En la parte trasera del escenario se levantan las esbeltas tuberías plateadas y doradas del órgano, que siguen el modelo del Concertgebouw de Ámsterdam. La mayor parte de los instrumentos ya han sido transportados al escenario, y a su arpa se le ha unido una negra que Noga solo ha visto en las fotografías antiguas. ¿Es el arpa del auditorio?, le pregunta al agregado cultural japonés, que acompaña a la orquesta en cada paso y que le explica a Noga que esa es el arpa personal de Ichiro Matsudaira y que se la lleva consigo a cada actuación. El ensayo comienza con la *Sinfonía n.º 26 en re menor* de Haydn, una pieza dramática y tempestuosa, que la flor y nata de los músicos de la orquesta interpreta con vigorosa exactitud. Mientras tocan, Herman Kroon y una violista que Dennis cree que tiene un oído especialmente sensible pululan por la sala para verificar si su acústica se corresponde con el nivel de la orquesta extranjera. Y resulta que lo que suena bien en Europa también lo hace en el Lejano Oriente.

Después de la sinfonía de Haydn le toca el turno al *Concierto del emperador* de Beethoven, y la mayoría de los músicos, que no habían formado parte del conjunto anterior, salen al escenario. Solo Noga y algunos percusionistas permanecen sentados en la sala. La arpista se ha instalado en la primera fila para tener una mejor visión de la solista japonesa, por culpa de cuyo brazo, roto jugando al tenis en Berlín, le habían robado su concierto de Mozart. Es una joven bajita y morena de pelo corto y oscuro, vestida con unos vaqueros y una blusa ligera, cuyos movimientos son rápidos y gráciles, y parece que su confianza en sí misma está floreciendo aquí en su tierra natal, ya que pide, incluso durante el ensayo, que la sala esté completamente a oscuras para obligar a los pocos oyentes que hay a concentrarse solo en ella.

Su interpretación es potente, rápida y virtuosa, pero carente de inspiración. De vez en cuando el director detiene su ritmo vertiginoso con la idea de llegar a algún acuerdo, pero no siempre tiene éxito.

—Esa es la famosa *Kamikaze* —susurra Herman a Noga—, ha hecho de la música una misión suicida. Pero no te preocupes por ella esta noche, les va a encantar porque nació en una pequeña ciudad no muy lejos de aquí en una familia pobre, y mientras

estudiaba para ser música se mantenía a sí misma trabajando de camarera y de niñera. Ha llegado a la cima solo porque lo vale. Aquí hay mucha gente que todavía la recuerda en sus comienzos, y quien no se acuerde, lo leerá en el programa. Los japoneses no son como nosotros, ellos sí que se leen el programa de cabo a rabo. Y además, no debemos olvidar que este concierto se llama *El emperador*, y para los japoneses no hay más emperador que el suyo, el amado, el misterioso, el venerado… Ese es el origen y la base de su identidad.

Se oyen unos ruiditos en la oscuridad. Noga se da la vuelta y descubre al anciano arpista caminando a tientas, con un pequeño bastón en la mano. Quiere saludarlo, pero teme que otra vez le cueste reconocerla. «No importa, en breve nos sentaremos hombro con hombro y no podrá ignorarme».

Al diluvio de tonos metálicos del piano se une de repente una aguda contracción en su bajo vientre, como si un cuchillo le hubiese atravesado las entrañas, y aunque Noga intenta pensar en otra cosa para distraerse del dolor, este no desaparece. La joven japonesa galopa como un caballo desbocado que se ha liberado de su jinete, y el director intenta frenarla un poco con ayuda de los instrumentos de viento. Noga ya ha visto a lo largo de su carrera a multitud de solistas jóvenes y brillantes que al cabo de unos años se hunden en el anonimato. Los solistas de sesenta o setenta años son mucho más difíciles de encontrar que los jóvenes. Por eso conviene ampliar y profundizar la experiencia de la vida personal con el fin de ofrecer una interpretación más fresca, opuesta a la aburrida y repetitiva ejecución de los viejos clásicos que siempre gustan al público.

El dolor sigue aumentando y los músculos de sus muslos se contraen intentando detenerlo. Perdona, susurra a Herman, y sale al pasillo en busca de los lavabos, que parecen estar escondidos. Al final encuentra una puerta con el logo de un individuo sentado en una silla de ruedas coronado de una palabra en japonés. ¿Valdrá para el ser humano en general, masculino y femenino? Si todavía tuviera a su alcance la silla de ruedas de cuando hizo de figurante, habría entrado sin dudar, no como hombre o mujer, sino como ser humano. Pero en ausencia de la silla, ¿le da su angustia permiso para usarlo? El pasillo está vacío, nadie puede decirle lo que está permitido y lo que está prohibido, así que empuja la puerta con

cuidado y entra en el baño.

Se encuentra con un amplio cubículo, limpísimo e inmaculado, con tantos accesorios que parece la consulta de un médico. A un lado hay un enorme cambiador de bebés, lo suficientemente grande como para colocar a gemelos o trillizos. Se baja la cremallera de los pantalones y descubre en su ropa interior las mismas manchas de sangre que hace un rato ha intentado limpiar de su camisón, pero que en sus bragas aparecen más grandes y rojas que antes. Algo va mal en su cuerpo. Dejó de tener la regla hace tiempo, y no tiene mucho sentido que le haya vuelto ahora.

Un altavoz disimulado en el techo reproduce la música de la sala, y mientras ella se retuerce de dolor, medio desnuda y sintiéndose miserable, las notas del piano tocando el *finale* de *El emperador* se derraman por encima de su cabeza. Dentro de unos minutos el director intercambiará los últimos comentarios y observaciones con la solista, antes de pasar a la segunda parte del ensayo. Pero ella no se mueve, a la espera de que el dolor remita o, por lo menos, revele sus intenciones. Poco a poco, intenta regular su respiración. No va a poder cambiarse ni hacer desaparecer las manchas nuevas, que subirán con toda seguridad con ella al escenario, pero va a intentar con todas sus fuerzas sobreponerse al dolor, con la esperanza de que añada intensidad a su interpretación.

El emperador ha terminado. De acuerdo con el programa, ha llegado el momento de los arabescos melancólicos de Van den Broek. En ese caso, tiene ocho minutos para recuperarse y calmarse. Menos mal que al final no han recortado nada de lo que ya es de por sí una pieza corta. Espera al chillido de apertura del flautín, y aunque ya es la tercera vez que escucha estos arabescos dementes, esta vez a través de un pequeño altavoz en el techo, milagrosamente lo que antes parecía caótico y gratuitamente provocativo parece estar envuelto ahora en una especie de belleza decadente. Sí, a pesar de la reticencia y hasta el desprecio que el director sentía hacia esta obra, ha logrado, no obstante, y quizá bajo la influencia de su esposa, modelarla y aclararla de manera que golpee a sus oyentes sin repelerlos.

Sus ojos están pegados al reloj y en el quinto minuto se levanta, se arregla la ropa, se echa rápidamente un poco de maquillaje con la ayuda del espejo para ocultar su palidez, y cuando los inflexibles

arabescos del holandés fluyen hacia su final, siente que un flujo nuevo e impreciso se expande dentro de ella. ¿Podría ser un vestigio de su antiguo aborto? Pero solo plantearse esa posibilidad es ya una locura.

Vuelve a la sala, justo para ver cómo el joven compositor se lanza entusiasmado a abrazar al director, cuya interpretación ha sido, al final, una mejora de la obra. El nuevo acompañante de Noga está ya sentado en el escenario afinando el arpa. Ella sube muy despacio al escenario y se inclina ligeramente ante él, que ahora sí la reconoce, pero en lugar de devolverle la inclinación, extiende la mano con firmeza.

Sentada muy cerca de su arpa negra, Noga puede examinarla a fondo. El instrumento parece grande y difícil de manejar, debido, bien a su antigüedad, bien al contraste con su diminuto intérprete. En lugar del ángel o la corona real tallados tradicionalmente en la cabeza del arpa, esta tiene la cabeza de un pájaro negro. El japonés tiene la partitura abierta ante sí, y de entre los pliegues de su túnica saca unas gafas con una fina montura de oro y se las coloca en la nariz. Al menos no va a tocar de memoria, se consuela Noga a sí misma, y comienza a afinar su instrumento. El arpista pone el oído ansioso mientras ella trabaja, sin hacer ninguna observación ni darle ningún consejo. Solo su menuda mano temblorosa, que se tensa cada vez que ella hace sonar una cuerda y que se relaja cuando alcanza el tono perfecto.

Los músicos que han tocado tres piezas seguidas han salido a despejarse a los pasillos e ir al servicio, y van regresando poco a poco al escenario. La bella Ingrid, la trompista, cruza por delante de Noga y, con su sensibilidad exacerbada, detecta la angustia de la arpista.

—¿Te pasa algo? —pregunta, preocupada, apoyando suavemente su mano sobre el hombro de la israelí.

—Sí —dice Noga, que decide admitir su desesperación manifiesta—. Si tienes un ratito después del ensayo, voy a necesitar tu ayuda.

—Claro que tendré tiempo —le promete la trompista—, todo el que quieras.

Sus palabras son pronunciadas de corazón. Porque Ingrid de Monk es una mujer joven y enormemente bella que se protege a sí

misma de los que la rodean a través de una generosidad sin par. Muy consciente de la atracción, la envidia y hasta la confusión que su belleza suscita, trata de disimular su elegancia no solo usando ropa sencilla y descuidada, sino también tratando de ser lo más útil posible para cualquier persona que necesite ayuda. De su marido, un médico de familia de una clínica rural y que es mayor que ella, ha adquirido algunos útiles conocimientos en medicina, además de una pequeña caja con pastillas y pomadas, vendas y tiritas, un termómetro y un medidor de la presión arterial, hilo, agujas y botones, e incluso un *kit* de maquillaje. Lleva la caja, conocida como el «cuerno de la abundancia» por sus colegas músicos, no solo cuando viaja, sino a veces a los ensayos largos, posiblemente como una especie de penitencia por el don de la belleza que se le ha concedido.

Dennis sube a la tarima y espera a que el silencio absoluto le permita dar la señal de comienzo. Atónita, Noga observa cómo el arpista japonés se quita los zuecos de madera y está a punto de presionar los pedales con sus pequeños y arrugados pies descalzos. La mirada del director se dirige hacia los dos arpistas y, con el índice de la mano izquierda, les indica que se preparen. Luego, con la batuta en la mano derecha, hace una señal a los timbales, que baten suavemente sus instrumentos marcando la apertura, y el anciano pulsa la primera nota con la mano izquierda con una potencia nueva, espectacular, que Christine nunca había sido capaz de lograr del todo, y Noga se une a él una corchea más tarde, un golpe de cuerda presto, pero sin acentos. Y así, cooperando y dialogando con dos ágiles manos, presionando los pedales precisa y vivamente, los dos músicos insuflan juntos vida al aullido del viento y el repicar de las olas de la música de Debussy, convenciendo a las cuerdas y a los vientos, y más tarde a la percusión, de que navegan a toda vela en mares abiertos.

Por el amor y la devoción de Noga a su instrumento es capaz de conjurar su dolor, e inspirada por el feroz y preciso virtuosismo que mana de los dedos del anciano, cuya arpa negra parece haberse fundido con su cuerpo, descubre que su propio instrumento tiene un tono y una resonancia que no había conocido y que no imaginaba, tentándola a pulsar sus cuerdas con todas sus fuerzas, casi a arrancarlas de raíz.

Una calma nueva desciende sobre el maestro, que, en lugar de agitar los brazos y patalear como acostumbra, cierra los ojos y, con movimientos dulces, aleatorios incluso, permite a la orquesta guiar a su director, que navega solo en un ligero bote de vela, confiado en la música, que no lo ahogará ni lo traicionará, y que le llevará a desembarcar seguro a la orilla que desee.

Cuando la última nota se desvanece y el silencio vuelve a conquistar la sala, el director administrativo no puede contenerse y salta de su asiento al grito de ¡bravo!, ¡bravo!, mientras la esposa de Dennis se precipita de su asiento hacia el escenario y lo abraza, emocionada, delante de toda la orquesta.

Y el propio maestro suspira diciendo:

—Qué lástima que esto haya sido un ensayo y no el concierto.

54.

Faltan siete horas para el concierto. Algunos de los músicos se van a visitar más templos, pero la mayoría, incluida su compañera de habitación, Femke, salen en busca de delicias culinarias. Solo unos pocos, Noga entre ellos, vuelven a la casa de huéspedes. El camisón todavía está húmedo y las manchas de sangre de la mañana no han desaparecido. Tendrá que encontrar un detergente más potente, pero ¿dónde y cuándo? Se quita la ropa y examina desamparada las nuevas manchas en su ropa interior, y como aquí va a ser imposible luchar contra ellas, mete las braguitas en una bolsa y la entierra en lo más profundo de la papelera. Duda un instante si tomar una ducha o sumergir completamente su cuerpo dolorido en el baño. El sueño de la mujer de los ojos cerrados flotando en una espuma de color rojizo le había parecido tan aterrador como seductor. Pero no. Es demasiado pronto. Uno no debería bañarse en su propia sangre.

Con un camisón limpio, más ligero, se acurruca debajo de la manta tras la ducha, con la esperanza de que si el sangrado se detiene el dolor también lo hará. La casa de huéspedes está en completa calma. Los músicos vagan de los templos a los restaurantes, refrigerando sus espíritus con vistas al concierto inaugural. Aun así, de las habitaciones de la planta de arriba le llega el sonido cálido y melodioso de un clarinete interpretando una vieja canción popular. No, está totalmente segura, esto no puede ser una señal del periodo menstrual. El suyo cesó hace mucho tiempo, y ¿por qué iba a volver? No, sabe que eso es otra cosa, algo nuevo y grave, que ha venido a conspirar contra ella precisamente en esta tierra extraña y distante para poner fin a la libertad que ella misma se ha otorgado.

No oye el golpe en la puerta, por eso cuando abre los ojos descubre que la trompista, sonrojándose con timidez, ha acudido a su lado para cumplir su promesa, llevando consigo su «cuerno de la

abundancia».

Ingrid está un poco pálida porque no usa maquillaje y utiliza ropa demasiado grande para su talla con el fin de disimular sus curvas, pero su belleza natural sobresale a pesar de las restricciones que ella misma se impone, y ahora, las dos solas, tan cerca la una de la otra en esta pequeña habitación, Noga sabe que no necesita alzar los ojos al cielo al amanecer o al atardecer para buscar al planeta por quien la nombraron, porque ese planeta ha descendido a su habitación con la forma de una joven Venus, una música de su orquesta, que tratará de interpretar sus dolores con el fin de aliviarlos.

Y puesto que Venus es también la esposa de un médico que le da clase de medicina entre concierto y concierto, hurga sin pestañear en la papelera en busca de las bragas manchadas de sangre. Una vez examinadas, la joven música establece con una seguridad absoluta que no deja lugar a dudas que esas manchas son manchas de regla y punto, no tienen nada que ver con algo más grave, porque, aunque Noga ya hubiera dejando de menstruar, en vista de su edad y de su estado de salud, su regla no ha perdido su derecho de reaparecer. Y la trompista refuerza su diagnóstico contándole historias de otras mujeres que han pasado por la clínica de su marido.

—¿Qué edad tiene tu marido? —pregunta Noga, ya más serena.

—Cuarenta; es diez años mayor que yo.

—¿Y tenéis niños?

—Por ahora solo uno. Tiene cinco años, está en casa de mis padres ahora.

Noga cierra los ojos y le pregunta si lleva algo en el «cuerno de la abundancia» que pueda calmar su dolor, pero que no la deje inconsciente como la pastilla para dormir que la contrabajista le dio a medianoche. Ingrid saca un botecito de la caja y extrae de él dos pastillas doradas, pero al momento se lo piensa mejor y decide dejarle a su paciente todo el bote, para garantizar su tranquilidad durante toda la gira por Japón. Del fondo de la caja saca también un par de compresas por si el flujo aumenta.

—Lo más importante, querida Venus, es que vuelvas a recuperar la lucidez y la confianza en ti misma. Porque hoy, en este último ensayo, si no me equivoco, has conseguido una sonoridad diferente, nueva y audaz, una especie de aullido que emanaba de las cuerdas

de tu arpa, o a lo mejor de las de tu compañero.

Mientras Ingrid cierra el «cuerno de la abundancia» y sale para prepararse para el primer concierto en suelo nipón, Noga quiere decirle, «no, no me llaméis más "querida Venus", llamadme solo Noga», pero no está segura de que haya llegado el momento.

La sala de conciertos resplandece bajo el brillo de las luces. A los abonados y a quienes han adquirido sus entradas solo para este día se unen las autoridades municipales y los personajes ilustres, invitados especialmente para la ocasión. Dennis van Zwol ha renunciado a su ligera y flexible chaqueta china, muy en boga últimamente entre los directores, y ha vuelto a su viejo esmoquin, en cuya solapa lleva prendido un lirio blanco artificial. Los músicos han puesto buen cuidado a la hora de vestirse sus trajes negros, mientras que las músicas se han esforzado para lucir sus mejores galas. En honor a la orquesta, Ingrid ha hecho todo lo que estaba en sus manos para no ocultar su belleza: se ha soltado la melena, adornándola con una flor naranja, y ha sacado brillo a su trompa, cuyo brillo dorado deslumbra a su alrededor. Entre bambalinas, antes de subir al escenario, todo el mundo se maravilla de la metamorfosis sufrida por la solista japonesa, que a mediodía podía perfectamente pasar por una estudiante o camarera, y esta tarde se ha convertido en una misteriosa mujer vestida con un kimono de seda color cereza y plata, y cuya altura ha quedado considerablemente elevada por sus zapatos de tacón.

—Prestadme atención —advierte Herman a los músicos antes de que suban al escenario—, no esperéis aplausos entusiastas y desatados, que los japoneses son más bien reprimidos. No os vayáis a deprimir si la respuesta del público os parece demasiado comedida.

Con todo y con eso, la respuesta a la sinfonía de Haydn fue en realidad tremendamente entusiasta, y *El emperador* despertó una gran expectación. Al contrario de lo que se acostumbra en los conciertos, las luces de la sala se apagaron por completo, se impuso el silencio, y entonces entró la solista acompañada de aplausos y rugidos de alegría. Sin duda, los parientes de la pianista, vecinos de su pueblo natal, amigos y profesores, y tal vez sus exempleadores de

cuando trabajaba como camarera y niñera, no habían querido perderse esta oportunidad de ser testigos de su grandeza. Quién sabe si muchos más de entre el público no han venido al concierto solo por ella.

Tal vez por esta razón la japonesa refrenó el ritmo galopante del ensayo durante el primer movimiento. Y al inicio de la segunda parte se produce un cambio dramático. Su interpretación se alarga, se suaviza, como si *El emperador* estuviera echándose una siesta en su cámara y el piano hubiera venido a acariciarle. La lenta y suave caricia incomoda a varios de los percusionistas, que esperan con Noga en una pequeña sala detrás del escenario. Deciden todos ir a recuperar fuerzas al bar, antes de que sea inundado por la multitud durante el descanso. La arpista también es invitada a unirse a ellos, pero se niega, quedándose sola detrás del escenario, sentada con su largo vestido negro que deja su cuello y sus hombros al descubierto, escuchándose a sí misma con todo su ser, esperando a que la sangre fluya y, descubre sorprendida, anhelando también el dolor que la acompaña.

Entonces se abre una puerta lateral y en la pequeña y algo lúgubre sala de detrás del escenario entra su pareja, el anciano arpista Ichiro Matsudaira, que ha reemplazado su túnica gris por un suntuoso traje ceremonial que lleva bordada en el pecho una espada de samurái en hilo de seda rojo. Su trenza está bien peinada, y a Noga le da la sensación de que está hasta más negra. Se acerca a ella a pequeños pasos y le hace una profunda reverencia. El ensayo de la tarde le ha enseñado a apreciar la forma de tocar de Noga, y este músico es, ante todo, un maestro y no un competidor, por lo tanto, se alegra con cada estudiante o pareja que consigue superarlo. Y mientras Noga se pone de pie para devolverle, agradecida, la reverencia, siente el flujo que empapa la compresa que le ha dado la buena de Ingrid. Y a pesar del dolor que la atraviesa de golpe, se siente aliviada. Es la regla, no le queda ninguna duda.

El viejo arrugado la estudia con interés. En breve estarán los dos en el escenario, el uno junto al otro, un arpa dorada junto a un arpa negra, para dar sonido y color al mar.

«Así que yo tenía razón —se dice a sí misma—, cuando le decía a todo el mundo que sabía que podía tener un hijo, pero que

todavía no quería. Tenía razón, y la prueba mana ahora de mi cuerpo. Mamá, Honi, ¿dónde estaréis ahora y qué hora será? ¿Habrá vuelto ya mamá a Jerusalén, o seguirá teniendo miedo de sí misma y seguirá aferrada a su hijo?». Un llanto incontrolable y repentino surge desde lo más profundo de ella. «No puede ser que la madre que me dio a luz piense que estoy perdida». El anciano escucha los sollozos que sacuden los hombros temblorosos de la primera arpista, que es por lo menos medio siglo más joven que él, y parece sentir compasión por ella, puesto que se pone de pie y, con pasitos cortos y delicados, similares a aquellos con los que su padre entretenía a su esposa por las noches, se desliza hacia ella y se inclina con dulzura.

Haifa-Guivatayim, 2012-2014

ABRAHAM B. YEHOSHÚA (Jerusalén, 1936). Es narrador, ensayista y dramaturgo. Pertenece a una quinta generación de judíos sefardíes asentados en Israel. Se licenció en Literatura Hebrea y Filosofía en la Universidad Hebrea de Jerusalén, y fue docente de Literatura Comparada desde 1972 en la Universidad de Haifa. Es miembro activo del movimiento pacifista israelí. Autor de una extensa obra, traducida a más de veintidós idiomas, ha sido nominado al premio Man Booker y galardonado con los premios Napoli, Balik, Giuseppe Tomasi di Lampedusa y el Israel de Literatura entre otros. Entre sus obras traducidas al español sobresalen *La novia liberada* y *Una mujer en Jerusalén*.